

JULIO VERNE

LA CASA DE
VAPOR

CAPÍTULO I

UNA CABEZA PUESTA A PRECIO

Unarecompensa de dos mil libras esterlinas se dará a la persona que entregue vivo o muerto a uno de los antiguos jefes de la rebelión de los cipayos. Se sabe que está en la presidencia de Bombay, y es el nabab Dandu-Pant, más conocido con el nombre de...

Así decía el anuncio que los habitantes de Aurengabad podían leer en la tarde del seis de marzo de mil ochocientos sesenta y siete.

El último nombre, nombre execrado, maldecido por unos, secretamente admirado por otros, no podía leerse en el cartel que había sido fijado hacía unos instantes en la pared de un *bungalow* arruinado, a orillas del río Dudhma.

Y si este nombre no podía leerse, era porque el ángulo inferior del cartel en donde estaba impreso con grandes letras, acababa de ser desgarrado por la mano de un faquir a quien nadie había visto en aquella playa, a la sazón desierta. Con este nombre había desaparecido igualmente el del gobernador general de la presidencia de Bombay, que refrendaba el decreto del virrey de la India.

¿Qué motivo había tenido el faquir para su acción? Al desgarrar el cartel, ¿esperaba que el rebelde de mil ochocientos cincuenta y siete se escaparía de la vindicta pública y de las consecuencias del decreto expedido contra su persona? ¿Pensaba acaso que tan terrible celebridad desaparecería junto con el fragmento de papel reducido a trozos? Hubiera sido una locura.

En efecto, otros carteles fijados con profusión cubrían las paredes de las casas, de los palacios, de las mezquitas y de las posadas de Aurengabad, numerosos pregoneros recorrían las calles de la ciudad leyendo en alta voz el decreto del gobernador. Los habitantes de las más pequeñas aldeas de la provincia sabían ya que toda una fortuna estaba prometida a quien lograra entregar a Dandu-Pant. Su nombre inútilmente separado de un cartel iba a recorrer antes de doce horas toda la presidencia. Si los informes eran exactos; si el nabab realmente había buscado refugio en aquella parte del Indostán, sin duda alguna poco tardaría en caer en manos interesadas en capturarle.

¿A qué sentimiento, pues, había obedecido aquel faquir desgarrando un cartel del cual se habían tirado ya muchos miles de ejemplares?

A la cólera, sin duda; quizá también a algún pensamiento de desprecio. De todos modos, después de haberse encogido de hombros, penetró en el barrio mas populoso y

habitado por la gente de peor calaña de la ciudad.

La parte de la península india comprendida entre los Gatas occidentales y los del mar de Bengala recibe el nombre de Decán, y este nombre es el que se da comúnmente a la parte meridional de la India del lado de acá del Ganges. El Decán, que en sánscrito significa Sur, en las presidencias de Bombay y de Madrás está dividido en cierto número de provincias, de las cuales una de las principales es la provincia de Aurengabad, cuya capital fue en otro tiempo la de todo el Decán.

En el siglo XVII, el célebre emperador mogol Aureng-Zeb trasladó su corte a esta ciudad, que, en los primeros tiempos de la historia del Indostán era conocida con el nombre de Kirgi. Poseía entonces cien mil habitantes; pero hoy no tiene más que cincuenta mil bajo la dominación de los ingleses que la administran por cuenta del Nizam de Haiderabad. Sin embargo, es una de las ciudades más sanas de la península, pues ni el cólera asiático, ni las epidemias de fiebre tan devastadoras en la India, han logrado penetrar en ella hasta ahora.

Aurengabad ha conservado magníficos restos de su antiguo esplendor. El palacio del gran mogol, levantado en la orilla derecha del Dudhma; el mausoleo de la sultana favorita de Shah Jahan, padre de Aureng-Zeb; la mezquita copiada de la elegante Tadye de Agra, que yergue sus cuatro minaretes en torno de una cúpula graciosamente redondeada, y otros monumentos artísticamente contruidos, y ricamente adornados, demuestran el poder y la grandeza del más ilustre de los conquistadores del Indostán, que elevó este reino, al cual unió el Cabul y el Asam, a un alto grado de prosperidad.

Desde aquella época la población de Aurengabad se ha reducido mucho, aunque, según acabamos de decir, era muy fácil para un hombre ocultarse entre los tipos diversos que la componen. El faquir verdadero o falso mezclado entre aquel pueblo, no se distinguía de él en modo alguno. Sus semejantes abundan en la India y forman con los *Sayeds* una corporación de mendigos religiosos que piden limosna a pie o a caballo y saben exigirla cuando no se les da de buen grado, pero tampoco desdeñan el papel de mártires voluntarios y gozan de gran crédito entre el pueblo bajo del Indostán.

El faquir de quien se habla, era un hombre de elevada estatura, que medía más de cinco pies y nueve pulgadas inglesas. Si había pasado de los cuarenta años, no pasaba de los cuarenta y dos; su rostro recordaba el hermoso tipo maharata, sobre todo por el brillo de sus ojos negros siempre despiertos; pero hubiera sido difícil descubrir los finos rasgos de su raza bajo las infinitas marcas con que la viruela había desfigurado su cara. Aquel hombre, todavía en la fuerza de la edad, parecía inflexible y robusto.

Le faltaba un dedo en la mano izquierda. Llevaba el cabello teñido de rojo; iba medio desnudo y descalzo, con un turbante en la cabeza y una mala camisa de lana rayada sujeta por una faja a la cintura. En su pecho se veían pintados en colores vivos los emblemas de los dos principios conservador y destructor de la mitología india; la cabeza de león de la cuarta encarnación de Visnú y los tres ojos y el tridente simbólico del feroz Siva.

Una emoción profunda y muy natural agitaba las calles de Aurengabad, y más particularmente aquellas en que abundaba la población cosmopolita de los barrios bajos, que hormigueaba fuera de las chozas que le sirven de vivienda. Hombres, mujeres, niños,

ancianos, europeos o indígenas, soldados de los regimientos reales o de los regimientos del país, mendigos de toda especie, labradores de los alrededores, se hablaban, gesticulaban, comentaban la noticia y calculaban las probabilidades de ganar el enorme premio prometido por el gobierno. La excitación de los ánimos no hubiera sido más viva ante el globo de una lotería cuyo premio mayor hubiera sido de dos mil libras, y aun puede decirse que esta vez no había nadie que no pudiera tomar un buen billete. Este billete era la cabeza de Dandu-Pant. Verdad es que se necesitaba mucha suerte para encontrarle, y bastante audacia para apoderarse de él.

El faquir, evidentemente el único entre todos que no estaba excitado por la esperanza de ganar el premio, se introducía entre los grupos, deteniéndose unas veces, y otras escuchando lo que se decía, como si aquello fuera de capital importancia para él. Pero no hablaba con nadie, si bien sus ojos y sus oídos no se daban punto de reposo mientras la boca permanecía herméticamente cerrada.

—¡Dos mil libras por descubrir al nabab! —exclamaba uno levantando al cielo sus manos extendidas.

—No por descubrirle —decía otro—, sino por atraparle, lo cual es muy diferente.

—En efecto, no es hombre que se deje prender sin defenderse resueltamente.

—¿Pero no se había dicho que había muerto de fiebre en los bosques del Nepal?

—Pues no era verdad. El astuto Dandu-Pant quiso hacerse pasar por muerto a fin de vivir más seguro.

—Pero habían dicho que fue enterrado en su campamento de la frontera.

—Exequias falsas para engañar a la policía.

El faquir no hizo ningún gesto al oír afirmar esto último de manera que no admitía duda. Sin embargo, frunció el ceño involuntariamente cuando oyó a un indio, uno de los más excitados del grupo cuya conversación estaba oyendo, dar los pormenores siguientes, demasiado precisos para no ser verídicos.

—Lo cierto es —decía el indio— que en mil ochocientos cincuenta y nueve el nabab se había refugiado con su hermano Balao-Rao y el ex rajá de Gonda, Debi-Bux-Singh en un campamento al pie de una de las montañas del Nepal. Allí, perseguidos de cerca por las tropas inglesas, resolvieron atravesar la frontera indochina. Antes de cruzarla, el nabab y sus dos compañeros, a fin de acreditar mejor la noticia de su muerte, mandaron proceder a sus propios funerales; pero lo que de ellos enterraron no fue más que un dedo de la mano izquierda que cada uno se cortó en el instante de la ceremonia.

—¿Y cómo sabes eso? —respondió uno de los oyentes al indio que acababa de dar estos pormenores con tanta seguridad.

—Porque presencié los funerales —respondió el indio—. Los soldados de Dandu-Pant me tenían prisionero y no pude fugarme hasta seis meses después.

Mientras el indio hablaba de un modo tan afirmativo, el faquir no le perdía de vista. Un relámpago iluminaba sus ojos, y había ocultado prudentemente su mano mutilada bajo la camisa. Escuchaba sin decir palabra, pero sus labios se estremecían y descubrían sus dientes acerados.

—¿Es decir, que tú conoces al nabab? —preguntó uno de los oyentes.

—Sí —respondió el indio.

—¿Y le conocerías si por casualidad te encontrases con él frente a frente?

—Ya lo creo, como a mí mismo.

—Entonces tú tienes alguna probabilidad de ganar el premio de las dos mil libras —observó uno de los interlocutores, no sin cierta envidia.

—Quizá —respondió el indio—, si es verdad que el nabab ha tenido la imprudencia de aventurarse hasta el distrito de Bombay, lo cual me parece muy inverosímil.

—¿Qué habría venido a hacer aquí?

—Sin duda a suscitar una nueva sublevación —dijo uno de los interlocutores—; si no entre los cipayos, a lo menos entre los hombres del campo.

—Pues si el gobierno afirma que se le ha visto en la provincia —dijo otro que pertenecía a esa clase de individuos para quienes la autoridad no se equivoca jamás—, es que está bien enterado sobre este punto.

—Puede ser —respondió el indio—. ¡Plazca a Brahma que pueda yo ver a Dandu-Pant y mi fortuna estará hecha!

El faquir retrocedió algunos pasos, pero sin perder de vista al indio.

Entretanto, había anochecido. Sin embargo, no disminuía la animación en las calles de Aurengabad. En todas partes se hablaba del nabab; aquí se decía que había sido visto en la misma ciudad; allá que se encontraba muy lejos y algunos afirmaban que una estafeta expedida del Norte de la provincia acababa de traer al gobernador la noticia de la prisión de Dandu-Pant.

A las nueve de la noche, los mejor enterados afirmaban que estaba encerrado en la cárcel de la ciudad, en compañía de algunos *thugs* presos desde treinta años antes, y al día siguiente, al amanecer, sería ahorcado sin más formalidad, como lo había sido Tantia-Topi, su célebre compañero de rebelión, en la plaza de Sipri; pero a las diez llegó una nueva noticia contradictoria y corrió el rumor de que el preso había logrado fugarse, lo cual devolvió la esperanza a todos aquellos cuya codicia se hallaba estimulada por el cebo de las dos mil libras.

En realidad, todos aquellos rumores diversos eran falsos. Los que decían estar mejor informados no sabían más que los otros. La cabeza del nabab valía todavía lo que se daba por ella; era un premio que nadie había alcanzado, y que podía alcanzarse.

Sin embargo, el indio, por lo mismo que conocía a Dandu-Pant, tenía más probabilidades que ninguno de alcanzar el premio ofrecido. Pocas personas, sobre todo en la presidencia de Bombay, habían tenido ocasión de encontrarse con el feroz jefe de la gran insurrección. Más al Norte y más al centro, en el Scindia, en el Bundelkund, en el Oude, en las inmediaciones de Agra, de Delhi, de Cawnpore, de Lucknow en el principal teatro de las atrocidades cometidas a sus órdenes, las poblaciones enteras se habrían levantado contra él y le habrían entregado a la justicia inglesa. Los parientes de sus víctimas, esposas, hermanos, mujeres, hijos, lloraban aún las víctimas que el nabab había sacrificado a centenares. Los diez años transcurridos no habían bastado a extinguir aquellos legítimos

sentimientos de odio y de venganza. Por lo mismo no era posible que Dandu-Pant hubiera cometido la imprudencia de aventurarse a entrar en territorios donde su nombre era tan aborrecido por todos. Si, como se decía, había pasado la frontera indo-china; si algún motivo desconocido, algún proyecto de insurrección u otro cualquiera le había impulsado a dejar el asilo impenetrable, cuyo secreto no había podido descubrir la policía anglo-india, sólo las provincias del Decán y su campo libre podían proporcionarle una relativa seguridad.

Sin embargo, acabamos de ver que el gobernador había tenido noticia de su aparición en la presidencia, y que inmediatamente se había puesto precio a su cabeza.

Conviene hacer notar que en Aurengabad las personas de clase elevada, magistrados, oficiales, funcionarios, etc., tenían alguna duda acerca de la exactitud de los informes recibidos por el gobernador, porque ya otras veces se había esparcido el rumor de haber sido visto y aun hecho prisionero el famoso Dandu-Pant.

Tantas y tan falsas noticias habían circulado, que se había creado una especie de leyenda sobre el don de ubicuidad que poseía el nabab, y sobre su habilidad para engañar a los más hábiles agentes de la policía. Pero el pueblo no dudaba de que las noticias del gobernador fueran exactas esta vez.

En el número de los menos incrédulos estaba, naturalmente, el indio prisionero del nabab. Este pobre diablo, ilusionado por el premio ofrecido y animado por el deseo de venganza personal, no pensaba más que en ponerse en campaña para buscar al nabab, y miraba como cosa asegurada el buen éxito de su empresa. Su plan era muy sencillo; proponíase ofrecer sus servicios al gobernador al día siguiente, y después de haberse informado exactamente de los fundamentos de la noticia que había recibido, dirigirse al sitio donde hubiera sido visto el nabab.

Alrededor de las once de la noche, después de haber oído tantos rumores diversos, que, no sin producir gran confusión en su ánimo, le afirmaron en su proyecto, trató de tomar algún reposo. Su única vivienda era una barca amarrada a la orilla del Dudhma, y allí se dirigió, reflexionando por el camino.

El faquir, como hemos dicho, no le había perdido de vista y le seguía, procurando no llamar su atención y ocultándose en la sombra. Al extremo de aquel populoso barrio de Aurengabad, las calles se hallaban a aquellas horas menos animadas. Su arteria principal daba acceso a varios terrenos incultos, que terminaban en una de las riberas del Dudhma. Aquello era como un desierto en los límites de la ciudad; algunas personas rezagadas lo atravesaban de prisa para volver a las zonas más frecuentadas. El ruido de los últimos pasos cesó en breve, pero el indio no advirtió que no estaba solo a orillas del río.

El faquir le seguía cautelosamente, escogiendo las partes oscuras del terreno, poniéndose al abrigo de los árboles o arrimándose a las paredes sombrías de las habitaciones arruinadas que se encontraban al paso.

La precaución no era inútil, porque la luna acababa de levantarse e iluminaba, aunque débilmente, el paisaje. El indio hubiera podido ver que le espiaban y hasta que era seguido de cerca, pero no hubiera podido oír los pasos del faquir, porque éste, con los pies

descalzos, parecía más bien deslizarse que andar, y ningún ruido daba indicio de su presencia en las orillas del Dudhma. Transcurrieron así cinco minutos, y el indio llegaba a la miserable barca donde tenía la costumbre de pasar la noche. La dirección que seguía no podía explicarse de otro modo; parecía hombre habituado a frecuentar todas las noches aquel lugar desierto; iba completamente absorto en el pensamiento de los pasos que había decidido dar al día siguiente para presentarse al gobernador. La esperanza de vengarse del nabab, que no había sido benévolo con sus prisioneros, unida a la enorme codicia de ganar el premio ofrecido, le convertían en ciego y sordo.

No tenía, pues, la menor idea del peligro a que le habían expuesto sus imprudentes palabras.

No vio al faquir acercarse poco a poco a él.

Pero, de pronto, un hombre saltó sobre él como un tigre, con un relámpago en la mano. Este relámpago era producido por un rayo de luna que se reflejó sobre la hoja de un puñal malayo.

El indio, herido en el pecho, cayó al suelo.

Aunque el golpe había sido dado con mano firme, el desdichado no había muerto aún. Escapábanse de sus labios roncadas voces inarticuladas, envueltas en un torrente de sangre.

El asesino se inclinó, se apoderó de su víctima, la alzó y, acercando a ella su rostro, en el cual daba de lleno la luz de la luna, preguntó;

—¿Me conoces?

—¡El! —murmuró el indio.

Y el terrible nombre del faquir iba a salir de sus labios, cuando expiró, ahogado entre las manos del asesino.

Un instante después el cuerpo del indio desapareció en la corriente del Dudhma, que no había de devolverlo jamás.

El faquir esperó a que se hubiera apaciguado la agitación de las aguas; y, regresando por el mismo camino que había llegado, atravesó los terrenos desiertos, después los barrios que iban quedando también sin gente y se dirigió rápidamente hacia una de las puertas de la ciudad.

Pero en el momento de llegar a aquella puerta la encontró cerrada. Algunos soldados del ejército real ocupaban la entrada. El faquir no podía, por consiguiente, salir de Aurengabad como había pensado.

«Sin embargo, es preciso salir —se dijo a sí mismo—, y salir esta noche; de lo contrario, estoy perdido.»

Retrocedió, siguió el camino de ronda por el interior de las murallas, y doscientos pasos más allá subió por el talud y llegó a la parte superior del parapeto.

Aquel parapeto tenía por la parte exterior una altura de cincuenta pies sobre el nivel del foso, abierto entre la escarpa y la contraescarpa. Era un muro acantilado sin puntos salientes, ni asperezas en que pudiera apoyarse el pie; y parecía absolutamente imposible que un hombre se atreviera a bajar por aquel sitio. Una cuerda habría permitido, sin duda,

intentar el descenso; pero la faja que ceñía la cintura del faquir apenas tenía algunos pies de extensión y no podía bajar con ella al foso.

El faquir se detuvo un instante, dirigió una mirada a su alrededor y reflexionó sobre lo que debía hacer. La cresta del parapeto tenía enfrente las copas elevadas y oscuras de los grandes árboles que rodean a Aurengabad como un marco vegetal. De aquellas copas salían largas ramas flexibles y resistentes que era posible utilizar, aunque con gran riesgo, para llegar al fondo del foso.

No vaciló ni un segundo el faquir para poner en práctica la idea que se le había ocurrido. Se asió a una de las ramas y pronto quedó fuera de la muralla suspendido de una de ellas, que se inclinaba poco a poco bajo su peso.

Luego que la rama se hubo encorvado bastante para rozar la parte superior del muro, se fue deslizando lentamente como si hubiera estado sostenido por una cuerda de nudos y pudo bajar hasta la mitad de la altura de la escarpa, pero todavía le separaban unos treinta pies del suelo para poder asegurar su fuga. Estaba, pues, allí, suspendido en el aire por los brazos, tratando de poner el pie en algún sitio del muro que pudiera darle un punto de apoyo, cuando, de improviso, surcaron la oscuridad varios relámpagos y luego estallaron otras tantas detonaciones.

Los soldados de guardia habían distinguido al fugitivo y le habían hecho fuego, aunque sin tocarle. Sin embargo, una bala dio en la rama que le sostenía, a dos pulgadas de su cabeza.

Veinte segundos después la rama se rompía y el faquir caía en el foso... Otro habría muerto del golpe; él se levantó sano y salvo.

Levantarse, subir el talud de la contraescarpa bajo una lluvia de balas que no lograban alcanzarle y desaparecer en la oscuridad fue para el fugitivo obra de un minuto.

Al poco tiempo se hallaba ya a dos millas y pasaba sin ser visto junto al acantonamiento de las tropas inglesas acuarteladas fuera de Aurengabad.

A doscientos pasos de allí se detuvo; volviéndose y mostrando a la ciudad su mano mutilada, pronunció estas palabras:

—¡Desdichados los que caigan otra vez en manos de Dandu-Pant! ¡Ingleses, todavía no habéis concluido con Nana Sahib!

¡Nana Sahib! El nabab acababa de lanzar una vez más, a los conquistadores de la India, aquel nombre de guerra, como un supremo desafío; el nombre más temible de los que la rebelión de 1857 había dado fama sangrienta.

CAPÍTULO II

EL CORONEL MUNRO

Estimado amigo Maucler —me dijo el ingeniero Banks—, ¿qué me cuenta usted de

su viaje? ¿No dice usted nada? No parece sino que está todavía en París. ¿Qué le parece la India?

—¡La India! —respondí yo—. Para hablar con exactitud, sería preciso haberla visto.

—Bueno —dijo el ingeniero—, ¿pues no acaba usted de atravesar la península desde Bombay a Calcuta? Pues a no ser ciego...

—No estoy ciego, mi querido Banks, pero durante la travesía he venido cegado.

—¡Cegado!

—Sí, cegado por el humo, por el vapor, por el polvo y más aún por la rapidez de la marcha. No reniego de los caminos de hierro porque su oficio de usted es construirlos, señor Banks, ¿pero me dirá usted si es viajar esto de meterse en un coche sin tener más campo de vista que el cristal de las ventanillas; correr día y noche con una velocidad media de diez millas por hora, atravesando unas veces viaductos en compañía de águilas, otras túneles en compañía de los murciélagos o de las ratas; detenerse sólo en las estaciones, que parecen todas iguales; ver las poblaciones solamente por el exterior o por la punta de los minaretes y llevar aturdidos los oídos por los incesantes mugidos de la locomotora, los silbidos de la caldera y el rechinamiento de los carriles y de los frenos?

—Bien dicho —exclamó el capitán Hod—. Conteste usted a eso si puede, Banks. ¿Qué le parece a usted, mi coronel?

El coronel a quien se dirigía el capitán Hod inclinó ligeramente la cabeza y se contentó con decir:

—Tengo curiosidad por saber lo que Banks va a responder al señor Maucler, nuestro huésped.

—Pues no es difícil la respuesta —dijo el ingeniero—: confieso que Maucler tiene razón en cuanto ha dicho.

—Entonces —exclamó Hod—, ¿para qué construye usted ferrocarriles?

—Para que usted, capitán, pueda ir en sesenta horas de Calcuta a Bombay cuando tiene prisa.

—Yo jamás tengo prisa.

—Pues bien, entonces tome usted el camino carretero del Gran Trunk —dijo el ingeniero—, y vaya usted a pie.

—Eso es lo que pienso hacer.

—¿Y cuándo?

—Cuando el coronel consienta en seguirme en un paseo de ochocientas a novecientas millas por la península.

El coronel se contentó con sonreírse y volvió a caer en una de sus largas meditaciones, de las cuales apenas podían sacarle sus mejores amigos, entre otros el ingeniero Banks y el capitán Hod.

Yo había llegado hacía un mes a la India, y por haber tomado el tren de la Compañía Peninsular India, cuyo ferrocarril une a Bombay con Calcuta pasando por Allahabad, no conocía absolutamente nada de la península.

Pero mi intención era recorrer primero su parte septentrional al otro lado del

Ganges, visitar sus grandes ciudades, estudiar sus principales monumentos, dedicando a esa exploración todo el tiempo necesario para que fuese completa.

Había conocido en París al ingeniero Banks y hacía algunos años que nos habíamos hecho amigos, amistad que el trato había estrechado naturalmente. Prometí ir a verle a Calcuta cuando hubiese concluido la red de ferrocarriles de Scindia, Punjab y Delhi, de la cual estaba encargado. Se habían terminado ya las obras; Banks tenía derecho a un descanso de varios meses y yo había acudido para invitarle a descansar recorriendo la India. Inútil es decir que aceptó mi proposición con entusiasmo; y debíamos ponernos en marcha pocas semanas después, en cuanto el tiempo fuese más favorable.

A mi llegada a Calcuta en el mes de marzo de 1867, Banks me presentó a uno de sus amigos, el coronel Munro, en cuya casa pasamos la noche.

El coronel, que contaba entonces cuarenta y siete años, vivía en una casa un poco aislada en el barrio europeo, y, por consiguiente, fuera del movimiento que caracteriza aquella ciudad comercial negra de que se compone en realidad la capital de la India. Este barrio ha sido llamado alguna vez la *Ciudad de los Palacios*; y en efecto no faltan palacios, sí puede aplicarse esta denominación a casas que no tienen de palacio más que los pórticos, las columnas y los terrados. Calcuta es el punto donde se reúnen todos los órdenes arquitectónicos, que el gusto inglés pone generalmente a contribución en sus ciudades de los dos mundos.

La casa del coronel era un *bungalow* muy sencillo, una habitación levantada sobre una base de ladrillos que no tenía más que un piso bajo y estaba cubierta por un techo en forma de pirámide. Una baranda o galería saliente sostenida por ligeras columnitas corría en torno del edificio. En los lados estaban las cocinas, cocheras y lugares del servicio formando las dos alas, y el conjunto se hallaba rodeado de un jardín con hermosos árboles y cercado de paredes poco elevadas. Era la casa de un hombre que goza de grandes comodidades. Sus criados eran muchos, como lo exige el servicio de las familias indo-inglesas. Mueblaje, material, disposiciones interiores, todo estaba bien comprendido y severamente arreglado, y saltaba a la vista que la mano de una mujer inteligente había debido proceder desde luego a los diversos arreglos y dejar establecida la tradición; pero conocíase también que aquella mujer no debía ya encontrarse allí.

Para la dirección general de la casa y de la servidumbre, el coronel se fiaba enteramente de uno de sus antiguos compañeros de armas, un escocés, un *conductor* del ejército real, el sargento MacNeil, con quien había hecho todas las campañas de la India, uno de esos valientes corazones que parecen latir en el pecho de aquellos a quienes han consagrado sus servicios. Era un hombre de cuarenta y cinco años, vigoroso, alto, que llevaba toda la barba como los escoceses de las montañas. Por su actitud y su fisonomía, lo mismo que por su traje tradicional, continuaba siendo un montañés en cuerpo y alma, aunque había dejado el servicio militar al mismo tiempo que el coronel Munro, habiendo ambos tomado el retiro después de 1860.

Pero en lugar de regresar a los *Glens* de la Escocia entre los viejos clanes de sus antepasados, ambos habían permanecido en la India y vivían en Calcuta en una especie de

retiro y oscuridad que necesitan una explicación.

Cuando Banks me presentó al coronel no me hizo más que una advertencia.

—No haga usted nunca alusión a la rebelión de los cipayos —dijo—. Y, sobre todo, no pronuncie jamás el nombre de Nana Sahib.

El coronel Eduardo Mundo pertenecía a una antigua familia de Escocia, cuyos mayores habían tenido renombre en la historia del Reino Unido. Entre sus antepasados contaba a Sir Héctor Munro, que mandaba el ejército de Bengala en 1760, y que precisamente tuvo que combatir una sublevación que, un siglo después, los cipayos debían reproducir por su cuenta. El mayor Munro la reprimió con inexorable energía, y no vaciló en atar en un mismo día a veintiocho rebeldes a la boca de los cañones; suplicio espantoso, frecuentemente repetido durante la insurrección de 1857, y del cual fue quizás el inventor el abuelo del coronel.

En la época en que se sublevaron los cipayos, el coronel Munro mandaba el regimiento 93 de infantería escocesa del ejército real, e hizo toda la campaña a las órdenes de Sir James Outram, uno de los héroes de aquella guerra, que mereció el nombre de Bayardo del ejército de la India, como le proclamó Sir Carlos Napier. Con él estuvo en Cawnpore; hizo la segunda campaña con Colins Campbell en la India; asistió al sitio de Lucknow y no se separó del ilustre soldado sino cuando Outram fue nombrado en Calcuta miembro del Consejo de la India.

En 1858, Sir Eduardo Munro era comendador de la orden titulada de la Estrella de la India; había sido nombrado baronet, y su mujer hubiera llevado el título de Lady Munro si el 27 de junio de 1857 la infortunada no hubiera perecido en la espantosa carnicería de Cawnpore, ejecutada por orden de Nana Sahib. Lady Munro (los amigos del coronel no la llamaban de otro modo) era adorada por su marido.

Tenía apenas veintisiete años cuando desapareció con las cuatrocientas víctimas de aquella horrible carnicería. Mrs. Orr y Miss Jackson, salvadas casi milagrosamente después de la toma de Lucknow, habían sobrevivido, la una a su marido, la otra, a su padre; pero Lady Munro no había podido ser devuelta al coronel. Sus restos, confundidos con los de tantas víctimas en el pozo de Cawnpore, no habían podido ser descubiertos y no se les había podido dar cristiana sepultura.

Sir Eduardo Munro, desesperado, no tuvo entonces más que un pensamiento : encontrar a Nana Sahib, a quien el gobierno inglés hacía buscar por todas partes y saciar en él con su venganza una especie de sed de justicia que le devoraba. Para quedar libre en sus movimientos solicitó el retiro. El sargento MacNeil le siguió a todas partes y en todas sus acciones; los dos, animados del mismo espíritu, vivían del mismo pensamiento, aspiraban al mismo objeto, seguían todas las pistas, examinaban todas las huellas; pero no habían sido hasta entonces más afortunados que la policía anglo-india, y Nana Sahib había burlado todas sus investigaciones. Después de tres años de infructuosos esfuerzos, el coronel y el sargento tuvieron que suspender momentáneamente sus pesquisas. Además, por aquella época corrió en la India el rumor de la muerte de Nana Sahib, con tal grado de veracidad, que no se podía poner en duda.

Entonces Sir Eduardo Munro y MacNeil volvieron a Calcuta, donde se instalaron en aquel *bungalow* aislado. Allí el coronel, no leyendo ni libros, ni periódicos que hubieran podido recordarle la época sangrienta de la insurrección y no saliendo jamás de casa, vivía como un hombre cuya vida no tiene objeto.

No le abandonaba nunca el pensamiento de su mujer, y parecía que el tiempo no había podido mitigar el pesar que le había causado su pérdida.

Hay que añadir que no sabía nada de la noticia esparcida sobre la reaparición de Nana Sahib en la presidencia de Bombay, noticia que circulaba hacía algunos días: feliz circunstancia, porque de otro modo hubiera abandonado inmediatamente el *bungalow*.

Todo esto me había dicho Banks antes de presentarme en aquella casa, de la cual estaba desterrada para siempre la alegría. Por esto debía evitar toda alusión a la rebelión de los cipayos, y al más cruel de sus jefes, Nana Sahib.

Solamente dos amigos muy íntimos frecuentaban asiduamente la casa del coronel: eran el ingeniero Banks y el capitán Hod.

Banks, como he dicho, había terminado las obras de que estaba encargado para el establecimiento del ferrocarril llamado el Gran Peninsular de la India. Era un hombre de cuarenta y cinco años, en toda la fuerza de la edad, y debía tomar una parte activa en la construcción del ferrocarril de Madrás destinado a unir el golfo Arábigo con el golfo de Bengala; pero no era probable que las obras pudiesen comenzarse antes de un año. Descansaba, pues, en Calcuta entretenido en diversos proyectos de mecánica, porque era un hombre de inteligencia, activo y fecundo que siempre andaba tras una nueva invención. Los ratos que le dejaban libre sus ocupaciones los empleaba en visitar al coronel, a quien le unía una amistad de veinte años. Así que casi todas las noches las pasaba bajo la galería del *bungalow*, en compañía de Sir Eduardo y del capitán Hod, que acababa de obtener una licencia de seis meses.

Hod pertenecía al primer escuadrón real de carabineros, y había hecho la campaña de 1857 a 1858, primero a las órdenes de Sir Colin Campbell en el Oude y el Rohilkhande, y después con Sir H. Rose en la India central, campaña que terminó con la toma de Gwalior.

Educado en la dura escuela de la India; socio de los más distinguidos del club de «Madrás», no tenía más de treinta años y tenía cabello rubio y su barba, rubia también, era muy poblada. Aunque pertenecía al ejército real, se le hubiera tomado por un oficial del ejército indígena; tanto era lo que se había *indianizado* durante su residencia en la península. No hubiera sido más indio si hubiera nacido allí; la India le parecía el país por excelencia, la tierra de promisión, la única en que podía vivir un hombre, porque en ella encontraba satisfacción para todos sus gustos. Soldado por temperamento, tenía con frecuencia ocasiones de pelear; cazador experimentado, vivía en el país en que la naturaleza parece haber reunido todas las fieras de la creación, y toda la caza de pelo y de pluma de los dos mundos; trepador resuelto, tenía a su alcance la imponente cordillera del Tíbet que cuenta las más altas cimas del globo. Viajero intrépido, nada le impedía poner el pie allí donde nadie lo había impreso todavía, en las inaccesibles regiones de la frontera del

Himalaya. Animoso jinete, tenía a su disposición los campos de carreras de la India, que superaban a sus ojos a los hipódromos de la Marca y de Epsom. Respecto a esto, Banks y él se hallaban en completo desacuerdo, porque el ingeniero, como mecánico de pura sangre, se interesaba muy poco en las proezas hípicas y en los nombres y genealogías de los caballos.

Tales eran los asiduos visitantes del *bungalow* de Sir Eduardo, el cual se entretenía en oírlos discutir acerca de todo, y a veces asomaba a sus labios una sonrisa originada por sus continuas disputas. El deseo común de aquellos dos buenos compañeros era llevar al coronel a algún viaje que pudiera distraerle. Muchas veces le habían propuesto visitar el norte de la península, y pasar algunos meses en las inmediaciones de algún punto salubre, de esos donde la rica sociedad anglo-india se refugia durante la estación de los grandes calores; pero siempre el coronel se había negado a salir de su *bungalow*.

Banks y yo pensamos, por consiguiente, que no querría acompañarnos en el viaje que íbamos a emprender. Aquella noche misma se trató nuevamente la cuestión. El capitán Hod quería nada menos que hacer a pie una larga excursión al norte de la India, porque si Banks no gustaba de caballos, Hod no gustaba de ferrocarriles.

El término medio hubiera sido viajar, ya en carruaje, ya en palanquín, deteniéndose y marchando cuando quisiéramos, lo cual no es difícil en los grandes caminos bien trazados y bien conservados del Indostán.

—No me hable usted de sus carretas de bueyes, ni de sus camellos —exclamó Banks—. Sin nosotros estarían ustedes todavía bajo el régimen de esos vehículos primitivos, de los cuales se ha desprendido ya la Europa hace quinientos años.

—Pues, amigo Banks, valen tanto como los coches del ferrocarril con sus mullidos almohadones. Deme usted a mí grandes bueyes blancos, que sostienen perfectamente el galope, y que se cambian cada dos leguas en las paradas de postas...

—Sí, y que arrastran tartanas de cuatro ruedas que le sacuden a uno, como son sacudidos los pescadores en sus barcas en un mar agitado.

—Pase por las tartanas, Banks —respondió el capitán Hod—; pero ¿no tenemos carruajes de tres y cuatro caballos, que pueden rivalizar con nuestros convoyes, dignos en efecto de llevar ese nombre fúnebre? Preferiría el sencillo palanquín...

—Esos sí que son verdaderos ataúdes —dijo Banks—, cajas de seis pies de longitud y cuatro de anchura, donde va uno tendido como un cadáver.

—Puede ser, pero no hay sacudidas, ni movimiento violento; se puede leer y escribir, y hasta dormir sin que le despierten a uno en cada estación. Con un palanquín de cuatro o seis gamales (1) bengalíes se pueden andar cuatro millas y media por hora, y no se arriesga uno como en vuestros trenes expresos a llegar antes de haber salido..., cuando se llega.

(1) Nombre que reciben los que llevan los palanquines en la India.

—Lo mejor —dije yo entonces— sería poderse llevar la casa a cuestas.

—Sí, como el caracol —exclamó Banks.

—Amigo mío —respondí yo—, un caracol que pudiera dejar su concha y regresar a ella cuando quisiera no sería tan digno de compasión. Viajar dentro de su casa, en una casa con ruedas, sería probablemente el último adelanto del progreso en materia de viajes.

—Tal vez —dijo entonces el coronel Munro—, viajar sin salir de su casa, llevar consigo el hogar y todos los recuerdos que lo componen, variar continuamente el horizonte, modificar su punto de vista, su atmósfera, su clima, sin cambiar nada en los hábitos de su vida ordinaria..., sí..., eso tal vez...

—Con eso evitaríamos esos *bungalows* destinados a los viajeros —respondió el capitán—, donde no hay comodidad alguna y donde no se puede residir sin un permiso de la autoridad local.

—No tendríamos que sufrir esas posadas detestables en que a uno le desnudan moral y físicamente, de todas maneras —dije yo, no sin motivo.

—Llevaríamos el carruaje de los saltimbanquis —exclamó el capitán Hod—, pero perfeccionado. ¡Qué invención! Detenerse cuando uno quiere, ponerse en marcha cuando mejor le parece; llevar uno consigo no sólo su cuarto de dormir, sino su salón, su comedor, su sala de fumar y, sobre todo, su cocina y su cocinero; esto sí que sería progreso, amigo Banks; esto sería cien veces superior a los ferrocarriles. Atrévase usted a desmentirme, señor ingeniero, atrévase.

—¡Eh! ¡Eh!, amigo Hod —respondió Banks—, sería absolutamente del parecer de usted, si...

—¿Si qué? —preguntó el capitán, levantando la cabeza.

—Si en este vuelo hacia el progreso no se hubiera usted detenido repentinamente en el camino.

—¿Pues qué otra cosa habría que hacer más?

—Usted va a juzgar. Le parece a usted que una casa con ruedas es muy superior al coche del ferrocarril, al coche salón y hasta al coche cama, y tiene usted razón si puede perderse tiempo, si se viaja por placer y no para negocios. En este punto creo que estamos todos de acuerdo.

—Todos —respondí yo.

El coronel Munro hizo una señal de asentimiento con la cabeza.

—Pues bien, prosigo —dijo Banks—. Se han dirigido ustedes a un constructor de carruajes que es al mismo tiempo arquitecto y les ha construido una casa portátil bien hecha, bien distribuida y que responde a las exigencias de un hombre inteligente y amigo de sus comodidades. No es demasiado alta a fin de evitar vuelcos; no es demasiado ancha para poder pasar por los caminos y está ingeniosamente suspendida sobre muelles para que el movimiento sea fácil y suave. Ha sido fabricada para nuestro amigo el coronel y en ella nos ofrece hospitalidad» Perfectamente; vamos, si lo desean, a los países septentrionales de la

India a manera de caracoles, pero de caracoles que no están adheridos a sus conchas. Todo está pronto; nada se ha olvidado, ni siquiera el cocinero ni la cocina. Llega el día de la marcha; vamos a marchar, todo está a punto..., ¿y quién tira de la casa con ruedas, amigo mío?

—¿Quién? —exclamó el capitán Hod—. Muías, huiros, caballos y bueyes.

—Por docenas —dijo Banks.

—Elefantes —prosiguió el capitán Hod—, sí, elefantes. Esto sí que sería soberbio y majestuoso, una casa movida por un tren de elefantes bien adiestrados, de marcha altiva, galopando como los mejores caballos del mundo.

—Eso sería magnífico, mi capitán.

—Un tren de rajá en campaña, amigo Banks.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? ¿Hay todavía algún pero? —preguntó el capitán Hod.

—Y muy grande.

—¡Qué ingenieros! Sólo son buenos para encontrar dificultades en todas partes.

—Y para superarlas cuando no son insuperables —respondió Banks.

—Pues bien; supere usted ésa.

—La supero y voy a explicar cómo. Todos esos motores de que ha hablado el capitán ciertamente pueden tirar de la casa, pero también se fatigan; también en ocasiones no quieren marchar y se obstinan, y sobre todo comen mucho. Ahora bien, por poco que puedan escasear los pastos, como no se pueden remolcar quinientas fanegas de dehesa, se detiene el tiro, se cansa, cae, muere de hambre y la casa no rueda ya y queda tan inmóvil como este *bungalow* donde discutimos ahora. De ahí se deduce que dicha casa no será práctica hasta el día en que pueda ser una casa movida por el vapor.

—Que corra por los carriles —exclamó el capitán encogiéndose de hombros.

—No, sino por los caminos ordinarios —respondió el ingeniero—; y arrastrada por una locomotora perfeccionada.

—¡Bravo! —exclamó el capitán—. ¡Bravo! Si la casa no ha de rodar sobre carriles y puede dirigirse a voluntad sin seguir la imperiosa línea de hierro, me adhiero a la opinión de usted.

—Pero —dije yo—, si las muías, caballos, bueyes y elefantes comen, también come una máquina, y si no tiene combustible, se detendrá en medio del camino.

—Un caballo de vapor —dijo Banks— equivale en fuerza a tres o cuatro caballos naturales, y aún puede aumentarse esa fuerza. En todos los tiempos, en todas las latitudes, con sol, con lluvia, con nieve, anda constantemente sin cansarse; no ha de temer ni los ataques de las fieras, ni las mordeduras de las serpientes, ni las picaduras de tábanos y otros terrible insectos; no necesita ni aguijón, ni látigo, y puede prescindir perfectamente del descanso, porque no tiene sueño. El caballo de vapor, hecho por la mano del hombre, bajo el punto de vista de su objeto, y cuando no se trata de ponerle en el asador, es superior a todos los animales de tiro que la Providencia ha puesto a disposición de la humanidad. Un poco de aceite o de grasa, un poco de carbón o de leña, es todo lo que consume. Ahora bien,

ustedes saben, amigos míos, que no son precisamente los bosques los que faltan en la península india y sus leñas pertenecen a todo el mundo.

—Bien dicho —exclamó el capitán Hod—. ¡Viva el caballo de vapor! Ya veo en perspectiva la casa portátil del ingeniero Banks arrastrada por los grandes caminos de la India, penetrando a través de las espesuras, internándose en los bosques, aventurándose hasta los retiros de los leones, de los tigres, de los osos, de las panteras y de los leopardos y nosotros al abrigo de sus paredes matando fieras, hasta el punto de dar envidia a todos los Nemrod, los Anderson, los Gérard, los Pertuiset y los Chassaing del mundo. ¡Ah, Banks! La boca se me hace agua, y siento mucho no poder volver a nacer dentro de cincuenta años.

—¿Por qué, mi capitán?

—Porque dentro de cincuenta años se realizará ese sueño y se hará la casa movida por el vapor.

—Pues ya lo está —respondió sencillamente el ingeniero.

—¿Hecha por usted, tal vez?

—Por mí; y a decir verdad no temo más que una cosa, y es que vaya más allá de lo que usted ha soñado.

—En marcha, Banks, en marcha —respondió el capitán Hod levantándose como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

Estaba ya a punto de marcha. El ingeniero le calmó con un ademán, y después dijo con voz grave y dirigiéndose a Sir Eduardo:.

—Eduardo, sí, pongo una casa portátil a tu disposición; si de aquí a un mes, cuando la estación lo permita, vengo a decirte: «Aquí tienes tu habitación y cambiarás de sitio cuando quieras e irás adonde quieras; aquí tienes a tus amigos, Maucier, el capitán Hod y yo que deseamos acompañarte en una excursión por el norte de la India», ¿me contestarás: «Marchemos y que el Dios de los viajeros nos proteja»?

—Sí, amigos míos —respondió el coronel Munro después de haber reflexionado un instante—. Banks, pongo a tu disposición todo el dinero necesario: cumple tu promesa; tráenos esa casa ideal de vapor que sobrepuje los sueños de Hod y atravesaremos con ella la India entera.

—¡Viva —exclamó el capitán Hod—, y mueran las fieras de las fronteras del Nepal!

En aquel momento el sargento MacNeil, atraído por los vivas del capitán, se presentó a las puertas de la sala.

—MacNeil —le dijo el coronel Munro—, dentro de un mes marchamos para el norte de la India, y tú vendrás con nosotros, como supongo.

—Necesariamente, mi coronel, puesto que usted va —respondió el sargento MacNeil.

CAPÍTULO III

LA REBELIÓN DE LOS CIPAYOS

Es necesario decir algunas palabras para dar a conocer la situación de la India en la época a que pertenece esta narración, y más particularmente la formidable insurrección de los cipayos, cuyos principales hechos vamos a recordar.

En 1600, bajo el reinado de Isabel de Inglaterra, dominando la raza solar en la tierra santa de Aryavarta, sobre una población de 200.000.000 de habitantes, de los cuales 120.000.000 pertenecían a la religión india, se fundó la muy ilustre Compañía de la India, conocida con el mote de Compañía del Viejo Juan.

Al principio era una simple asociación de mercaderes que hacían el comercio con las Indias Orientales y a cuya cabeza se puso el duque de Cumberland.

Hacia aquella época, el poder portugués, que había sido grande en las Indias, comenzó a decaer. Los ingleses, aprovechando esta situación, intentaron un primer ensayo de administración política y militar en la presidencia de Bengala, cuya capital, Calcuta, debía ser después el centro del nuevo gobierno. El regimiento número 39 del ejército real enviado de Inglaterra, fue el primero que ocupó aquella provincia y por eso tomó la divisa que ostenta su bandera: *primus in Indiis*.

Mientras tanto, se había formado una Compañía francesa hacia la misma época, bajo el patrocinio de Colbert, con el mismo objeto que el de la Compañía de los mercaderes de Londres. De esta rivalidad nacieron conflictos de intereses que dieron a su vez origen a largas luchas con alternativas de triunfos y reveses que ilustraron los nombres de Dupleix, Labourdonnais y Lally-Tollendal.

Por último, los franceses, abrumados por el número, se vieron obligados a abandonar el Carnático, nombre de la parte de la península que comprende una porción de su extremo oriental.

Lord Clive, libre de concurrentes, no temiendo ya nada de Portugal, ni de Francia, quiso consolidar la conquista de Bengala, de la cual fue nombrado gobernador general Lord Hastings. Hiciéronse reformas dirigidas por una administración hábil y perseverante; pero desde aquel día la Compañía de las Indias, tan poderosa y tan absorbente, quedó herida en sus intereses más vivos. Pocos años después, en 1784, Pitt introdujo varias modificaciones en sus estatutos primitivos; y su cetro debió pasar a manos de los consejeros de la Corona. Resultado de este nuevo orden de cosas fue que, en 1813, la Compañía perdió su monopolio del comercio de la India, y en 1833 el del comercio de la China.

Sin embargo, aunque Inglaterra no tenía ya que luchar contra asociaciones extranjeras de la península india, se vio obligada a sostener guerras difíciles, ya con los antiguos poseedores del territorio, ya con sus últimos conquistadores asiáticos.

En tiempos de Lord Cornwallis, en 1784, ocurrió la lucha con Tippto-Sahib, muerto en 4 de mayo de 1799, en el último asalto dado por el general Harris a Seringapatam. Después vinieron la guerra con los maharatas, pueblo de ilustre raza, muy poderoso durante el siglo XVIII; la guerra con los pindaris, que se resistieron valerosamente; la guerra contra los gurkas del Nepal, valientes montañeses que en la prueba peligrosa de 1857 debían permanecer fieles aliados a Inglaterra; y, en fin, la guerra contra los birmanos, desde 1823 a

1824.

En 1828 los ingleses eran dueños, directa o indirectamente, de una gran parte del territorio; y con Lord William Bentinck comenzó una nueva fase administrativa.

Desde la regularización de las fuerzas militares de la India, el ejército se había compuesto siempre de dos contingentes: el europeo y el indígena. El primero constituía el ejército real, compuesto de regimientos de caballería, batallones de infantería y baterías de artillería europea al servicio de la Compañía de las Indias. El segundo constituía el ejército indígena, que estaba formado de batallones de infantería y de escuadrones de caballería regulares compuesto de naturales del país, pero mandados por oficiales ingleses. A esto hay que añadir una artillería cuyo personal, perteneciente a su vez a la Compañía, era también europeo, exceptuando unas cuantas baterías.

El número efectivo de estos regimientos o batallones era: la infantería con mil cien hombres por batallón en el ejército de Bengala y ochocientos a novecientos en los ejércitos de Bombay y de Madrás; la caballería tenía seiscientos jinetes en cada regimiento de los dos ejércitos.

En resumen: en 1857, como dice con extrema precisión Monsieur Valbezen en sus *Nuevos estudios acerca de los ingleses y de la India*, obra muy notable, se podía calcular en doscientos mil hombres de tropas europeas el total de las fuerzas de las tres presidencias.

Los cipayos, aunque formaban un cuerpo regular mandado por oficiales ingleses, deseaban sacudir el duro yugo de la disciplina europea que les habían impuesto los conquistadores. Ya en 1806, quizá bajo la inspiración del hijo de Tipu-Sahib, la guarnición del ejército de Madrás, acantonada en Vellores, había dado muerte a los soldados que componían las grandes guardias del regimiento 69 del ejército real, incendiando los cuarteles, degollando a los oficiales y a sus familias, y fusilando hasta a los soldados enfermos en el hospital. ¿Cuál había sido la causa, a lo menos aparente, de la rebelión? Una pretendida cuestión de bigotes, de turbantes y de pendientes, pero en el fondo estaba el odio de los invadidos contra los invasores.

Esta primera sublevación fue prontamente sofocada por las fuerzas reales acantonadas en Ascott.

Una razón de este género, es decir, un pretexto también, debía suscitar el primer movimiento insurreccional de 1857, movimiento mucho más formidable y que hubiera aniquilado el poder inglés en la India si hubiesen tomado parte en él las tropas indígenas de las presidencias de Madrás y de Bombay.

Ante todo, conviene hacer constar que la rebelión no fue nacional. Los indios de las ciudades y de los campos no tomaron en ella parte alguna; y, además, estuvo limitada a los Estados semiindependientes de la India central, a las provincias del Noroeste y al reino de Oude. El Pendjab permaneció fiel a los ingleses con su regimiento de tres escuadrones del Cáucaso indio. También permanecieron fieles los sikhs, obreros de casta inferior que se distinguieron particularmente en el sitio de Delhi; los gurkas que asistieron al sitio de Lucknow en número de doce mil, mandados por el rajá del Pepau; y por último los maharajás de Gwalior y de Patgalak, el rajá de Rampore, la raní de Bhopal, que cumplieron

las leyes del honor militar y de la disciplina, o, para utilizar la frase usada por los indígenas de la India, permanecieron fieles a la *sal*.

Al principio de la insurrección, Lord Canning estaba a la cabeza de la administración como gobernador general. Quizás este hombre de Estado se hacía ilusiones sobre la importancia del movimiento. Desde algunos años antes, la estrella del Reino Unido parecía eclipsarse en el cielo indio. En 1842 la retirada de Cabul disminuyó el prestigio de los conquistadores europeos; y la actitud del ejército inglés durante la guerra de Crimea no había estado tampoco en aquellas circunstancias a la altura de su reputación militar. Los cipayos, que estaban muy al corriente de lo que pasaba en las orillas del mar Negro, pensaron entonces que tendría éxito una rebelión de las tropas indígenas; y, por otra parte, no faltaba más que una chispa para encender los ánimos bien preparados y excitados por los cánticos y las predicaciones de los brahmanes.

La ocasión se presentó en el año 1857, durante el cual el contingente del ejército real había disminuido un poco a causa de las complicaciones exteriores.

A principios de este año, Nana Sahib, por otro nombre el nabab Dandu-Pant, que residía cerca de Cawnpore, se trasladó a Delhi, y después a Lucknow, con objeto, sin duda, de excitar la sublevación preparada de antemano.

En efecto, poco después de la muerte de Nana Sahib estallaba el movimiento insurreccional.

El gobierno inglés acababa de introducir en el ejército indígena el uso de la carabina Enfield, en la que es necesario el empleo de cartuchos engrasados. Un día se esparció el rumor de que esa grasa era, ya de vaca, ya de puerco, según que los cartuchos estaban destinados a los soldados indios o a los musulmanes del ejército indio. Ahora bien, en una nación en donde no se usa el jabón porque puede entrar en su composición la grasa de un animal sagrado y vil, el empleo de cartuchos untados de una sustancia de este género, y que era preciso morder, debía ser difícilmente aceptado. El gobierno cedió en parte ante las reclamaciones que se le hicieron; pero en vano modificó la carabina y aseguró que las grasas ya no servían para la confección de cartuchos; esta medida no pudo tranquilizar ni persuadir a nadie en el ejército de los cipayos.

El 24 de febrero, en Brampore, el regimiento se negó a recibir los cartuchos. A mediados del mes de marzo un ayudante fue asesinado, y el regimiento, que fue licenciado después del suplicio de los asesinos, llevó a las provincias más activos elementos de rebelión.

El 19 de mayo, en Mirat, un poco al norte de Delhi, los regimientos 3, 11 y 20 se rebelaron, matando a sus coroneles y a muchos oficiales de la plana mayor, entregando la ciudad al saqueo y replegándose después sobre Delhi. El rajá, descendiente de Timur, se unió a ellos; el arsenal cayó en su poder y los oficiales del regimiento 54 fueron pasados a cuchillo.

El 11 de mayo, en Delhi, el mayor Fraser y sus oficiales fueron cruelmente asesinados por los rebeldes de Mirat hasta en el palacio del comandante europeo; y el 16 de mayo, cuarenta y nueve prisioneros, hombres, mujeres y niños, sucumbieron a manos de los

asesinos.

El 20 de mayo, el regimiento 26, acantonado cerca de Lahore, mató al comandante del puesto y al sargento mayor europeo. Dado el impulso, continuaron estas espantosas carnicerías.

El 28 de mayo, en Nurabad, nuevas víctimas de oficiales anglo-indios.

EJ 30 de mayo, en los acantonamientos de Lucknow, asesinato del brigadier comandante, de su ayudante y de otros muchos oficiales.

El 31 de mayo, en Bareilli, en Rohilkhande, asesinato de algunos oficiales sorprendidos sin tener tiempo para defenderse.

En el mismo día, en Schajahanpore, asesinato del recaudador y de cierto número de oficiales por los cipayos del regimiento 38; y al día siguiente, más allá de Barwar, degüello de los oficiales, de las mujeres

y de los niños que se habían puesto en camino para la estación de Sivapore, a una milla de distancia de Aurengabad.

En los primeros días de junio, en Bhopal, asesinato de gran parte de la población europea; y en Jansi, por orden de la terrible raní desposeída, asesinato, con refinamientos inauditos de crueldad, de las mujeres y niños refugiados en el fuerte.

El 6 de junio, en Allahabad, ocho jóvenes abanderados sucumben bajo los golpes de los cipayos.

El 14 de junio, en Gwalior, sublevación de dos regimientos indígenas y asesinato de los oficiales.

El 27 de junio, en Cawnpore, primera hecatombe de víctimas de todas edades y sexos, fusiladas y ahogadas, preludio del espantoso drama que iba a desarrollarse pocas semanas después.

El 1.º de julio, en Holkar, asesinato de treinta y cuatro europeos, oficiales, mujeres, niños, saqueo, incendio; y en Ungow, el mismo día, asesinato del coronel y del ayudante del regimiento 23 del ejército real.

El 15 de julio, segunda carnicería en Cawpore. Ese día, muchos centenares de niños y mujeres, entre ellas Lady Munro, fueron degollados con una crueldad sin ejemplo, por orden del mismo Nana Sahib, que llamó a los carniceros musulmanes de los mataderos públicos para que le ayudasen en esta tarea: horrible mortandad, después de la cual los cuerpos de las víctimas fueron precipitados a un pozo.

El 26 de setiembre, en una de las plazas de Lucknow, llamada hoy Plaza de las Literas, muchos heridos fueron acuchillados a sablazos y arrojados aún vivos a las llamas.

En fin, hubo otros muchos asesinatos aislados en las ciudades y en los campos, que dieron a la rebelión un horrible carácter de atrocidad.

Por lo demás, a esta matanza respondieron los generales ingleses con represalias, necesarias sin duda, pues que acabaron por inspirar el temor del nombre inglés entre los insurgentes, pero que fueron verdaderamente espantosas.

Al principio de la insurrección, en Lahore, el juez supremo Montgomery y el brigadier Corbett habían podido desarmar, sin efusión de sangre, bajo la amenaza de doce

piezas de artillería con la mecha encendida, a los regimientos 8, 16 y 49 del ejército indígena; y en Multan, los regimientos 62 y 29 habían tenido también que rendir las armas sin poder intentar seria resistencia. Del mismo modo, en Peschawar, los regimientos 24, 27 y 51 fueron desarmados por el brigadier Colton y el coronel Nicholson en el momento de ir a estallar la rebelión. Pero habiendo huido a la montaña varios oficiales del regimiento 51, se pusieron a precio sus cabezas y todas fueron llevadas a la autoridad por los montañeses.

Así comenzaron las represalias.

Una columna mandada por el coronel Nicholson persiguió a un regimiento indígena que marchaba hacia Delhi. Los rebeldes no tardaron en ser alcanzados, derrotados y dispersados, y el coronel Nicholson entró con ciento veinte prisioneros en Peschawar. Todos fueron indistintamente condenados a muerte; pero solamente uno de cada tres debía ser ejecutado. Se pusieron diez cañones en el campo de maniobras y a cada una de las bocas fue atado un prisionero, y cinco veces los diez cañones hicieron fuego cubriendo la llanura de restos informes en medio de una atmósfera apestada por la carne quemada. Los prisioneros, según Monsieur de Valbezen, murieron casi todos con la suprema indiferencia que los indios saben conservar frente a la muerte. «Señor capitán —dijo a uno de los oficiales que presidían la ejecución un hermoso cipayo de veinte años, acariciando el instrumento de muerte—, señor capitán, no hay necesidad de atarme porque no pienso escapar.»

Tal fue aquella primera ejecución que debía ser seguida de tantas otras.

El mismo día, en Lahore, el brigadier Chamberlain, después de la ejecución de dos cipayos del regimiento 55, comunicaba a las tropas indígenas la siguiente orden del día:

Acabáis de ver atar vivos a la boca de los cañones y destrozar a dos de vuestros compañeros: tal es el castigo que espera a todos los traidores. Vuestra conciencia os dirá las penas que van a sufrir en el otro mundo. Los dos soldados han sido ejecutados por medio del cañón y no en la horca, porque he querido evitarles la deshonor del contacto con el verdugo y probar de ese modo que el Gobierno, aun en estos días de crisis, no quiere hacernada que pueda ofender en lo más pequeño vuestras preocupaciones de religión y de casta.

El 30 de julio, mil doscientos treinta y siete prisioneros caían sucesivamente ante el pelotón de ejecución, y otros cincuenta no se libraban del último suplicio sino para morir, de hambre y de asfixia, en la prisión donde los tenían encerrados.

El 27 de agosto, de ochocientos setenta cipayos que huían de Lahore, seiscientos cincuenta y nueve fueron cruelmente muertos por los soldados del ejército real.

El 23 de setiembre, después de la toma de Delhi, tres príncipes de la familia real, el presunto heredero y sus dos primos, se rindieron sin condiciones al general Hodson, el cual les llevó con una escolta de cinco hombres solamente, pasando por entre una multitud

amenazadora de cinco mil indios; uno contra mil. Al llegar a la mitad del camino, Hodson hizo detener el carro en que eran conducidos los prisioneros; subió a él, les mandó descubrirse el pecho y mató a los tres a tiros de revólver. «Esta sangrienta ejecución por mano de un oficial inglés —dice Monsieur de Valbezen—, debía excitar en el Pendjab la más alta admiración.»

A consecuencias de la toma de Delhi se hicieron muchos prisioneros, de los cuales tres mil perecieron, o en la boca del cañón o en la horca, y con ellos murieron también veintinueve individuos de la familia real. Verdad es que el sitio de Delhi había costado a los sitiadores dos mil ciento cincuenta y un europeos y mil seiscientos ochenta y seis indígenas.

En Allahabad hubo también una horrible carnicería humana, no solamente entre los cipayos, sino entre las filas del pueblo bajo, que había sido excitado al saqueo por algunos fanáticos.

En Cawpore, el coronel Neil obligó a los condenados a muerte, antes de enviarlos al suplicio, a lamer y a limpiar con la lengua, proporcionalmente a su categoría de casta, las manchas de sangre que habían quedado en la casa donde habían perecido las víctimas de Nana Sahib, haciendo de este modo que a la muerte precediese el deshonor para aquellos indios.

Durante la expedición por la India central, las ejecuciones de prisioneros fueron continuas, y verdadero muro de carne humana caían por tierra bajo el fuego de la fusilería.

El 9 de marzo de 1858, en el ataque de la Casa Amarilla durante el sitio de Lucknow, después de un espantoso fusilamiento de cipayos, parece averiguado que uno de estos infelices fue quemado vivo por los sikhs a la vista misma de los oficiales ingleses.

El 11, cincuenta cadáveres de cipayos llenaron el foso del palacio de la Begum en Lucknow, sin que los soldados, ebrios de sangre, perdonasen a uno solo de los heridos. En fin, en doce días de combate, tres mil indígenas morían ahorcados o fusilados, y entre ellos trescientos ochenta fugitivos amontonados en la isla de Hidaspe, que se habían refugiado en Cachemira.

En suma, sin contar el número de cipayos muertos con las armas en la mano, durante aquella represión inexorable y que no admitía prisioneros, sólo en la campaña del Pendjab no bajaron de seiscientos veintiocho los indígenas fusilados por orden de la autoridad militar, ni de trescientos setenta los que sufrieron la misma suerte, por orden de la autoridad civil, ni de trescientos ochenta y seis los que fueron ahorcados por mandato de las dos autoridades.

En resumen: a principios del año 1859, se calculaba en más de ciento veinte mil el número de oficiales y soldados indígenas que habían perecido, y en más de doscientos mil el de indígenas paisanos que pagaron con su vida su participación, muchas veces dudosa, en la revuelta; terribles represalias contra las cuales, no sin razón quizá, protestó con energía Mr. Gladstone en el Parlamento inglés.

Era de importancia para la narración que va a seguir, establecer el balance de esta necrología, porque así podrá comprender el lector el odio insaciable que debía quedar en el corazón de los vencidos sedientos de venganza y en el de los vencedores, que diez años

después llevaban todavía el luto de las víctimas de Cawnpore y de Lucknow.

En cuanto a los hechos puramente militares de toda la campaña emprendida contra los rebeldes, comprenden las expediciones siguientes, que citaremos con brevedad. La primera es la campaña del Pendjab, que costó la vida a Sir John Laurence.

Después vino el sitio de Delhi, capital de la insurrección, reforzada por millares de fugitivos, y en la cual Mohamed Shah Bahadur fue proclamado emperador del Indostán. «Acabe usted con Delhi», había dicho imperiosamente el gobernador general al general en jefe, y el sitio principió en la noche del 13 de junio y terminó el 19 de diciembre, después de haber costado la vida a los generales Sir Harry Bernard y John Nicholson.

Por el mismo tiempo, después de haberse hecho proclamar Nana Sahib Peishwah y coronar en la fortaleza de Bilbour, el general Havelock verificó su marcha sobre Cawnpore, donde entró el 17 de julio, pero demasiado tarde para impedir la última matanza y apoderarse de Nana Sahib, que pudo huir con cinco mil hombres y cuarenta piezas de artillería.

Havelock emprendió en seguida su primera campaña en el reino de Oude, y el 28 de julio pasó el Ganges con mil setecientos hombres y diez cañones solamente, dirigiéndose sobre Lucknow.

Entonces entraron en escena Sir Colin Campbell y el mayor general Sir James Outram. El sitio de Lucknow duró ochenta y siete días y costó la vida a Sir Henry Lawrence y al general Havelock. Colin Campbell, después de haberse visto obligado a retirarse sobre Cawnpore, de cuya plaza se apoderó definitivamente, se preparó para una segunda campaña.

Mientras tanto, otras tropas libertaban a Mohir, una de las ciudades de la India central, y hacían una expedición por el territorio de Malwa, restableciendo en este reino la autoridad inglesa.

A principios de 1818, Campbell y Outram comenzaron la segunda campaña en el Oude, con cuatro divisiones de infantería mandadas por los mayores generales Sir James Outram y Sir Eduardo Lugar y los brigadieres Walpele y Franks. La caballería iba a las órdenes de Sir Hope Grant y las armas especiales a las de Wilson y Roberto Napier: eran unos veinticinco mil combatientes a los cuales debía unirse el maharajá del Nepal con doce mil gurkas. Pero el ejército insurgente de la Begum no contaba menos de ciento veinte mil hombres, y la ciudad de Lucknow de setecientos a ochocientos mil habitantes. Se dio el primer ataque el 6 de marzo; y el 16, después de una serie de combates en los cuales sucumbieron el capitán de navío Sir Williams Peel y el mayor Hobson, los ingleses se apoderaron de parte de la ciudad, situada a orillas del Gumti. A pesar de estas ventajas, la Begum y su hijo se resistieron todavía en el palacio de Muza-Bagh, al extremo Noroeste de Lucknow, mientras el jefe musulmán de la rebelión, refugiado en el centro mismo de la ciudad, se negaba a rendirse. El 19 un ataque de Outram, y el 21 un combate feliz, confirmaron por último a los ingleses en la plena posesión de aquel terrible foco de la insurrección de los cipayos.

En el mes de abril la rebelión entraba en su última fase. Se había enviado una

expedición al Rohilkhande, donde se habían refugiado los insurgentes en gran número, y la capital del reino, Bareilli, fue entonces el objetivo de los jefes del ejército real. Las tropas reales, al principio, fueron desgraciadas en sus tentativas, sufriendo una especie de derrota en Yudgespore, en la cual murió el brigadier Adriano Hope; pero a fines de mes llegó Campbell y recobró a Shah-Jahampore, y el 5 de mayo atacó a Bareilli y se apoderó de ella, pero sin poder impedir la fuga de los rebeldes.

Entretanto en la India central comenzaban las campañas de Sir Hugh Rose. Este general, en los primeros días de enero de 1858, marchó sobre Saungor, atravesando el reino de Bhopal; salvó a la guarnición el 3 de febrero, tomó el fuerte de Gurakota, diez días después; forzó el paso de los desfiladeros de los montes Vindhya por la garganta de Mandampore; atravesó el río Betwa; llegó delante de Jansi, defendida por once mil rebeldes a las órdenes de la feroz raní; la atacó el 22 de marzo en medio de un calor terrible; destacó dos mil hombres de su ejército para cerrar el camino a veinte mil hombres del contingente de Gwalior que acudían mandados por el famoso Tantia-Topi; venció a este jefe rebelde; dio el asalto a la ciudad el 2 de abril; forzó el muro; se apoderó de la ciudadela, de la cual la raní logró escaparse; continuó las operaciones contra el fuerte de Salpi, donde la raní y Tantia-Topi habían resuelto morir; se apoderó de él el 22 de mayo, después de un heroico asalto; continuó la campaña en persecución de la raní y de su compañero, que se habían refugiado en Gwalior; entró el 16 de junio en aquel territorio, con sus dos brigadas reforzadas por el brigadier Napier; derrotó a los rebeldes en Morar; se apoderó de la plaza el 18 y volvió a Bombay después de una campaña triunfal.

En uno de los encuentros entre las tropas avanzadas delante de Gwalior, fue donde murió la raní. Esta terrible reina, ardiente partidaria del nabab y su más fiel compañera durante la insurrección, fue muerta por la misma mano de Sir Eduardo Munro. Nana Sahib sobre el cadáver de Lady Munro, en Cawnpore, y el coronel sobre el cadáver de la raní en Gwalior, resumían en sí la rebelión y la represión y eran el tipo de los dos bandos enemigos. Su odio debía producir efectos terribles, si se encontraban alguna vez frente a frente.

Desde aquel momento pudo considerarse la insurrección como dominada, excepto quizás en algunas comarcas del reino de Oude. Campbell entró de nuevo en campaña el 2 de noviembre; se apoderó de las últimas posiciones de los rebeldes y obligó a varios jefes importantes a someterse. Sin embargo, uno de ellos, llamado Beni Madho, no pudo ser hallado, y en diciembre se supo que se había refugiado en un distrito limítrofe del Nepal. Asegurábase que Nana Sahib, Balao-Rao, su hermano, y la Begum de Oude, se hallaban con él. Después, en los últimos días del año, corrió el rumor de que habían buscado asilo a orillas del Rapti, en los límites de los reinos de Nepal y del Oude. Campbell les persiguió vivamente, pero consiguieron pasar la frontera, y solamente en los primeros días de febrero de 1859 pudo seguirles hasta el Nepal una brigada inglesa, uno de cuyos regimientos iba mandado por el coronel Munro. Beni Madho fue muerto; la Begum de Oude y su hijo fueron hechos prisioneros y obtuvieron permiso para residir en la capital del Nepal. En cuanto a Nana Sahib y Balao-Rao, por largo tiempo se les creyó muertos. Ya hemos visto

que no lo estaban.

De todos modos, la formidable insurrección había sido aniquilada. Tantia-Topi, condenado a muerte, fue ejecutado el 15 de abril en Sipri. Este rebelde, figura verdaderamente notable del gran drama de la insurrección —dice Monsieur de Valbezen—, y que dio pruebas de genio político, audaz y estratégico, murió valerosamente en el cadalso.

Sin embargo, el fin de aquella rebelión de cipayos, que hubiera podido costar la India a los ingleses si se hubiera extendido a toda la península, y sobre todo si la sublevación hubiera sido nacional, debía traer consigo la caída de la Compañía de Indias.

Ya el comité directivo estaba amenazado de destitución, por Lord Palmerston, a fines de 1857.

El 1.º de noviembre de 1858, se publicó una proclama en veinte lenguas anunciando que Su Majestad Victoria Beatriz, reina de Inglaterra, tomaba el cetro de la India, de la cual debía ser coronada emperatriz pocos años después.

Esta fue la obra de Lord Stanley. Al gobernador general de la India sucedió un virrey con un secretario de Estado y quince individuos que componían el gobierno central. Los miembros del Consejo de la India, nombrados por el Gobierno inglés, los gobernadores de las presidencias de Madrás y de Bombay, nombrados igualmente por la reina; los jefes del servicio indio y los comandantes elegidos por el secretario de Estado, fueron las principales disposiciones del nuevo régimen.

En cuanto a las fuerzas militares, el ejército real cuenta hoy diecisiete mil hombres más que antes de la insurrección de los cipayos, o sean cincuenta y dos regimientos de infantería, nueve de fusileros y una artillería considerable, quinientos hombres en cada regimiento de caballería y setecientos por batallón de infantería.

El ejército indígena se compone de ciento treinta y siete regimientos de infantería y cuarenta de caballería, pero su artillería es europea casi sin excepción.

Tal es el estado actual de la península bajo el punto de vista administrativo y militar, y tal es el total de las fuerzas que custodian un territorio de cuatrocientas mil millas cuadradas.

CAPÍTULO IV

LAS CUEVAS DE ELLORA

El príncipe maharata Dandu-Pant, el hijo adoptivo de Bayi-Rao, peishwah de Puna, en una palabra Nana Sahib, casi el único jefe que había sobrevivido a la rebelión de los cipayos, había podido abandonar su retiro inaccesible del Nepal. Audaz, habituado a los peligros, hábil para burlar las persecuciones, diestro en el arte de confundir su pista, profundamente astuto, se había aventurado hasta las provincias del Nepal impulsado por su odio, siempre vivo, a los europeos, que se había centuplicado a consecuencia de las terribles represalias de la insurrección de 1857.

Nana Sahib odiaba mortalmente a los poseedores de la India. Era el heredero de Bayi-Rao, y cuando esta peishwah murió en 1851, la compañía se negó a continuar en Nana Sahib la pensión de ocho lakhs de rupias (dos millones de francos) que daba a Bayi-Rao. Este fue el origen de aquel odio que debía producir tan graves hechos.

Pero, ¿qué esperaba Nana Sahib? Hacía ocho años que la rebelión de los cipayos estaba dominada completamente; el Gobierno inglés había remplazado poco a poco a la ilustre Compañía de las Indias y tenía la península entera bajo una dominación mucho más fuerte que sociedades de mercaderes. De la rebelión no quedaban vestigios ni siquiera en las filas del ejército indígena, enteramente reorganizado sobre nuevas bases. ¿Pretendía Nana fomentar un movimiento insurreccional entre las clases bajas del Indostán? Poco se tardará en conocer sus proyectos; en todo caso, lo que no ignoraba ya era que su presencia había sido notada en la provincia de Aurengabad; que el gobernador general había comunicado la noticia al virrey residente en Calcuta, y que su cabeza había sido pregonada. Lo cierto era que había tenido que huir precipitadamente, y refugiarse otra vez en un lugar tan oculto, que pudiera burlar las pesquisas de los agentes de la Policía anglo-india.

Durante la noche del 6 al 7 de marzo, no perdió una hora de tiempo. Conocía perfectamente el país y resolvió dirigirse a Ellora, situada a veinticinco millas de Aurengabad, donde se hallaba uno de sus cómplices.

La noche era oscura. El falso faquir, después de haberse cerciorado de que no era perseguido, se dirigió hacia el mausoleo levantado a poca distancia de la ciudad, en honor del mahometano Shah-Sofi, santo cuyas reliquias tienen la reputación de realizar curas maravillosas. Todos dormían entonces en el mausoleo, sacerdotes y peregrinos, y Nana Sahib pudo pasar sin ser importunado por ninguna pregunta indiscreta.

Sin embargo, la oscuridad no era tan densa que cuatro leguas más al Norte, no pudiera divisarse el perfil enorme del gran trozo de granito que sostiene el fuerte inexpugnable de Daulutabad, y que domina en medio de una llanura de doscientos veinte pies de elevación. Al verlo, el nabab recordó que uno de los emperadores del Decán, antepasado suyo, había querido establecer su capital en la vasta ciudad, edificada antiguamente junto a la base de aquella fortaleza. Y en verdad, habría sido una posición inexpugnable y a propósito para constituirse en centro de un movimiento insurreccional en aquella parte de la India. Pero Nana Sahib volvió la cabeza y no tuvo más que una mirada de odio para aquella plaza que a la sazón estaba en manos de sus enemigos.

Después de atravesar la llanura, encontró una región más accidentada. Eran las primeras ondulaciones de un suelo que en breve iba a hacerse montañoso. Nana Sahib, en todo el vigor de su edad, no disminuyó la rapidez de su marcha al penetrar en el país más accidentado. Quería andar veinticinco millas aquella noche; es decir, atravesar la distancia que separaba a Ellora de Aurengabad. En Ellora esperaba poder descansar con toda seguridad, y por eso no se detuvo ni en el Caravan-Serrall, abierto para todos los pasajeros, que encontró en el camino, ni en un *bungalow* medio arruinado donde hubiera podido dormir una o dos horas en el centro del país llano.

Al salir el sol, el fugitivo dio un rodeo para no pasar por la aldea de Rauzah, que

posee el sepulcro del más grande de los emperadores mogoles, Aureng-Zeb; y por último llegó al célebre grupo de excavaciones que han tomado su nombre de la pequeña aldea inmediata, Ellora.

La colina en que se han abierto estas cuevas, en número de unas treinta, se extiende en forma de media luna, y contiene cuatro templos, veinticuatro monasterios budistas y algunas grutas menos importantes. Allí la cantera de basalto ha sido grandemente explotada por la mano del hombre; pero los arquitectos indios de los primeros siglos de la era cristiana no han extraído piedras de aquella cantera para construir las obras maestras, dispersas acá y allá por la inmensa superficie de la península india. No; aquellas piedras han sido separadas de su sitio precisamente para hacer huecos en la cantera, y estos huecos son los que se han convertido en *chaityas o viharas*, según el destino que se les ha dado.

El más extraordinario de estos templos es el de los kailas. Es un trozo de ciento veinte pies de altura y seiscientos de circunferencia, que ha sido arrancado audazmente de la montaña misma, y después le han colocado en medio de una plaza de trescientos sesenta pies de longitud por ciento ochenta y seis de altura, plaza que los instrumentos de cantería han conquistado a expensas de la cantera basáltica. Desprendido este enorme trozo, los arquitectos le han labrado como un escultor labra un trozo de marfil. En el exterior han formado columnas, pirámides, cúpulas y bajorrelieves, en los cuales varios elefantes de un tamaño mayor que el natural parecen sostener el edificio entero; y en el interior han abierto una vasta sala rodeada de capillas y cuya bóveda reposa sobre columnas separadas de la masa total. En fin, de este monolito han hecho un templo que no ha sido *construido* en el verdadero sentido de la palabra, templo único en el mundo digno de figurar entre los edificios más maravillosos de la India, y que nada tiene que desear en comparación con los hipogeos del antiguo Egipto.

Este templo, casi abandonado, lleva impresas las huellas del tiempo. En algunas partes se va deteriorando; sus viejos realces se alteran como las paredes de la cantera de donde se le ha sacado. Todavía no tiene más que mil años de existencia; pero lo que para las obras de la Naturaleza es la infancia, para las obras humanas es la caducidad. Profundas grietas se han abierto en el basamento lateral de la izquierda;

y por una de esas aberturas, medio oculta por la grupa de los elefantes de que hemos hablado, se introdujo Nana Sahib, sin que nadie hubiera podido sospechar su llegada a Ellora. La grieta daba interiormente a un corredor oscuro, que, atravesando el basamento, entraba bajo la cripta del templo. Allí se abría una especie de cisterna, seca a la sazón, que servía de receptáculo a las aguas pluviales. Cuando Nana Sahib penetró en el corredor, dio un silbido, al cual respondió otro idéntico, no por efecto del eco, sino porque había otro hombre que respondía. Una luz brilló entonces en la oscuridad, y poco después apareció un indio con un farolillo en la mano.

—No necesito luz —dijo Nana Sahib.

—¿Eres tú, Dandu-Pant? —preguntó el indio apagando su farol.

—Yo soy.

—¿Qué ocurre?

—Dame de comer primero —dijo Nana Sahib—, y después hablaremos. Pero ni para hablar, ni para comer, necesito luz; toma mi mano y guíame.

El indio cogió la mano de Nana Sahib y le llevó al fondo de la estrecha cripta, ayudándole a tenderse sobre el montón de hierbas del cual se acababa de levantar y donde el silbido de Nana le había interrumpido el sueño.

Aquel hombre, acostumbrado a moverse en el oscuro recinto, encontró en breve provisiones de pan, una especie de pastel de *murguis* preparado con carne de unos pollos muy comunes en la India, y una calabaza que contenía un cuartillo de ese violento licor conocido con el nombre de *arak* y producido por la destilación del zumo del cocotero.

Nana Sahib comió y bebió sin pronunciar una palabra, porque estaba medio muerto de hambre y de cansancio. Toda su vida se concentraba entonces en sus ojos, que brillaban en la sombra como las pupilas del tigre. El indio, inmóvil, esperaba a que el nabab quisiera hablar.

Aquel hombre era Balao-Rao, el hermano de Nana Sahib.

Balao-Rao, hermano mayor de Dandu-Pant, pero que apenas le llevaba un año, se le parecía físicamente hasta el punto de poderse confundir con él; y en lo moral era idéntico a Nana Sahib: ambos tenían el mismo odio a los ingleses, la misma astucia en sus proyectos, la misma crueldad en sus actos; eran un alma en dos cuerpos. Habían estado juntos durante la rebelión; y después de la derrota, el mismo campamento de la frontera del Nepal les había dado asilo, y a la sazón, unidos en el mismo pensamiento de emprender de nuevo la lucha, se hallaban con igual disposición para emprenderla.

Cuando Nana Sahib estuvo confortado por la comida, devorada apresuradamente, permaneció todavía pensativo, con la cabeza apoyada en las manos. Balao-Rao, pensando que quería reponerse con algunas horas de sueño, continuaba guardando silencio.

Pero al cabo de un rato, Dandu-Pant levantó la cabeza, tomó la mano de su hermano y, con voz sorda, dijo:

—Me han visto en la presidencia de Bombay. Mi cabeza está pregonada por el gobernador de la presidencia, y prometen dos mil libras por mi captura.

—Dandu-Pant —exclamó el otro—, tu cabeza vale mucho más que eso. Dos mil libras apenas bastarían para pagar la mía, y antes de tres meses se considerarían dichosos si pudieran pagar las dos con veinte mil libras.

—Sí —respondió Nana Sahib—, dentro de tres meses, el veintitrés de junio, es el aniversario de la batalla de Plassey, cuyo centenario en mil ochocientos cincuenta y siete debía ser el fin de la dominación inglesa y el principio de la emancipación de nuestra raza. Nuestros profetas lo habían predicho, y nuestros poetas lo habían cantado. Dentro de tres meses, hermano, habrán transcurrido ciento nueve años, y el suelo de la India permanece todavía hollado por el pie de los invasores.

—Dandu-Pant —respondió Balao-Rao—, lo que no ha tenido éxito en mil ochocientos cincuenta y siete puede y debe tenerlo diez años después. En mil ochocientos veintisiete, treinta y siete y cuarenta y siete, ha habido movimientos en la India. Cada diez años los indios han sentido la fiebre de la insurrección; pues bien, este año se la curarán

bañándose en torrentes de sangre europea.

—¡Que Brahma nos guíe! —murmuró Nana Sahib—. Y entonces, suplicio por suplicio; ¡desdichados los jefes del ejército real que caigan bajo los golpes de los cipayos! Laurence, Bernard, Hope, Napier, Hobson, Havelock han muerto; pero otros han sobrevivido. Campbell y Rose viven todavía, y con ellos el que yo más odio, ese coronel Munro, ese descendiente del verdugo que fue el primero que hizo atar los indios a la boca de los cañones; ese hombre que mató por su mano a mi compañera, la raní de Jansí. Si cae en mi poder, ya verá que no he olvidado los horrores del coronel Neil, las matanzas de Sekander Bagh, los asesinatos del palacio de la Begum, de Bairelli y de Delhi. Ya verá que no he olvidado que ha jurado mi muerte como yo he jurado la suya.

—¿No se ha retirado ya del ejército?

—¡Oh! —respondió Nada Sahib—. Cuando estalle la insurrección volverá al servicio; pero si la insurrección aborta, iré yo mismo a darle de puñaladas hasta su *bungalow* de Calcuta.

—¿Y ahora?

—Ahora es preciso continuar la obra comenzada. Esta vez el movimiento será nacional. Que se subleven los habitantes de las ciudades y de los campos, y pronto los cipayos harán causa común con ellos. He recorrido el centro y el norte del Decán, y en todas partes he encontrado los ánimos preparados para la insurrección. No hay ciudad ni aldea donde no tengamos jefes prontos a unirse al movimiento. Los brahmanes inducirán al pueblo; esta vez la religión arrastrará al combate a los sectarios de Siva y de Visnú; y en la época en que se determine, a una señal convenida, se levantarán millones de indios, y el ejército real quedará aniquilado.

—Y Dandu-Pant... —dijo Balao-Rao, tomando la mano de su hermano.

—Dandu-Pant —respondió Nana Sahib—, no será solamente el Peishwah coronado en el fuerte de Biluhr; será el soberano de la tierra sagrada de la India.

Dicho esto, Nana Sahib, con los brazos cruzados y la mirada vaga de los que observan, no el pasado ni el presente, sino el porvenir, quedó callado.

Balao-Rao no quiso interrumpir sus meditaciones; complaciase en dejar que aquella alma feroz se inflamase en sus propios elementos, y en caso necesario estaba él allí para atizar el fuego que en ella ardía. Nana Sahib no podía tener un cómplice más estrechamente unido a su persona, ni un consejero más ardiente para impulsarle hacia su objeto. Ya hemos dicho que Balao-Rao era un segundo Nana Sahib.

Éste después de algunos minutos, levantó la cabeza, y volviendo a pensar en la situación presente, dijo:

—¿Dónde están nuestros compañeros?

—En las cavernas de Adyuntha, donde nos esperan, según hemos convenido —dijo Balao-Rao.

—¿Y los caballos?

—Los he dejado cerca de aquí, en el camino que conduce de Ellora a Boregamí.

—¿Cuida de ellos Kalagani?

—Sí, están bien cuidados y bien descansados, y podemos marchar cuando quieras.

—Marchemos —dijo Nana Sahib—; hay que estar' en Adyuntha antes de que salga el sol.

—¿Y desde allí, adonde iremos? —preguntó Balao-Rao—. ¿No ha contrariado tus proyectos esta precipitada fuga?

—No —respondió Nana Sahib—. Iremos a los montes Sautpurra; conozco sus desfiladeros, y en ellos puedo burlar las pesquisas de la Policía inglesa. Allí estaremos, además, en el territorio de los bihls y de los gunds, fieles a nuestra causa, y allí podremos esperar el momento favorable en esa región montañosa de Vindya, donde está siempre pronto a levantarse el fermento de la insurrección.

—¡En marcha! —exclamó Balao-Rao—. ¡Ah!, prometen dos mil libras a quien te entregue, pero no

basta poner una cabeza a precio, es preciso atraparla.

—No la atraparán —respondió Nana Sahib—. Vamos, no perdamos tiempo.

Balao-Rao se adelantó con paso seguro por el estrecho corredor que conducía al oscuro retiro abierto bajo el pavimento del templo. Cuando hubo llegado al orificio oculto por la grupa del elefante de piedra, sacó prudentemente la cabeza, miró a derecha e izquierda, y viendo que todo estaba desierto, se aventuró a salir. Para mayor precaución anduvo unos veinte pasos por la calle que seguía el eje del templo, y no viendo nada sospechoso, dio un silbido para indicar a Nana Sahib que el camino estaba libre.

Pocos instantes después, ambos hermanos salían de aquel valle artificial de media legua de longitud, todo perforado por galerías, bóvedas y excavaciones abiertas unas sobre otras hasta una gran altura. Dieron un rodeo para no pasar cerca del mausoleo que sirve de *bungalow* a los peregrinos o a los curiosos de todas las naciones atraídos por las maravillas de Ellora, y después se hallaron en el camino de Adyuntha a Boregamí.

La distancia que tenían que recorrer para ir desde Ellora a Adyuntha era de unos ochenta kilómetros; pero Nana Sahib que no era ya el fugitivo de Aurengabad que andaba sin medios de transporte. Como le había anunciado Balao-Rao, tres caballos le esperaban en el camino, custodiados por el indio Kalagani, fiel servidor de Dandu-Pant. Estos caballos estaban ocultos en un bosque espeso a una milla de la aldea. El uno era para Nana Sahib; el otro para Balao-Rao, y el tercero para Kalagani. En breve los tres galopaban en dirección a Adyuntha. Por otra parte, nadie hubiera extrañado el ver un faquir a caballo, porque gran número de estos descarados mendigos piden limosna desde lo alto de su cabalgadura.

Nana Sahib y sus dos compañeros galopaban rápidamente, sin tener ningún obstáculo que pudiera retardar su viaje. No tomaron más tiempo que el necesario para dar pequeños descansos a los caballos, y durante estos descansos, despachaban las provisiones que Kalagani llevaba en el arzón de la silla. Así evitaron los sitios más frecuentados de la provincia, los *bungalows* y las aldeas, y entre otras, la de Roya, triste conjunto de casas negras, ahumadas por el tiempo, como las de Cornualles y Pulmari, pequeña aldea perdida entre las plantaciones de un país salvaje.

El suelo era llano y unido; en todas direcciones se extendían campos de brezos

surcados de espesos matorrales, pero en las cercanías de Adyuntha el país se presenta más accidentado.

Soberbias grutas, que llevan este nombre, rivales de las maravillosas de Ellora, ocupan la parte inferior del pequeño valle, a media legua de la población. Nana Sahib podía, pues, dispensarse de pasar por Adyuntha, donde debía haberse fijado el edicto del gobernador, evitando de este modo el ser conocido.

Quince horas después de haber salido de Ellora, sus dos compañeros y él penetraban por un estrecho desfiladero que conducía al célebre valle cuyos veintisiete templos contruidos en la roca se inclinan sobre vertiginosos abismos.

La noche era hermosa; las constelaciones resplandecían, pero no había luna. Altos árboles, bananeros y algunos de esos *bars* que se cuentan entre los gigantes de la flota india, destacaban su perfil negro sobre el fondo estrellado del cielo. Ni un soplo de aire atravesaba la atmósfera, ni se movía una hoja, ni se oía ningún ruido más que el sordo murmullo de un torrente que corría a unos cien pasos de allí por el fondo de un barranco. Pero aquel murmullo aumentó y llegó a ser un verdadero rugido, cuando los caballos llegaron a la cascada de Satkhound, que se precipita de una altura de cincuenta toesas, desgarrándose en las puntas de las rocas de cuarzo y de basalto. Un polvo líquido formaba torbellinos en el desfiladero, y se hubieran matizado con los siete colores del arco iris si la luna hubiera iluminado el horizonte de aquella hermosa noche de primavera.

Nana Sahib, Balao-Rao y Kalagani habían llegado a su destino. Al salir del desfiladero y al volver un recodo que formaba la salida, se presentó a sus ojos el valle enriquecido por las obras maestras de la arquitectura budista. Allí, en las paredes de aquellos templos, profusamente adornados de columnas, de rosetones, de galerías salientes y pobladas de figuras colosales, de animales de formas fantásticas, con sombrías celdas habitadas en otros tiempos por los sacerdotes y por los guardas de aquellas mansiones sagradas, el artista puede todavía admirar algunos frescos que parecen pintados pocas horas antes y que representan ceremonias reales, procesiones religiosas, batallas en que figuran todas las armas de la época, tal y como existieron en ese espléndido país de la India en los primeros tiempos de la Era Cristiana.

Nana Sahib conocía todos los secretos de tan misteriosos recintos, porque más de una vez sus compañeros y él, perseguidos de cerca por las tropas reales, se habían refugiado en ellos en los peores días de la insurrección. Las galerías subterráneas que los unían; los sinuosos conductos que se cruzaban en todos los ángulos, las mil ramificaciones de aquel laberinto tan intrincado que hubiera cansado aun a los más pacientes, todo, en una palabra, le era familiar. No podía perderse allí aun cuando no hubiera llevado una luz que iluminase las sombrías profundidades.

A pesar de la oscuridad de la noche se dirigió rectamente, como hombre seguro de sus actos, a una de las excavaciones menos importantes del grupo. La entrada de esta excavación estaba obstruida por una cortina de arbustos espesos y un montón de piedras gruesas, que parecían haberse derrumbado hasta allí entre las malezas del suelo, y las plantas lapidarias de la roca. El nabab rozó con sus uñas la pared, y esta sencilla acción

bastó para señalar su presencia a la entrada de la excavación.

Inmediatamente aparecieron dos o tres cabezas de indios entre los intersticios de las ramas; después otras diez; luego otras veinte, y en breve salieron los indios, como serpientes de entre las piedras, y formaron un grupo de unos cuarenta hombres bien armados.

—¡En marcha! —dijo Nana Sahib.

Y aquellos fieles compañeros del nabab le siguieron sin pedir explicación y sin saber adonde les conducía, prontos a hacerse matar a la menor señal suya. Iban a pie, pero sus piernas podían competir en velocidad con las de un caballo.

La caravana penetró por el desfiladero que costaba el abismo; subió hacia el Norte y rodeó la cresta de la montaña, llegando unas horas después al camino del Kandeish, que iba a perderse en las gargantas de los montes Sautpurra.

Al amanecer pasaron por el empalme del ferrocarril de Bombay a Altahabad en Nagpore y por la misma vía principal que corre hacia el Nordeste. En aquel momento el tren de Calcuta corría a toda velocidad, arrojando su vapor blanco a los soberbios bananeros y sus mugidos a las fieras asustadas de los bosques.

El nabab detuvo su caballo, y con voz fuerte y tendiendo su mano hacia el tren que corría, exclamó:

—Ve a decir al virrey de la India que Nana Sahib vive todavía y que anegará en la sangre de los invasores ese ferrocarril, obra maldita de sus manos.

CAPÍTULO V

EL MONSTRUO DE ACERO

No hubo jamás asombro más profundo que el que poseía a los transeúntes por el camino real de Calcuta a Chandernagor, hombres, mujeres, niños, indios lo mismo que ingleses, en la mañana del seis de mayo; y, en realidad, la sorpresa era muy natural.

En efecto, al salir el sol, salía también de uno de los arrabales apartados de la capital de la India, entre dos filas densas de curiosos, un tren extraño, si se puede dar el nombre de tren al admirable aparato que subía por la orilla del río Hougli.

A la cabeza, y como único motor del tren, marchaba tranquila y misteriosamente un elefante gigantesco de veinte pies de altura, de treinta de longitud y de una anchura proporcionada. Su trompa iba medio enroscada en forma de enorme cuerno de la abundancia y llevando la punta al aire. Sus colmillos eran dorados y sobresalían de su enorme mandíbula como dos hoces amenazadoras. Sobre su cuerpo, de un color verde oscuro con extrañas manchas, se extendía un rico paño de colores vivos bordado de filigrana de plata y oro con una franja y gruesas borlas de seda. Sobre su espalda sostenía una especie de torrecilla muy adornada, coronada de una cúpula redonda al estilo indio. Las paredes de esta torrecilla estaban provistas de cristales lenticulares semejantes a la claraboya de la cámara de un buque. Aquel elefante arrastraba tras sí un tren compuesto de

dos enormes coches, o, mejor dicho, de dos verdaderas casas, especie de *bungalows* portátiles, montado cada uno sobre cuatro ruedas estriadas en los cubos, en los rayos y en las llantas. Estas ruedas, de las cuales no se veía nada más que el segmento exterior, se movían en tambores que ocultaban a medias el basamento de los enormes aparatos de locomoción; y un puentecillo articulado que se prestaba a los caprichos de todas las vueltas que diera el tren, unía el primer coche al segundo.

¿Cómo un solo elefante, por fuerte que fuera, podía arrastrar aquellos dos edificios macizos, sin ningún esfuerzo aparente? Nadie lo sabía; y, sin embargo, el asombroso animal marchaba con facilidad; sus anchas patas se levantaban y se bajaban automáticamente con una regularidad mecánica, y pasaba inmediatamente del paso al trote sin que la voz ni la mano de un mahut se dejaran oír ni ver.

Esto es lo que asombraba a los curiosos y les hacía detenerse a cierta distancia. Pero cuando se acercaban al coloso, su asombro se convertía en admiración al observar lo siguiente:

Ante todo se oía una especie de mugido cadencioso muy semejante al grito particular de esos gigantes de la fauna india, y de cuando en cuando se escapaba de la trompa, levantada hacia el cielo, una espesa nube de vapor.

Sin embargo, aquél era un elefante. Su piel rugosa, de un color verde negruzco, cubría sin duda una de esas osamentas poderosas de que la Naturaleza ha dotado al rey de los paquidermos. Sus ojos brillaban con el resplandor de la vida; sus miembros estaban dotados de movimiento.

Así parecía, en efecto. Pero si algún curioso se hubiera atrevido a tocar con su mano al enorme animal, todo se hubiera explicado. No era más que una imitación sorprendente, una máquina que tenía todas las apariencias de la vida, aun contemplada de cerca. Aquel elefante era de acero y encerraba en su interior una locomotora de caminos ordinarios.

En cuanto al tren, o sea, a la «Casa de Vapor», para emplear la calificación que le conviene, era la habitación portátil prometida por el ingeniero.

El primer coche, o, mejor dicho, la primera casa, servía de habitación al coronel Munro, al capitán Hod, a Banks y a mí.

La segunda estaba destinada para el sargento MacNeil y para los dependientes que formaban el personal de la expedición.

Banks había cumplido su promesa y el coronel Munro la suya. Por eso, en la mañana del seis de mayo, habíamos salido en aquel tren extraordinario para visitar las regiones septentrionales de la península india.

Pero ¿con qué fin se había construido aquel elefante artificial? ¿Por qué semejante capricho, tan contrario al espíritu práctico de los ingleses? Hasta entonces nadie había imaginado dar a una locomotora destinada a circular, ya por los caminos ordinarios, ya por los carriles de hierro, la forma de un cuadrúpedo cualquiera.

Preciso es confesar que la primera vez que fuimos admitidos para examinar aquella sorprendente máquina quedamos asombrados. Las preguntas asaltaron a nuestro amigo Banks; la locomotora había sido construida con arreglo a sus planos y bajo su dirección;

¿quién, pues, le había podido decir que la metiera entre las paredes de un elefante mecánico?

—Amigo mío —se conformó con responder seriamente Banks—, ¿conocía usted al rajá de Busham?

—Yo le conozco —le dijo el capitán Hod—, o, mejor dicho, le conocía, porque hace tres meses que ha muerto.

—Pues bien, antes de morir —respondió el ingeniero—, no solamente estaba vivo, sino que vivía de muy distinta manera que los demás. Gustaba de todo género de lujo y de fiestas; quería ver satisfechos todos sus caprichos y no se negaba nada de lo que le pasara por la cabeza. Su cerebro gustaba imaginar lo imposible, y si su tesoro no hubiera sido inagotable, se habría agotado en realizar tantas cosas como imaginaba. Era rico como los nabab de la antigüedad, y los lakhs de rupias y el oro abundaban en sus cajas. Si alguna vez tenía disgustos era por no poder gastar su dinero de una manera un poco menos vulgar que sus colegas los millonarios. Un día se le ocurrió una idea que pronto tomó posesión de su ánimo y no le dejó dormir; era una idea que hubiera puesto orgulloso a Salomón y que habría realizado seguramente si hubiese conocido el vapor. Consistía en viajar de una manera absolutamente nueva hasta entonces y tener un tren como nadie hubiera podido soñarlo. Me conocía; me llamó a su corte y me dibujó, por sí mismo, el plano de su aparato de locomoción.

»No crean ustedes que yo solté la carcajada al oír la proposición del rajá. Al contrario, comprendí perfectamente que tan grandiosa idea era natural que naciera en el cerebro de un soberano indio, y no tuve más que un deseo: el de realizarla lo más pronto posible y en condiciones que pudieran satisfacer mi amor propio y la imaginación de mi poético cliente. Un grave ingeniero no siempre tiene ocasión de penetrar en la región de la fantasía y de aumentar con un animal de su creación la fauna del Apocalipsis o las invenciones de las *Mil y una noches*. En resumen, el capricho del rajá era realizable; ya saben ustedes lo que se ha hecho, lo que se puede hacer y lo que se hará en mecánica. Yo puse manos a la obra, y en esa cubierta de acero en forma de elefante logré encerrar la caldera, el mecanismo y el ténder de una locomotora de caminos ordinarios con todos sus accesorios. La trompa articulada, que en caso de necesidad puede levantarse y bajarse, me sirvió de chimenea; un excéntrico me permitió sujetar las piernas del animal a las ruedas del aparato; dispuse sus ojos a manera de cristales de un faro para que pudiera proyectar dos chorros de luz eléctrica. De esta forma quedó terminado el elefante artificial. Pero esta creación no fue espontánea; encontré más de una dificultad que vencer y que no pudo resolverse en la primera tentativa. Ese motor, juguete inmenso si ustedes quieren, me costó muchas vigiliass, tanto que el rajá, que no podía dominar su impaciencia y pasaba lo mejor de su vida en mis talleres, murió antes que el último martillazo del ajustador permitiese al elefante echar a andar por el campo. El desventurado no tuvo tiempo de probar su casa portátil. Sus herederos, menos caprichosos que él, miraron este aparato con terror y superstición, como obra de un loco, y se apresuraron a deshacerse de él a vil precio. Entonces yo lo compré para uso del coronel. Ya saben ustedes ahora, amigos míos, cómo y

por qué nosotros solos en el mundo disponemos de un elefante de vapor de ochenta caballos de fuerza, por no decir de ochenta elefantes de a trescientos kilogramos.

—¡Bravo, Banks, bravo! —dijo el capitán Hod—. Un ingeniero, que además es artista y, digámoslo así, poeta en materia de hierro y acero, es una cosa muy extraordinaria en el mundo.

—Muerto el rajá —añadió Banks—, y comprado su tren, no he tenido valor para destruir mi elefante y dar a la locomotora su forma ordinaria.

—Y ha hecho usted muy bien —replicó el capitán—. ¡Es soberbio nuestro elefante! ¡Qué efecto vamos a producir con ese gigantesco animal cuando nos pasee por las llanuras y los bosques del Indos tán! Es una idea de rajá; una idea que vamos a aprovechar nosotros; ¿no es verdad, mi coronel?

El coronel Munro casi se había sonreído, lo cual era equivalente a una aprobación completa de las palabras del capitán. Decidióse, pues, el viaje, y he aquí cómo un elefante de acero, un animal único en su género, un leviatán artificial, arrastraba la casa de ruedas de cuatro ingleses, en vez de pasear en toda su pompa a uno de los más opulentos rajás de la península india.

¿Cómo estaba construida aquella locomotora para cuya realización Banks había empleado todos los perfeccionamientos de la ciencia moderna?

Entre las cuatro ruedas se prolongaba el conjunto del mecanismo: cilindros, cajas, bomba de alimentación, excéntricos y el cuerpo de la caldera. Esta caldera tubular tenía sesenta metros cuadrados de superficie y estaba enteramente contenida en la parte anterior del cuerpo del elefante, sirviendo la parte posterior para el ténder, destinado a llevar el agua y el combustible. La caldera y el ténder, montados sobre la misma roldana, estaban separados por un espacio libre reservado para el servicio del fogonero. El maquinista iba en la torrecilla construida a prueba de bala, que coronaba el cuerpo del animal y en la cual, en caso de algún ataque serio, podía refugiarse toda nuestra gente. Al alcance del maquinista se hallaban las válvulas de seguridad y el aparato para indicar la tensión del fluido, y bajo su mano estaba el regulador y la palanca que le servían el uno para graduar la introducción del vapor, y la otra para maniobrar las cajas y, por consiguiente, para hacer andar la máquina adelante o atrás. Desde la torrecilla, a través de espesos cristales lenticulares dispuestos a propósito, podía observar el camino que tenía ante sí, y un pedal le permitía seguir las curvas, cualesquiera que fuesen, modificando el ángulo de las ruedas anteriores.

Resortes del mejor acero, fijos en los ejes, sostenían la caldera y el ténder amortiguando el impulso de las sacudidas causadas por las desigualdades del suelo. En cuanto a las ruedas, de solidez a toda prueba, eran rayadas en las llantas, a fin de que pudieran morder el terreno e impedir que resbalase el tren.

Como nos había dicho Banks, la fuerza nominal de la máquina era de ochenta caballos, pero se podía obtener una de ciento cincuenta efectivos sin temor de que se produjera una explosión. Esta máquina, combinada según los principios del sistema «Field», era de doble cilindro con roquete variable. Una caja herméticamente cerrada envolvía todo el mecanismo para preservarlo del polvo de los caminos, que podría alterar

sus órganos. Su gran perfección consistía sobre todo en que gastaba poco y producía mucho. En efecto, jamás el gasto medio comparado con el efecto útil, había sido tan bien proporcionado, ya se calentase la caldera con carbón o con leña, porque las rejillas del fogón estaban hechas a propósito para toda especie de combustible. En cuanto a la velocidad normal de la locomotora, el ingeniero la calculaba en veinticinco kilómetros por hora, pero decía que en un terreno favorable podría andar cuarenta. Las ruedas, como he dicho, no estaban expuestas a resbalar, porque no solamente iban estriadas en las llantas para morder en el suelo, sino que, montado el aparato sobre resortes de primera clase, el peso se repartía igualmente y se evitaban las sacudidas. Además, las ruedas podían ser dominadas fácilmente por frenos atmosféricos que podían producir ya una detención progresiva, ya instantánea.

Por otra parte, era notable la facilidad de esta máquina para subir las cuestas. Banks había obtenido los más eficaces resultados, calculando el peso y la fuerza propulsora, ejercida en cada uno de los pistones de su locomotora. Así es que podía subir pendientes hasta de diez y de doce centímetros por metro, lo cual es considerable.

Por lo demás, los caminos que los ingleses han establecido en la India y cuya red tiene un desarrollo de muchos millares de millas, son magníficos, y se prestan grandemente a este género de locomoción. Sólo la arteria principal, llamada Great Trunk Road, que atraviesa la península, se extiende por un espacio no interrumpido de mil doscientas millas, o sea, cerca de dos mil kilómetros.

Hablemos ahora de la «Casa de Vapor», arrastrada por el elefante artificial.

Lo que Banks había comprado a los herederos del nabab por cuenta del coronel Munro, no era solamente la locomotora, sino también el tren que debía remolcar. No es de admirar que el rajá de Busham lo hubiese hecho construir a su capricho y según la moda de la India. La he llamado ya un *bungalow* portátil, y merece este nombre de verdad, porque los dos coches que lo componían eran una maravilla de la arquitectura del país.

Figúrese el lector dos especies de pagodas sin minaretes, con sus techos de doble cubierta redondos en forma de cúpula, abiertos por claraboyas, sostenidos por columnas esculpidas, adornados de esculturas de maderas preciosas de todos colores; figúrese las curvas graciosas y elegantes de sus habitaciones, las galerías y barandillas bellamente dispuestas que las terminaban en su parte anterior y en su parte posterior; parecían, en efecto, dos pagodas desprendidas de la colina santa de Sonnagur que, unidas una a otra y remolcadas por un elefante de acero, iban a recorrer los caminos reales. Pero había más, y esto completaba el prodigio de aquel aparato de locomoción, y es que podía flotar. En efecto, la parte baja del cuerpo del elefante, el vientre, en una palabra, que contenía la máquina, lo mismo que la parte inferior de las dos casas de ruedas, formaban barcos de ligera tela metálica; de tal manera que si se presentaba un río que atravesar, podía entrar el elefante seguido del tren, y las patas del animal, movidas por medio de resortes como especie de remos, llevarían toda la «Casa de Vapor» flotando por la superficie de las aguas. Grandísima ventaja en aquel vasto país de la India, donde abundan los ríos tanto como escasean los puentes.

Tal era este tren, único en su género, y tal como lo había ideado el capricho del rajá de Busham.

Pero si Banks había adoptado el capricho de dar al motor la forma de un elefante y a los coches la figura de pagodas, en cambio, creyó deber disponer el interior según el gusto inglés, acomodándolo a un viaje de larga duración, y había logrado completamente su objeto

La «Casa de Vapor» se componía de dos coches, que interiormente tenían unos seis metros de anchura, y, por consiguiente, sobresalían de los ejes de las ruedas, que no tenían más que cinco. Suspendidos sobre resortes muy largos y muy flexibles, apenas experimentaban las sacudidas, que eran mucho más débiles que las de una vía férrea.

El primer coche tenía una longitud de quince metros. En la parte anterior, su elegante baranda, sostenida por ligeras columnas, tenía un ancho balcón donde podían estar cómodamente diez personas. Dos ventanas y una puerta daban al salón, iluminado además por otras dos ventanas laterales. Este salón, amueblado con una mesa y una biblioteca y divanes blancos en toda su extensión, estaba artísticamente adornado y cubierto de ricas telas. Una espesa alfombra de Esmirna cubría el suelo, y transparentes de todas clases puestos delante de las ventanas y regados sin cesar de agua perfumada, mantenían en la estancia una frescura agradable, lo mismo que en los gabinetes que servían de alcobas. Del techo colgaba una *punka* que, mediante una correa de transmisión, se movía automáticamente durante la marcha del tren, haciendo aire como un gran abanico; y en los ratos de alto era movida por el brazo de un criado. Todas las precauciones eran necesarias para combatir el exceso de una temperatura que en ciertos meses del año se eleva a más de cuarenta y cinco grados centígrados a la sombra.

En la parte posterior del salón, otra puerta de madera preciosa, que hacía frente a la del balcón, daba entrada al comedor, iluminado no solamente por ventanas laterales, sino también por una cubierta de cristal opaco. Alrededor de la mesa que ocupaba el centro, podían tomar asiento ocho convidados, y como nosotros no éramos más que cuatro, debíamos estar con gran comodidad. Aparadores de todas clases, cargados de todo ese lujo de cristal, plata y porcelana que exige el refinamiento inglés, amueblaban y adornaban el comedor. Por supuesto que todos los objetos frágiles tenían su especie de nicho especial, como sucede a bordo de los buques, y estaban al abrigo de choques, aun en los peores caminos, si nuestro tren se veía obligado a aventurarse por ellos.

La puerta posterior del comedor daba acceso a un corredor que terminaba en un balcón igualmente cubierto por otra galería de columnas. A lo largo de este corredor había cuatro gabinetes iluminados lateralmente, cada uno de los cuales contenía una cama, un tocador, un armario y un diván, dispuestos como las cámaras de los más ricos buques transatlánticos. El primero de estos gabinetes, el de la izquierda, estaba ocupado por el coronel Munro; el segundo, a la derecha, por el ingeniero Banks; a éste seguía el cuarto del capitán Hod, y después el mío, a la izquierda del que ocupaba el coronel Munro.

El segundo coche, de doce metros de longitud, poseía, como el primero, un balcón con galería y una gran cocina con dos despensas laterales, y abundantemente provistas. Esta

cocina se comunicaba con un corredor que en su parte central terminaba en un cuadrilátero destinado para comedor de la familia y que recibía la luz por una claraboya en el techo. En los cuatro ángulos había otros tantos gabinetes ocupados por el sargento MacNeil, el maquinista, el fogonero y el ordenanza del coronel Munro. Después venían otros dos gabinetes en la parte posterior, destinados uno al cocinero y otro al asistente del capitán Hod; y, por último, había otros cuartos que servían de armería, de depósito de hielo, de almacén, etc., y que daban al balcón de la última galería.

Como puede verse, Banks había dispuesto, inteligente y cómodamente, las dos habitaciones de la «Casa de Vapor». Durante el invierno podían ser caldeadas por medio de un aparato, cuyo aire caliente, suministrado por la máquina, circulaba a través de las habitaciones, sin contar dos pequeñas chimeneas, instaladas en el salón y en el comedor. Podríamos, pues, desafiar los rigores de la estación fría hasta en las primeras estribaciones de las montañas del Tibet.

No se había olvidado resolver la importante cuestión de las provisiones. Llevábamos conservas escogidas, suficientes para alimentar a todo nuestro personal durante un año. Lo que más abundaba eran cajas de conservas de carne de las mejores marcas, principalmente de vaca cocida, y pasteles de una especie de pollos llamados *murguis*, cuyo consumo es muy considerable en toda la península india.

Tampoco debía faltarnos la leche para el desayuno que precede al almuerzo, ni el caldo para el *tiffin* que precede a la comida de la tarde, gracias a las nuevas preparaciones que permiten transportarlos a grandes distancias en estado concentrado.

La leche, en efecto, se somete primero a la evaporación hasta que toma una consistencia pastosa y después se la cierra herméticamente en cajas, que pueden contener cuatrocientos cincuenta gramos y proporcionar tres litros de líquido, añadiéndole cinco veces su peso de agua. En estas condiciones, la leche es idéntica por su condición a la leche normal y de buena calidad. Lo mismo se hace con el caldo, el cual, después de haber sido conservado por medios análogos y reducidos a pastillas, sirve, agregándole agua caliente, para hacer exquisitas sopas.

En cuanto al hielo, de tanta utilidad en las latitudes cálidas, nos era fácil producirlo en breves instantes, por medio de esos aparatos que hacen bajar la temperatura con la evaporación del gas amoníaco convertido en líquido. Uno de los cuartos de la parte posterior estaba dispuesto como depósito de hielo, y ya por la evaporación del amoníaco, ya por la volatilización del éter metílico, podía conservarse en perfecto estado el producto de nuestras cazas, gracias a la aplicación de los procedimientos debidos a mi compatriota Ch. Tellier. Este era un precioso recurso que en todas circunstancias debía poner a nuestra disposición alimentos de la mejor calidad.

En lo que toca a las bebidas, la bodega estaba bien provista. Vinos de Francia, cerveza de diversas clases, aguardientes, *arak*, ocupaban sitios especiales y en cantidad suficiente para las primeras necesidades.

Además, hay que observar que nuestro itinerario no nos apartaba mucho de las provincias habitadas de la península. La India no es un desierto, y con tal de no reparar en

el gasto y de no economizar las rupias, es fácil proporcionarse, no solamente lo necesario, sino también lo superfluo. Quizá cuando vayamos a invernar en las regiones septentrionales de las faldas del Himalaya, podremos vernos reducidos a nuestros propios recursos; pero aun en ese caso será fácil hacer frente a las exigencias de una vida cómoda. El espíritu práctico de nuestro amigo Banks lo había previsto todo, y podíamos confiar en él.

En suma, véase el itinerario de ese viaje, tal como se determinó en principio, salvo las modificaciones que circunstancias imprevistas pudieran aconsejar.

Salir de Calcuta siguiendo el valle del Ganges hasta Allahabad; subir a través del reino de Oude hasta las primeras estribaciones del Tibet; acampar durante algunos meses ya en un sitio ya en otro, dando al capitán Hod facilidades para organizar sus cacerías, y después bajar hasta Bombay.

Era una expedición de novecientas leguas, pero nuestra casa y todo su personal viajaba con nosotros, y en estas condiciones ¿quién se negaría a dar muchas veces la vuelta al mundo?

CAPÍTULO VI

LAS PRIMERAS ETAPAS

El seis de mayo, al amanecer, salí del hotel «Spencer», uno de los mejores de Calcuta, donde vivía desde mi llegada a la capital de la India. Esta gran ciudad no tenía ya secretos para mí. Paseos matutinos a pie en las primeras horas del día; paseos por la tarde en coche por el Strand hasta la explanada del fuerte William, entre hermosos carruajes de europeos, que se cruzan desdeñosamente, con los no menos hermosos de los ricos babúes indígenas; caminatas a través de las calles de los mercaderes, que tan justamente llevan el nombre de bazares; visitas a los jardines botánicos del naturalista Hooker; a Madame Kali, la horrible mujer de cuatro brazos, diosa feroz de la muerte, que se oculta en un templo de uno de los arrabales, en los cuales se codean la civilización moderna y la barbarie indígena; todo lo había hecho ya. Contemplar el palacio del virrey, que se levanta precisamente enfrente del hotel «Spencer»; y admirar el curioso palacio de Chowringhi Road, y la Town Hall consagrada a la memoria de los grandes hombres de nuestra época; estudiar atentamente, en todos sus detalles, la interesante mezquita de Hougli; recorrer el puerto, lleno de los más hermosos buques del comercio y de la marina inglesa; despedirme de los *arguilas*, *ayudantes* o *filósofos* (estas aves tienen tantos nombres), que están encargados de limpiar las calles y conservar la ciudad en estado perfecto de salubridad; todo esto estaba hecho también, y ya no tenía que hacer más que marchar.

Aquella mañana, un *palki-gari*, especie de mal carruaje de cuatro ruedas, tirado por dos caballos e indigno de figurar entre los productos del arte inglés de hacer vehículos, vino a buscarme a la plaza del Gobierno, y en breve me dejó a la puerta del *bungalow* del coronel Munro.

A cien pasos fuera del arrabal nos esperaba nuestro tren; no había que hacer más que *mudarnos*.

Excusado es decir que nuestros equipajes se hallaban ya previamente colocados en la habitación especial destinada a ellos. Además, no llevábamos más que lo necesario. Sólo en materia de armas el capitán Hod había creído que lo indispensable no podía comprender menos de cuatro carabinas «Enfield» de balas explosivas, cuatro fusiles de caza, dos cajas de cartuchos, sin contar cierto número de fusiles y revólveres con que armar a toda nuestra gente. Este aparato amenaza más a las fieras que a la simple caza comestible; pero el Nemrod de nuestra expedición no consentía llevar menos.

Por lo demás, el capitán Hod estaba contentísimo. El placer de arrancar al coronel Munro de su soledad, de marchar a las provincias septentrionales de la India con un tren nunca visto; la perspectiva de ejercicios ultracinegéticos y de excursiones por las regiones del Himalaya, todo le animaba, todo le excitaba y le hacía manifestar su júbilo con interjecciones interminables y apretones de mano capaces de romperle a uno los huesos.

Llegó por fin la hora de la partida: la caldera estaba en presión; la máquina dispuesta a funcionar; el maquinista en su puesto, la mano en el regulador. Lanzóse el silbido reglamentario.

—¡En marcha! —exclamó el capitán Hod agitando su sombrero—. ¡*Gigante de Acero*, en marcha!

El *Gigante de Acero* merecía verdaderamente este nombre y lo tuvo en lo sucesivo.

Unas palabras sobre el personal de la expedición que completaba el segundo coche.

El maquinista Storr era el primero, inglés, perteneciente a la compañía del ferrocarril meridional de la India, cuyo servicio había dejado hacía pocos meses. Banks le conocía y sabía que era muy capaz, por lo cual se había hecho entrar al servicio del coronel Munro. Era un hombre de cuarenta años, obrero hábil, muy entendido en las cosas de su oficio, y que debía prestarnos importantes servicios.

El fogonero se llamaba Kaluth. Era de esa clase de indios tan buscados por las compañías de ferrocarriles, que pueden soportar sin quejas el calor tropical de la India, aumentado con el de la caldera. Lo mismo sucede respecto de los árabes, a quienes la compañía de transportes marítimos confía este servicio durante la travesía del mar Rojo. Esta buena gente apenas se cuece donde los europeos se asarían en pocos minutos. También había sido la del fogonero una magnífica elección.

El ordenanza del coronel Munro era un indio de treinta y cinco años de edad, llamado Gumí, y de la raza de los gurkas. Pertenecía al regimiento que, para dar una prueba de buena disciplina, había aceptado el uso de las nuevas municiones que dieron ocasión, o a lo menos pretexto, a la rebelión de los cipayos. De corta estatura, activo, bien conformado y de una fidelidad a toda prueba, llevaba todavía el uniforme negro de la brigada de *Rifles*, al cual quería tanto como a su propio pellejo.

El sargento MacNeil y Gumí eran en cuerpo y alma dos fieles servidores del coronel Munro.

Después de haber combatido a su lado en todas las guerras de la India y de haberle

ayudado en sus infructuosas tentativas para encontrar a Nana Sahib, le habían seguido a su retiro, resueltos a no separarse de él jamás.

Fox, inglés de pura sangre, muy alegre y comunicativo, era el asistente del capitán Hod, como Gumí lo era del coronel Munro. Fox tenía las mismas aficiones de cazador que su amo, y no hubiera cambiado su situación oficial por otra, cualquiera que fuese. Su astucia le hacía digno del nombre que llevaba: ¡Fox!, es decir, Zorro, pero zorro que había dado muerte a treinta y siete tigres, tres menos que su capitán, y que no pensaba haber concluido la serie de sus hazañas.

Debe citarse también, para completar el personal de la expedición, a nuestro cocinero negro, que reinaba en la parte anterior de la segunda casa, en su departamento. Monsieur Parazard, tal era su nombre, francés de origen, que había guisado y asado manjares bajo todas las latitudes, creía desempeñar no un oficio vulgar, sino funciones de alta importancia. Tomaba aires de pontífice cuando sus manos se paseaban de una hornilla a otra distribuyendo con la precisión de un químico la pimienta, la sal y otros condimentos que daban realce a sus preparaciones científicas. En suma, como Monsieur Parazard era hábil y aseado, se le perdonaba de buena gana su vanidad culinaria.

Así, pues, Sir Eduardo Munro, Banks, el capitán Hod y yo en la primera casa; MacNeil, Storr, Kaluth, Gumí, Fox y Monsieur Parazard en la segunda, diez personas en total, componíamos aquella expedición que se dirigía hacia el norte de la península, remolcada por el *Gigante de Acero*. No hay que olvidar tampoco los dos perros, *Fan* y *Black*, cuyas grandes cualidades en la caza de pelo y de pluma sabía apreciar perfectamente su amo, el capitán.

El país de Bengala es, quizá, si no la más curiosa, por lo menos la más rica de las presidencias del Indostán. No es, sin duda, el país de los rajás propiamente dicho, que comprende más especialmente el centro de aquel vasto territorio; pero esta provincia se extiende por una comarca muy poblada que puede considerarse como el verdadero país de los indios. Extiéndese, al Norte, hasta las fronteras insuperables del Himalaya, y nuestro itinerario iba a permitirnos cortarlo oblicuamente.

Después de una discusión sostenida acerca de las primeras etapas, acordamos subir durante algunas leguas por la orilla del Hougli, que es un brazo del Ganges que pasa por Calcuta; dejar a la derecha la ciudad francesa de Chandernagor; desde allí seguir la línea del ferrocarril hasta Burdwan y después torcer camino, atravesar el Behar y volver a encontrar el Ganges en Benarés.

—Amigos míos —dijo el coronel Munro—, dejo a la discreción de ustedes la dirección del viaje..., decídanlo sin mí. Todo lo que ustedes acuerden estará bien hecho.

—Mi querido Munro —contestó Banks—, es conveniente, sin embargo, que des tu parecer.

—No, Banks —contestó el coronel—, te pertenezco y lo mismo me da visitar una provincia que otra. Sin embargo, haré una pregunta: cuando hayamos llegado a Benarés, ¿qué dirección seguiremos?

—La del Norte —exclamó impetuosamente el capitán Hod—, el camino que sube

directamente hasta las primeras estribaciones del Hilmaya a través del reino de Oude.

—Pues bien, amigos míos, entonces... —dijo el coronel Munro—, quizá proponga a ustedes..., pero ya hablaremos de eso cuando sea tiempo. Hasta llegar a Benarés ustedes harán lo que les parezca.

Esta respuesta de Sir Eduardo Munro no dejó de intrigarme un poco. ¿Cuál era su pensamiento? ¿No había consentido en emprender aquel viaje impulsado por la idea de que la casualidad le sirviera mejor que su voluntad le había servido hasta entonces en sus investigaciones? ¿Pensaba encontrar a Nana Sahib en el norte de la India? ¿Conservaba alguna esperanza de poder vengarse? En mi concepto, el coronel tenía alguna segunda intención y me pareció que el sargento MacNeil debía de estar en el secreto de su amo.

Durante las primeras horas de aquella mañana nos sentamos en el salón de la «Casa de Vapor». La puerta y las dos ventanas que daban a la galería estaban abiertas, y la *punka* agitaba el aire haciendo más soportable la temperatura.

El *Gigante de Acero* iba entonces al paso, andando una escasa legua por hora, que era todo lo que por el momento necesitaban unos viajeros como nosotros, deseosos de examinar el país que atravesábamos.

Cuando salimos de los arrabales de Calcuta nos siguió cierto número de europeos a quienes maravillaba nuestro tren, y nos acompañó una multitud de indios que lo consideraban con una especie de admiración temerosa. Aquella multitud fue poco a poco disminuyendo, pero no podíamos evitar las muestras de admiración de los transeúntes que prodigaban sus *wajs!*, *wajs!* admirativos. Por supuesto que todas estas interjecciones se dirigían menos a los dos soberbios coches que al monstruoso elefante que los arrastraba, lanzando torbellinos de vapor.

A las diez se puso la mesa en el comedor, y menos sacudidos ciertamente que si hubiéramos estado en un coche salón de primera, hicimos honor al desayuno preparado por Monsieur Parazard.

El camino que seguía nuestro tren costeaba entonces la orilla izquierda del Hougli, el más occidental de los muchos brazos del Ganges, cuyo conjunto forma la red inextricable de los Sunderbunds.

Toda esta parte del territorio está formado por aluviones.

—Todo lo que usted ve, mi querido Maucler —me dijo Banks—, es una conquista del río sagrado hecha a expensas del golfo, no menos sagrado, de Bengala; cuestión de tiempo. No hay quizás una partícula de esta tierra que no haya venido de las fronteras del Himalaya transportada por la corriente del Ganges. El río ha ido poco a poco desgranando la montaña para formar el suelo de esta provincia, donde se ha abierto un cauce...

—Que abandona con frecuencia por otro —añadió el capitán Hod—. ¡Ah!, este río Ganges es un río caprichoso, fantástico, lunático. Se construye una ciudad en sus orillas, y pocos siglos después esa ciudad está ya en medio de una llanura; sus muelles se encuentran secos, porque el río ha cambiado su dirección y su embocadura. Así Raymahal y Baur, ambas bañadas en otros tiempos por este río infiel, se mueren ahora de sed en medio de los arrozales agostados de la llanura.

—¿Y no puede temerse la misma suerte para Calcuta? —dijo yo.

—¡Quién sabe!

—De todos modos, aún no estamos en ese caso —contestó Banks—. La cuestión es de diques, y, si es necesario, los ingenieros sabrán contener los desbordamientos de ese Ganges y ponerle camisa de fuerza.

—Por fortuna para usted, mi querido Banks —respondí yo—, los indios no le oyen hablar así de su río sagrado, porque, si le oyeran, no le perdonarían.

—En efecto —dijo Banks—, el Ganges es un hijo de Dios, si ya no Dios mismo, y nada de lo que hace está mal hecho a los ojos de los habitantes del país.

—Ni siquiera las fiebres, ni el cólera, ni la peste que conserva en estado endémico —exclamó el capitán Hod—. Es verdad que no por eso les va mal a los tigres ni a los cocodrilos que hormiguean en los Sunderbunds. Al contrario, parece que el aire apestado conviene a esos animales como el aire puro de un *sanitarium* a los anglo-indios durante la estación de los calores. ¡Ah carnívoros! ¡Fox! —añadió volviéndose a su asistente que servía a la mesa.

—¡Mi capitán! —respondió Fox.

—¿No es allí donde mataste el número treinta y siete?

—Sí, mi capitán, a dos millas del puerto Canning —dijo Fox—. Era una noche...

—Basta, Fox —dijo el capitán, apurando una gran copa de grog—. Conozco la historia del número treinta y siete. La del treinta y ocho me interesará más.

—El número treinta y ocho no está muerto todavía, mi capitán.

—Ya lo matarás, Fox, ya lo matarás, como yo mataré a mi número cuarenta y uno.

En las conversaciones del capitán Hod y de su asistente, la palabra tigre no se pronunciaba nunca, era inútil; los dos cazadores se comprendían.

A medida que adelantábamos camino, el Hougli, que tiene cerca de un kilómetro de anchura delante de Calcuta, se estrechaba poco a poco. Por encima de la ciudad, sus orillas son bastante bajas, y entre ellas con mucha frecuencia se forman formidables ciclones que extienden sus estragos por toda la provincia. Estos irresistibles meteoros, de los cuales uno de los mayores ejemplos fue el ciclón de 1864, destruyen barrios enteros, derriban centenares de casas unas sobre otras, devastan inmensas plantaciones y cubren las ciudades y la campiña de millares de cadáveres y de ruinas.

Sabido es que el clima de la India tiene tres estaciones: la de las lluvias, la estación fría y la estación de los calores. Esta última es la más corta, pero también la más penosa, y en ella los meses de marzo, abril y mayo, son los más temibles. Entre todos, mayo es el más cálido; y en esta época pasar al sol durante algunas horas del día es arriesgar la vida, a lo menos para los europeos. En efecto, es muy frecuente que aun a la sombra la columna termométrica suba a 106° Fahrenheit (unos 41° centígrados).

Los hombres, dice Monsieur Valbezen, respiran entonces como caballos fatigados, y durante la guerra de represión, oficiales y soldados se veían obligados a recurrir a las duchas sobre la cabeza, a fin de evitar las congestiones.

Sin embargo, gracias a la marcha de la «Casa de Vapor», a la agitación de la capa de

aire por los movimientos de la *punka* y a la atmósfera húmeda que circulaba a través de las mamparas regadas con agua, no sufríamos excesivo calor. Por otra parte, la estación de las lluvias, que dura desde junio hasta octubre, no estaba lejana, y era de temer que fuese más desagradable que la estación cálida. Sin embargo, en las condiciones en que se verificaba nuestro viaje, no teníamos nada grave que temer.

Hacia la una de la tarde, después de un hermoso viaje al paso, hecho sin salir de nuestra casa, llegamos a la vista de Chandernagor.

Yo había visitado ya esta parte del territorio, único rincón que le queda a Francia en toda la presidencia de Bengala. Esta ciudad, amparada por la bandera tricolor y que no tiene derecho a mantener más de quince soldados de guarnición, esta antigua rival de Calcuta en las luchas del siglo XVII, está hoy muy decaída, sin industria, sin comercio, con sus bazares abandonados y su fortaleza desocupada. Quizás habría recobrado alguna vitalidad si el ferrocarril de Allahabad la hubiera atravesado, o por lo menos hubiera pasado junto a sus murallas; pero ante las exigencias del Gobierno francés, la compañía inglesa tuvo que dar una dirección oblicua a la vía para no pasar por aquel territorio, y Chandernagor perdió la única ocasión de recobrar alguna importancia comercial.

Nuestro tren, pues, no entró en la ciudad. Se detuvo a tres millas en el camino, a la entrada de un bosque de plátanos. Cuando se organizó el campamento parecía un principio de población que acababa de fundarse en aquel paraje. Pero la población era transportable, y al día siguiente, 7 de mayo, emprendióse la marcha, después de una noche tranquila pasada en nuestro cómodo aposento.

Durante aquel alto, Banks hizo renovar el combustible, pues aunque la máquina había consumido poco, el ingeniero quería que el ténder llevase siempre toda su carga; es decir, agua y combustible para marchar durante 60 horas seguidas. Esta regla se aplicaba también por el capitán Hod y su fiel Fox a su hogar interior; es decir, a su estómago, que ofrecía una gran superficie de calefacción y estaba siempre provisto de ese combustible azoadado indispensable para dar movimiento y dirección a la máquina humana.

La etapa no debía ser larga esta vez. íbamos a viajar por espacio de dos días y a descansar dos noches para llegar a Burdwan y visitar esta ciudad el día 9.

A las seis de la mañana, Storr dio un silbido agudo; limpió los cilindros y el *Gigante de Acero* tomó un paso un poco más rápido que el día anterior.

Durante algunas horas costeamos la vía férrea que por Burdwan se dirige a Raymahal en el valle del Ganges y se extiende hasta más allá de Benarés. El tren de Calcuta pasó a nuestra vista con gran velocidad. Parecía desafiarnos con las aclamaciones admirativas de los viajeros, pero no respondimos a su desafío. Podían ir más rápidamente que nosotros, pero no más cómodamente.

El país que atravesamos durante aquellos dos días era invariablemente llano y, por lo mismo, monótono. Acá y allá se balanceaban algunos flexibles cocoteros cuyas últimas muestras íbamos a dejar atrás al salir de Burdwan. Estos árboles, que pertenecen a la gran familia de las palmeras, prefieren las costas y las moléculas de aire marino mezcladas con la atmósfera que respiran. Así es que, fuera de la zona estrecha que confina con el litoral, no

se les encuentra, y es inútil buscarlos en la India central. Pero la flora del interior no es menos interesante y variada.

A ambos lados del camino no se veía más que un inmenso tablero de arrozales que se extendían hasta perderse de vista. El suelo estaba dividido en cuadriláteros cercados como los pantanos o los parques de ostras de un litoral; pero el color verde dominaba y la recolección prometía ser muy buena en aquel territorio húmedo y cálido, cuya vista sólo anunciaba su prodigiosa fertilidad.

A la noche siguiente, a la hora marcada y con una exactitud que hubiera envidiado un tren expreso, la máquina exhalaba su última bocanada de vapor, y el tren se detenía a las puertas de Burdwan.

Administrativamente esta ciudad es cabeza de un distrito inglés; pero, en propiedad, pertenece el distrito a un maharajá que no paga menos de diez millones de francos al Gobierno por vía de impuesto. La ciudad se compone en su mayor parte de casas viejas separadas por hermosas calles de árboles, cocoteros y otras especies, calles bastante anchas para dejar paso a nuestro tren.

Íbamos, pues, a acampar en un sitio delicioso, lleno de sombra y de frescura, y aquella tarde la capital del maharajá contó un pequeño barrio más; nuestro barrio portátil, nuestras dos casas que no hubiéramos cambiado por el barrio donde se levanta el palacio de arquitectura anglo-india del soberano de Burdwan.

Ya se supondrá que nuestro elefante produciría su efecto acostumbrado; es decir, una especie de terror admirativo en todos aquellos bengalíes que acudían de todas partes con la cabeza descubierta, el pelo cortado a lo Tito y sin más vestido en los hombres que un faldellín, y en las mujeres una túnica blanca que las envolvía de la cabeza a los pies.

—No tengo más que un temor —dijo el capitán Hod—, y es que al maharajá se le antoje comprar nuestro *Gigante de Acero* y que ofrezca tal cantidad que nos veamos obligados a vendérselo a Su Alteza.

—Jamás —respondió Banks—. En todo caso le construiría otro elefante cuando quisiera, tan poderoso que pudiera remolcar toda su capital desde un extremo de sus Estados al otro. Pero éste no lo venderemos a ningún precio, ¿no es verdad, Munro?

—A ningún precio —respondió el coronel, en el tono de un hombre a quien la oferta de millones no podía seducir.

Por lo demás, no hubo necesidad de disputar sobre la venta de nuestro coloso: el maharajá no estaba en Burdwan y la única visita que recibimos fue la de su *kamdar*, especie de secretario particular que examinó nuestro tren. Hecho el examen, aquel personaje nos ofreció, y nosotros aceptamos de buena gana, acompañarnos a visitar los jardines del palacio, plantados de las más hermosas especies de vegetación tropical, y regados por aguas vivas que se distribuyen en estanques o corren en canales. Visitamos también el parque, adornado de quioscos fantásticos de magnífico efecto, alfombrado de prados llenos de verdor, poblado de ciervos, gansos y elefantes que representaban la fauna doméstica, y de leones, tigres, panteras y osos, representantes de la fauna salvaje, encerrados en soberbias casas de fieras.

—¡Tigres en jaula como si fueran pájaros, mi capitán! —exclamó Fox—. Esto da compasión.

—Sí, Fox —respondió el capitán—. Si se les consultara, estas honradas fieras preferirían vagar libremente por los bosques, aunque fuera a riesgo de encontrarse con la bala explosiva de una carabina.

—Lo comprendo, mi capitán —respondió con un suspiro el asistente.

Al día siguiente, 10 de mayo, salimos de Burdwan. La «Casa de Vapor», bien provista de todo lo necesario, atravesaba la vía férrea por un paso a nivel y se dirigía hacia Ramgur, ciudad situada a 75 leguas, poco más o menos, de Calcuta.

Este itinerario dejaba a su derecha la importante ciudad de Murchedabad, que no presenta nada de particular en su parte india, ni en su parte inglesa. Dejaba también a Monguir, especie de Birmingham del Indostán, situada sobre un promontorio que domina la corriente del río sagrado; y por último a Patra, capital del reino de Behar, que debíamos atravesar en dirección oblicua, centro importante del comercio del opio y que tiende a desaparecer bajo la invasión de las plantas trepadoras, abundantes en su territorio. Pero teníamos una cosa mucho mejor que hacer y era seguir una dirección más meridional, dos grados más abajo del valle del Ganges.

Durante esta parte del viaje, el *Gigante de Acero* sostuvo un ligero trote que nos permitió apreciar la excelente instalación de nuestras casas suspendidas sobre resortes. El camino, por otra parte, era hermoso y se prestaba a la prueba. ¿Se asustaban las fieras al pasar el gigantesco elefante vomitando humo y vapor? Es muy posible. En todo caso, con gran admiración del capitán Hod, no pudimos ver entre los bosques de aquel territorio ninguna de ellas. Por lo demás, era en las regiones septentrionales de la India y no en las provincias de Bengala donde el capitán Hod pensaba satisfacer sus instintos de cazador y no tenía todavía de qué quejarse.

El 15 de mayo estábamos cerca de Ramgur, a unas 50 leguas de Burdwan. La rapidez media había sido de unas 15 leguas en 12 horas.

Tres días después, el 18, el tren se detenía cien kilómetros más allá, cerca de la pequeña población de Chitra.

Ningún incidente había obstaculizado este primer período del viaje. Los días eran calurosos, pero dormíamos perfectamente la siesta al abrigo de las galerías y pasábamos las horas de mayor calor en un ocio delicioso. Cuando llegaba la noche, Storr y Kaluth, bajo la inspección de Banks, se ocupaban en limpiar la caldera y dar un repaso a la máquina.

Entretanto, el capitán Hod y yo, acompañados de Fox y de Gumí y de los dos perros *Fan* y *Black*, íbamos a cazar por los alrededores del campamento. No se trataba sino de caza menor de pelo y de pluma. Pero si, como cazador, al capitán no le gustaba esta caza, como gastrónomo no dejaba de agraderle, y al día siguiente, con gran alegría suya y gran satisfacción de Monsieur Parazard, la comida contaba con algunos platos sabrosos, que economizaban nuestras conservas.

Algunas veces, Gumí y Fox se quedaban para hacer el oficio de leñadores y aguadores. Era preciso reunir provisiones en el ténder para el día siguiente; y, por lo mismo,

Banks, siempre que era posible, escogía como punto de descanso las orillas de un arroyo en las inmediaciones de algún bosque. Todo este aprovisionamiento se efectuaba bajo la dirección del ingeniero, que no descuidaba ningún detalle.

Cuando todas las tareas estaban terminadas encendíamos los cigarros, excelentes *charutos* de Manila, y fumábamos hablando del país, que Hod y Banks conocían a fondo. En cuanto al capitán, desdeñando el vulgar cigarro, aspiraba a pleno pulmón a través de un tubo de 20 pies de largo el humo aromatizado de un *jukah* cuidadosamente lleno de tabaco por la mano de su asistente.

Nuestro mayor deseo hubiera sido que el coronel Munro nos siguiese durante las rápidas excursiones que hacíamos por las cercanías del campamento. Siempre en el momento de marchar se lo proponíamos, pero siempre se negaba a aceptar nuestra invitación y se quedaba con el sargento MacNeil. Ambos se paseaban entonces por el camino yendo y viniendo sin alejarse cien pasos. Hablaban poco, mas parecían entenderse perfectamente y no tenían necesidad de palabras para comunicarse sus pensamientos. Uno y otro estaban absortos en los tristes recuerdos que parecían indelebles. ¡Quién sabe si estos recuerdos no se reanimaban a medida que Sir Munro y el sargento se acercaban al teatro de la sangrienta insurrección!

Evidentemente, alguna idea fija, que sabremos más adelante, y no el simple deseo de acompañarnos, era lo que había movido al coronel Munro a formar parte de esta expedición al norte de la India. Debo decir que Banks y el capitán Hod opinaban como yo en este punto; y así los tres, no sin cierta inquietud por el porvenir, nos preguntábamos si aquel elefante de acero que corría a través de las llanuras de la península, llevaría consigo los elementos de un terrible drama.

CAPÍTULO VII

LOS PEREGRINOS DEL FALGU

En otras épocas, el Behar formaba el imperio de Magadha. Era una especie de territorio sagrado en la época de los budistas, y está aún cubierto de templos y monasterios. Pero desde hace muchos siglos los brahmanes han sucedido a los sacerdotes de Buda; se han apoderado de los *viharas*, les explotan y viven de los productos del culto; y como acuden fieles de todas partes, hacen competencia a las aguas sagradas del Ganges, a las peregrinaciones de Benarés y a las ceremonias de Yagrenat. En fin, puede decirse que el país es completamente suyo. Y es aquél un país riquísimo con sus inmensos arrozales, sus vastas plantaciones de opio, y sus innumerables aldeas diseminadas entre el verdor, sombreadas de palmeras, de mangos, de taras sobre las cuales la Naturaleza ha tendido como una red de bejucos. Los caminos que seguía la «Casa de Vapor» formaban otras tantas cañadas cubiertas de espeso follaje, y cuyo húmedo suelo mantenía una frescura

agradable. Ibamos adelantando teniendo siempre a la vista el mapa, y sin temor de perdernos. Los bramidos de nuestro elefante se mezclaban con el concierto ensordecedor de las aves, y con los gritos discordantes de las manadas de monos. El humo que despedía en espesas volutas, se extendía por los bananeros, cuyos dorados frutos se destacaban como estrellas en medio de ligeras nubes. A su paso se levantaban bandadas de avecillas de los arrozales, que confundían su plumaje blanco con las blancas espirales del vapor. Allá y acá grupos de bananeros, de plamplemusas, de *dalhs*, especie de guisantes arborescentes de un metro de altura, crecían vigorosamente, y servían de contrapunto a los paisajes que aparecían en segundo y último término.

¡Pero qué calor! Apenas entraba un poco de aire húmedo por las esteras de nuestras ventanas. Los vientos abrasadores que acarician las superficies de las largas llanuras del Oriente, cubrían el campo con su aliento de fuego. Ya era tiempo de que el monzón de junio viniese a modificar aquel estado atmosférico, porque nadie podría soportar los ataques de aquel gran sol de fuego sin exponerse a una sofocación mortal.

Así es que la campiña estaba desierta. Los mismos campesinos, aunque acostumbrados a los rayos abrasadores del sol, no podían entregarse a las tareas de la agricultura. El camino lleno de sombra era el único practicable, y esto a condición de recorrerlo al abrigo de nuestro *bungalow* portátil. Era preciso que nuestro fogonero Kaluth fuese, no diré de platino, porque de platino se fundiría, sino de carbono puro para no fundirse ante el fogón ardiente de su caldera. Pero el valiente indio resistía y había adquirido una segunda naturaleza viviendo en la plataforma de las locomotoras y recorriendo los ferrocarriles de la India central.

El 19 de mayo el termómetro suspendido de la pared del comedor marcó 106° Fahrenheit (41° centígrados). Aquella tarde habíamos podido dar nuestro paseo higiénico de *hawakana*, palabra que significa propiamente «comer aire» y que se aplica cuando, después de un día de bochorno, se sale a respirar un poco del aire tibio y puro del anochecer. Esta vez, en lugar de «comer aire», era la atmósfera la que parecía devorarnos.

—Señor Maucler —me dijo el sargento MacNeil—, esto me recuerda los últimos días de mayo, cuando Sir Hugo Rose, sólo con una batería de dos piezas, trató de abrir brecha en el recinto de Lucknow. Hacía dieciséis días que habíamos pasado el Betwa y en todo este tiempo no habíamos quitado una sola vez el freno a los caballos. Peleábamos entre enormes murallas de granito, lo que era lo mismo que si estuviésemos entre las paredes de ladrillo de algún alto horno. Por nuestras filas pasaban los *chitsis* que llevaban agua en odres, y mientras disparábamos nos la vertían sobre la cabeza, sin lo cual habríamos caído asfixiados. Me acuerdo muy bien: yo estaba medio muerto; parecía que mi cráneo iba a estallar, y hubiera caído en tierra si el coronel Munro, que me había visto, no hubiese arrancado un odre de las manos de un *chitsi* y lo hubiera vertido sobre mí; y vea usted, aquel odre era el último que los *chitsis* habían podido proporcionarse. Eso no se olvida nunca, amigo mío. Yo entonces prometí a mi coronel gota de sangre por gota de agua. Aunque hubiera dado yo toda la mía, aún le hubiera quedado deudor.

—Sargento MacNeil —pregunté yo—, ¿no cree usted que desde que salimos de

Calcuta, el coronel Munro parece más pensativo que de costumbre?

—Sí, señor —respondió MacNeil interrumpiéndome vivamente—; pero eso es muy natural. Nos acercamos a Lucknow y a Cawnpore, donde Nana Sahib mandó asesinar... ¡Ah! No puedo hablar de eso sin que se me suba la sangre a la cabeza. Quizás habría valido más modificar el itinerario de este viaje, y no atravesar las provincias devastadas por la rebelión. Ha transcurrido muy poco tiempo desde esos terribles acontecimientos para que se haya debilitado su memoria.

—¿Por qué no cambiar de itinerario? —dije yo entonces—. Si usted quiere, MacNeil, yo hablaré a Banks y al capitán Hod...

—Ya es demasiado tarde —respondió el sargento—, y creo, por otra parte, que mi coronel desea volver a ver, quizá por última vez, el teatro de esa guerra horrible y visitar de nuevo el sitio donde Lady Munro halló la muerte, ¡y qué muerte!

—Si así es —dije yo—, más vale dejar al coronel Munro que haga lo que quiera y no modificar nuestros proyectos. Muchas veces es un consuelo inapreciable poder llorar sobre la tumba de los seres queridos.

—Sobre la tumba, sí —exclamó MacNeil—. Pero, ¿es acaso una tumba ese pozo de Cawnpore donde tantas víctimas fueron precipitadas a montones? ¿Es ése un monumento funerario que se parezca a los que en los cementerios de Escocia, cuidados por manos piadosas, se conservan entre flores, a la sombra de hermosos árboles, con un nombre, uno solo, el nombre del ser que ya no existe? ¡Ah, señor Maucler! ¡Temo que el dolor de mi coronel sea espantoso! Pero, lo repito, ya es demasiado tarde para apartarle de ese pensamiento. Quizá si intentáramos variar la dirección se negara a seguirnos. Dejemos marchar los sucesos como van y que Dios nos conduzca.

Evidentemente, hablando así, MacNeil sabía a qué atenerse acerca de los proyectos de Sir Eduardo Munro. Pero ¿me decía toda la verdad? ¿Era sólo el deseo de visitar a Cawnpore el que había decidido al coronel a salir de Calcuta?

De todos modos, procedía como bajo el impulso de un imán que le atrajese hacia el teatro donde se había desarrollado aquel terrible drama... Era preciso dejarle ir.

Pregunté entonces al sargento si, por su parte, había renunciado a toda idea de venganza. En una palabra, si creía que Nana Sahib hubiese muerto.

—No, señor —me respondió claramente—. Aunque no tengo ningún indicio en que fundar mi opinión, no creo, no puedo creer que Nana Sahib haya muerto sin haber sido castigado por tantos crímenes. No; y, sin embargo, no sé nada, no tengo ninguna noticia. Lo creo por instinto, porque ya es algo en la vida tener por fin principal una venganza legítima. ¡Haga el cielo que mis presentimientos no me engañen, y algún día...!

El sargento no concluyó la frase, pero su gesto decía bien claro lo que su boca callaba. El servidor era el reflejo exacto del amo.

Cuando referí esta conversación a Banks y al capitán Hod, ambos estuvieron de acuerdo en que no debíamos variar el itinerario. Por lo demás, nunca habían pensado en pasar por Cawnpore, sino que una vez atravesado el Ganges, en Benarés, debíamos subir directamente hacia el Norte, atravesando la parte oriental de los reinos de Oude y de

Rohilkhande. No era seguro, por más que lo creyese MacNeil, que Sir Eduardo Munro quisiera volver a ver a Lucknow, o a Cawnpore, que le recordarían escenas horribles; pero, en fin, si quería visitar estos sitios, no pensábamos contradecirle.

En cuanto a Nana Sahib, su notoriedad era tal, que si la noticia que señalaba su reaparición en la presidencia de Bombay era cierta, debíamos oír hablar de él de nuevo. Pero a la salida de Calcuta ya no se hablaba del nabab, y las noticias recogidas en el camino, nos hicieron creer que la autoridad había sido inducida a error.

En todo caso, si tenían algo de ciertas aquellas noticias, y si el coronel Munro abrigaba algún designio secreto, era de extrañar que Banks, su más íntimo amigo, no fuese confidente de tal secreto con preferencia al sargento MacNeil. Pero esto dependía sin duda, como dijo Banks, de que él hubiera hecho todo lo posible por apartar al coronel de peligrosas e inútiles investigaciones, mientras que el sargento procedía de un modo contrario.

El 19 de mayo al mediodía pasamos el pueblo de Chitra. La «Casa de Vapor» se hallaba entonces a 450 kilómetros de su punto de partida.

Al día siguiente, 20, al anochecer, el *Gigante de Acero* llegó, después de un día de insoportable calor, a las inmediaciones de Gaya e hicimos alto a orillas de un río sagrado, el Falgú, muy conocido de los peregrinos. Los dos *bungalows* se establecieron en un sitio delicioso, sombreado de hermosos árboles cerca del río y a dos millas poco más o menos de la ciudad. Nuestra intención era pasar treinta y seis horas en aquel paraje; es decir, dos noches y un día, porque el sitio era muy curioso de visitar, como antes he dicho.

Al día siguiente a las cuatro de la mañana, a fin de evitar los calores, Banks, el capitán Hod y yo nos despedimos del coronel Munro, y nos dirigimos hacia Gaya.

Dícese que anualmente afluyen ciento cincuenta mil devotos a este centro de los establecimientos brahmánicos. En efecto, en las cercanías de la ciudad los caminos estaban invadidos por gran número de hombres, mujeres, ancianos y niños, los cuales iban atravesando el campo en procesión, después de haber soportado las mil fatigas de una larga peregrinación, para cumplir sus deberes religiosos.

Banks había ya visitado este territorio del Behar en la época en que hacía los estudios de un camino de hierro que todavía no se ha emprendido. Conocía, pues, el país y no podíamos tener mejor guía. Además, había obligado al capitán Hod a dejar en el campamento todos sus instrumentos de caza; de manera que no había peligro de que nuestro Nemrod nos abandonara en el camino.

Poco antes de llegar a la ciudad, a la cual se puede dar justamente el nombre de santa, Banks nos hizo detener delante de un árbol sagrado. A su alrededor, muchos peregrinos de varias edades y sexos se mantenían en actitud de adoración.

Aquel árbol era un pipal de enorme tronco; pero aunque la mayor parte de las ramas habían ya caído de vejez, no debía contar más de doscientos o trescientos años de existencia, según pudo observar Monsieur Luis Rousselet, dos años después, en su interesante viaje a la India.

Este árbol se llama en religión el árbol *Bodhi*, y era el único representante de la

generación de pipales sagrados que sombrearon aquellos mismos sitios durante una larga serie de siglos, y de los cuales el primero fue plantado quinientos años antes de la era cristiana. Es probable que, para los fanáticos prosternados a sus pies, fuera el árbol mismo que Buda consagró en aquel lugar. Se levanta sobre un terreno inhóspito, cerca de un templo de ladrillo, cuyo origen es evidentemente muy antiguo.

La presencia de tres europeos en medio de aquellos millares de indios no fue bien acogida. No nos dijeron nada, sin embargo, pero no pudimos llegar hasta el terrado, ni penetrar en las ruinas del templo.

Por lo demás, los peregrinos lo llenaban y habría sido difícil abrirse paso entre ellos.

—Si hubiera ahí algún brahmán —dijo Banks—, nuestra visita sería más completa y podríamos ver el edificio hasta los rincones más secretos.

—¿Cómo —dije yo— un sacerdote sería menos severo que sus propios fieles?

—Mi querido Maucier —dijo Banks—, no hay severidad que resista a la oferta de algunas rupias. Al fin y al cabo, es preciso que los brahmanes vivan.

—No veo semejante necesidad —respondió el capitán Hod, que no concedía a los indios la tolerancia que sus compatriotas justamente les otorgan.

Por el momento, la India no era para él más que un vasto territorio de caza reservada, y prefería a la población de las ciudades y de los campos las fieras de los bosques.

Después de haber estado un rato al pie del árbol sagrado, Banks nos condujo al camino en dirección a Gaya. A medida que nos acercábamos a la ciudad santa, aumentaba la multitud de peregrinos. A los pocos instantes, entre un claro que dejaba el bosque, se nos presentó Gaya, situada en la cima de una roca coronada de pintorescas construcciones.

Lo que atrae sobre todo la atención de los viajeros en este sitio, es el templo de Visnú. Este templo es de construcción moderna, porque ha sido reedificado hace pocos años por la reina de Holar; su gran curiosidad consiste en las huellas que dejó el pie de Visnú cuando se dignó descender a la tierra para luchar con el demonio Maya. La lucha entre un dios y un diablo no podía estar dudosa por mucho tiempo; el demonio sucumbió, y un trozo de piedra visible en el recinto mismo de Visnú-Pad da fe de la profunda impresión que hicieron en la peña los pies de Visnú, y demuestra que el diablo tenía que habérselas con un ser dotado de una fuerza inmensa.

He dicho un trozo de piedra visible, y debo añadir sólo para los indios. En efecto, no se permite a ningún europeo contemplar estos divinos vestigios. Quizá para distinguirlos bien en la piedra milagrosa se necesitaba una fe robusta que no se encuentra ya en los creyentes de los países occidentales. Esta vez Banks ofreció en vano sus rupias a los brahmanes; ninguno quiso aceptar lo que hubiera sido el precio de un sacrilegio. ¿Era que la suma de rupias ofrecida no estaba a la altura de la conciencia de un brahmán? No me atrevo a decidir sobre este punto; lo cierto es que no pudimos penetrar en el templo y que no he podido saber hasta ahora los puntos que calzaba el pie del bello joven de color azulado, vestido como un rey de los antiguos templos, célebre por sus diez encarnaciones, y que representa el principio conservador opuesto a Siva, feroz emblema del principio

destructor, y a quien los *vaishnavas*, o sea, los historiadores de Visnú, reconocen como el primero de los trescientos treinta millones de dioses que pueblan su mitología eminentemente politeísta.

Pero no por eso sentimos haber hecho aquella excursión a la ciudad santa ni al Visnú-Pad. Pintar la confusión de los templos; la sucesión de patios; la aglomeración de *viharas* que nos hemos visto obligados a rodear o atravesar para llegar al templo de Visnú, sería imposible. El mismo Teseo, con el hilo de Ariadna en la mano, se habría perdido en aquel laberinto.

Bajamos después de la roca en que está situada Gaya. El capitán Hod estaba furioso y quería jugar alguna mala pasada al brahmán que nos había negado el acceso al templo de Visnú.

—No piense usted en eso, Hod —le dijo Banks deteniéndose—. ¿No sabe usted que los indios miran a sus sacerdotes, los brahmanes, no solamente como hombres de sangre ilustre, sino también como seres de un origen superior?

Cuando llegamos a la parte del Falgú que baña la roca de Gaya, se desarrolló a nuestra vista el espectáculo de una prodigiosa aglomeración de peregrinos. Allí se codeaban en gran confusión hombre, mujeres, ancianos y niños, habitantes de las ciudades y de los campos, ricos labradores y pobres de la más ínfima categoría; los vaisias: mercaderes y agricultores; los chatrías: guerreros del país, los sudras: pobres artesanos de sectas diferentes; los parias: que están fuera de la ley y cuya vista mancha los objetos sobre los cuales recae; en una palabra, todas las clases o todas las castas de la India; el radyaputa vigoroso, codeándose con el flaco bengalí, los hombres del Pendjab, opuestos a los mahometanos de Simia; los unos que habían viajado en palanquines; los otros que habían hecho el camino en carros tirados por grandes búfalos; unos tendidos cerca de sus camellos, cuya cabeza viperina se alargaba sobre el suelo; otros que habían llegado a pie de todas las partes de la península. Acá y allá se levantaban carretas desenganchadas y chozas hechas de ramaje, que servían de habitaciones provisionales a toda aquella multitud.

—¡Qué confusión! —dijo el capitán Hod.

—Las aguas del Falgú no serán agradables de beber cuando se ponga el sol —observó Banks.

—¿Y por qué? —pregunté yo

—Porque esas aguas son sagradas, y toda esa muchedumbre va a bañarse en ellas, como los gangistas se bañan en las aguas del Ganges.

—¿Y estamos nosotros río abajo? —exclamó Hod, tendiendo la mano en la dirección de nuestro campamento.

—No, mi capitán —respondió el ingeniero—; por fortuna, estamos río arriba.

—En hora buena, Banks; no quisiera que en fuentes tan impuras bebiese nuestro *Gigante de Acero*.

Entretanto, íbamos pasando por entre millares de indios que ocupaban un espacio muy pequeño para tan gran multitud.

Al principio hirió nuestros oídos un ruido discordante de cadenas y campanillas.

Eran los mendigos que apelaban a la caridad pública.

Allí hormigueaban muestras diversas de esa cofradía truhanesca tan considerable en la península india. La mayor parte ostentaban llagas falsas como los mendigos de la Edad Media; pero si los mendigos de profesión en la India son, en su mayor parte, enfermos fingidos, también los hay fanáticos, y es imposible llevar la convicción, o mejor dicho, el fanatismo, más lejos de lo que ellos lo llevan.

Había faquires casi desnudos cubiertos de ceniza: unos tenían el brazo anquilosado por una tensión prolongada; otros llevaban las manos atravesadas por las uñas de sus propios dedos; otros se habían impuesto la pena de medir con su cuerpo todo el camino que habían andado, tendiéndose en el suelo, levantándose, volviéndose a tender y caminando así centenares de leguas como si hubiesen servido de cuerda de agrimensor. Aquí, varios fieles, embriagados por el *hang* (opio líquido mezclado con una infusión de cáñamo), estaban suspendidos de las ramas de los árboles por ganchos de hierro introducidos en sus sobacos, y así se mecían y daban vueltas hasta que se les desgarraban las carnes y caían en las aguas del Falgú. Otros, en honor de Siva, con las piernas atravesadas y la lengua perforada por flechas, se hacían lamer por serpientes la sangre que corría de sus heridas.

Este espectáculo no podía menos de ser repugnante para un europeo. De manera que yo tenía enormes deseos de pasar lo más pronto posible para evitarlo, cuando Banks me detuvo diciendo:

—La hora de la oración.

En aquel momento un brahmán levantó la mano entre la multitud y la dirigió hacia el sol, que hasta entonces había estado oculto por la roca de Gaya.

El primer rayo lanzado por el astro fue la señal para que la multitud semidesnuda entrase en las aguas sagradas. Hubo entonces simples inmersiones como en los primeros tiempos del bautismo, pero debo decir que no tardaron en cambiarse en verdaderos baños cuyo carácter religioso era difícil comprender. Ignoro si los iniciados, al recitar las *eslocas* o versículos que por un precio convenido les dictan los sacerdotes, pensaban más en lavar su cuerpo que en lavar su alma. Lo cierto es que, después de haber tomado agua en el hueco de la mano, de haber asperjado a los cuatro puntos cardinales, se echaban algunas gotas en el rostro, como los bañistas que se entretienen con las primeras olas en la playa. Debo añadir, por lo demás, que no se olvidaban de arrancarse a lo menos un cabello por cada pecado que habían cometido. ¡Cuántos habría allí que habrían merecido salir calvos de las aguas del Falgú!

Tales eran los movimientos acuáticos de aquellos fieles. Tantos eran los chapuzones que se daban; tanto los que agitaban las aguas con los talones y los brazos como nadadores consumados, que los cocodrilos, asustados, huían hasta la orilla opuesta, y allí, con sus ojos fijos sobre aquella multitud ruidosa que invadía su dominio, contemplaban el espectáculo haciendo resonar el aire con el chasquido de sus fuertes mandíbulas. Los peregrinos no se cuidaban de ellos más que si hubieran sido inofensivos lagartos.

Era tiempo de dejar a aquellos singulares devotos ponerse en disposición de entrar en el Kailas, que es el paraíso de Brahma.

Subimos, pues, por la orilla del Falgú y nos retiramos a nuestro campamento.

El almuerzo nos reunió alrededor de la mesa, y el resto del día, que fue muy caluroso, transcurrió sin incidentes. Al anochecer, el capitán Hod salió a recorrer la llanura inmediata y trajo alguna caza menor. Entretanto, Storr, Kaluth y Gumí hicieron provisión de agua y combustible, y cargaron el fogón, porque íbamos a marchar al amanecer.

A las nueve de la noche todos nos habíamos retirado a nuestros respectivos cuartos. Preparábase una noche muy tranquila pero muy oscura; espesas nubes ocultaban las estrellas y hacían pesada la atmósfera; el calor no había perdido nada de su intensidad, a pesar de haberse puesto el sol.

Costóme algún trabajo dormirme, tan sofocante era la temperatura. Por mi ventana, que había dejado abierta, penetraba un aire ardiente que no parecía muy propio para la respiración.

A las doce de la noche no había podido descansar un solo instante. Quería dormir tres o cuatro horas por lo menos antes de marchar, pero como no es posible encadenar el sueño, éste huía de mí.

Debía de ser la una de la mañana, cuando me pareció oír un sordo murmullo que se propagaba por las orillas del Falgú.

Al principio creí que comenzaba a levantarse hacia el Oeste algún viento de tempestad bajo la influencia de una atmósfera muy saturada de electricidad. Aquel viento sería, sin duda, muy ardiente; pero al fin haría mover las capas de la atmósfera y la haría quizá más respirable.

Me engañaba. Las ramas de los árboles que abrigaban el campamento, conservaban una absoluta inmovilidad.

Saqué la cabeza por la ventana y escuché. Oíase el murmullo lejano, pero no se veía nada. La sabana formada por las aguas del Falgú estaba cubierta de sombras, sin ninguno de esos trémulos reflejos que hubiera producido una agitación cualquiera de su superficie. El ruido no procedía ni del agua ni del aire.

Sin embargo, no había nada sospechoso. Me volví a acostar y, vencido al fin por el cansancio, comencé a dormirme, oyendo de cuando en cuando el inexplicable murmullo que me había llamado la atención.

Por último, me quedé completamente dormido hasta que, dos horas después, los primeros albos del día penetraron las tinieblas y una voz me despertó bruscamente.

Aquella voz llamaba al ingeniero.

—¡Señor Banks!

—¿Qué me quieres?

—Venga usted.

Conocí la voz de Banks y la del maquinista, que acababan de entrar en el corredor.

Me levanté instantáneamente y salí del cuarto. Banks y Storr estaban ya en la galería anterior. El coronel Munro me había precedido, y el capitán Hod no tardó en llegar también.

—¿Qué ocurre? —preguntó el ingeniero.

—Mire usted —respondió Storr.

Los primeros resplandores del alba permitían entonces observar las orillas del Falgú y una parte del camino que se extendía por un espacio de varias millas. Nuestra sorpresa fue grande cuando vimos muchos centenares de indios tendidos por grupos que obstruían las dos orillas del camino.

—Son nuestros peregrinos de ayer —dijo el capitán Hod.

—¿Y qué hacen allí? —pregunté yo.

—Sin duda esperan a que salga el sol —respondió el capitán—, a fin de sumergirse nuevamente en las aguas sagradas.

—No —respondió Banks—, no es eso. Pueden hacer sus abluciones hasta en el mismo Gaya. Si han venido aquí es que...

—Es que nuestro *Gigante de Acero* ha producido su efecto habitual —exclamó el capitán Hod.

—Habrán sabido que había en las inmediaciones un elefante gigantesco, un coloso nunca visto y han venido a admirarle.

—¡Con tal que se limiten a la admiración! —respondió el ingeniero moviendo la cabeza.

—¿Qué temes, Banks? —preguntó el coronel Munro.

—Temo que esos fanáticos nos impidan el paso y fastidien nuestra marcha.

—En todo caso, ten prudencia. Con semejantes devotos, todas las precauciones son pocas.

—En efecto —respondió Banks. Después, llamando al fogonero, le dijo—; Kaluth, ¿está dispuesto todo?

—Sí, señor.

—Pues bien, enciende.

—Sí, enciende, Kaluth —exclamó el capitán Hod—. Calienta la caldera, Kaluth, y que nuestro elefante escupa a esos peregrinos su aliento de humo y de vapor.

Eran las tres y media de la mañana y se necesitaba media hora todo lo más para que la máquina estuviese en presión. Se encendió el hornillo; la leña chispeó en el hogar y un humo negro se escapó de la gigantesca trompa de elefante, cuya extremidad se perdía en las ramas de los grandes árboles. En aquel momento algunos grupos de indios se acercaron y hubo un movimiento general en la multitud, que se acercó más y más a nuestro tren. Los que estaban en las primeras filas levantaban los brazos al aire extendiéndolos hacia el elefante; otros se inclinaban, se arrodillaban o se prosternaban hasta tocar con la cabeza en el polvo. Aquélla era evidentemente una adoración llevada al último grado.

El coronel Munro, el capitán Hod y yo estábamos en la galería, bastante intranquilos, sin saber adonde iría a parar aquel fanatismo. MacNeil se había asomado también y lo observaba todo en silencio. Banks había ido a situarse con Storr en la torrecilla que llevaba el enorme animal, y desde la cual podía maniobrar a su voluntad.

A las cuatro la caldera produjo un ronquido sonoro, que sin duda los indios debían de tomar por el gruñido irritado de aquel elefante sobrenatural. En aquel momento el

manómetro indicaba una presión de cinco atmósferas, y Storr hacía escapar el vapor por las válvulas como si hubiese transpirado por la piel del gigantesco paquidermo.

—Estamos en presión, Munro —dijo Banks.

—En marcha, Banks —respondió el coronel—, pero con prudencia, para no aplastar a nadie.

Ya era casi día claro entonces. El camino, que sigue la orilla del Falgú, estaba enteramente ocupado por la muchedumbre de devotos, poco dispuesta a dejarnos pasar.

En estas condiciones no era cosa fácil marchar sin aplastar a nadie.

Banks dio dos o tres silbidos, a los cuales los peregrinos respondieron con frenéticos aullidos.

—¡Separaos, separaos! —gritó el ingeniero, mandando al maquinista que abriese un poco el regulador.

Oyéronse los mugidos del vapor que se precipitaba en los cilindros. La máquina se movió hasta que las ruedas dieron media vuelta, y un denso chorro de humo blanco salió de la trompa del elefante.

La multitud se había separado un instante. El regulador se abrió a medias; se aumentaron los relinchos del *Gigante de Acero*, y nuestro tren comenzó a moverse entre las filas apiñadas de los indios, que no parecían dispuestos a ceder el sitio.

—Banks, tenga usted cuidado —exclamé yo de repente.

Porque, inclinándome sobre la barandilla, había visto a una docena de aquellos fanáticos arrojar al camino con evidente intención de hacerse aplastar bajo las ruedas de la pesada máquina.

—¡Atención, atención! ¡Retiraos! —gritaba Munro, haciéndoles señas para que se levantasen.

—¡Imbéciles! —gritaba a su vez el capitán Hod—. Creen que nuestro aparato es el carro del dios Yagrenat, y quieren que les aplasten sus ruedas.

A una señal de Banks el maquinista cerró la introducción del vapor.

Los peregrinos, atravesados en el camino y tendidos en tierra, parecían decididos a no levantarse. A su alrededor, la multitud fanatizada lanzaba gritos de aprobación y les animaba con sus voces.

La máquina se había detenido. Banks no sabía qué hacer para salir de aquella dificultad.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Veamos —dijo.

Abrió inmediatamente el grifo de los limpiadores de cilindros y salieron inmensos chorros de vapor al nivel del suelo, mientras que el aire resonaba con silbidos estridentes.

—¡Bravo, bravo! —exclamaba el capitán Hod—. Azótales bien, amigo Banks, con vapor ardiente.

El recurso era bueno. Los fanáticos, azotados por los chorros de vapor, se levantaron dando gritos. Querían hacerse aplastar, pero no hacerse quemar.

La multitud retrocedió y el camino quedó libre. Entonces se abrió totalmente el

regulador; las ruedas mordieron profundamente el suelo y comenzó la marcha.

—¡Adelante, adelante! —gritó el capitán Hod, palmoteando y riendo.

Y el *Gigante de Acero*, a paso rápido, desapareció

en breve de la vista de la multitud absorta, como un animal fantástico en medio de una nube de vapor.

CAPÍTULO VIII

ALGUNAS HORAS EN BENARES

La «Casa de Vapor» tenía ya el camino libre; era el camino que por Saseram conduce a la orilla del Ganges enfrente de Benarés.

Una milla más allá del campamento se moderó la velocidad de la máquina, dejándola a unas dos leguas y media por hora. La intención de Banks era acampar aquel mismo día a veinticinco leguas de Gaya y pasar tranquilamente la noche en los alrededores de la pequeña población de Saseram.

En general, los caminos de la India evitan lo posible los ríos, que necesitan puentes, los cuales son muy costosos en aquellos terrenos de aluvión. Así es que faltan en muchos puntos donde no ha sido posible impedir que el río atravesase el camino. Es verdad que hay barcas; pero este antiguo y rudimentario aparato hubiera sido insuficiente para transportar nuestro tren. Afortunadamente, no teníamos necesidad de barcas ni de puentes. Precisamente durante aquel día fue necesario atravesar el Soné, un importante río alimentado más arriba de Rhotas por sus afluentes el Coput y el Coyle, y que va a perderse en el Ganges entre Arrah y Dinapore.

Nada más fácil que este paso. El elefante se transformó naturalmente en motor acuático. Bajó la suave pendiente de la orilla; entró en el río, se mantuvo en su superficie, y batiendo el agua con sus anchas patas, como las paletas de una rueda motora, arrastró suavemente el tren, que flotaba detrás de él.

El capitán Hod no cabía en sí de gozo.

—¡Una casa portátil —exclamaba—, una que es a la vez carruaje y barco de vapor! ¡No le falta más que tener alas para transformarse en aparato volante y atravesar los espacios!

—Eso se hará un día u otro, amigo Hod —respondió seriamente el ingeniero.

—Ya lo sé, amigo Banks —respondió, no menos seriamente, el capitán—. Todo es posible; pero lo que no es posible es que vivamos doscientos años para ver esas maravillas. La vida no siempre es alegre, pero yo consentiría de buena gana en vivir diez siglos..., nada más que por una curiosidad.

Por la noche, a doce horas de Gaya, después de haber pasado bajo el magnífico puente tubular del camino de hierro, de ochenta pies de alto sobre el lecho del Soné, acampamos en los alrededores de Saseram. Tratábase solamente de pasar una noche en

aquel paraje para reponer la leña y el agua y volver a marchar al nacer el alba.

Este programa fue ejecutado puntualmente, y al día siguiente por la mañana, 22 de mayo, volvimos a emprender la marcha.

El país continuaba siendo el mismo; es decir, rico y bien cultivado, como aparece en las inmediaciones del maravilloso valle del Ganges. No hablaré de las muchas aldeas que se pierden entre extensos arrozales, entre innumerables bosquecillos de palmeras, bajo la sombra de mangos y otros árboles magníficos; no nos deteníamos a contemplar estas maravillas; si alguna vez el camino se veía obstruido por algún carro tirado al paso lento de los búfalos, dos o tres silbidos hacían retirar el carro, y nuestro tren pasaba, con gran pasmo de los carreteros.

Durante aquel día tuve el placer de ver gran número de campos de rosas. En efecto, no estábamos lejos de Gazipore, gran centro de producción de la esencia de rosas.

En el transcurso de este día tuvimos que atravesar también el Karamnaca, uno de los afluentes del Ganges. Los indios han hecho de este inocente río una especie de laguna Estigia, por la cual no es bueno navegar. Sus orillas no son menos malditas que las del Jordán o del mar Muerto. Los cadáveres que se le confían van derechos al infierno brahmánico. No discuto sobre estas creencias; pero protesto contra la opinión de los que creen que el agua de este diabólico río es desagradable al paladar y malsana para el estómago. Al contrario, es excelente.

Por la noche, después de haber atravesado un país muy poco accidentado, entre inmensos campos de opio y vastos arrozales, acampamos a la orilla derecha del Ganges, enfrente de la antigua Jerusalén de los indios, la ciudad santa de Benarés.

—¡Veinticuatro horas de parada! —dijo Banks.

—¿A qué distancia estamos de Calcuta? —pregunté al ingeniero.

—A unas trescientas cincuenta millas —me respondió—, y confesará usted, amigo, que no hemos notado ni la longitud ni las fatigas del camino.

¡El Ganges! ¿Hay un río cuyo nombre recuerde leyendas más poéticas? ¿No parece que la India se resume en él toda entera? ¿Hay en el mundo un valle que se extienda como éste por espacio de quinientas leguas y no cuente menos de cien millones de habitantes? ¿Hay un sitio en el globo en que se hayan acumulado más prodigios desde la aparición de las razas asiáticas? ¿Qué habría hecho Víctor Hugo, del Ganges, que tan magníficamente ha cantado al Danubio? Un río puede hablar alto cuando:

*tiene, como el mar, creciente;
por el globo se desata,
y como sierpe de plata
corre de Occidente a Oriente.*

El Ganges tiene sus grandes olas, sus ciclones más terribles que los huracanes de los ríos europeos; él se desarrolla también, como una serpiente, por los más poéticos países del mundo, y él también corre de Occidente a Oriente; pero no es en una pequeña cordillera de

cerros donde toma su origen, sino en la más alta cadena del globo, en las montañas del Tibet, de donde se precipita absorbiendo todos los

afluentes que encuentra en su camino. Es del Himalaya de donde baja.

En la mañana del 23 de mayo, al salir el sol, la gran sabana de agua brillaba delante de nuestra vista. Sobre la blanca arena, algunos grupos de cocodrilos de gran tamaño parecían beber los primeros rayos del astro del día. Estaban inmóviles, vueltos hacia el sol como si hubieran sido los más fieles sectarios de Brahma; pero algunos cadáveres que pasaban flotando por el río les sacaron de su adoración. Un instante después los monstruos se arrojaron sobre la presa que todos los días les suministra el río y la arrastraban a sus profundidades.

El camino de hierro de Calcuta, antes de su bifurcación en Allahabad para correr hacia Delhi al Noroeste, por un lado, y hacia Bombay al Sudoeste, por otro, sigue constantemente la orilla derecha del Ganges, formando una línea recta que evita las muchas sinuosidades de la playa. En la estación de Mogul-Serai, de la cual nos separaban algunas millas, hay un pequeño ramal que se dirige a Benarés atravesando el río, y por el valle del Gumti va hasta Jaumpore, recorriendo una distancia de sesenta kilómetros.

Benarés está, pues, en la orilla izquierda; pero no era en este sitio donde debíamos pasar el Ganges, sino en Allahabad. El *Gigante de Acero* se detuvo, pues, en el campamento elegido la noche antes. Varias góndolas estaban amarradas a la orilla y dispuestas para conducirnos a la ciudad santa, que yo deseaba visitar con algún detenimiento.

El coronel Munro no tenía nada que aprender sobre aquella ciudad, ni nada que hacer en unos parajes tan frecuentemente visitados por él. Aquel día pensó, sin embargo, por un instante en acompañarnos; pero después de haberlo reflexionado se decidió a hacer una excursión por las márgenes del río, en compañía del sargento MacNeil. En efecto, ambos salieron de la «Casa de Vapor» aun antes que nosotros. El capitán Hod, que había ya estado de guarnición en Benarés, quiso hacer una visita a varios de sus compañeros; de manera que sólo Banks y yo, porque el ingeniero había querido servirme de guía, recorrimos la ciudad.

Cuando digo que el capitán Hod había estado de guarnición en Benarés, debo advertir que las tropas del ejército real no residen habitualmente en las ciudades indias. Sus cuarteles están situados en acantonamientos que, por esta misma circunstancia, vienen a ser verdaderas ciudades inglesas. Así sucede en Allahabad, en Benarés y en otros puntos del territorio, donde se agrupan con preferencia en estos acantonamientos, no sólo los soldados, sino también los empleados, los negociantes y los que viven de sus rentas. Cada una de estas grandes ciudades indias es, pues, doble: en una parte se ven todo el lujo y todas las comodidades de la Europa moderna; y en la otra se conservan las costumbres del país con todo su sabor local.

La ciudad inglesa anexa a Benarés es Secrole, cuyos *bungalows*, alamedas e iglesias cristianas son poco interesantes de visitar. Allí se encuentran también las principales fondas frecuentadas por los viajeros. Secrole es una de las ciudades que los fabricantes del Reino Unido podrían enviar ya hechas y metidas en cajas, para montarlas en el sitio destinado.

Así, pues, no tiene atractivo alguno. Banks y yo nos embarcamos en una góndola y atravesamos oblicuamente el Ganges, para poder contemplar en su conjunto el magnífico anfiteatro que describe Benarés desde su alta orilla.

—Benarés —me dijo Banks— es por excelencia la ciudad sagrada de la India; es La Meca del Indostán; y todo el que ha vivido en ella, aunque no sea más que por un día, tiene asegurada una parte de la felicidad eterna. IX Por eso se ve tanta multitud de peregrinos en ella, y ya puede calcularse qué número de habitantes debe de contar una ciudad a la cual Brahma ha concedido privilegios de esta importancia.

Se dan a Benarés más de treinta siglos de existencia, lo cual quiere decir que se la supone fundada hacia la época de la destrucción de Troya. Después de haber ejercido constantemente gran influencia, no política, sino espiritual, en el Indostán, llegó a ser el centro más autorizado de la religión budista hasta el siglo de nuestra era. Entonces se verificó una revolución religiosa; el brahmanismo destruyó el antiguo culto de Buda; Benarés se convirtió en capital de los brahmanes y en centro de atracción de los fieles, y se afirma que es visitada anualmente por unos trescientos mil peregrinos.

La autoridad metropolitana ha conservado su rajá en la ciudad santa. Este príncipe, que recibe una pensión bastante exigua de Inglaterra, habita una magnífica residencia en Ramnagar, a orillas del Ganges. Es un descendiente auténtico de los reyes de Kaci, antiguo nombre de Benarés, pero no tiene ya influencia ninguna y se consolaría de su nulidad si su pensión no se limitase a un *lakh* de rupias, o sea, unos doscientos mil francos, que constituyen apenas el dinero que un nabab destinaba en otro tiempo a sus gastos menudos.

Benarés, como casi todos los pueblos del valle del Ganges, se resintió un instante de la gran insurrección de 1857. En aquella época su guarnición se componía del regimiento 37 de infantería indígena; de un cuerpo de caballería irregular y de medio regimiento sikh. De tropas reales no tenía más que media batería de artillería. Este puñado de hombres no podía tener la pretensión de desarmar a los soldados indígenas. Por tanto, las autoridades esperaron impacientemente la llegada del coronel Neil, que se había puesto en camino para Allahabab con el regimiento número 10 del ejército real. El coronel Neil entró en Benarés con doscientos cincuenta hombres solamente y en el acto se dispuso una parada en el campo de maniobras.

Cuando los cipayos estuvieron reunidos se les dio orden de deponer las armas; y, negándose a obedecer, se empeñó la lucha entre ellos y la infantería del coronel Neil. A los rebeldes se unieron casi inmediatamente la caballería irregular y luego los sikhs, que se creyeron vendidos; pero entonces la media batería abrió sus fuegos, disparó con metralla sobre los insurgentes, y, a pesar de su valor y de su encarnizamiento, todos fueron derrotados.

El combate se había sostenido fuera de la ciudad. En el interior no hubo más que una pequeña tentativa de insurrección por parte de los musulmanes, que levantaron el estandarte verde del profeta; pero esta tentativa fue inmediatamente sofocada y desde entonces Benarés quedó tranquila y así se conservó aún en los días en que la insurrección parecía triunfar en las provincias del Oeste.

Banks me dio estos detalles mientras nuestra góndola navegaba lentamente por las aguas del Ganges.

—Mi querido amigo —me dijo—, vamos a visitar a Benarés; pero por más antigua que sea esta capital, no encontrará usted en ella ningún monumento que tenga más de trescientos años de existencia. No se extrañe usted; es la consecuencia de las luchas religiosas en las cuales el hierro y el fuego han desempeñado un papel hartamente lamentable. Sin embargo, Benarés no deja de ser una ciudad curiosa y no se arrepentirá usted de haberla visitado.

Pronto nuestra góndola se detuvo a una distancia conveniente para permitirnos contemplar desde la bahía azul, como la de Nápoles, el pintoresco anfiteatro de las casas que se levantan sobre la colina, la multitud de palacios que amenazan derrumbarse, a consecuencia del hundimiento de la base en que descansan, incesantemente minada por las aguas del río. Una pagoda nepalí, de arquitectura china, que está consagrada a Buda, y un bosque de torres, agujas, minaretes y pequeñas pirámides, pertenecientes a las mezquitas y a los templos y dominadas por la flecha de oro del Lingam, de Siva, y las dos delgadas flechas de la mezquita de Aureng-Zeb, coronan este maravilloso panorama.

En vez de desembarcar inmediatamente en una de las *ghats* o escaleras que unen las orillas del río con la plataforma que las domina, Banks mandó que pasara la góndola delante de los muelles, cuyas primeras piedras estaban bañadas por el río. Allí se presentó ante mis ojos la escena de Gaya, pero en otro paisaje. En vez de los bosques verdes del Falgú, teníamos en segundo término la ciudad santa formando el fondo del cuadro; pero el asunto era sobre poco más o menos el mismo.

En efecto, millares de peregrinos cubrían la orilla, los terrenos, las escaleras, y acudían devotamente a sumergirse en el río en tres o cuatro filas. Pero no se crea que aquel baño era gratuito. Unos guardas con turbante rojo y sable al lado ocupaban los últimos escalones de las *ghats* y exigían el tributo en compañía de los industrioses brahmanes, que vendían rosarios, amuletos u otros objetos de devoción.

Había además entre aquella multitud, no solamente peregrinos que se bañaban por su cuenta, sino también traficantes, cuya única industria consistía en embotellar las aguas sacrosantas del río, para llevarlas a los territorios lejanos de la península. Cada frasquito tenía por garantía la marca del sello de los brahmanes; sin embargo, puede creerse que el fraude se comete en gran escala, por lo inmenso de la exportación que se hace de este líquido maravilloso.

—Si no hubiera fraude —me dijo Banks—, quizá no bastaría toda el agua del Ganges para satisfacer las necesidades de los fieles.

Le pregunté si aquellos baños no producían con frecuencia accidentes que seguramente era imposible evitar; porque, en efecto, no había allí ni servicio de salvamento para detener a los imprudentes que se aventuraban en la rápida corriente del río, ni barcos que los recogiesen.

—En efecto, las desgracias son frecuentes —me respondió Banks—; pero si se pierde el cuerpo del devoto, su alma se salva y por esa razón no se hace caso de la pérdida

del cuerpo.

—¿Y los cocodrilos? —interrogué.

—Los cocodrilos —contestóme Banks— se apartan generalmente de estos sitios porque el ruido les asusta. No son estos monstruos los más temibles; lo que más hay que temer son los malhechores que se sumergen bajo la aguas, se apoderan de las mujeres y de los niños, se los llevan y les roban las joyas que llevan encima. Cítase un caso de uno de esos tunantes que, cubierto con una cabeza mecánica, desempeñó por largo tiempo el papel de cocodrilo y ganó una fortuna con este oficio a la vez provechoso y arriesgado. Un día este bribón fue devorado por un verdadero cocodrilo y no se encontró de él más que la cabeza magullada sobrenadando en la superficie del río.

»Por lo demás, hay también fanáticos feroces que van a buscar la muerte voluntariamente en las olas del Ganges y hasta ponen ciertos refinamientos en el suicidio, atándose alrededor del cuerpo una sarta de urnas vacías y agujereadas; de manera que poco a poco va penetrando en ellas el agua. Así se sumergen suavemente entre los aplausos desenfundados de los devotos.

Nuestra góndola nos llevó al poco rato delante de la escalera llamada de Manmenka. Allí se ven varias filas de piras, a las cuales se confían los cadáveres de todos los muertos que se cuidan algo de la vida futura. Los fieles procuran ávidamente que sean quemados sus cadáveres en aquel santo lugar, y las piras arden noche y día. Los ricos labradores de los territorios lejanos se hacen trasladar a Benarés cuando se sienten afectados por una enfermedad mortal, porque Benarés es, sin contradicción, el mejor punto de partida para el viaje al otro mundo. Si el difunto no tiene más que pecados veniales de que responder, su alma, llevada por los humos de Manmenka, irá derecha a la morada de la felicidad eterna. Si ha sido un gran pecador, su alma, por el contrario, deberá regenerarse previamente en el cuerpo de algún brahmán que nazca; y si durante esta segunda encarnación su vida ha sido ejemplar, no se le impondrá otra nueva y será definitivamente admitido a participar de las delicias del cielo de Brahma.

Dedicamos el resto del día a visitar la ciudad, sus principales monumentos, sus bazares de tiendas oscuras a la moda árabe. Allí se venden principalmente finas telas de un tejido precioso y el *kinkob*, especie de tela de seda con brocado de oro, que es uno de los principales productos de la industria de Benarés. Las calles estaban muy bien cuidadas, pero eran muy estrechas, como conviene a las ciudades heridas casi constantemente por los rayos de un sol tropical. Había sombra en ellas, pero el calor era sofocante y yo me compadecía de los portadores de nuestro palanquín, que, sin embargo, no parecían experimentar demasiado los efectos del calor. Además, aquellos pobres diablos habían encontrado una ocasión de ganarse algunas rupias y esto les daba fuerzas. No sucedía lo mismo respecto de cierto indio, o, mejor dicho, bengalí de mirada viva, de fisonomía astuta, que sin tratar de ocultarse demasiado, nos siguió durante casi toda nuestra excursión.

Al desembarcar en el muelle de Manmenka, hablando yo con Banks, pronuncié casualmente el nombre del coronel Munro. El bengalí, que estaba mirando nuestra góndola, no pudo impedir un movimiento de sorpresa; en los primeros instantes no fijé la atención en

él; pero recordé aquel movimiento cuando vi que seguía constantemente nuestros pasos, como un espía, encontrándose siempre ya delante, ya detrás de nosotros. ¿Era un amigo, o un enemigo? Yo lo ignoraba; pero sin duda alguna era un hombre para quien no era indiferente el coronel Munro.

Nuestro palanquín no tardó en detenerse al pie de la gran escalera de cinco peldaños que conduce desde el muelle a la mezquita de Aureng-Zeb.

En otro tiempo los devotos subían de rodillas esta especie de *Santa Scala*, a imitación de los fieles de Roma. Entonces se levantaba en aquel lugar el templo de Visnú, que después fue remplazado por la mezquita del Conquistador.

Yo hubiera querido contemplar a Benarés desde lo alto de uno de los minaretes de esta mezquita, cuya construcción es considerada como un supremo esfuerzo de arquitectura. En efecto, estos minaretes de 132 pies de altura, apenas tienen el diámetro de una sencilla chimenea industrial, y, sin embargo, en el interior de ese cilindro se desarrolla una escalera de caracol. Pero no es permitido subir por ella, y con razón, porque ya dos de los minaretes se apartan sensiblemente de la vertical, y, menos dotados de estabilidad que la torre de Pisa, acabarán por caer el día menos pensado.

Al salir de la mezquita de Aureng-Zeb encontré al bengalí, que nos esperaba a la puerta. Esta vez le miré fijamente y él bajó los ojos; pero queriendo ver si persistía en su conducta, no quise llamar sobre él la atención de Banks.

Cuéntanse por centenares en Benarés las pagodas y las mezquitas, lo mismo que los espléndidos palacios, de los cuales, sin duda, el más precioso es el del rey Nagpore. Pocos rajás, en efecto, dejan de tener un apeadero en la ciudad santa adonde acuden en la época de las grandes fiestas religiosas de Mela.

No podía yo tener la pretensión de visitar todos estos edificios en el poco tiempo de que disponíamos, y por tanto me limité a visitar el templo de Bicheshwar donde se levanta el Lingam de Siva. Esta piedra informe, mirada como parte del cuerpo del más feroz de los dioses de la mitología india, está tapando un pozo cuya agua creen que posee virtudes milagrosas. Contemplé también el Mankarnica, o sea, la fuente sagrada en la cual se bañan los devotos con gran provecho para los brahmanes; y después el Man-Mundir, observatorio construido hace doscientos años por el emperador Akbar y cuyos instrumentos, todos de una inmovilidad marmórea, están figurados en piedra.

Había oído hablar también de un palacio para morios, que los viajeros no dejan de visitar en Benarés. Un parisiense debía de creer naturalmente que iba a ver una reproducción de la célebre casa de monos del Jardín Botánico de París; pero no era así.

Este palacio es un templo, el Durga-Khund, situado a corta distancia de los arrabales. Se construyó en el siglo IX y es uno de los monumentos más antiguos de la ciudad. Los monos no están encerrados en jaulas enrejadas, sino que andan libremente por los patios, saltan de una pared a otra, suben a la cima de enormes mangos y se disputan a grito pelado los granos de arroz tostado, que les gusta mucho y que les llevan los visitantes. Allí, como en todas partes, los brahmanes, custodios del Durga-Khund, recaudan una pequeña contribución que transforma la profesión de guarda en una de las más lucrativas de

la India.

No hay que decir que el calor nos había fatigado bastante cuando pensamos en volver a la «Casa de Vapor». Habíamos almorzado y comido en Secrole, en una de las mejores fondas de la ciudad inglesa, y sin embargo, echábamos de menos la cocina de Monsieur Parazard.

Cuando nos dirigíamos hacia la góndola, al salir de la *gath*, para volvernos a llevar a la otra orilla del Ganges, encontré otra vez al bengalí a dos pasos de la embarcación. Le esperaba una canoa dirigida por un indio y se embarcó en ella. ¿Pensaba pasar el río y seguirnos hasta el campamento? Esto era muy sospechoso.

—Banks —dije entonces en voz baja, señalándole disimuladamente al bengalí—, ése es un espía que nos ha seguido a todas partes.

—Ya lo he visto —respondió Banks— y he observado que lo que le ha llamado la atención y le ha hecho seguirnos es el nombre del coronel, pronunciado por usted.

—¿No deberíamos...?

—No; dejémosle hacer —respondió Banks—. Es mejor que ignore que sospechamos de él. Además, ya se ha marchado.

En efecto, la canoa del bengalí había desaparecido entre las muchas embarcaciones de todas formas que surcaban a la sazón las aguas sombrías del Ganges.

Después, volviéndose hacia el marinero, Banks le preguntó en tono indiferente:

—¿Conoces a ese hombre?

—No, señor, nunca le he visto antes —respondió el marinero.

Había llegado la noche; centenares de barcos empavesados, iluminados con faroles de muchos colores y llenos de cantores e instrumentos, se cruzaban en todos sentidos por las aguas del río. En la orilla izquierda quemaban fuegos artificiales muy variados, que me recordaban que no estábamos muy lejos del Celeste Imperio, donde son tan comunes. Sería difícil describir este espectáculo, verdaderamente incomparable. No pude saber con qué motivo se celebraba aquella fiesta nocturna que parecía improvisada y en la cual tomaban parte los indios de todas clases. En el momento en que concluía, la góndola tocaba en la otra orilla.

Fue aquélla, pues, como una visión que no tuvo más duración que la de los fuegos efímeros que iluminaron por un instante el espacio y se extinguieron en la oscuridad. Pero ya he dicho que la India reverencia 300 millones de dioses, subdioses, santos y subsantos de toda especie, y el año no tiene bastantes horas, ni minutos, ni segundos para festejar tanto número de divinidades.

Cuando estuvimos de regreso en el campamento, el coronel Munro y MacNeil habían vuelto ya. Banks preguntó al sargento si había ocurrido algo nuevo durante nuestra ausencia.

—Nada —respondió MacNeil.

—¿No han visto ustedes por aquí ninguna persona sospechosa?

—No, señor Banks. ¿Tiene usted algún motivo para sospechar...?

—Hemos sido espiados durante nuestra excursión a Benarés —respondió el

ingeniero—, y no me agrada que se nos espíe..., se lo aseguro.

—Y ese espía era...

Un bengalí a quien ha llamado la atención el nombre del coronel Munro, pronunciado por mi amigo.

—¿Qué puede querer ese hombre?

—No lo sé, MacNeil, pero será preciso vigilar.

—Se vigilará —respondió el sargento.

CAPÍTULO IX

ALLAHABAD

La distancia existente entre Benarés y Allahabad es de unos 30 kilómetros. El camino sigue casi invariablemente la orilla derecha del Ganges, entre el ferrocarril y el río. Storr se había proporcionado carbón en ladrillos y había cargado de ellos el ténder; tenía, pues, el elefante su alimento asegurado para muchos días. Bien limpio, como si saliese del taller, esperaba impacientemente el momento de partir. No se movía, sin duda alguna, pero algunos estremecimientos de sus ruedas indicaban la presión del vapor que llenaba sus pulmones de acero.

Nuestro tren se puso en marcha al amanecer del 24 con una velocidad de 3 a 4 millas por hora.

La noche pasó sin incidentes y no volvimos a ver al bengalí.

Haremos aquí observar de una vez para siempre que el programa de cada día, que comprendía las horas de levantarse, desayunos, almuerzos, comidas y siesta, se cumplía con una exactitud militar. La vida en la «Casa de Vapor» corría tan ordenadamente como en el *bungalow* de Calcuta. El paisaje se modificaba incesantemente a nuestra vista, sin que, al parecer, se moviese la habitación; nos habíamos acostumbrado a esta vida como un pasajero a la vida de a bordo en un buque transatlántico, pero sin monotonía, porque no estábamos, como en un buque, siempre encerrados en un mismo horizonte de mar.

A las once de la mañana vimos aparecer en la llanura un curioso mausoleo de arquitectura mogola levantado en honor de dos personajes del Islam, Kazein-Solimán, padre e hijo. Media hora después vimos la importante fortaleza de Chunar, cuyos pintorescos parapetos coronan una roca inexpugnable y acantilada de 150 pies sobre el nivel del Ganges.

No tratamos de hacer alto para visitar esta fortaleza, una de las más importantes del valle del Ganges, situada de modo que puede economizar la pólvora y las balas en caso de ataque. En efecto, toda columna de ataque que tratase de llegar a los muros, sería aniquilada por un alud de piedras destinado al efecto.

Al pie de la roca se extiende la ciudad que lleva su nombre, y cuyas lindas casas

desaparecen bajo el verdor de los árboles.

Por la noche, el *Gigante de Acero* hizo alto cerca de Mirzapore. Si la ciudad no está desprovista de templos, tampoco lo está de fábricas, y tiene un puerto para la carga de algodón que produce el territorio. Esta ciudad será un día muy rica por el comercio.

Al día siguiente, 25 de mayo, hacia las dos de la tarde, vadeamos el pequeño río Tonsa, que en aquella época no tenía más de un pie de agua. A las cinco pasamos el puente del empalme del ferrocarril de Bombay a Calcuta. Casi en el sitio donde el Yumma desagua en el Ganges, admiramos el magnífico viaducto de hierro de dieciséis pilares de sesenta pies de altura, cuyas bases están sumergidas en las aguas de aquel soberbio afluente. Al llegar al puente de barcas, que tiene un kilómetro de longitud y que une las dos orillas del río, lo atravesamos fácilmente, y por la noche acampamos al extremo de uno de los arrabales de Allahabad.

El día 26 debía dedicarse a la visita de esta importante ciudad, punto de partida de los principales caminos de hierro del Indostán. Está situada en una posición admirable, en el centro del más rico territorio entre los dos brazos de Yumma y del Ganges.

La Naturaleza ha hecho todo lo posible para que Allahabad sea la capital de la India inglesa, el centro del Gobierno y la resistencia del virrey. No es imposible que lo llegue a ser un día si los ciclones juegan alguna mala pasada a Calcuta, la metrópoli actual; lo cierto es que algunos hombres previsores han entrevisto esta eventualidad; y en el gran cuerpo que se llama la India, Allahabad es como el corazón, de la misma manera que París es el corazón de Francia.

—Y desde aquí —pregunté a Banks—, ¿vamos a marchar directamente hacia el Norte?

—Sí —respondió—; a lo menos casi directamente. Allahabad es el límite occidental de esta primera parte de nuestra expedición.

—¡Al fin —exclamó el capitán Hod—, al fin vamos a entrar en los territorios de caza! Lindo es visitar las grandes ciudades, pero son mejores las grandes llanuras, los grandes bosques. Si continuáramos de este modo, siguiendo el trazado de los ferrocarriles, acabaríamos rodando por ellos y nuestro *Gigante de Acero* se convertiría en una simple locomotora. ¡Qué decadencia!

—Tranquilícese usted, Hod —contestó el ingeniero—; eso no sucederá. En breve, vamos a aventurarnos por los territorios que a usted le agradan.

—¿Iremos derechos a la frontera indo-china, sin pasar por Lucknow?

—Mi parecer es que no pasemos por esa ciudad y mucho menos por Cawnpore, que evocaría en el coronel los más tristes recuerdos.

—Tiene usted razón —dije yo—, y me parece que nunca nos alejaremos bastante de esos sitios.

—Dígame usted, Banks —interrogó el capitán Hod—, ¿no ha sabido usted nada de Nana Sahib en su visita a Benarés?

—Nada —respondió el ingeniero—. Es probable que el gobernador de Bombay haya sido engañado otra vez y que no sea cierta la aparición de Nana Sahib en aquella

presidencia.

—Es probable, en efecto —respondió el capitán—, porque de otro modo ese rebelde hubiera ya dado mucho que decir.

—De todos modos —dijo Banks—, tengo prisa por salir de este valle del Ganges, que ha sido teatro de tantos desastres durante la rebelión de los cipayos desde Allahabad hasta Cawnpore. Sobre todo, procuremos no pronunciar el nombre de esta ciudad ni el de Nana Sahib delante del coronel. Dejémosle dueño de sus pensamientos.

Al día siguiente, Banks quiso también acompañarme durante las tres horas que iba a dedicar a visitar la ciudad de Allahabad.

Habrían sido necesarios tres días para ver bien las tres ciudades que la componen; pero, en suma, es menos curiosa que Benarés, aunque se cuenta también entre las ciudades santas.

Está situada en una vasta llanura limitada al Norte y al Sur por los ríos Yumma y Ganges, y que lleva el nombre de Llanura de las Limosnas, porque los principales indios acuden a ella de cuando en cuando para ejecutar obras de caridad. Según lo que cuenta Monsieur Rousselet, que cita un pasaje de la *Vida de Hionen Thsang*, es más meritorio dar en este sitio una moneda que cien mil en otras partes.

Dos palabras acerca del fuerte de Allahabad, que es curioso. Está construido al oeste de la gran Llanura de las Limosnas y levanta atrevidamente sus altas murallas de asperón rojo, desde las cuales los proyectiles pueden, digámoslo así, romper los brazos a los dos ríos. En el centro del fuerte hay un palacio, hoy convertido en parque, y en otro tiempo residencia favorita del sultán Akbar. Este palacio, el *Lat* de Feroze Shachs, soberbio monolito de dieciséis pies, coronado de un león y un pequeño templo que los indios no pueden visitar porque les está prohibida la entrada en el fuerte, aunque es uno de los sitios más sagrados del mundo, forman los principales puntos de la fortaleza que atraen la atención de los viajeros.

Banks me dijo que el fuerte de Allahabad tiene también su leyenda, parecida a la leyenda bíblica relativa a la reconstrucción del templo de Salomón en Jerusalén.

Cuando el sultán quiso fabricar el fuerte de Allahabad, parece que las piedras se mostraron muy rebeldes. Apenas construida una muralla, se derrumbaba; consultado el oráculo sobre este punto, respondió, como siempre, que se necesitaba una víctima voluntaria para conjurar la mala suerte. Ofrecióse un indio en holocausto; fue sacrificado y el fuerte pudo ser construido. Este indio se llamaba Brog y por eso la ciudad se designa hoy todavía con el nombre de Brog-abad, lo mismo que con el de Allahabad.

Banks me guió en seguida a los jardines de Kosrú, que son célebres y merecen su celebridad. Allí, bajo la sombra de los más hermosos tamarindos del universo, se levantan muchos mausoleos mahometanos, y uno de ellos es la última morada del sultán cuyo nombre llevan aquellos jardines. En una de las paredes de mármol blanco está marcada la palma de una mano enorme, y nos la enseñaron con una complacencia que no habían tenido los brahmanes para las huellas sagradas de Gaya. Es verdad que no se trataba de la señal del pie de un dios, sino de la impresión de la mano de un simple mortal, nieto de Mahoma.

Durante la insurrección de 1857 no se economizó la sangre en Allahabad mucho más que en las restantes ciudades del valle del Ganges. El combate dado por el ejército real a los rebeldes en el campo de maniobras de Benarés, motivó la sublevación de las tropas indígenas, y particularmente la del sexto regimiento del ejército de Bengala. En primer lugar, fueron asesinados ocho alféreces; pero gracias a la actitud enérgica de algunos artilleros europeos que pertenecían a los cuerpos de inválidos de Chunar, los cipayos acabaron por deponer las armas.

Durante nuestra corta excursión a Allahabad, Banks y yo tuvimos mucho cuidado para observar si éramos seguidos como lo habíamos sido en Benarés, pero esta vez no vimos nada sospechoso.

—No importa —me dijo el ingeniero—; hay que desconfiar siempre. Yo hubiera querido pasar de incógnito, porque el nombre del coronel Munro es demasiado conocido por los indígenas de esta provincia.

A las seis estábamos de vuelta para comer. Sir Eduardo Munro, que hacía una o dos horas que había salido del campamento, nos esperaba ya. El capitán Hod había ido a visitar a algunos de sus camaradas de guarnición en los acantonamientos, y entró casi al mismo tiempo que nosotros.

Observé entonces, y comuniqué mi observación a Banks, que el coronel Munro estaba, no más triste, pero sí más pensativo que de ordinario y aun sorprendí en su mirada un brillo que las lágrimas hubieron debido secar hacía mucho tiempo.

—Tiene usted razón —me respondió Banks—, algo sucede. ¿Qué habrá ocurrido?

—Preguntaremos a MacNeil.

—Sí, quizá MacNeil lo sepa...

El ingeniero salió de la sala y abrió la puerta del cuarto del sargento.

—¿Dónde está MacNeil? —preguntó Banks a Gumí, que se disponía a servirnos a la mesa, al ver que el sargento no estaba allí.

—Ha salido —respondió el indígena.

—¿Cuándo?

—Hará una hora; salió por orden del coronel.

—¿No sabes adonde ha ido?

—No, señor; ni tampoco la comisión que lleva.

—¿No ha sucedido nada en nuestra ausencia?

—Nada.

Banks volvió, me notificó la ausencia del sargento por un motivo que nadie conocía, y repitió:

—No sé lo que sucede, pero sin duda algo ocurre. Esperemos.

Nos sentamos a la mesa. De ordinario, el coronel Munro tomaba parte en la conversación durante las comidas. Gustaba de oír la relación de nuestras excursiones y se interesaba en lo que habíamos hecho durante el día. Yo tenía cuidado de no hablarle jamás de lo que podía recordarle, ni aun de lejos, la insurrección de los cipayos. Creo que lo advertía, pero no sé si me lo agradecía. Por lo demás, esto no dejaba de ser difícil

tratándose de ciudades como Benarés y Allahabad que habían sido teatro de la rebelión.

Aquel día, durante la comida, temí verme obligado a hablar de Allahabad; pero mi temor era vano, porque el coronel Munro no nos preguntó, ni a Banks ni a mí, sobre lo que habíamos hecho durante el día, y permaneció mudo toda la comida. Su semblante pareció nublarse cada vez más conforme pasaba el tiempo; miraba con frecuencia hacia el camino que conducía a los acantonamientos y muchas veces le vi inclinado a levantarse de la mesa para mirar en aquella dirección. Evidentemente esperaba con impaciencia la vuelta del sargento MacNeil.

La comida, pues, pasó tristemente. El capitán Hod interrogaba a Banks con la mirada, pero Banks no sabía más que él.

Cuando acabó la comida, el coronel Munro, en vez de quedarse reposando, según su costumbre, bajó la escalera de la galería, dio algunos pasos por el camino y después de mirar atentamente en dirección de los acantonamientos, se volvió y nos dijo:

—Banks, Hod, Maucier, ¿quieren ustedes acompañarme hasta las primeras casas de los acantonamientos?

Nos levantamos al instante y seguimos al coronel, que caminaba con lentitud, sin pronunciar una palabra.

Después de haber andado unos cien pasos, se detuvo delante de un poste que estaba a la derecha del camino y en el cual había un cartel pegado.

—Lean ustedes —dijo.

Era el anuncio, fijado dos meses antes, que ponía precio a la cabeza del nabab Nana Sahib y denunciaba su presencia en la presidencia de Bombay.

Banks y Hod no pudieron contener un ademán de despecho. Hasta entonces, lo mismo en Calcuta que durante nuestro viaje, habían evitado que esta noticia llegara a conocimiento del coronel. Una desagradable casualidad venía a frustrar sus precauciones.

—Banks —dijo Sir Eduardo Munro tomando la mano del ingeniero—, ¿sabías tú la noticia?

Banks no respondió.

—Tú lo sabías hace dos meses —añadió el coronel—; tú sabías que Nana Sahib había sido visto en la presidencia de Bombay y no me has dicho nada.

Banks permanecía mudo, no sabiendo qué contestar.

—En efecto, mi coronel —exclamó el capitán Hod—; sí, lo sabíamos. Pero, ¿para qué decírselo a usted? ¿Qué pruebas hay de que esa noticia sea cierta y para qué traer a la memoria acontecimientos que le hacen a usted tanto mal?

—Banks —exclamó el coronel Munro, cuyo rostro parecía transfigurarse—, ¿has olvidado que yo tengo más derecho que cualquier otro hombre a hacer justicia de ese asesino? Sabe, pues, que si he consentido en salir de Calcuta es porque este viaje me traía al norte de la India; sabe que no he creído, ni por un solo momento, en la muerte de Nana Sahib, y que no he olvidado mis deberes de justiciero. Al venir aquí no he tenido más que una idea y una esperanza. He contado, para acercarme a mi objeto, con los accidentes del terreno y con la ayuda de Dios. Y he tenido razón, porque Dios me ha conducido delante de

este cartel. No es, pues, al Norte adonde debo ir a buscar a Nana Sahib; es al Sur. Así, pues, iré al Sur.

Nuestros presentimientos no nos habían engañado. Era demasiado cierto que su idea fija dominaba más que nunca al coronel Munro, y acababa de comunicárnoslo con toda franqueza.

—Munro —respondió Banks—, si no te he hablado de nada es porque no creía en la presencia de Nana Sahib en el territorio de Bombay. La autoridad indudablemente ha sido engañada una vez más. En efecto, esa noticia es del seis de marzo, y desde entonces nada, absolutamente nada, la ha confirmado.

El coronel Munro no respondió a esta observación del ingeniero y se contentó con dirigir sus miradas al camino. Al cabo de un rato de observación, dijo:

—Amigos míos, voy a saber lo que hay de cierto en todo esto. MacNeil ha ido a Allahabad con una carta mía para el gobernador. Dentro de un instante sabré si, en efecto, Nana Sahib ha reaparecido en alguna de las provincias del Oeste, si está allí todavía o si ha desaparecido.

—Y si le han visto y el hecho es indudable, Munro, ¿qué harás? —preguntó Banks, estrechando vivamente conmovido la mano del coronel.

—Marcharé —respondió Sir Eduardo Munro—. Iré, en nombre de la justicia suprema, adonde mi deber me lleve.

—¿Estás absolutamente resuelto, Munro?

—Sí, Banks, absolutamente resuelto. Ustedes continuarán su viaje sin mí, amigos míos, y esta noche tomaré el tren de Bombay.

—Sea como quieras; pero no irás solo —respondió el ingeniero, volviéndose hacia nosotros—. Nosotros te acompañaremos.

—Sí, sí, mi coronel —exclamó el capitán Hod—. No le dejaremos marchar a usted sin nosotros. En vez de cazar fieras, cazaremos tunantes.

—Coronel Munro —añadí yo—, usted me permitirá también que le acompañe.

—Sí, Maucler —respondió Banks—, y esta noche abandonaremos todos Allahabad.

—Es inútil —dijo una voz grave.

Nos volvimos. Era el sargento MacNeil, que había llegado y tenía un periódico en la mano.

—Lea usted, mi coronel —dijo—. El gobernador me ha mandado entregar a usted esto.

Sir Eduardo Munro leyó lo siguiente:

El gobernador de la presidencia de Bombay anuncia al público que no tiene ya objeto la noticia del 6 de marzo último concerniente al nabab Dandu-Pant. Ayer, Nana Sahib, atacado en los desfiladeros de los montes Sautpurra, donde se había refugiado con su tropa, ha sido muerto en la lucha. No hay duda posible sobre su identidad; ha sido reconocido por los habitantes de Cawnpore y de Lucknow. Le faltaba un dedo de la mano izquierda, y se sabe que se lo había amputado en el momento de hacer falsas exequias para

fingir su muerte. El reino de la India no tiene nada que temer de las maniobras del cruel nabab que le ha costado tanta sangre.

El coronel leyó estas líneas con voz sorda y luego dejó caer el periódico.

Nosotros guardamos silencio. La muerte de Nana Sahib, indiscutible esta vez, nos libraba de todo temor para el porvenir.

El coronel Munro, después de algunos minutos de silencio, se pasó la mano por la frente como para borrar horribles recuerdos, y preguntó:

—¿Cuándo debemos marchar de aquí?

—Mañana al amanecer —respondió el ingeniero,

—Banks —dijo el coronel—, ¿no podríamos detenernos algunas horas en Cawnpore?

—¿Quieres?

—Sí, Banks; quisiera..., quiero volver a ver por última vez a Cawnpore.

—Dentro de dos días estaremos allí —respondió el ingeniero.

—¿Y después? —preguntó nuevamente Munro.

—Después —respondió Banks— continuaremos nuestra expedición hacia el norte de la India.

—Sí, sí, al Norte, al Norte —dijo el coronel, con una voz que me conmovió hasta el fondo del corazón.

Sin duda alguna, Sir Eduardo Munro conservaba todavía alguna esperanza de que no hubiera muerto Nana Sahib en el encuentro con las tropas inglesas. ¿Tenía razón contra lo que parecía ser la evidencia misma?

El porvenir nos lo diría.

CAPÍTULO X

VÍA DOLOROSA

Antiguamente, el reino de Oude era uno de los más importantes de la península, y aún hoy es uno de los más ricos de la India. Tuvo soberanos, unos fuertes y otros débiles; la debilidad de uno de ellos, llamado Wayad-Alí-Shah, produjo la anexión de su reino al dominio de la Compañía el 6 de febrero de 1857, es decir, pocos meses antes de estallar la insurrección; y en este territorio fue precisamente donde se cometieron los más espantosos asesinatos seguidos de las más terribles represalias.

Dos nombres de ciudades han adquirido triste celebridad desde aquella época: Lucknow y Cawnpore.

Lucknow es la capital; Cawnpore es una de las principales ciudades del antiguo reino.

El coronel Munro quería ir a Cawnpore y allí llegamos, en efecto, en la mañana del 29 de mayo, después de haber seguido la orilla derecha del Ganges, atravesando una llanura cubierta de plantaciones de índigo. Por espacio de dos días, el *Gigante de Acero* había marchado con una velocidad media de tres leguas por hora, recorriendo así los 250 kilómetros que separan a Cawnpore de Allahabad.

Estábamos ya a cerca de mil kilómetros de Calcuta, nuestro punto de partida.

Cawnpore es una ciudad de unas sesenta mil almas, que ocupa en la orilla derecha del Ganges una zona de terreno de cinco millas de largo. Tiene un acantonamiento militar con cuartel para siete mil hombres.

El viajero buscaría en vano en esta ciudad algún monumento digno de llamar la atención, aunque es de origen antiquísimo, y se cree anterior a la Era Cristiana. Así, pues, la curiosidad no nos hubiera llevado a Cawnpore si el coronel Munro no se hubiera empeñado en este viaje.

En la mañana del 30 de mayo salimos de nuestro campamento Banks, el capitán Hod y yo, siguiendo al coronel y al sargento MacNeil por aquella vía dolorosa, por aquel calvario, cuyas estaciones había querido visitar de nuevo Sir Eduardo Munro.

Véase la relación abreviada de lo que Banks me dijo respecto de los sucesos de Cawnpore.

Cawnpore, guarnecida de tropas muy seguras en el momento de la anexión del reino de Oude, no tenía al principio de la insurrección más que una guarnición de doscientos cincuenta soldados del ejército real contra tres regimientos de indígenas de infantería, el 1.º, el 53 y el 56; dos regimientos de infantería y una batería de artillería del ejército de Bengala.

Además, se encontraban en ella muchos europeos, empleados, negociantes, etc., y más de ochocientas mujeres y niños de los oficiales y soldados del regimiento número 32 del ejército real que guarnecía a Lucknow. El coronel Munro vivía en Cawnpore desde hacía algunos años, y allí era donde había conocido a la joven con quien se casó.

La señorita Honlay era una joven inglesa, bella, inteligente y de elevado espíritu, de noble corazón, de naturaleza heroica, digna de ser amada por un hombre como el coronel, que la adoraba. Vivía con su madre en un *bungalow* en las inmediaciones de la ciudad, y allí, en 1855, se casó con ella Eduardo Munro.

Dos años después de su matrimonio, en 1857, cuando estallaron los primeros movimientos de la insurrección en Mirat, el coronel Munro tuvo que unirse inmediatamente a su regimiento y se vio obligado a dejar a su mujer y su suegra en Cawnpore, recomendándoles que hicieran lo más pronto posible sus preparativos para marchar a Calcuta. Pensaba, en efecto, que Cawnpore no era sitio seguro, y los sucesos vinieron a justificar demasiado sus presentimientos.

La marcha de Lady Munro y su madre sufrió demoras que tuvieron consecuencias funestas. Las desgraciadas fueron sorprendidas por los acontecimientos y no pudieron salir de Cawnpore.

La guarnición estaba entonces mandada por Sir Hugo Wheeler, soldado honrado y

leal, que en breve debía ser víctima de las astutas maniobras de Nana Sahib. El nabab ocupaba entonces, a diez millas de distancia, su castillo de Bilhur, y desde largo tiempo aparentaba gran amistad hacia los europeos.

Las primeras tentativas de la insurrección tuvieron efecto en Mirat y en Delhi. La noticia llegó el 14 de mayo a Cawnpore, y aquel mismo día, el primer regimiento de cipayos adoptó una actitud hostil.

Entonces Nana Sahib ofreció al Gobierno su mediación. El general Wheeler fue bastante imprudente para creer en la buena fe de aquel traidor, cuyos soldados ocuparon inmediatamente los edificios de la tesorería.

En el mismo día, un regimiento irregular de cipayos, de paso en Cawnpore, asesinaba a sus oficiales europeos a las mismas puertas de la ciudad.

El peligro se presentó entonces tal como era: inmenso. El general Wheeler mandó a todos los europeos que se refugiasen en el cuartel donde estaban las mujeres y los niños del regimiento 32 de Lucknow, cuartel situado en el punto más cercano del camino de Allahabad, único por donde podían llegar socorros.

Allí se encerraron Lady Munro y su madre, y durante todo el tiempo del encierro la joven mostró una adhesión sin límites a sus compañeras de infortunio, cuidándolas por su propia mano, ayudándolas con su dinero, animándolas con su ejemplo y sus palabras y demostrando ser una mujer heroica.

Poco después, el arsenal fue confiado a la guardia de los soldados de Nana Sahib.

Entonces el traidor desplegó el estandarte de la insurrección, y el 7 de junio los cipayos, excitados por él, atacaron el cuartel, que no contaba más que trescientos soldados útiles para defenderlo.

Sin embargo, aquellos valientes se defendieron contra la multitud de sus sitiadores; bajo una nube de proyectiles, desfallecidos por enfermedades de toda especie, muriendo de hambre y sed, sin víveres, porque las provisiones eran insuficientes, y sin agua, porque los pozos se secaron en breve.

Esta resistencia duró hasta el 27 de junio.

Nana Sahib propuso entonces una capitulación, que el general Wheeler cometió la falta imperdonable de aceptar, a pesar de las instancias de Lady Munro, que le aconsejaba continuar la lucha sin claudicar.

A consecuencia de esta capitulación, los hombres, niños y mujeres, que sumaban unas quinientas personas incluidas Lady Munro y su madre, fueron embarcados en lanchas que debían bajar el Ganges y llevarlos a Allahabad.

Pero apenas los barcos se separaron de la orilla, los cipayos abrieron el fuego contra ellos; y a consecuencia de aquella granizada de balas y de metralla, los unos se fueron a pique, los otros se incendiaron, y sólo una de las embarcaciones logró bajar por el río algunas millas.

En esta embarcación estaban Lady Munro y su madre, que por un momento pudieron creerse a salvo. Pero los soldados de Nana Sahib las persiguieron, las volvieron a prender y las llevaron a los acantonamientos. Allí se hizo una clasificación de prisioneros.

Todos los hombres fueron pasados inmediatamente por las armas; y a las mujeres y a los niños se les reunió con las demás mujeres y niños que no habían sido asesinados el 27 de junio.

Era un total de doscientas víctimas, a quienes esperaba una larga agonía y que fueron encerradas en un *bungalow*, cuyo nombre de Bibi-Ghar es tristemente célebre desde entonces.

—Pero, ¿cómo sabe usted esos horribles detalles? —pregunté a Banks.

—Por un veterano, sargento del regimiento treinta y dos del ejército real —me respondió el ingeniero—, el cual se escapó por milagro; fue recogido por el rajá de Raishwarah, provincia del reino de Oude, que le trató con la mayor humanidad.

—¿Y qué fue de Lady Munro y de su madre?

—Mi querido amigo —me respondió Banks—, no tenemos testimonios directos de lo que pasó desde aquella fecha, pero es demasiado fácil de conjeturar. Los cipayos eran dueños de Cawnpore, y lo fueron hasta el quince de julio. Durante aquellos diecinueve días, o, mejor dicho, diecinueve siglos, las desgraciadas víctimas estuvieron esperando hora por hora un socorro que debía llegar demasiado tarde.

»El general Havelock, que había salido tiempo antes de Calcuta, marchaba en socorro de Cawnpore; y después de haber derrotado a los rebeldes en muchos encuentros, entró en la ciudad el diecisiete de julio.

»Pero, dos días antes, cuando Nana Sahib supo que las tropas reales habían pasado el río de Pandú Naddi, resolvió señalar por una espantosa matanza las últimas horas de su ocupación. Todo le parecía permitido contra los invasores de la India. Algunos prisioneros que estaban cautivos con las mujeres del Bibi-Ghar, fueron llevados a su presencia y degollados a su vista.

»Quedaba la multitud de mujeres y niños, entre ellos Lady Munro y su madre. Un pelotón del sexto regimiento de cipayos recibió orden de fusilarlos haciendo fuego por las ventanas del Bibi-Ghar. La ejecución comenzó; pero como no iba tan de prisa como quería Nana Sahib, que tenía que pensar en su retirada, aquel hombre sanguinario llamó a los carniceros musulmanes, los mezcló entre los soldados de su guardia y mandó entrar a degüello. Aquel *bungalow* se convirtió en un matadero.

»Al día siguiente, muertos y moribundos, mujeres y niños, fueron precipitados en un pozo inmediato; y cuando los soldados de Havelock llegaron a aquel pozo colmado de cadáveres hasta el brocal, humeaba todavía.

»Entonces comenzaron las represalias. Cierta número de rebeldes, cómplices de Nana Sahib, habían caído en manos del general Havelock y éste lanzó la siguiente orden del día, en términos que jamás serán olvidados:

"El pozo en que reposan los despojos mortales de las pobres mujeres y niños asesinados por orden del malvado Nana Sahib, será relleno de tierra y cubierto con cuidado en forma de sepulcro. Un destacamento de soldados europeos mandados por un oficial se encargará de cumplir este piadoso deber. Las casas y las habitaciones donde se

ha cometido el asesinato no serán limpiadas ni blanqueadas por los compatriotas de las víctimas. El brigadier quiere que cada gota de sangre inocente sea limpiada y lamida por la lengua de los reos, antes de la ejecución, proporcionalmente a su categoría de casta yalaparte que han tomado en el crimen. En consecuencia, todo sentenciado, después de haber oído la lectura de su sentencia de muerte, será conducido a la casa donde se perpetraron los asesinatos y será obligado a limpiar con la lengua una parte del suelo. Se tendrá cuidado de que esta tarea sea lo más repugnante posible a los sentimientos religiosos del reo, y el preboste usará del látigo, si fuere necesario, para obligarlos. Cumplida esta tarea, se ejecutará la sentencia en la horca levantada cerca de la casa"

»Tal fue —dijo Banks, conmovido—, aquella orden del día, que se ejecutó puntualmente. Pero las víctimas ya no existían; habían sido degolladas, mutiladas, destrozadas; y cuando el coronel Munro, que llegó dos días después, quiso buscar los restos de su mujer y de su suegra, no encontró nada.

Esto fue lo que me refirió Banks antes de mi llegada a Cawnpore. El coronel se dirigía, pues, al mismo sitio en que se había realizado aquella horrible matanza.

Pero antes quiso volver a ver el *bungalow* donde había vivido Lady Munro, donde había pasado su juventud, donde la había visto y abrazado por última vez.

Este *bungalow* estaba situado a cierta distancia de los arrabales, no lejos de la línea de los acantonamientos militares. Todo lo que de él quedaba eran ruinas, lienzos de pared todos ennegrecidos y algunos árboles derribados y chamuscados. El coronel no había permitido que se reparase nada; el *bungalow* estaba, al cabo de seis años, tal como lo había dejado la mano de los incendiarios.

Pasamos una hora en aquel lugar de desolación. Sir Eduardo Munro paseaba silencioso a través de las ruinas, que despertaban en él tantos recuerdos. Su pensamiento evocaba toda aquella existencia de felicidad que había desaparecido para siempre. Volvía a ver a la joven, feliz en aquella casa donde había nacido, donde se habían conocido, y algunas veces cerraba los ojos para verla mejor.

Al fin hizo un movimiento brusco, como si hubiera querido hacerse violencia. Volvió hacia nosotros y nos llevó fuera de aquel recinto.

Banks esperaba que el coronel se limitaría quizás a visitar el *bungalow*; pero no; Sir Eduardo Munro había resuelto agotar hasta las heces la copa de la amargura que le presentaba aquella ciudad funesta. Después de la casa de Lady Munro quiso ver el cuartel donde tantas víctimas socorridas por la mano de su valerosa mujer habían sufrido todos los horrores de un sitio.

El cuartel estaba situado en la llanura fuera de la ciudad, y sobre el sitio que había ocupado se estaba construyendo entonces una iglesia. Para llegar hasta aquel sitio donde la población europea de Cawnpore había tenido que refugiarse, seguimos un camino sombreado por hermosos árboles. Allí se había representado el primer acto de la horrible tragedia; allí habían vivido, padecido y agonizado Lady Munro y su madre, hasta el momento en que la capitulación puso en manos de Nana Sahib las numerosas víctimas ya

destinadas a un espantoso sacrificio, a pesar de la promesa hecha por el traidor de conducir las sanas y salvas a Allahabad.

Alrededor de estas construcciones no acabadas se distinguían todavía restos de paredes de ladrillos y vestigios de las obras de defensa levantadas por el general Wheeler (1).

(1) Posteriormente se ha terminado la construcción de la iglesia conmemorativa, y en las losas de mármol se han puesto inscripciones que recuerdan la memoria de los ingenieros del camino de hierro de la India Oriental que murieron de enfermedades o de heridas durante la gran rebelión de 1857; la de los oficiales, sargentos, cabos y soldados del regimiento 34 del ejército real muertos en el combate del día 17 de noviembre delante de Cawnpore; del capitán Stuart Beatson, de los oficiales, hombres y mujeres del regimiento 32, muertos durante los sitios de Lucknow y de Cawnpore o en la insurrección, y en fin, la memoria de los mártires de Bibi-Ghar, asesinados en julio de 1857.

El coronel Munro permaneció largo rato inmóvil y silencioso delante de aquellas ruinas. A su mente se presentaban vivas en aquel momento las espantosas escenas de que habían sido teatro; después del *bungalow*, donde Lady Munro había vivido feliz, el cuartel en que había padecido más de lo imaginable.

Le faltaba visitar el Bibi-Ghar convertido en prisión por Nana Sahib y donde se abría el pozo en cuyo fondo yacían confusamente las víctimas.

Cuando Banks vio al coronel dirigirse hacia aquel sitio, le tomó del brazo como para detenerle.

Sir Eduardo Munro le miró fijamente y con voz trágicamente tranquila, le dijo:

—Vamos.

—Munro, yo te suplico...

—Si no vienes, iré solo.

No había medio de resistirse.

Nos dirigimos entonces hacia el Bibi-Ghar, al cual preceden jardines bien dispuestos y plantados de hermosos árboles.

Allí se levanta una columnata de estilo gótico y de forma octogonal, que rodea el sitio donde estaba el pozo, cuya boca se encuentra cerrada por un revestimiento de piedra. Este revestimiento forma una especie de zócalo que sostiene una estatua de mármol blanco, que representa el ángel de la compasión, y es una de las últimas obras debidas al cincel del escultor Marochetti.

Lord Canning, gobernador general de la India durante la terrible insurrección de 1857, fue quien mandó levantar este monumento expiatorio construido según los planos del coronel de ingenieros Yule. Lord Canning quiso también pagarle de su propio peculio.

Delante de este pozo, en el cual las dos mujeres, madre e hija, después de ser heridas por los verdugos de Nana Sahib, habían sido arrojadas aún vivas quizá, Sir Eduardo Munro no pudo contener sus lágrimas y cayó de rodillas sobre la piedra del monumento.

El sargento MacNeil, a su lado, lloraba en silencio.

Todos teníamos el corazón quebrantado, no pudiendo hacer nada para consolar aquel inmenso dolor y esperando que Sir Eduardo Munro se serenase, después de haber derramado las últimas lágrimas que podían brotar de sus ojos.

¡Ah, si hubiera sido de los primeros soldados del ejército real que entraron en Cawnpore y que penetraron en aquel Bibi-Ghar después de la matanza, hubiera muerto de dolor!

En efecto, uno de los oficiales del ejército inglés hace de aquella escena esta relación, copiada por Monsieur de Rousselet:

Apenas entramos en Cawnpore, corrimos en busca de las pobres mujeres que sabíamos estaban en poder del infame Nana Sahib; pero pronto supimos la horrible matanza. Torturados por una terrible sed de venganza y comprendiendo los espantosos padecimientos que habían debido experimentar las desdichadas víctimas, sentíamos despertarse en nosotros extrañas y crueles ideas. Medio locos, corrimos hacia el triste lugar del martirio. La sangre coagulada, mezclada con restos informes de cadáveres, cubría el suelo de la habitación donde habían estado encerradas y nos llegaba hasta los tobillos. Largas trenzas de sedosos cabellos, jirones de vestidos, zapatillas de niños y juguetes, cubrían aquel suelo empapado de sangre. Las paredes, manchadas también de sangre, presentaban las señales de la horrible agonía. Recogí estas líneas conmovedoras: «27 de junio hemos dejado los barcos... 7 de julio prisioneros de Nana Sahib... día fatal.» Pero no eran éstos los únicos horrores que teníamos que presenciar. Más horrible todavía fue la vista del pozo profundo y estrecho donde estaban hacinados confusamente los restos de aquellas desventuradas criaturas...

Sir Eduardo Munro no estaba allí en los primeros momentos en que los soldados de Havelock se apoderaron de la ciudad. No llegó sino dos días después del odioso sacrificio y a la sazón no tenía delante de su vista más que el sitio donde se abrió el funesto pozo tumba de las doscientas víctimas del nahab.

Esta vez Banks, con la ayuda del sargento, logró separarle a la fuerza de aquel lugar funesto.

El coronel Munro no debía olvidar jamás aquellas palabras que uno de los soldados de Havelock trazó con su bayoneta en el brocal del pozo;

«Acuérdate de Cawnpore.»

CAPÍTULO XI

EL CAMBIO DE MONZÓN

A las once estábamos de regreso en el campamento, y ya se comprenderá que deseábamos abandonar cuanto antes a Cawnpore; pero era necesario efectuar algunas reparaciones en la bomba de alimentación de la máquina, y éstas no nos permitieron marchar hasta el amanecer del día siguiente. Me quedaba, pues, medio día, y creí que debía aprovecharlo visitando a Lucknow. La intención de Banks era no pasar por esta ciudad, en la cual el coronel Munro habría encontrado escenas que le recordarían la pasada guerra. Tenía razón: había allí recuerdos demasiado tristes para él.

Así, pues, salí a las doce de la «Casa de Vapor» y tomé el ramal del ferrocarril que une a Cawnpore con Lucknow. El trayecto es de unas veinte leguas, y llegué en dos horas a la importante capital del reino de Oude, de la cual quería tomar solamente una vista a la ligera, lo que se llama una impresión.

Por lo demás, reconocí la verdad de lo que había oído decir a propósito de los monumentos de Lucknow, construidos bajo el reinado de los musulmanes en el siglo XVII. Un francés, natural de Lyon, llamado Martin, un simple soldado del ejército de Lally-Tollendal, que fue favorito del rey en 1730, fue el creador, y aun pudiera decirse el arquitecto, de las pretendidas murallas de la capital del Oude. La residencia oficial de los soberanos, el Kaiser-Bagh, reunión heterogénea de todos los estilos que podían acudir a la imaginación de un cabo, es una obra sin importancia. Nada hay en ella interior, todo es exterior; pero este exterior es a la vez indio, chino, morisco y europeo. Lo mismo sucede en otro palacio más pequeño, el Farid-Bagh, igualmente obra de Martin. En cuanto al Imambara, construido en el centro de la fortaleza por Kaifiatulla, el primer arquitecto de las Indias en el siglo XVII, es realmente soberbio y produce un efecto grandioso con los mil campanarios que lo erizan.

No podía yo dejar a Lucknow sin visitar al palacio Constantino, que es también obra personal del cabo francés y lleva el nombre de Palacio de la Martinière. Quise también ver el jardín inmediato, llamado el Secander-Bagh, donde fueron muertos a centenares los cipayos que habían violado la tumba del humilde soldado antes de abandonar la ciudad.

En fin, después de haber admirado los magníficos parques que forman como un cinturón de verdor y de flores en torno de esta gran ciudad de quinientos mil habitantes, y después de haber recorrido, montado en un elefante, las calles principales y su magnífica alameda de Hazat-Gaudy, volví a tomar el tren y regresé aquella misma noche a Cawnpore.

Al día siguiente, 31 de mayo, al amanecer, emprendimos la marcha.

—En fin —exclamó el capitán Hod—, ya hemos concluido con Allahabad, Cawnpore, Lucknow y las demás ciudades, que a mí me importan lo mismo que un cartucho vacío.

—Sí, hemos concluido, Hod —respondió Banks—, y ahora vamos a marchar directamente hacia el Norte, hasta la base del Himalaya.

—¡Bravo! —dijo el capitán—. Lo que yo llamo la India por excelencia no son las provincias cubiertas de ciudades o pobladas de indios, sino aquellas donde viven en libertad

mis amigos los elefantes, los leones, los tigres, las panteras, los leopardos, los osos, los búfalos y las serpientes. Esa es la única parte verdaderamente habitable de la península. Usted la verá, Maucler, y no sentirá haber abandonado las maravillas del valle del Ganges.

—En compañía de usted no echaré nada de menos, mi querido capitán —contesté.

—Sin embargo —dijo Banks—, hay también en el Norte ciudades muy interesantes, como Delhi, Agra, Lahore...

—¡Bah, amigo Banks! —exclamó Hod—. ¿Quién ha oído hablar de esos miserables villorrios?

—¡Miserables villorrios! —respondió Banks—. No, amigo Hod, son ciudades magníficas. No tenga usted cuidado, amigo mío —añadió volviéndose hacia mi—, trataremos de enseñárselas a usted, sin destruir los planes de campaña del capitán.

—En hora buena —respondió éste—, pero solamente desde hoy comienza nuestro viaje. —Después, con voz fuerte, exclamó—: ¡Fox!

El asistente acudió.

—Presente, mi capitán.

—¡Fox! Dispon los fusiles, las carabinas y los revólveres.

—Están en orden.

—Visita las baterías.

—Están visitadas.

—Prepara los cartuchos,

—Ya lo están.

—¿No falta nada?

—Nada.

—Que todo esté a punto.

—Está.

—Fox, no tardarás en agregar a tu gloriosa lista el número treinta y ocho.

—Para el treinta y ocho —exclamó el asistente, cuyos ojos brillaron un momento—, voy a preparar una balita explosiva de la cual no podrá quejarse con razón.

—Anda, Fox, anda.

Fox saludó militarmente; dio media vuelta y se dirigió a la sala de armas.

Ahora veamos el itinerario de esta segunda parte de nuestro viaje, itinerario que no debía modificarse a no ser que ocurrieran acontecimientos imprevistos.

Por espacio de 75 kilómetros debíamos subir por las orillas del Ganges, dirigiéndonos hacia el Noroeste; pero desde este punto el itinerario tomaba la dirección del Norte, entre uno de los afluentes del gran río y otro afluente importante del Gutmí. De esta manera evitábamos cierto número de ríos, que se dispersan a derecha y a izquierda, y por Biswah subiríamos oblicuamente hasta las primeras estribaciones de las montañas del Nepal, atravesando la parte occidental del reino de Oude y del Rohilkhande.

El ingeniero había escogido juiciosamente este trayecto para evitar todas las dificultades. Si el carbón era más difícil de encontrar en el norte del Indostán, en cambio, no debía faltarnos leña jamás. Nuestro *Gigante de Acero* podría circular fácilmente con más

o menos velocidad por los caminos bien conservados y a través de los hermosos bosques de la península india.

Ochenta kilómetros, poco más o menos, nos separaban de la pequeña ciudad de Biswah, y convinimos en que los recorreríamos en seis días, con una velocidad muy moderada. Esto nos permitiría detenernos en los sitios que nos agradaran, para dar tiempo a los cazadores de la expedición a mostrar sus proezas. Además, el capitán Hod, el asistente Fox y Gumí podían fácilmente cazar por el camino mientras el *Gigante de Acero* caminaba al paso. No me estaba prohibido acompañarles en sus batidas, aunque no era yo un cazador muy experimentado, y algunas veces les acompañé.

Debo decir que desde el instante en que nuestro viaje entró en una nueva fase, el coronel Munro se mantuvo menos reservado. Me pareció que se hacía más sociable, una vez alejado de las ciudades y viviendo en los bosques y en las llanuras apartadas del valle del Ganges, que acabábamos de recorrer. En estas condiciones, parecía que recobraba la tranquilidad de la existencia que había llevado en Calcuta. Sin embargo, ¿podía olvidar que su casa portátil se dirigía hacia el norte de la India, adonde le atraía alguna fatalidad irresistible? De todos modos, su conversación era más animada durante las comidas y en las horas de la siesta, y a veces en las horas de alto se prolongaba hasta bien entrada la noche, que todavía en la estación de los calores es hermosa. En cuanto a MacNeil, desde la visita al pozo de Cawnpore, me parecía más taciturno. La visita del Bibi-Ghar, ¿habría reavivado en él un rencor que pensaba satisfacer todavía?

Un día me dijo:

—No, señor Maucler, no; no es posible que hayan matado a Nana Sahib.

El primer día se pasó sin incidentes que merezcan la pena de mencionar. Ni el capitán Hod, ni Fox, tuvieron ocasión de apuntar a ningún animal. Esto era desconsolador y hasta extraordinario, tanto que se preguntaban si la aparición del *Gigante de Acero* sería lo que causara la ausencia de las terribles fieras de aquellas llanuras. En efecto, costeamos algunos bosques, que son el retiro habitual de los tigres y otras fieras; pero ninguno se mostró, no obstante que los dos cazadores se habían apartado hasta una o dos millas a uno y otro lado de nuestro convoy. Tuvieron, pues, que resignarse a llevar a *Black* y a *Fan* para la caza menor, que reclamaba diariamente Monsieur Parazard. En esto nuestro cocinero negro no admitía excusas; y cuando el asistente le hablaba de tigres, leopardos u otros animales poco comestibles, se encogía desdeñosamente de hombros y decía:

—¿Acaso puede eso comerse?

Aquella noche acampamos al abrigo de un grupo de enormes bananeros. La noche fue tan tranquila como lo había sido el día, sin que turbaran el silencio los rugidos de las fieras. Nuestro elefante descansaba; no se oían tampoco sus barritos; los fuegos del campamento se habían apagado y, para satisfacer al capitán, Banks no había querido siquiera establecer la corriente eléctrica, que convertía los ojos del elefante en dos poderosos fanales. Pero todo fue inútil; el capitán no pudo encontrar una fiera.

Lo mismo sucedió en los días 1 y 2 de junio. Era para desesperarse.

—Me han cambiado mi reino de Oude —no cesaba de repetir el capitán—; me lo

han transportado a Europa. No hay aquí más tigres que en las llanuras de Escocia.

—Es posible, mi querido Hod —dijo el coronel Munro—, que se hayan hecho batidas en estos territorios y que las fieras hayan emigrado en masa. Pero no se desespere usted y aguarde a que lleguemos al pie de las montañas del Nepal. Allí podrá usted ejercer útilmente sus instintos de cazador.

—Esa esperanza me anima, mi coronel —respondió Hod, moviendo la cabeza—. Sin eso, tendríamos que fundir las balas para hacer perdigones.

El día 3 de junio fue uno de los más calurosos que habíamos sufrido hasta entonces. Si el camino no hubiera estado sombreado por grandes árboles, creo que nos habríamos asado en nuestra casa portátil. El termómetro subió a 47 grados a la sombra y no había un soplo de aire. Era, pues, posible que, con semejante temperatura y en aquella atmósfera de fuego, las fieras no pensarán en salir de sus cuevas, ni siquiera durante la noche.

Al día siguiente, 4 de junio, al salir el sol, el horizonte se presentó por primera vez bastante nublado hacia el Oeste, y entonces tuvimos oportunidad de contemplar el magnífico espectáculo de uno de esos fenómenos de espejismo que en ciertas partes de la India se llaman *sikote* o castillos aéreos, y en otras *desasur* o ilusión. No eran, en efecto, mares con sus curiosos reflejos los que parecían extenderse a nuestra vista; era toda una cordillera de colinas poco elevadas, coronada de los castillos más fantásticos, algo parecidos a las alturas de un valle del Rin con los antiguos castillos de los burgraves. Por un momento nos encontramos transportados, no solamente a la parte romana de la vieja Europa, sino a quinientos o seiscientos años atrás, en plena Edad Media.

Este fenómeno, cuya claridad era sorprendente, nos parecía absolutamente real. Así, el *Gigante de Acero*, con todo el aparato de la maquinaria moderna marchando hacia una ciudad del siglo XI, me parecía una cosa más extraordinaria y más fuera de lugar y de país, que cuando corría coronado por sus penachos de vapores por las tierras de Visnú y de Brahma.

—Gracias, señora Naturaleza —exclamó el capitán Hod—. Después de tantos minaretes y tantas cúpulas, mezquitas y pagodas, nos presentas una vieja ciudad de la época feudal con las maravillas romanas o góticas que despliega a nuestra vista.

—¡Qué poético está esta mañana nuestro amigo Hod! —dijo Banks—. Antes de almorzar se habrá comido una balada.

—No se burle usted, Banks —respondió el capitán—. En vez de burlarse, observe. Allí tiene usted los objetos que se aumentan en los primeros términos del cuadro; allí tiene usted arbustos que se convierten en árboles, las colinas que se hacen montañas, los...

—Los simples gatos, que se transformarían en tigres si hubiera gatos, ¿no es verdad, Hod?

—¡Ah, Banks! No sería cosa despreciable... Pero ya se hunden mis castillos del Rin; ya desaparecen la ciudad y volvemos a caer en la realidad; tenemos un simple paisaje del reino de Oude, paisaje que las fieras no se dignan habitar.

En efecto, el sol, subiendo más por el horizonte, acababa de modificar instantáneamente los juegos de la refracción. Las ciudades que teníamos a la vista, como

castillos de naipes, caían sobre la colina y ésta se transformaba en llanura.

—Pues bien, ya que el espejismo ha desaparecido —dijo Banks—, y que con él se ha disipado toda la vena poética del capitán Hod, ¿quieren ustedes, amigos míos, saber lo que presagia ese fenómeno?

—Dígalo usted, ingeniero —respondió el capitán.

—Un próximo cambio de tiempo —dijo Banks—. Estamos en los primeros días de junio, en los cuales se producen modificaciones climatéricas. La variación del monzón va a traer la estación de las lluvias.

—Mi querido Banks —dije yo—, estamos en sitio cerrado y cubierto; por consiguiente, que venga la lluvia; aunque fuese un diluvio, que parecería preferible a estos calores.

—Quedará usted satisfecho, mi querido amigo —respondió Banks—. Creo que la lluvia no está lejos y que pronto veremos subir las nubes del Sudoeste.

Banks no se engañaba. Al anochecer, el horizonte occidental comenzó a cargarse de vapores, lo que indicaba que el monzón, como sucede con frecuencia, iba a establecerse durante la noche. El océano Índico nos enviaba, a través de la península, sus brumas saturadas de electricidad, como otros tantos odres del dios Eolo, que contenían el huracán y la tormenta.

Algunos otros fenómenos, que hubieran sido indicios seguros para un anglo-indio, se manifestaron durante aquel día. Por el camino y durante la marcha del tren, habíamos visto revolotear nubes de polvo muy tenue. El movimiento de las ruedas, poco rápido por lo demás, del motor y de los dos coches, podría haber levantado este polvo, pero no con tanta intensidad. El suelo podía compararse con un inmenso acumulador, en el cual se hubiera reunido la electricidad por espacio de muchos días. Además, aquel polvo se teñía de reflejos amarillentos de un singular efecto y en cada molécula brillaba un centrito luminoso. Había instantes en que todo nuestro aparato parecía marchar rodeado de llamas; llamas sin calor, pero que no se parecían en nada, ni por su color, ni por su brillo, a los fuegos de San Telmo.

Storr nos contó que algunas veces había visto trenes correr sobre los carriles en medio de una doble muralla de polvo luminoso, y Banks confirmó lo dicho por el maquinista. Durante un cuarto de hora pude yo observar muy claramente este singular fenómeno desde el interior de la torrecilla, que dominaba el camino en una extensión de cinco a seis kilómetros. El camino, sin árboles, estaba lleno de polvo calentado hasta el blanco por los abrasadores rayos del sol. En aquel momento me pareció que el calor de la atmósfera era superior al del fogón de la máquina, calor verdaderamente insoportable, y cuando acudí a respirar un aire más fresco bajo el impulso de las ondulaciones de la *punka*, estaba medio sofocado.

Por la tarde, hacia las siete, la «Casa de Vapor» se detuvo. El sitio de alto elegido por Banks fue la entrada de un bosque de magníficos bananeros, que parecía extenderse hasta el infinito hacia el Norte. Un hermoso camino lo atravesaba y nos prometía para el día siguiente un trayecto más fácil bajo altas y grandes bóvedas de follaje.

Los bananeros gigantes de la flora india son verdaderos abuelos, digámoslo así,

jefes de la familia vegetal, que están rodeados de sus hijos y nietos. Estos, brotando de una raíz común, suben rectos en torno del tronco principal, del cual están completamente separados, y van a perderse entre las altas ramas paternas como para abrigarse bajo aquel espeso follaje, como los pollos bajo el ala de su madre. De aquí el curioso aspecto que presentan estos bosques seculares. Los árboles viejos parecen columnas aisladas que sostienen la inmensa bóveda, cuyas aristas se apoyan en jóvenes bananeros, que a su vez se convertirían en columnas algún día.

Aquella noche se organizó el campamento de un modo más completo que de ordinario. Y si el día siguiente debía ser tan caluroso como el que acabábamos de pasar, Banks se proponía prolongar el alto y viajar durante la noche. El coronel Munro se complacía en pasar algunas horas en aquel hermoso bosque tan sombrío y tan tranquilo. Todos habíamos aceptado su parecer; los unos porque tenían necesidad verdaderamente de descanso, y los otros porque querían ver si encontraban por fin algún animal digno del fusil de un cazador experimentado. Ya se sabe quiénes eran estos últimos.

—Fox, Gumí, no son más que las siete —dijo el capitán—. Demos una vuelta por el bosque antes que se haga de noche. ¿Nos acompañará usted, Maucler?

—Mi querido Hod —dijo Banks antes de que yo pudiera responder—, hará usted bien en no alejarse del campamento. El cielo está muy amenazador; si la tempestad se desencadena, les costará a ustedes trabajo volver. Mañana, si estamos aquí, podrán...

—Mañana será de día —contestó el capitán—, y ahora la ocasión es propicia para intentar la aventura.

—Lo sé, Hod; pero la noche que se prepara no tiene nada de agradable. En todo caso, si persiste usted en marchar, no se aleje mucho. Dentro de una hora la noche será muy oscura y tendrán ustedes dificultades para volver al campamento.

—No tenga usted cuidado, Banks; son apenas las siete y no pido a mi coronel más que una licencia de dos horas.

—Vaya usted, mi querido Hod —respondió Sir Eduardo Munro—, pero tenga en cuenta los consejos de Banks.

—Sí, mi coronel.

El capitán Hod, Fox y Gumí, armados de excelentes carabinas de caza, salieron del campamento y desaparecieron bajo los altos bananeros de la derecha del camino.

Como estaba tan fatigado por el calor de aquel día, yo preferí quedarme en la «Casa de Vapor».

Mientras tanto, por orden de Banks, los fuegos, en vez de apagarse completamente, se conservaron en el fondo del fogón, de manera que pudiéramos tener una o dos atmósferas de presión en la caldera. El ingeniero quería estar pronto para atender a todos los acontecimientos que pudieran sobrevenir.

Storr y Kaluth se ocuparon en reponer el combustible y el agua. Un arroyuelo que corría a la izquierda del camino les suministró el líquido necesario, y los árboles inmediatos la leña que necesitaban para cargar el ténder. Entretanto, Monsieur Parazard se entregaba a sus ocupaciones habituales, y, recogiendo los restos de la comida del día, meditaba sobre la

del día siguiente.

Había aún bastante claridad, y el coronel Munro, Banks, MacNeil y yo la aprovechamos para sentarnos a orillas del arroyuelo. La corriente de aquella agua límpida refrescaba la atmósfera, que era muy sofocante aún a aquella hora de la tarde. El sol no se había ocultado todavía; su luz teñía de un color oscuro la masa de vapores que se iban acumulando poco a poco en el cénit, y que se veían a través de los claros del follaje. Eran nubes espesas condensadas, que no parecían movidas por ningún viento, sino, al contrario, tener en sí mismas el impulso.

Nuestra conversación duró hasta cerca de las ocho. De vez en cuando, Banks se levantaba e iba a tomar una vista más extensa del horizonte que cortaba la llanura a menos de un cuarto de milla del campamento. Siempre que volvía movía la cabeza de un modo poco tranquilizador. La última vez le acompañamos. Ya empezaba a oscurecer bajo la cubierta de los bananeros. Al llegar al extremo del bosque, vi que se extendía hacia el Oeste una inmensa llanura que terminaba en una serie de cerros cuyas formas se distinguían vagamente, y se confundían con las nubes.

El aspecto del cielo era terrible en medio de su tranquilidad. Ningún soplo de viento agitaba las altas hojas de los árboles; pero no era aquél el reposo de la Naturaleza dormida que los poetas han cantado con tanta frecuencia; era, por el contrario, un sopor pesado y enfermizo. Parecía como si hubiera una tensión en la atmósfera, y no puedo comparar el espacio más que con la caja de vapores de una caldera cuando el fluido, comprimido, está pronto a estallar.

La explosión era inminente.

En efecto, las nubes tempestuosas estaban muy elevadas, como sucede generalmente en las llanuras, y presentaban anchos contornos curvilíneos y claramente definidos. Parecían hincharse poco a poco, disminuir en número y aumentar en volumen sin dejar de adherirse a la misma base. Evidentemente, no tardarían en fundirse todas en una sola masa, aumentando la densidad, y las pequeñas nubes adicionales, experimentando una especie de influencia atractiva y chocando unas con otras, se perdían confusamente en el conjunto.

Hacia las ocho y media, un relámpago en zigzag, de ángulos muy agudos, desgarró la masa sombría en una longitud de dos mil quinientos a tres mil metros.

Sesenta y cinco segundos después, estallaba el trueno y prolongaba sus sordos bramidos propios de este género de relámpagos, y que duraron unos quince segundos.

—Veintiún kilómetros —dijo Banks, después de haber consultado su reloj—; es casi la distancia máxima a que se puede oír el trueno. Pero una vez desencadenada la tempestad, no tardará en llegar, y no debemos esperarla. Regresemos a casa, amigos míos.

—¿Y el capitán Hod? —preguntó el sargento MacNeil.

—Este trueno les ha dado orden de volver —respondió Banks—, y espero que obedecerán.

Cinco minutos después, estábamos de vuelta al campamento y nos sentábamos bajo la galería del salón.

CAPÍTULO XII

TRES FUEGOS

La India comparte con ciertos territorios del Brasil, entre otros el de Río de Janeiro, el privilegio de ser el país más azotado por las tempestades entre todos los del Globo. Si en Francia, Inglaterra, Alemania, parte media de Europa, se calculan en más de veinte por año los días en que se oye el ruido del trueno, conviene saber que en la península india este número asciende anualmente a más de cincuenta.

Esto respecto de la meteorología general. En nuestro caso particular, a causa de las circunstancias en que la tempestad se producía, debíamos esperar que tuviera una gran violencia.

Cuando entramos en la «Casa de Vapor», consulté el barómetro y observé que había habido una baja súbita de dos pulgadas en la columna mercurial, que estaba a 27 pulgadas, cuando poco antes había estado a 29 pulgadas (1).

(1) Unos 730 milímetros.

Comuniqué esta observación al coronel Munro, y me dijo:

—Estoy alarmado por la ausencia del capitán Hod y de sus compañeros. La tempestad es inminente; la noche viene y las tinieblas se presentan. Los cazadores siempre se alejan más de lo que prometen y también más de lo que ellos mismos quisieran. ¿Cómo podrán hallar el camino para volver con semejante oscuridad?

—Están locos —dijo Banks—. Imposible hacerles oír la razón. Ciertamente hubiera valido más que se hubiesen quedado.

—Sin duda, Banks; pero ya han marchado —respondió el coronel Munro—, y es preciso hacer lo posible para que hallen el camino de regreso.

—¿No hay medio de hacerles una señal que les indique dónde estamos? —pregunté yo al ingeniero.

—Sí —contestó Banks—, encendiendo nuestros fanales eléctricos, que son de un gran poder de iluminación y se ven de muy lejos. Voy a establecer la corriente.

—¡Excelente idea, Banks!

—¿Quiere usted que salga yo en busca del capitán? —preguntó el sargento.

—No, mi buen Neil —respondió el coronel Munro—, porque no los encontrarías y te perderías tú.

Banks se puso en disposición de utilizar los fuegos; estableció la corriente, y en

breve los dos ojos del *Gigante de Acero*, como dos faros, prolongaban su haz luminoso a través de la sombra que hacían los bananeros. Cierto que en aquella noche oscura el alcance de los fanales debía ser muy considerable y podía guiar a nuestros cazadores.

En aquel momento se desencadenó una especie de huracán con extrema violencia, desgarrando las cimas de los árboles, oblicuando hacia el suelo y ululando a través de los troncos de los bananeros, como si hubiera atravesado los tubos sonoros de un órgano.

Una granizada de ramas muertas y un aluvión de hojas arrancadas llenó el camino. La techumbre de la «Casa de Vapor» resonó como un quejido lastimero bajo aquel alud que producía un ruido continuo.

Fue preciso ponernos a cubierto en el salón y cerrar todas las ventanas. Pero aún no caía lluvia ninguna.

—Es una especie de tifón —dijo Banks.

Los indios dan este nombre a los huracanes impetuosos y repentinos que devastan más particularmente las regiones montañosas, y son muy temidos en el país.

—¡Storr! —gritó Banks, dirigiéndose al maquinista—. ¿Has cerrado bien las ventanas de la torrecilla?

—Sí, señor —respondió el maquinista—; no hay nada que temer.

—¿Dónde está Kaluth?

—Acaba de cargar de combustible el tender.

—Mañana —añadió el ingeniero—, para recoger combustible no tendremos más trabajo que bajar por él; el viento se ha hecho leñador y nos ahorra el trabajo de cortar leña. Mantén la presión, Storr, y después vuelve a ponerte a cubierto.

—Al instante.

—¿Están llenos los baldes, Kaluth? —preguntó Banks.

—Sí, señor —respondió el fogonero—. El repuesto de agua está completo.

—Bien; entra, entra.

El maquinista y el fogonero entraron a los pocos instantes en el segundo carruaje.

A la sazón, los relámpagos eran frecuentes y la explosión de las nubes eléctricas despedía un sordo y prolongado ruido. El tifón no había refrescado la atmósfera; era un viento tórrido, un soplo abrasador que quemaba como si hubiera salido de la boca de un horno.

Sir Eduardo Munro, Banks, MacNeil y yo, no dejábamos el salón más que para asomarnos a la galería. Al mirar las altas copas de los bananeros, las veíamos dibujarse como un fino encaje negro sobre el fondo encendido del cielo. No había un relámpago que no fuese seguido a los pocos segundos por el rugido del trueno. No había tenido tiempo de extinguirse un eco, cuando se repetía un nuevo estallido. El ruido era profundo y continuo, y sobre él se destacaban a veces detonaciones secas de esas que Lucrecio ha comparado tan justamente con el ruido del papel que se desgarrar.

—¿Cómo es que la tempestad no les ha hecho regresar todavía? —decía el coronel Munro.

—Quizá —respondió el sargento— el capitán Hod y sus compañeros han

encontrado abrigo en el bosque, en el hueco de algún árbol o de alguna roca, y no vendrán hasta mañana.

Banks movió la cabeza muy alarmado; no parecía ser de la opinión de MacNeil.

En aquel momento, eran ya cerca de las nueve, comenzó la lluvia a caer con gran violencia mezclada de enormes granizos que nos lapidaban y saltaban sobre el techo de la «Casa de Vapor». Era como un redoble seco de tambores, y hubiera sido imposible oír una conversación aun cuando los estallidos del trueno no hubieran llenado el espacio. Las hojas de los bananeros, desmenuzadas por el granizo, revoloteaban por todas partes.

Banks no podía hacerse oír en medio de aquel tumulto, y tendiendo los brazos, nos señaló los granizos que daban sobre los costados del *Gigante de Acero*.

¡Espectáculo sorprendente! Todo centelleaba al contacto de aquellos cuerpos duros. Parecía que caían de las nubes verdaderas gotas de un metal en fusión, que, chocando con el acero, despedían chorros luminosos. Aquel fenómeno indicaba hasta qué punto la atmósfera estaba saturada de electricidad. La batería fulminante la atravesaba sin cesar hasta tal punto, que todo el espacio parecía en vivas llamas.

Banks, con un imperioso ademán, nos hizo entrar en el salón y cerró la puerta que daba a la galería.

Había, en efecto, grave peligro en exponerse al aire libre al choque de las influencias eléctricas.

Estábamos envueltos por una oscuridad que hacía más completa la fulguración exterior. Entonces, con admiración nuestra, vimos que la saliva que escupíamos era luminosa. Era necesario que estuviésemos impregnados del fluido ambiente hasta un punto extraordinario, para que se verificase aquel fenómeno.

Escupíamos fuego, para emplear la expresión que ha servido para caracterizar este fenómeno, raras veces observado, pero siempre espantoso. A la verdad, en medio de aquella conflagración continua, fuego en el interior, fuego en el exterior, entre el redoble de los truenos acentuados por los estallidos de las exhalaciones, el corazón más firme no podía menos de acelerar sus latidos.

—¿Dónde estarán? —dijo el coronel Munro.

—En efecto, ¿qué será de ellos? —respondió Banks.

Todos estábamos tristemente alarmados y no podíamos hacer nada para auxiliar al capitán Hod y a sus compañeros, amenazados tan seriamente.

En efecto, si habían encontrado algún abrigo, no podía ser sino bajo los árboles, y sabido es cuántos peligros se corren en estas condiciones durante una tempestad. En medio de aquel bosque tan denso, ¿cómo habrían podido colocarse a cinco o seis metros de la vertical que pasa por el extremo de las ramas más largas, como se recomienda, a las personas que se hallan sorprendidas en las inmediaciones de los árboles?

Todas estas reflexiones me ocurrían cuando un trueno más seco que los otros estalló de repente, medio segundo después de haber brillado el relámpago.

La «Casa de Vapor» tembló y se vio como levantada sobre sus resortes. Yo creí que el tren iba a ser derribado.

Al mismo tiempo llenó el espacio un olor fuerte y penetrante de vapores nitrosos; y, en efecto, el agua de lluvia recogida durante la tormenta contenía gran cantidad de ácido nítrico.

—Ha caído un rayo —dijo MacNeil.

—¡Storr! ¡Kaluth! ¡Parazard! —llamó Banks.

Los tres llegaron al salón. Por fortuna, ninguno había sido herido. El ingeniero abrió entonces la puerta de la galería y se adelantó al balcón.

—Allí; miren ustedes —dijo.

El rayo había caído en un enorme bananero, a diez pasos a la izquierda del camino. Bajo el incesante resplandor eléctrico se veía como en pleno día. El inmenso tronco, que ya no podía ser sostenido por sus renuevos, había caído sobre los árboles inmediatos; su corteza se había desprendido en toda su longitud y se agitaba al viento como una serpiente que se retuerce en el aire.

—Unas cuantas varas más, y la «Casa de Vapor» hubiera sido herida por el rayo —dijo el ingeniero—. Permanezcamos aquí, sin embargo; todavía éste es un abrigo más seguro que el de los árboles.

—Permanezcamos —respondió el coronel Munro.

En aquel momento se oyeron gritos; eran nuestros compañeros.

—Es la voz de Parazard —dijo Storr.

En efecto, el cocinero, que estaba en la última galería, nos llamaba a grandes gritos. Acudimos allá.

A menos de cien metros detrás del tren y a la derecha del campamento, estaba ardiendo el bosque de bananeros. Las más altas cimas de los árboles desaparecían ya bajo una cortina de llamas. El incendio se desarrollaba con una intensidad increíble y se dirigía hacia la «Casa de Vapor» más rápidamente de lo que hubiera podido creerse.

El peligro era inminente. Una larga sequía y la elevación de la temperatura durante los tres meses de la estación calurosa, habían agostado árboles, arbustos y hierbas; el incendio se alimentaba de todo aquel combustible inflamable y, como sucede frecuentemente en la India, el bosque entero iba a ser probablemente devorado.

En efecto, se veía el fuego extender el círculo de su acción y aproximarse a nosotros. Si llegaba al sitio del campamento, en tres minutos quedarían destruidos los dos coches, porque sus delgadas tablas no podían defenderse del fuego como las espesas paredes de acero de una caja para guardar valores.

Permanecimos en silencio delante de aquel nuevo peligro. El coronel Munro se cruzó de brazos, y dijo:

—Banks, a ti te toca sacarnos de este apuro.

—Sí, Munro —respondió el ingeniero—; y como no tenemos medio ninguno de apagar el incendio, es preciso huir de él.

—¿A pie? —pregunté yo.

—No, con nuestro tren.

—¿Y el capitán Hod y sus compañeros? —dijo MacNeil.

—Nada podemos hacer por ellos. Si no están de vuelta antes de nuestra partida, tendremos que marchar a pesar de todo.

—No debemos abandonarlos —dijo el coronel.

—Munro —respondió Banks—, cuando el tren esté en seguridad, fuera del alcance del fuego, volveremos y recorreremos el bosque hasta que los hayamos encontrado.

—Sea como quieras, Banks —respondió el coronel, que cedió al fin a la opinión del ingeniero, en realidad la única que podía seguirse.

—¡Storr —dijo Banks—, a la máquina; Kaluth, a la caldera! ¿Qué presión indica el manómetro?

—Dos atmósferas —respondió el maquinista.

—Es absolutamente necesario que dentro de diez minutos tengamos cuatro. Vamos, amigos míos, manos a la obra.

El maquinista y el fogonero no perdieron un instante. En breve salieron torrentes de humo negro de la trompa del elefante, mezclándose con los torrentes de lluvia que el *Gigante* parecía desafiar, respondiendo con torbellinos de chispas a los relámpagos que abrasaban el espacio. Por la chimenea salía un chorro de vapor y el tiro artificial activaba el calor de la leña que Kaluth ponía en el fogón.

Sir Eduardo Munro, Banks y yo, habíamos permanecido en la galería posterior, observando el incrementó que tomaba el incendio en el bosque. Este era rápido y espantoso; los grandes árboles se destrozaban en aquel inmenso hogar; las ramas estallaban como tiros de revólver; las llamas se retorcían de un tronco a otro; el fuego se comunicaba a nuevos combustibles. En cinco minutos el incendio había adelantado cincuenta pasos, y las llamas, como una cabellera suelta y agitada a impulso del viento, se elevaban a tal altura, que los relámpagos las surcaban en todos sentidos.

—Es preciso marchar antes de cinco minutos —dijo Banks—; de lo contrario todo el tren se quemará.

—Muy de prisa avanza ese incendio —observé yo.

—Nosotros caminaremos más de prisa que él.

—Si Hod estuviese aquí, si hubieran regresado ya nuestros compañeros... —dijo Sir Eduardo Munro.

—Daremos algunos silbidos —exclamó el ingeniero—; puede que los oigan.

Y precipitándose a la torrecilla, hizo resonar el aire con los sonidos agudos que dominaban el ruido profundo del trueno y debían llegar muy lejos. El lector puede figurarse esta situación; yo no podría pintarla.

Por una parte, la necesidad de huir lo más pronto posible; por otra, la obligación de esperar a los que no habían regresado todavía.

Banks volvió a la galería posterior. El incendio llegaba a menos de cincuenta pasos de la «Casa de Vapor». Sentíase a nuestro alrededor un calor insostenible, y el aire iba a hacerse en breve impropio para la respiración. Muchos leños encendidos caían ya en nuestro tren. Por fortuna, la lluvia torrencial lo protegía en cierto modo, pero evidentemente no podría defenderle del ataque directo del fuego.

La máquina continuaba lanzando sus silbidos estridentes, pero ni Hod, ni Fox, ni Gumí, volvían.

En aquel momento el maquinista se llegó a Banks y le dijo:

—Ya estamos en presión.

—Pues bien, en marcha, Storr —respondió Banks—, pero no muy de prisa...; lo necesario solamente para ponernos fuera del alcance del incendio.

—Espera, Banks, espera —dijo el coronel Munro, que no podía decidirse a dejar el campamento.

—Esperaré tres minutos, Munro —respondió fríamente Banks—; pero nada más. Dentro de tres minutos el fuego llegará a la cola del tren.

Pasaron dos minutos; ya era imposible permanecer en la galería, ni siquiera poner la mano sobre la barandilla de hierro, que quemaba. Permanecer algunos instantes más hubiera sido cometer la última imprudencia.

—En marcha, Storr —gritó Banks.

—¡Ah! —exclamó el sargento.

—¡Ya vienen! —dije yo.

El capitán Hod y Fox aparecieron entonces a la derecha del camino, llevando en sus brazos a Gumí como un cuerpo inerte, y llegaron al estribo de atrás.

—¡Muerto! —murmuró Banks.

—No; herido por el rayo, que le ha roto el fusil en la mano y paralizado la pierna izquierda.

—Bendito sea Dios —dijo Munro.

—Gracias, Banks —añadió el capitán—. Sin los silbidos de la máquina no hubiéramos podido encontrar el campamento.

—¡En marcha! —gritó Banks—. ¡En marcha!

Hod y Fox subieron al tren, y a Gumí, que no había perdido el uso de sus sentidos, le dejaron en su cuarto.

—¿Qué presión tenemos? —inquirió Banks, dirigiéndose al maquinista.

—Cerca de cinco atmósferas —respondió Storr.

—En marcha —repitió Banks.

Eran las diez y media. Banks y Storr pasaron a la torrecilla. Se abrió el regulador, el vapor se precipitó en los cilindros, oyéronse los primeros relinchos y el tren se adelantó con moderada celeridad en medio de los fuegos eléctricos de los fanales y de las fulguraciones del cielo.

En pocas palabras el capitán Hod nos contó lo que había pasado durante su excursión. Sus compañeros y él no habían encontrado huellas de animales. Con la tempestad, la oscuridad se había hecho mas rápida y profunda de lo que pensaban; y el primer trueno les sorprendió cuando se hallaban a más de tres millas de distancia del campamento. Entonces quisieron regresar; pero por más que hicieron para orientarse, se perdieron en medio de los grupos de bananeros, tan iguales entre sí, sin que ningún sendero pudiera indicarles la dirección que debían seguir.

La tempestad estalló en breve con violencia extrema en el momento en que los tres se hallaban fuera del alcance de los fuegos eléctricos, y, por consiguiente, cuando no podían dirigirse en línea recta hacia la «Casa de Vapor». La lluvia y el granizo caían a torrentes y no tenían abrigo alguno más que el insuficiente que les prestaban las copas de los árboles, que no tardaron en estar acribilladas de granizo.

De repente, estalló un trueno al mismo tiempo que un relámpago inmenso, y Gumí cayó al suelo cerca del capitán Hod y a los pies de Fox. Del fusil que tenía en la mano no quedaba más que la culata. Cañones, batería, gatillo, todo lo que era metal, había desaparecido.

Sus compañeros le creyeron muerto; mas, por fortuna, no lo estaba. Sólo su pierna izquierda, aunque no directamente atacada por el fluido, se encontraba paralizada y le era imposible dar un paso. Fue, pues, preciso llevarle. En vano dijo a sus compañeros que le dejaran y volviesen luego por él; no quisieron consentirlo, y, llevándole uno por los hombros y otro por los pies, se aventuraron a caminar por en medio del oscuro bosque.

Durante dos horas vagaron sin rumbo, vacilando, deteniéndose, volviendo a marchar, sin hallar nada que les indicase la dirección en que estaba la «Casa de Vapor.»

Al fin oyeron los silbidos del tren, más perceptibles que lo hubiera sido un tiro de fusil en medio del estrépito de los elementos. Era la voz del *Gigante de Acero*. Un cuarto de hora después, los tres llegaban en el momento en que el tren iba a marchar. Ya era tiempo.

Entretanto, el tren corría por el camino ancho y unido del bosque; el incendio corría también con la misma velocidad que él. Lo que hacía el peligro más inminente era que el viento había variado, como sucede con frecuencia durante estos meteoros tempestuosos. En vez de soplar de costado, soplab a la sazón por la parte posterior del tren y con su violencia activaba la combustión como un ventilador que satura un hogar de oxígeno. El incendio ganaba terreno visiblemente. Las ramas en ignición, los trozos de leña ardiendo, llovían entre una nube de ceniza caliente levantada del suelo, como si algún cráter hubiera vomitado al espacio sus materias eruptivas, y verdaderamente no podía compararse aquel incendio más que con la corriente de un río de lava desarrollándose por los campos y devorándolo todo a su paso. Banks vio aquella escena, y aunque no la hubiera visto, la habría sentido por el calor tórrido que envolvía la atmósfera.

Apresuróse, pues, la marcha, aunque había algún peligro en apresurarla por aquel camino desconocido. Pero el camino, invadido entonces por las aguas del cielo, tenía baches tan profundos que la máquina no pudo andar todo lo que el ingeniero hubiera querido.

Hacia las once y media oyóse un nuevo estallido de un trueno, que fue terrible, y hubo una nueva explosión. Todos dimos un grito. Creíamos que Banks y Storr habían sido heridos en la torrecilla desde donde dirigían la marcha del tren.

Pero no; era nuestro elefante el que acababa de sufrir la descarga eléctrica en la punta de una de sus largas orejas pendientes.

Por fortuna, no resultó de aquí ningún daño para la máquina; antes bien, pareció que el *Gigante de Acero* quiso responder al ruido de la tempestad con sus gritos más

precipitados.

—¡Vaya! —chilló Hod—. ¡Viva! Un elefante de carne y hueso habría sido muerto por el rayo; tú le desafías y nada puede detenerte. ¡Viva el *Gigante de Acero*!

Por espacio de media hora el tren mantuvo su distancia. Temiendo algún choque violento con algún obstáculo, Banks no le lanzaba más que a la velocidad necesaria para que el fuego no llegase hasta nosotros.

Desde la galería donde Munro, Hod y yo nos habíamos situado, vimos pasar grandes sombras que saltaban de un lado a otro entre el incendio y los relámpagos. Eran, al fin, las fieras.

Por precaución, el capitán Hod cogió su fusil, porque era posible que las fieras, asustadas, quisieran arrojar sobre el tren para encontrar en él un refugio.

En efecto, un tigre enorme lo intentó; pero al lanzarse, de un salto prodigioso, fue cogido por el cuello entre dos renuevos de bananero. El árbol principal, encorvándose entonces bajo el impulso de la tempestad, puso en tensión sus renuevos como dos inmensas cuerdas, que estrangulaban a la fiera.

—¡Pobre animal! —se lamentó Fox.

—Estas fieras —respondió Hod indignado— han nacido para ser muertas por una granizada de balas de carabina y no para ser ahorcadas. Sí, pobre animal.

En verdad que perseguía una mala suerte al capitán Hod. Cuando buscaba tigres, no los veía, y cuando no los buscaba, pasaban por delante de él como al vuelo, sin que pudiera tirarles, o se ahorcaban como un ratón entre los alambres de una ratonera.

A la una de la madrugada el peligro, grande hasta entonces, se hizo mucho mayor.

Bajo la influencia de los vientos que saltaban de todos los puntos de la brújula, el incendio llegó hasta la delantera del camino y estábamos ya absolutamente cercados por las llamas.

Sin embargo, la violencia de la tempestad había disminuido mucho, como sucede casi invariablemente cuando pasa por algún bosque, cuyos árboles agotan poco a poco la materia eléctrica; pero si los relámpagos eran más raros y los truenos más espaciados, si la lluvia caía con menos fuerza, el viento continuaba siempre soplando por la superficie del suelo con un increíble furor.

A todo riesgo fue preciso apresurar la marcha del tren aunque hubiera que chocar contra algún obstáculo o precipitarle en algún barranco.

Esto fue lo que hizo Banks con una serenidad admirable, con la cara fija en los cristales lenticulares de la torrecilla y sin dejar la mano del regulador.

El camino parecía medio abierto entre dos paredes de fuego y era necesario pasar por medio de ellas.

Banks se lanzó resueltamente con una velocidad de seis a siete millas.

Yo creía que nos íbamos a quedar allí, sobre todo cuando fue preciso pasar por un sitio muy estrecho y de una longitud de cincuenta metros rodeado de llamas.

Las ruedas del tren chillaron al pasar sobre los carbones encendidos que cubrían el suelo, y una atmósfera ardiente nos envolvió a todos.

Pero habíamos logrado pasar.

Al fin, a las dos, el extremo del bosque apareció a la luz de espaciados relámpagos. Detrás de nosotros se desarrollaba un vasto panorama de llamas. El incendio no debía apagarse sino después de haber devorado hasta el último bananero del inmenso bosque.

Al nacer el día el tren se detuvo; la tempestad se había disipado enteramente y se dispuso el campamento provisional.

Nuestro elefante, que fue revisado con cuidado, tenía la punta de la oreja derecha agujereada en varias partes en direcciones diversas.

Seguramente, bajo una exhalación semejante, cualquier otro animal que no hubiera sido de acero, habría caído para no levantarse más, y el incendio habría devorado rápidamente todo el tren.

A las seis de la mañana, después de un breve descanso, tomamos de nuevo el camino, y a las doce acampamos en los alrededores de Rewah.

CAPÍTULO XIII

LAS PROEZAS DEL CAPITÁN HOD

La tranquilidad volvió a reinar en el campamento en la tarde del cinco de junio y la noche siguiente. Después de tantas fatigas y tantos peligros, teníamos, en efecto, necesidad de descanso. Ya no era el reino de Oude el que desarrollaba sus ricas llanuras ante nosotros. La «Casa de Vapor» corría entonces por el territorio fértil aún, pero cortado por muchos barrancos, que forma el Rohilkhande. Bareilli es la capital de este vasto cuadrado de ciento cincuenta y cinco millas de lado, regado por los muchos afluentes o subafluentes del Cogra, plantado acá y allá de grupos de magníficos mangos y sembrado de espesos matorrales que tienden a desaparecer ante el cultivo.

Después de la toma de Delhi, este territorio fue el centro de la insurrección y el teatro de una de las campañas de Sir Colin Campbell. Allí, al principio, experimentó algunos desastres la columna del brigadier Walpole; allí pereció el coronel del regimiento escocés número 93, amigo del coronel Munro y que se había distinguido en los dos asaltos dados a Lucknow el 14 de abril.

Dada la naturaleza del territorio, ningún otro hubiera sido más favorable para la marcha de nuestro tren. Buenos caminos, muy bien nivelados, ríos fáciles de atravesar entre las dos arterias más importantes que bajan del Norte; todo concurría a facilitar esa parte del itinerario. Sólo nos quedaban algunos centenares de kilómetros que recorrer para llegar a los primeros cerros que unen la llanura con las montañas del Nepal. Pero era necesario contar muy seriamente con la estación de las lluvias.

El monzón que reina desde el Nordeste al Sudoeste en los primeros meses del año, acababa de cambiarse. El período lluvioso es menos violento en el interior de la península

que en el litoral, y también un poco más tardío, de lo cual depende que las nubes suelen descargar antes de llegar al centro de la India. Además, la barrera de las altas montañas que forman una especie de remolino atmosférico, modifica un poco su duración. En la parte del Malabar, el monzón comienza en el mes de mayo; pero en las provincias centrales y septentrionales no se deja sentir hasta un mes después: en el de junio.

Ahora bien: estábamos en junio, y en estas circunstancias particulares, aunque previstas, debía efectuarse nuestro viaje.

Debo decir, ante todo, que desde el día siguiente nuestro valiente Gumí, desarmado por el rayo, se sintió mejor. La parálisis de su pierna izquierda fue sólo temporal, y al poco tiempo no conservó señal ninguna del accidente, aunque siempre le quedó cierto rencor al fuego del cielo.

En los días seis y siete de junio el capitán Hod, con auxilio de Fox y de Banks, logró alguna caza mayor, pudiendo traernos una pareja de esos antílopes llamados *nilgos* en el país. Son una especie de bueyes azules de la India, que sería más justo llamar ciervos, porque se parecen más a los ciervos que a los congéneres del dios Apis. Podría llamárseles también ciervos de color gris perla, porque su color se parece más al de un cielo tempestuoso que al del cielo azulado. Se asegura, sin embargo, que en algunos de estos hermosos animales de pequeños cuernos, acerados y rectos, de cabeza larga y ligeramente convexa, la piel se pone casi azul, color que la naturaleza ha negado invariablemente a los cuadrúpedos y hasta al zorro azul, cuya piel más bien tira a negra.

No eran éstas las fieras con que soñaba el capitán Hod. Sin embargo, sí el *nilgo* no es feroz, no deja de ser peligroso cuando, estando herido ligeramente, se revuelve contra el cazador. Una primera bala del capitán y otra de Fox detuvieron en su carrera a estos dos soberbios animales. Fueron muertos, digámoslo así, al vuelo; por tanto, para Fox no eran más que caza de pluma.

Monsieur Parazard, por su parte, fue de otra opinión y los excelentes guisados y asados que nos sirvió en el mismo día nos pusieron a todos de su parte.

El ocho de junio, al amanecer, dejamos el campamento, que había estado establecido cerca de una aldea de Rohilkhande. Habíamos llegado a ella la noche anterior después de haber caminado los cuarenta kilómetros que la separan de Rewah. Nuestro tren había marchado, pues, con una velocidad muy moderada por un suelo bastante humedecido por las lluvias. Los arroyos comenzaban a crecer y muchos vados nos causaron un retraso de algunas horas. Pero al fin no habíamos perdido sino uno o dos días, porque estábamos seguros de llegar antes de fin de junio a la región montañosa donde contábamos instalar la «Casa de Vapor» durante algunos meses de la estación de verano como si fuera en una especie de *sanitarium*. No teníamos, pues, nada que temer bajo este punto de vista.

Durante este día ocho, el capitán Hod tuvo ocasión de lamentar no haber podido disparar un buen tiro.

El camino tenía a un lado y a otro espesos matorrales de bambúes como los que se encuentran alrededor de aquellas aldeas que parecen construidas sobre una canastilla de flores. Aquél no era todavía el matorral verdadero, palabra que en sentido indio se aplica a

la llanura accidentada, desnuda, estéril, dominada por líneas de maleza y arbustos de color gris. Estábamos, por el contrario, en país cultivado, en medio de un territorio fértil, cubierto en toda su extensión de arrozales pantanosos.

El *Gigante de Acero* marchaba tranquilamente, dirigido por la mano de Storr, lanzando sus lindos penachos de vapor que el viento esparcía sobre los bambúes del camino. De pronto, saltó un animal con una agilidad sorprendente y se arrojó sobre el cuello de nuestro elefante.

—¡Un chita, un chita! —exclamó el maquinista.

Al oír este grito, el capitán Hod se lanzó al balcón anterior y tomó su fusil, que tenía siempre allí dispuesto.

—¡Un chita! —exclamó a su vez.

—Tírele usted —dije yo.

—Tengo tiempo —respondió el capitán Hod, que se contentó con apuntar al animal.

El chita es una especie de leopardo propio de la India, menor que el tigre, pero casi tan temible por lo vivo, flexible de espinazo y robusto de miembros. El coronel Munro, Banks y yo, de pie en la galería, observábamos y esperábamos el disparo del capitán.

Evidentemente, el leopardo se había engañado a la vista de nuestro elefante y creyéndole de carne y hueso se había precipitado sobre él; pero donde creía hallar carne en que hundir sus garras o sus dientes, se encontró con el metal, al cual ni garras ni dientes servían. Furioso con el chasco que se había llevado, se agarraba a las largas orejas del falso animal, e iba a abandonarlas sin duda cuando nos vio.

El capitán Hod seguía apuntándole como un cazador seguro del golpe que va a dar y que no quiere soltar el tiro sino en el momento oportuno y para que la bala dé en el sitio que desea.

El chita se enderezó rugiendo. Sin duda comprendió el peligro, pero no quería huir de él. Quizá buscaba también el momento favorable para lanzarse sobre la galería.

En efecto, le vimos en breve trepar a la cabeza del elefante, abrazar con sus patas la trompa que servía de chimenea y subir hasta su orificio, de donde se escapaban bocanadas de vapor.

—Tire usted, Hod —dije yo otra vez.

—Tengo tiempo —repitió el capitán.

Después, dirigiéndose a mí sin perder de vista al leopardo, que nos miraba, me preguntó:

—¿No ha matado usted nunca un chita, Maucler? ¿Quiere usted matar uno?

—Capitán —contesté—, no quiero privar a usted de ese golpe tan magnífico.

—¡Bah! —dijo—. Este no es un golpe de cazador. Tome usted un fusil y apunte a ese animal a la paletilla; si no le da usted, yo le heriré al vuelo.

—Bien...

Fox, que se había acercado a nosotros, me dio una carabina que tenía en la mano. La tomé, la armé, apunté a la paletilla del leopardo, que continuaba inmóvil, y disparé.

El animal, herido, aunque ligeramente, dio un salto enorme, y pasando por encima

de la torrecilla del maquinista, vino a caer sobre el primer techo de la «Casa de Vapor.»

El capitán Hod, aunque era muy buen cazador, no tuvo tiempo para tirarle al paso.

—Ahora es nuestro turno, Fox —exclamó.

Y ambos se lanzaron fuera de la galería y se apostaron en la torrecilla.

El leopardo, que iba y venía de un lado a otro, se lanzó sobre el techo de la segunda casa dando un salto.

En el momento en que el capitán iba a hacer fuego, el animal dio otro salto, se precipitó al suelo, se levantó con un vigoroso impulso, y desapareció en la espesura.

—¡Alto, alto! —gritó Banks al maquinista, el cual, cerrando la introducción del vapor, detuvo el tren con el freno atmosférico.

El capitán y Fox saltaron al camino y se lanzaron a la espesura persiguiendo al chita.

A los pocos minutos, mientras escuchábamos, no sin cierta impaciencia y sin que se oyese ningún disparo, vimos volver a los dos cazadores con las manos vacías.

—¡Ha desaparecido! ¡Voló! —exclamó el capitán Hod—. No ha dejado ni una huella en la hierba.

—Eso es culpa mía —dije al capitán—. Hubiera valido más que en mi lugar hubiese usted disparado y así no se hubiera podido escapar.

—Estoy seguro de que usted le tocó —respondió Hod—, aunque no en el sitio debido.

—No es ése, mi capitán, el que hará el número treinta y ocho de mi lista, ni el cuarenta y uno de la de usted —dijo Fox muy desanimado.

—¡Bah! —dijo el capitán Hod afectando indiferencia—: un chita, no es un tigre. Si hubiera sido un tigre, mi querido Maucler, no le hubiera yo cedido a usted la vez de tirar.

—Tanto más —dijo MacNeil— cuanto que todo ha sido por culpa de Fox.

—¡Por mi culpa! —exclamó el asistente, muy sorprendido de aquella observación inesperada.

—Sin duda —dijo el sargento—, la carabina que has dado al señor Maucler no tenía más que perdigones.

MacNeil mostraba el segundo cartucho que acababa de sacar del arma que yo había usado, la cual, en efecto, no contenía sino perdigones para cazar perdices.

—¡Fox! —dijo el capitán Hod.

—Mi capitán.

—Dos días de arresto.

—Sí, mi capitán.

Fox se retiró a su cuarto resuelto a no presentarse a nosotros hasta después de cuarenta y ocho horas. Estaba avergonzado de su error y quería ocultar su vergüenza.

Al día siguiente, nueve de junio, el capitán Hod, Gumí y yo fuimos a recorrer la llanura junto al camino, durante el alto que Banks quiso concedernos. Había llovido durante toda la mañana, pero se había despejado el cielo y se podía contar con algunas horas de buen tiempo.

Por lo demás, no era Hod, el cazador de fieras, el que presidía la partida, sino el cazador de caza menor que iba en interés de nuestra mesa a recorrer la orilla de los arrozales en compañía de *Black* y de *Fan*, porque Monsieur Parazard había participado al capitán que la despensa estaba exhausta y que esperaba de S. S. que tuviera a bien adoptar las medidas necesarias para llenarla.

El capitán Hod se resignó y salimos armados de simples escopetas de caza. Por espacio de dos horas nuestra expedición no tuvo más resultado que hacer volar algunas perdices o levantar algunas liebres, pero a tal distancia que, a pesar de la buena voluntad de nuestros perros, fue preciso renunciar a toda esperanza de alcanzarlas.

Por tanto, el capitán Hod estaba de muy mal humor. Además, en medio de aquella vasta llanura, sin matorrales, sin bosque, sembrada de aldeas y de casas de campo, no podía encontrar ninguna fiera que le hubiera indemnizado del chasco de la víspera. No había ido allí sino como proveedor y pensaba en la recepción que le haría Monsieur Parazard cuando volviese con el morral vacío.

Sin embargo, la culpa no era nuestra. A las cuatro todavía no habíamos tenido ocasión de disparar un solo tiro. El viento era seco, y como he dicho, toda la caza se hallaba fuera de nuestro alcance.

—Camarada —me dijo el capitán Hod—, esto decididamente se pone mal. Al salir de Calcuta prometí a usted magníficas cazas, y una fatalidad persistente, cuyas causas no comprendo, me impide cumplir mi palabra.

—No hay que desesperarse, mi capitán —dije yo—. Lo siento solamente por usted; pero ya nos resarciremos en las montañas del Nepal.

—Sí —dijo el capitán Hod—; allí, en las primeras estribaciones del Himalaya, las condiciones serán mejores para operar. Vea usted, Maucler, apostaría a que nuestro tren, con todo su aparato, con los mugidos del vapor y especialmente con su elefante gigantesco, asusta a estas condenadas fieras más aún que las asustaría un tren de camino de hierro, y esto es lo que nos va a ocurrir en toda nuestra marcha. En los descansos es de esperar que seamos más felices. A la verdad que aquel leopardo debía de estar loco o muy hambriento para arrojarle sobre nuestro *Gigante de Acero*, y era digno de haber sido muerto en el acto por una buena bala de calibre. ¡Maldito Fox! No olvidaré jamás lo que ha hecho. ¿Qué horas?

—Son cerca de las cinco.

—¡Las cinco ya y no hemos podido quemar un solo cartucho!

—Hasta las siete no nos esperan en el campamento. De aquí a entonces...

—No; la suerte no nos protege —exclamó el capitán Hod—, y, sépalo usted, la suerte interviene en un cincuenta por ciento en el éxito de las cacerías.

—La perseverancia también —respondí yo—. Por consiguiente convengamos, capitán, en no volver con las manos vacías. ¿Le parece a usted bien la decisión?

—¿Pues no me lo ha de parecer? —exclamó el capitán Hod—. ¡Muera el que se desdiga!

—Convenido, entonces.

—Llevaré aunque sea una ardilla o un loro antes que volver sin nada.

El capitán Hod, Gumí y yo estábamos en esta disposición de ánimo, en la cual todo parece permitido. Se continuó, pues, la caza con una obstinación digna de mejor suerte; pero hasta los más inofensivos pajarillos parecía que habían adivinado nuestra intención hostil. Nos fue completamente imposible acercarnos a algunos de ellos.

Caminábamos entre los arrozales examinando ya un lado del camino, ya otro, volviendo atrás a fin de no alejarnos mucho del campamento; pero todo en vano. A las seis y media los cartuchos de nuestras escopetas estaban intactos. Aunque hubiéramos hecho la expedición con bastones, el resultado hubiera sido el mismo. Yo miraba al capitán Hod. Caminaba apretando los dientes, frunciendo el entrecejo y próximo a estallar de cólera. Murmuraba entre dientes algunas palabras de vanas amenazas contra todo ser viviente de pluma o de pelo que apareciese en la llanura. Evidentemente estaba dispuesto a descargar su fusil contra un objeto cualquiera, aunque fuese un árbol o una roca, medio cinegético de desahogar la cólera. El arma le ardía entre los dedos; unas veces la llevaba terciada, otras se la echaba a la espalda cruzando el portafusil, y otras se la echaba al hombro como a pesar suyo.

Gumí, que le observaba, me dijo:

—El capitán se volverá loco si esto continúa.

—Sí —respondí yo—; y de buena gana pagaría treinta chelines por la más modesta paloma doméstica que una mano caritativa pusiera a su alcance. Esto le calmaría.

Pero ni por treinta chelines, ni por el doble, ni por el triple hubiéramos podido proporcionarnos a semejantes horas la menos costosa y más vulgar de las aves de caza. La campiña estaba desierta y no veíamos ni granjas, ni aldeas.

A la verdad, creo que si hubiera sido posible habría enviado a Gumí a comprar a cualquier precio un ave, aunque fuera un pollo desplumado, para entregarlo en represalia a los tiros de nuestro capitán.

La noche se acercaba. Antes de una hora no habría ya claridad suficiente para continuar la infructuosa expedición. Aunque habíamos convenido en no volver al campamento con los morrales vacíos, tendríamos que hacerlo, a no ser que nos resignáramos a pasar la noche en la llanura. Pero la noche amenazaba ser lluviosa y además el coronel Munro y Banks, no viéndonos llegar, se habrían alarmado mucho y era preciso evitarles esta inquietud.

El capitán Hod, con los ojos desmesuradamente abiertos, mirando de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, con la prontitud de un ave, marchaba a diez pasos delante de nosotros y en una dirección que positivamente no nos acercaba a la «Casa de Vapor».

Yo iba a apresurar el paso para detenerle y decirle que renunciara al fin a luchar contra la mala suerte, cuando se oyó un gran ruido de alas a mi derecha.

Miré; una masa blanquecina se levantaba lentamente por encima de un matorral.

Inmediatamente, antes de que tuviera el capitán tiempo de volverse, me eché la escopeta a la cara y sucesivamente disparé los dos tiros.

El ave desconocida cayó pesadamente al extremo de un arrozal.

Gumí se lanzó de un salto, se apoderó de ella y se la llevó al capitán.

—En fin —exclamó el capitán—, si Monsieur Parazard no está contento, que se eche de cabeza en su marmita.

—¿Pero, a lo menos, esa ave se come? —inquirí yo.

—Ciertamente, a falta de otra —replicó el capitán.

—Afortunadamente nadie le ha visto a usted —me dijo Gumí.

—¿He cometido alguna falta?

—Ha matado usted a un pavo real y está prohibido matarlos porque son aves sagradas en toda la India.

—¡Lleve el diablo a estas aves sagradas y a los que las consagran! Este está muerto; lo comeremos *devotamente*, si tú quieres, pero lo comeremos.

En efecto, en el país de los brahmanes, desde la expedición de Alejandro, época en la cual se extendió por la península, el pavo real es un animal sagrado entre todos. Los indios le tienen como emblema de la diosa Saravasti, que preside los matrimonios y los nacimientos, y está prohibido destruir este volátil bajo penas que la ley inglesa ha confirmado.

Aquel ejemplar de las gallináceas que excitó el júbilo del capitán Hod era magnífico; tenía alas de un color verde oscuro con reflejos metálicos y una franja dorada en los extremos. Su cola abundante y llena de ojos formaban un soberbio abanico de barbas sedosas.

—¡En marcha! ¡En marcha! —dijo el capitán—. Mañana Monsieur Parazard nos dará pavo real en la comida, y digan lo que quieran todos los brahmanes de la India. Si el pavo real no es en suma más que una gallina presuntuosa, éste, con sus plumas artísticamente dispuestas, hará un buen efecto en nuestra mesa.

—En fin, ya está usted satisfecho, capitán.

—Satisfecho... de usted, sí, mi amigo, pero de ninguna manera estoy contento de mí. No ha terminado la mala suerte y será preciso que al fin acabe. En marcha.

Nos dirigimos hacia el campamento, del que estábamos separados todavía tres millas. En el camino, que serpenteaba entre espesos matorrales de bambúes, marchábamos uno detrás de otro el capitán y yo. Gumí llevaba el morral, a *dos o* tres pasos a retaguardia. El sol no había desaparecido todavía, pero estaba oculto por gruesas nubes y era preciso buscar la senda en una semioscuridad.

De improviso, salió de una espesura a la derecha un formidable rugido, el cual me sorprendió tanto que me detuve bruscamente a pesar mío.

El capitán Hod me asió de la mano, exclamando:

—¡Un tigre!

Después se le escapó un juramento.

—¡Trueno de las Indias! —exclamó—. No tenemos más que perdigones en nuestras escopetas.

Era una gran verdad; ni Hod, ni Gumí, ni yo llevábamos cartuchos con bala.

Por lo demás, no hubiéramos tenido tiempo de volver a cargar nuestras armas.

Diez segundos después de haber lanzado un rugido, el animal saltaba fuera de la espesura y caía a veinte pasos de nosotros en el camino.

Era un magnífico tigre de esa especie que los indios llaman comedores de hombres, feroces carnívoros cuyas víctimas se cuentan anualmente por centenares.

La situación era angustiosa.

Yo miraba al tigre; lo devoraba con los ojos, y confieso que el fusil me temblaba en la mano. Tenía de 9 a 10 pies de longitud y pelo de color de naranja sembrado de rayas blancas y negras.

Él nos miraba también; sus ojos de gato brillaban en la penumbra; su cola se arrastraba por el suelo y su cuerpo se replegaba como para lanzarse.

Hod no había perdido su serenidad. Apuntaba al animal y murmuraba con un acento imposible de describir :

—¡Perdigones nada más! ¡Matar un tigre con perdigones! Si no le tiro a boca de jarro y no le meto la carga en los ojos, estamos...

El capitán no pudo acabar. El tigre se adelantaba lentamente. Gumí, que se había agazapado detrás de nosotros, le apuntaba también; pero su fusil no tenía carga bastante. En cuanto al mío, no estaba siquiera cargado.

Quise tomar un cartucho de mi cartuchera.

—Quédese usted completamente inmóvil —me dijo el capitán en voz baja—. Al menor movimiento el tigre saltaría, y es preciso que no lo haga.

Los tres permanecemos inmóviles.

El tigre se adelantaba lentamente. Su cabeza, que poco antes se movía de un lado a otro, quedó inmóvil.

Sus ojos nos miraban fijamente, pero como a hurtadillas, y su vasta mandíbula entreabierta, que rozaba la tierra, parecía aspirar las emanaciones de la carne humana.

En breve el formidable animal no estuvo más que a diez pasos del capitán.

Hod, bien afirmado sobre sus piernas e inmóvil como una estatua, concentraba toda su vida en la mirada. La espantosa lucha que se preparaba, de la cual quizá ninguno de nosotros iba a salir con vida, le tenía tan sereno como de costumbre. En aquel momento creí que el tigre iba a saltar por fin. Anduvo todavía cinco pasos y yo tuve que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no gritar al capitán Hod:

—Tire usted, capitán.

No; el capitán tenía razón, y era aquél evidentemente el único medio de salvación; quería quemar los ojos del animal, pero para esto era preciso tirarle a boca de jarro.

El tigre dio entonces tres pasos más y se enderezó para lanzarse.

Oyóse una violenta detonación, que fue seguida casi inmediatamente de otra.

Esta segunda detonación se produjo en el cuerpo mismo del animal, que después de tres o cuatro sacudidas y otros tantos rugidos de dolor, cayó exánime en el suelo.

—¡Maravilloso! —exclamó el capitán Hod—. Mi fusil estaba cargado con bala, y con la bala explosiva. Gracias, Fox, gracias.

—¿Es posible? —exclamé yo.

—Vea usted —y poniendo el arma en tierra sacó el cartucho del cañón de la izquierda.

Era un cartucho con bala. Todo quedó explicado.

El capitán Hod tenía una carabina de dos cañones y un fusil de caza también doble, ambos del mismo calibre; y Fox, a la vez que, por equivocación, había cargado la carabina con cartuchos de perdigones, había cargado el fusil de caza con cartuchos de bala explosiva: error que si la víspera había salvado al leopardo, aquel día nos había salvado a nosotros.

—Sí —respondió el capitán Hod—, y jamás me he encontrado tan cerca de la muerte.

Media hora después estábamos de vuelta en el campamento, y Hod llamaba a Fox y le narraba lo ocurrido.

—Mi capitán —respondió el asistente—, eso prueba que en vez de dos días de arresto, merezco cuatro, porque me he engañado dos veces.

—Ese es mi parecer —respondió el capitán Hod—; pero como tu error me ha valido matar el tigre número cuarenta y uno, soy también de opinión de ofrecerte esta guinea.

—Opino que la debo tomar —respondió Fox metiéndosela en el bolsillo.

Tales fueron los incidentes que marcaron el primer encuentro del capitán Hod con su tigre número 41.

El doce de junio por la noche nuestro tren se detenía cerca de una aldea poco importante, y al día siguiente marchábamos para atravesar los 150 kilómetros que nos separaban todavía de las montañas del Nepal.

CAPÍTULO XIV

UNO CONTRA TRES

Ya nos faltaban pocos días para subir las primeras rampas de las regiones septentrionales de la India, que de una en otra, de cerro en cerro, de montaña en montaña, llegan hasta las mayores alturas del Globo. Hasta entonces el suelo no presentaba un desnivel muy acentuado y nuestro *Gigante de Acero* no parecía notar que el terreno se iba elevando poco a poco.

El tiempo estaba tempestuoso y, sobre todo, lluvioso; pero la temperatura se mantenía en un término medio soportable. Los caminos todavía no estaban malos y resistían bien a las ruedas del tren, no obstante lo pesado que era. Cuando hallábamos algún bache profundo, una ligera presión de la mano de Storr sobre el regulador daba un impulso mayor al fluido obediente y bastaba para vencer el obstáculo. No faltaba fuerza a nuestra máquina, como es sabido, y un cuarto de vuelta impreso a las válvulas de introducción, aumentaba aquella fuerza en varias decenas de caballos de vapor.

A la verdad, hasta entonces no teníamos motivos más que para felicitarnos, lo mismo del género de locomoción, que del motor que Banks había adoptado, y de la seguridad que ofrecía nuestra casa portátil, siempre en busca de nuevos horizontes, que se modificaban incesantemente a nuestra vista.

Ya no estábamos en aquella extensa llanura que se extiende desde el valle del Ganges hasta los territorios del Oude y del Rohilkhande. Las cimas del Himalaya formaban hacia el Norte un festón gigantesco, sobre el cual venían a estrellarse las nubes, barridas por el viento del Sudoeste. Era imposible todavía ver bien el perfil pintoresco de una cordillera que se destacaba a unos ocho mil metros sobre el nivel del mar; pero al acercarnos a la frontera del Tibet el aspecto del país era más agreste y los matorrales invadían el suelo y hasta los campos cultivados.

Tampoco la flora de aquella parte del territorio indio era la misma. Ya no había palmeras, que habían cedido el lugar a esos magníficos bananeros, y a esos mangos de espesa copa, que dan el mejor fruto de la India, y más particularmente a los grupos de bambúes, cuyas ramas se elevan hasta 100 pies por encima del suelo. Allí también aparecían magnolias de grandes flores, que saturaban el aire de perfumes penetrantes; arces soberbios, encinas de varias especies, castaños de frutos erizados de púas, árboles de goma, cuya savia corría por entre sus venas entreabiertas, pinos de grandes hojas de la especie de los pandanos, y, por último, rododendros, laureles de tamaño más modesto, pero de más brillantes colores, dispuestos en platabandas a uno y otro lado del camino.

Algunas aldeas con sus casas de paja o de bambú, dos o tres granjas perdidas entre los grandes árboles se ofrecían todavía a nuestra vista; pero separadas ya por un número mayor de millas. La población iba disminuyendo a medida que nos acercábamos a las tierras altas.

Sobre estos vastos paisajes hay que extender, como fondo del cuadro, un cielo gris y brumoso. La lluvia caía con frecuencia en fuertes chaparrones. Durante cuatro días, del 13 al 17 de junio, no tuvimos quizá medio día de calma, por lo cual tuvimos que permanecer en el salón de la «Casa de Vapor» pasando las largas horas como en una habitación sedentaria, fumando, charlando o jugando al *whist*.

Entretanto, los fusiles colgaban, con gran disgusto del capitán Hod.

El 17 de junio se estableció el campamento cerca de un serai, nombre que llevan los *bungalow* destinados especialmente a los viajeros. El tiempo había aclarado un poco, y el *Gigante de Acero*, que había trabajado mucho durante los últimos cuatro días, reclamaba, si no algún descanso, a lo menos algún cuidado. Convinimos, pues, en pasar aquella tarde y la noche en el campamento.

El serai es la caravana-serrall, o sea, la posada pública de los grandes caminos de la península. Consiste en un cuadrilátero de edificios bajos, alrededor de un patio interior y coronado ordinariamente de cuatro torrecillas, una en cada ángulo, lo que le da un aspecto enteramente oriental. En estas posadas funciona un personal especialmente afecto al servicio interior, a saber: el *bistí*, o aguador; el cocinero, providencia de los viajeros que, poco exigentes, saben contentarse con huevos y pollos; y el *kansama*, o sea, el proveedor de

viveres, con el cual puede tratarse directamente y que vende los comestibles a precio moderado.

El guardia del serai, o sea, el peón, es simplemente un agente de la ilustre compañía a que pertenecen la mayor parte de estos establecimientos, la cual tiene encomendada su inspección al ingeniero jefe del distrito.

Es regla muy extraña, pero que se aplica rigurosamente en estos establecimientos, que todo viajero pueda ocupar el serai durante veinticuatro horas; pero en el caso de que quisiera permanecer en él por más tiempo, necesita un permiso del inspector. Sin él, el primero que llegue, inglés o indio, puede exigir que le ceda el sitio.

Inútil es decir que desde el instante de nuestra llegada, el *Gigante de Acero* produjo su efecto habitual, siendo muy admirado y quizá también muy envidiado. Sin embargo, debo hacer constar que los huéspedes que ocupaban a la sazón al serai, le miraron con cierto desdén, demasiado afectado para ser verdadero.

Es verdad que no eran simples mortales que viajasen por distracción o por negocios. Tampoco eran oficiales ingleses que volvían a los acantonamientos de la frontera del Nepal, ni mercaderes indios que conducían su caravana a las estepas del Afganistán, más allá de Lahore o de Peschawar.

Era nada menos que el príncipe Gurú Singh en persona, hijo de un rajá también, y que viajaba con gran pompa hacia el norte de la península india.

Este príncipe ocupaba, no solamente las tres o cuatro salas del serai, sino también todas las inmediatas, que habían sido arregladas para que pudiera alojarse en ellas su comitiva.

Yo aún no había visto un rajá en viaje. Así, luego que se organizó el campamento a un cuarto de milla del serai, en un sitio delicioso y al abrigo de magníficos pandanos, marché en compañía del capitán Hod y de Banks a visitar el campamento del príncipe.

El hijo de un rajá que se mueve de su residencia no se mueve solo ni mucho menos. Si hay personas a quienes yo no puedo envidiar, son aquellas que no pueden mover una pierna ni dar un paso sin poner inmediatamente en movimiento a centenares de hombres. Más vale ser un simple peatón con el morral a la espalda o el palo en la mano o el fusil al hombro, que príncipe viajero por la India, con todo el ceremonial que su categoría le impone.

—No es un hombre que va de una ciudad a otra —me dijo Banks—; es un pueblo entero que modifica sus coordenadas geográficas.

—Prefiero la «Casa de Vapor» —respondí yo—, y no me cambiaría por ese hijo de rajá.

—¡Y quién sabe —dijo el capitán Hod—, si ese príncipe no preferiría también nuestra casa portátil a todo el aparato de que está rodeado!

—Que diga una palabra —exclamó Banks—, y yo le construiré un palacio de vapor, con tal que lo pague. Pero mientras lo encarga, veamos si su campamento merece la pena de ser examinado.

El séquito del príncipe no contaba menos de quinientas personas. Al exterior del

serai, bajo los grandes árboles de la llanura, se habían dispuesto doscientos carros, simétricamente colocados, como las tiendas de un vasto campamento. Para tirar de ellos, los unos tenían búfalos, los otros bueyes, sin contar tres magníficos elefantes que llevaban sobre sus lomos riquísimos palanquines, y unos veinte camellos procedentes del oeste del Indo y que se enganchan a la Daumont. Nada faltaba a aquella caravana. Ni los músicos, que deleitaban los oídos de Su Alteza; ni las bayaderas, que recreaban su vista; ni los juglares, que entretenían sus ocios. Trescientos porteadores y doscientos alabarderos completaban el personal, cuyo sueldo hubiera agotado cualquier bolsillo que no fuese el de un rajá independiente de la India.

Los músicos tocaban tamboriles, címbalos y el tam-tam, y pertenecían a esa escuela que remplace el sonido con el ruido. Había también tocadores de guitarra y de violín de cuatro cuerdas, cuyos instrumentos jamás habían pasado por la mano del afinador.

Entre los titiriteros, había encantadores de serpientes, que con sus encantamientos hacían huir o atraían a los reptiles; otros eran *nutuis*, muy hábiles en los ejercicios del sable; acróbatas, que bailaban en la cuerda floja, llevando la cabeza cubierta de una pirámide de pucheros de barro y los pies calzados con cuernos de búfalo; y en fin, escamoteadores, que tenían el arte de cambiar en culebras venenosas las pieles viejas de culebra o recíprocamente a gusto del espectador.

En cuanto a las bayaderas, pertenecían a la clase de esas lindas *bundelies* tan buscadas para los espectáculos nocturnos, en los cuales desempeñaban el doble papel de cantadoras y bailarinas. Estas iban muy decentemente vestidas, las unas de muselina bordada de oro, las otras con faldas plegadas y chales, y adornadas de ricas joyas y brazaletes preciosos, sortijas en los dedos de los pies y de las manos, y cascabeles de plata en los tobillos. Con este aparato ejecutaban la famosa danza de los huevos, con una gracia y una agilidad verdaderamente extraordinarias, y yo esperaba que me sería permitido admirarlas por invitación especial del rajá.

Además figuraban, no sé con qué título, entre el personal de la caravana muchos hombres, mujeres y niños. Los hombres iban cubiertos de una larga banda de tela que se llama *dotí*, o vestidos con la camisa llamada *angarkah*, y con la larga túnica blanca *yamah*, que les daba un aspecto pintoresco. Las mujeres llevaban el *cholí*, especie de chaqueta de manga corta, y el *sari*, equivalente al *dotí* de los hombres, enrollado como faja a la cintura, y cuyo extremo se fija por detrás en la cabeza.

Estos indios, tendidos bajo los árboles, esperaban la hora de la comida fumando cigarrillos envueltos en una hoja verde, o la pipa destinada a la incineración del gurago, especie de mezcla negruzca que se compone de tabaco, melaza y opio. Otros mascaban hojas de betel, nuez de arek y cal apagada, composición que tiene ciertas facultades digestivas, muy útiles bajo el ardiente clima de la India.

Toda aquella gente, habituada al vaivén de las caravanas, vivía en buena armonía y no mostraba animación sino en la hora de las fiestas. Parecían figurantes de un teatro, que caen en la más completa apatía desde el momento en que no están en escena.

Sin embargo, cuando llegamos al campamento, aquellos indios se apresuraron a

dirigirnos algunas zalemas, inclinándose hasta el suelo. La mayoría gritaban: *sahib, sahib!*, que quiere decir: ñor, señor!, y nosotros les respondimos con señales amistosas.

Ya he dicho que se me había ocurrido que el príncipe Gurú Singh tendría la bondad de dar en honor nuestro una de esas fiestas de que los rajás son tan pródigos. El gran patio del *bungalow*, tan a propósito para una ceremonia de esta especie, me parecía admirablemente dispuesto para las danzas de las bayaderas, los encantamientos de los domadores de serpientes y los ejercicios de los acróbatas. Confieso que me habría alegrado mucho asistir a un espectáculo semejante en un serai, a la sombra de magníficos árboles y con el aparato natural que hubiera formado el personal de la caravana. Esto hubiera valido más que las tablas de un estrecho teatro con sus murallas de tela pintada y sus bandas de falso verdor.

Comuniqué mi pensamiento a mis camaradas que, sin dejar de desear que se realizara, no creyeron que pudiera tener efecto.

—El rajá de Guzerat —me dijo Banks—, es un rajá independiente que apenas se ha sometido desde la revuelta de los cipayos, durante la cual su conducta ha sido, por lo menos, dudosa. No le gustan los ingleses, y su hijo no hará nada por atraerse nuestra amistad, a buen seguro.

—Pues bien, podemos pasarnos perfectamente sin ella —respondió el capitán Hod encogiéndose desdeñosamente de hombros.

Así debía ser, porque no fuimos admitidos ni aun a visitar el interior del serai. Quizás el príncipe Gurú Singh esperaba la visita oficial del coronel; pero Sir Eduardo Munro no tenía nada que pedir a aquel personaje, ni esperaba nada de él y no quiso molestarle.

Volvimos, pues, al campamento e hicimos honor a la excelente comida que Monsieur Parazard nos brindó, y de la cual las conservas formaban la parte principal. En efecto, por espacio de muchos días, a causa del mal tiempo, no habíamos podido tener caza; pero nuestro cocinero era muy hábil, y bajo su mano experimentada, las carnes y las legumbres conservaron toda su frescura y su sabor naturales.

Durante la noche, y por más que Banks decía, mi curiosidad excitada me hizo esperar una invitación que no llegó. El capitán Hod bromeaba criticando mi afición a los bailes al aire libre y sosteniendo que valían mucho más los de la ópera. Yo creía todo lo contrario, pero la poca amabilidad del príncipe me impidió hacer la comparación.

Al día siguiente, 18 de junio, se dispuso todo para marchar al amanecer.

A las cinco, Kaluth comenzó a calentar la caldera. Nuestro elefante, que había sido desenganchado, se hallaba a unos cincuenta pasos del tren, y el maquinista se ocupaba en hacer provisión de agua.

Mientras tanto, nos paseábamos por las orillas del riachuelo.

Cuarenta minutos después la caldera estaba en presión suficiente, y Storr iba a comenzar su maniobra, cuando se acercó un grupo de indios.

Cinco o seis de ellos iban ricamente vestidos con túnicas blancas de seda y turbantes adornados de bordados de oro. Acompañábanles una docena de guardias armados de fusiles

y de sables, uno de los cuales llevaba una corona de hojas verdes, lo cual indicaba la presencia de algún personaje de gran categoría.

En efecto, este importante personaje era el príncipe Gurú Singh en persona, hombre de unos treinta y ocho años, de aire altanero, tipo bastante perfecto de los rajás legendarios, en cuya fisonomía se encuentran marcados los rasgos del carácter maharata.

El príncipe no se dignó hacer caso de nuestra presencia. Avanzó algunos pasos y se acercó al elefante gigantesco que Storr trataba de poner en marcha. Después de haberlo observado, no sin cierta curiosidad, aunque no quería darlo a conocer, preguntó a Storr:

—¿Quién ha hecho esta máquina?

El maquinista señaló al ingeniero, que se había llegado hasta nosotros y estaba a algunos pasos de distancia.

El príncipe Gurú Singh se expresaba fácilmente en inglés, y volviéndose hacia Banks, interrogó entre dientes:

—¿Es usted quien...?

—Yo soy el que... —respondió Banks.

—Tengo entendido que fue un capricho del difunto rajá de Busham...

Banks hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Su Alteza, encogiéndose de hombros, dijo:

—¿Y para qué hacerse llevar por una máquina cuando uno tiene a su disposición elefantes de carne y hueso?

—Es que probablemente —dijo Banks— este elefante es más poderoso y más fuerte que todos los que usaba el difunto rajá.

—¡Oh! —dijo Gurú Singh, haciendo una mueca desdeñosa—. ¡Más poderoso...!

—Infinitamente más —respondió Banks.

—Ninguno de los suyos —dijo entonces el capitán Hod, a quien los modales altivos de Gurú Singh disgustaban mucho—, ninguno de los suyos sería capaz de hacer mover una pata a este elefante, si no quisiera moverla.

—¿Qué dice usted? —preguntó el príncipe.

—Mi amigo afirma —contestó el ingeniero—, y yo lo afirmo también, que este animal artificial podría resistir a la tracción de veinte caballos, y que los tres elefantes que trae Su Alteza, aunque unieran sus fuerzas, no lograrían hacerle retroceder ni una pulgada.

—No creo absolutamente nada de eso —respondió el príncipe.

—Pues es la pura verdad —respondió el capitán Hod.

—Y cuando Su Alteza quiera pagarlo —añadió Banks—, yo me comprometo a construirle uno que tenga la fuerza de veinte elefantes elegidos entre los mejores.

—Eso se dice muy fácilmente —dijo Gurú Singh con sequedad.

—Y también se hace —contestó Banks.

El príncipe comenzaba a animarse.

Veíase que no sufría fácilmente la contradicción.

—¿Podría hacerse la experiencia aquí mismo? —inquirió después de un instante de reflexión.

—Naturalmente —respondió el ingeniero.

—Y hasta se puede hacer una apuesta considerable —añadió el príncipe Gurú Singh—, a no ser que usted retroceda ante el temor de perderla, como retrocedería este elefante si tuviera que luchar con los míos.

—¡Retroceder el *Gigante de Acero*! —exclamó el capitán Hod—. ¿Quién osa expresar semejante idea?

—Yo —respondió Gurú Singh.

—¿Y qué apuesta Su Alteza? —preguntó el ingeniero cruzándose de brazos.

—Cuatro mil rupias —contestó el príncipe—, si ustedes las tienen para arriesgarlas. Cuatro mil rupias vienen a ser diez mil francos. La apuesta era grande y yo vi que Banks, por más confianza que tuviese, no quería arriesgar semejante suma.

El capitán Hod hubiera perdido el doble, de habérselo permitido su modesto sueldo.

—¿No aceptan ustedes? —dijo entonces Su Alteza, para quien cuatro mil rupias representaban apenas el precio de un capricho pasajero—. ¿Temen ustedes arriesgar esa suma?

—Aceptada la apuesta —dijo el coronel Munro, que acababa de acercarse e intervino con esta sola frase.

—¿El coronel Munro tiene cuatro mil rupias? —preguntó el príncipe Gurú Singh.

—Y también diez mil —dijo Sir Eduardo Munro—, si conviene a Su Alteza.

—Aceptado —respondió Gurú Singh.

La situación se iba haciendo interesante. El ingeniero había estrechado la mano del coronel como para darle las gracias por no dejarle avergonzado ante el desdeñoso rajá; pero sus cejas se habían fruncido un instante y yo me preguntaba si no habría presumido demasiado del poder mecánico del aparato.

El capitán Hod estaba radiante de alegría, y frotándose las manos, se dirigió hacia el elefante gritando:

—¡Atención, *Gigante de Acero*, se trata de trabajar por el honor de la vieja Inglaterra!

Toda nuestra gente se había agrupado a un lado del camino, y un centenar de indios habían acudido del serai para asistir a la lucha que se preparaba.

Banks nos había dejado para subir a la torrecilla, cerca de Storr, que activaba el fogón y lanzaba un chorro de vapor a través de la trompa del *Gigante*.

A una señal del príncipe Gurú Singh, varios de sus servidores fueron al serai y volvieron con los tres elefantes desembarazados de todo su aparato de viaje. Eran tres animales magníficos, originarios de Bengala y de más corpulencia que sus congéneres de la India meridional. Estaban en toda la fuerza de su edad y no dejaron de inspirarme cierta inquietud. Los mahuts, montados sobre sus enormes cuellos, les dirigían con la mano y les excitaban con la voz. Cuando los elefantes pasaron por delante de Su Alteza, el mayor de los tres, verdadero gigante de su especie, se detuvo, dobló las dos rodillas, levantó la trompa y saludó al príncipe como cortesano bien educado que era. Después, sus dos compañeros y él se acercaron al *Gigante de Acero* y le miraron con estupor.

Se fijaron entonces fuertes cadenas de hierro al ténder y a las barras del atalaje ocultas en la trasera de nuestro elefante.

Confieso que me palpitaba el corazón. El capitán Hod, por su parte, se mordía los labios y no podía estar un instante en su sitio. El coronel Munro estaba muy tranquilo y más aún, puede decirse, que el príncipe Gurú Singh.

—Ya está todo dispuesto —dijo el ingeniero—. Cuando Su Alteza guste.

—Al instante —respondió el príncipe.

Gurú Singh hizo una señal; los mahuts dieron un silbido particular y los tres elefantes, apoyando en el suelo sus poderosas piernas, tiraron a la vez. La máquina comenzó a retroceder algunos pasos.

Yo di un grito; Hod pegó una patada en el suelo.

—Calza las ruedas —dijo simplemente el ingeniero, volviéndose hacia el maquinista.

Con un golpe rápido, que fue seguido de un relincho de vapor, se aplicó instantáneamente el freno atmosférico a las ruedas.

El *Gigante de Acero* se detuvo y no se movió.

Los mahuts excitaron a los tres elefantes, que, con sus músculos en tensión, hicieron un nuevo esfuerzo. Todo fue inútil: nuestro elefante parecía haber echado raíces en el suelo. El príncipe Gurú Singh se mordió los labios hasta hacerles saltar sangre.

El capitán Hod no cesaba de aplaudir.

—¡Adelante! —gritó Banks.

—Adelante, sí —repitió el capitán—, adelante.

Se abrió completamente el regulador; enormes nubes de vapor se escaparon unas tras otras de la trompa; las ruedas, descalzadas, giraron lentamente, mordiendo el suelo del camino; y los tres elefantes, a pesar de su resistencia espantosa, fueron arrastrados, haciéndoles andar hacia atrás y abriendo en el suelo profundos surcos con sus patas.

—¡Adelante! ¡Adelante! —gritaba el capitán Hod.

el *Gigante de Acero*, marchando siempre hacia delante, hizo caer a los tres enormes animales, arrastrándolos durante veinte pasos.

—¡Viva, viva! —exclamaba el capitán Hod sin poderse contener—. Puede unirse a esos elefantes todo el serai de Su Alteza, sin que nuestro *Gigante de Acero* retroceda un paso.

El coronel Munro hizo una señal con la mano, Banks cerró el regulador, y el aparato se detuvo.

Nada más digno de lástima que los tres elefantes de Su Alteza: con la trompa recogida y las patas al aire, se agitaban como gigantesos escarabajos vueltos patas arriba.

El príncipe, no menos irritado que avergonzado, se había marchado sin esperar el fin del experimento.

Desengancháronse los elefantes y se levantaron, visiblemente humillados de su derrota. Cuando pasaron delante del *Gigante de Acero*, el mayor, a despecho del que le conducía, no pudo menos de doblar la rodilla y saludar con la trompa, como había hecho

delante del príncipe Gurú Singh.

Un cuarto de hora después, un indio, el *kamdar*, o secretario del rajá, llegó a nuestro campamento y entregó al coronel un taleguillo que contenía diez mil rupias, importe de la apuesta perdida.

El coronel Munro tomó el taleguillo y, volviéndose con desdén, dijo:

—Para la comitiva de Su Alteza.

Después se dirigió tranquilamente hacia la «Casa de Vapor.»

No podía haberse dado una lección mejor al príncipe arrogante que tan desdeñosamente nos había provocado.

Entretanto se había enganchado al tren el *Gigante de Acero*, Banks dio la señal de marcha y nuestro tren partió velozmente entre un concurso de indios maravillados. Sus gritos nos saludaron al paso, y pronto perdimos de vista detrás de un recodo del camino al serai del príncipe Gurú Singh.

Al día siguiente, la «Casa de Vapor» comenzaba a subir las primeras cuestas que unen el país llano con la base de la frontera del Himalaya. Aquello no fue más que un juego para nuestro *Gigante de Acero*, que gracias a sus ochenta caballos de fuerza que llevaba en el vientre había podido luchar sin trabajo contra los tres elefantes del príncipe Gurú Singh.

Anduvo, pues, fácilmente por los caminos ascendentes de aquella región, sin que fuese necesario aumentar la presión ordinaria del vapor.

A la verdad era un aspecto curioso ver al *Gigante*, vomitando chispas, arrastrar entre barritos menos precipitados, pero más expansivos, los dos coches que subían por los caminos. La llanta rayaba el suelo, cuyo macadam rechinaba desgranándose, y es preciso confesar que nuestro pesado animal dejaba detrás de sí profundos surcos y deterioraba el camino ya grandemente humedecido por las lluvias torrenciales.

De todos modos, la «Casa de Vapor» subía poco a poco; el panorama se ensanchaba a su espalda; y el horizonte se desarrollaba sobre un perímetro más ancho, retrocediendo hasta perderse de vista.

Esta ascensión, interrumpida por altos más o menos prolongados, según los casos, y por los campamentos de noche, no duró menos de siete días, desde el 19 al 25 de junio.

—Con un poco de paciencia —dijo el capitán Hod—, nuestro tren subiría hasta las más elevadas cimas del Himalaya.

—No sea usted tan ambicioso, mi capitán —respondió el ingeniero.

—Pero, ¿subiría, Banks?

—Sí, Hod, subiría si no le faltara camino practicable, con la condición de llevar combustible, porque no lo encontraría en los ventisqueros, y de llevar también aire respirable, que le faltaría a dos mil toesas de altura. Pero nosotros no tenemos para qué traspasar la zona habitable del Himalaya. Cuando el *Gigante de Acero* haya llegado a la altura media de los *sanitariums*, se detendrá en algún sitio agradable en la linde de un bosque alpestre, bajo una atmósfera refrescada por las corrientes superiores del espacio. Nuestro camarada Munro habrá trasladado su *bungalow* de Calcuta a las montañas del Nepal, y esto nos bastará, y aquí estaremos todo el tiempo que nos guste.

No tardamos en encontrar, y fue el día 25 de junio, aquel sitio de descanso en donde deberíamos acampar durante algunos meses. Hacía ya cuarenta y ocho horas que el camino iba siendo cada vez menos practicable, ya por no estar completamente construido, ya porque las lluvias hubieran formado en él profundos barrancos. El *Gigante de Acero* trabajaba mucho para arrastrar el tren, y tuvo que devorar un poco más de combustible. Algunos leños, añadidos al fogón de Kaluth, fueron suficientes para aumentar la presión del vapor; pero nunca fue necesario largar las válvulas, que no dejaban escapar el fluido sino bajo una presión de siete atmósferas, presión de la cual nunca pasamos.

Hacía también cuarenta y ocho horas que nuestro tren se aventuraba por un territorio casi desierto, donde no se encontraban aldeas ni granjas; sólo alguna habitación aislada, alguna casa perdida entre los grandes bosques de pinos que cubren los cerros meridionales de la montaña. Tres o cuatro veces algunos montañeses nos saludaron con sus interjecciones admirativas; y al ver aquel aparato maravilloso subiendo por la montaña, sin duda creían que Brahma había tenido el capricho de transportar toda una pagoda a aquella altura inaccesible de la frontera del Nepal.

En fin, en aquel día 25, Banks nos dio por última vez la voz de alto y declaró que allí terminaba la primera parte de nuestro viaje por la India septentrional. El tren se detuvo en un vasto terreno despejado cerca de un torrente, cuya agua cristalina debía bastar a todas las necesidades de un campamento de algunos meses. Desde allí la vista podía abarcar la llanura en un perímetro de cincuenta a sesenta millas.

La «Casa de Vapor» se hallaba entonces a trescientas veinticinco leguas de su punto de partida, a dos mil metros sobre el nivel del mar y al pie del Delavagari, cuya cima se perdía a veinticinco mil pies de altura.

CAPÍTULO XV

EL PAL DE TANDIT

Es necesario abandonar por un momento al coronel Munro y a sus compañeros el ingeniero Banks, el capitán Hod y el francés Maucler, e interrumpir durante algunas páginas la narración de este viaje, cuya primera parte, que comprendía el itinerario de Calcuta a la frontera indo-china, terminaba al pie de las montañas del Tibet.

El lector recordará el incidente que había marcado el paso de la «Casa de Vapor» por Allahabad. Un número de la *Gaceta* de aquella ciudad que llevaba fecha del 25 de mayo, comunicó al coronel Munro la muerte de Nana Sahib. Esta noticia, con frecuencia esparcida y desmentida siempre, ¿era verdadera esta vez? Sir Eduardo Munro, con pormenores tan precisos, ¿podía dudar todavía? ¿No debía renunciar al fin a tomarse por su mano la justicia contra el rebelde de 1857?

Vamos a verlo, relatando lo que había ocurrido desde la noche del 7 al 8 de marzo, durante la cual Nana Sahib, acompañado de Balao-Rao, su hermano, y escoltado por sus

más fieles compañeros de armas y del indio Kalagani, había salido de las cuevas de Adyuntha.

Sesenta horas después, el nabab llegaba a los estrechos desfiladeros de los montes Sautpurra, después de haber atravesado el río Tapi, que desagua en la costa occidental de la península, cerca de Surate. Hallábase entonces a cien millas de Adyuntha en una parte poco frecuentada de la provincia, lo cual, por el momento, le daba cierta seguridad. El sitio había sido bien elegido.

Los montes Sautpurra, de mediana altura, dominan al Sur la cuenca del Nerbudda, cuyo límite septentrional está coronado por los montes Vindya. Estas dos cordilleras, que corren casi paralelamente una a otra, entrelazan sus ramificaciones y proporcionan en aquel país accidentado refugios difíciles de descubrir. Pero si los Vindya, a la altura del grado 23 de latitud, cortan la India casi enteramente de Occidente a Oriente, formando uno de los grandes lados del triángulo central de la península, no sucede lo mismo respecto de los Sautpurra, que no pasan del grado 75 de longitud y vienen a enlazar con el monte Kaligong.

Nana Sahib se encontraba allí a la entrada del país de los gunds, indomables, pertenecientes a la antigua raza imperfectamente sometida, a los cuales quería impulsar a la rebelión.

El país de Gudwana, cuyos habitantes Monsieur de Rousselet considera como autóctonos, y en el cual está siempre dispuesta a fermentar la rebelión, es un territorio de doscientas millas cuadradas que tiene una población de tres millones de habitantes, parte importante del Indostán, que, a decir verdad, no está sino nominalmente bajo la dominación inglesa. El ferrocarril de Bombay a Allahabad atraviesa, es verdad, este país del Sudoeste al Nordeste, y hasta tiene un ramal que va al centro de la provincia de Nagpore; pero las tribus de estas comarcas han permanecido en estado salvaje, contrarias a toda idea de civilización, impacientes por sacudir el yugo europeo, y, en suma, muy difíciles de reducir en sus montañas. Esto lo sabía perfectamente Nana Sahib, y allí había querido desde luego buscar asilo para librarse de las pesquisas de la policía inglesa y esperar la hora para suscitar el movimiento insurreccional.

Si lograba su empresa y los gunds se levantaban a su voz y se ponían bajo su dirección, la rebelión podría tomar rápidamente una extensión considerable.

En efecto, al norte de Gudwana está el Bundelkund, que comprende toda la región montañosa situada entre la meseta superior de los Vindya y el importante río Yumma. En este país, cubierto, o, mejor dicho, erizado de los más hermosos bosques vírgenes del Indostán, viven los bundelas, pueblo cruel y falso, donde buscan y hallan fácilmente refugio todos los criminales políticos y de toda especie. Allí se acumula una población de dos millones y medio de habitantes en una superficie de veintiocho mil kilómetros cuadrados; allí se vive en estado de barbarie y allí se encuentran todavía aquellos antiguos partidarios que lucharon contra los invasores a las órdenes de Tipposahib; de allí provienen los célebres estranguladores llamados *tughs* que, por tan largo tiempo, fueron el espanto de la India, fanáticos asesinos que, sin verter nunca sangre, han hecho innumerables víctimas; allí las partidas de pindarris han cometido casi impunemente los más odiosos crímenes; allí

pululan también los terribles *dacoits*, secta de envenenadores que sigue las huellas de los *thugs*; y allí, en fin, se había refugiado Nana Sahib después de haberse librado de la persecución de las tropas reales que se habían apoderado de Yansie haciéndoles perder su pista antes de pedir asilo más seguro a los retiros inaccesibles de la frontera indo-china.

Al este de Gudwana está el Khondistán o país de los *khonds*, como se llaman los feroces sectarios de Tado Pennorr, el dios de la tierra, y de Maunck-Soro, el dios rojo de los combates, sangrientos adeptos de los *merikas* o sacrificios humanos que tanto trabajo cuesta a los ingleses destruir, salvajes dignos de ser comparados con los naturales de las islas más bárbaras de la Polinesia, asesinos contra los cuales, de 1840 a 1854, el mayor general John Campbell, los capitanes Macpherson, Macviccar y Frye, emprendieron largas y penosas expediciones; fanáticos, en fin, dispuestos a todo cuando una mano los guía bajo cualquier pretexto religioso.

Al occidente del Gudwana hay otro país, de un millón y medio a dos millones de almas, ocupado por los bhils, poderosos antiguamente en el país de Malwa y de Radyaputana, hoy divididos en clases esparcidas por toda la región de los Vindya, casi siempre embriagados por el aguardiente que sacan del árbol llamado *mowah*, pero valientes, robustos, ágiles y con el oído siempre atento al *khisri*, que es su grito de guerra y saqueo.

Como se ve, Nana Sahib había escogido bien su refugio. En aquella región central de la península, en vez de una simple rebelión militar, esperaba suscitar un movimiento nacional en que tomaran parte los indios de todas las castas.

Pero antes de emprender nada, convenía fijarse en el país a fin de influir eficazmente sobre las poblaciones en la medida que las circunstancias lo permitieran. De aquí la necesidad de un asilo seguro, a lo menos por el momento, sin perjuicio de abandonarlo cuando llegara a suscitar sospechas.

Tal fue el primer cuidado de Nana Sahib. Los indios que le habían seguido desde Adyuntha podían ir y venir libremente por toda la presidencia, y hasta Balao-Rao, de quien nada decía el aviso del gobernador, hubiera podido gozar de la misma inmunidad, a no ser por la semejanza que tenía con su hermano.

Desde su fuga a las fronteras del Nepal, nadie se había fijado en su persona, y había motivos para creerle muerto; pero, confundido con Nana Sahib, hubiera podido ser preso, y era preciso evitarlo a toda costa.

Así, pues, era necesario un asilo único para los dos hermanos, unidos en el mismo pensamiento y que aspiraban al mismo fin. Y era muy fácil encontrar este asilo en los desfiladeros de los montes Sautpurra.

Un gund de su escolta, que conocía el valle hasta en sus más profundos retiros, se lo indicó.

A la orilla derecha de un pequeño afluente del Nerbudda se hallaba un pal abandonado, llamado el pal de Tandit.

El pal es menos que una aldea, es apenas una reunión de chozas, y a veces una habitación aislada. La familia nómada que lo ocupa se fija en él temporalmente; y después

de haber quemado algunos árboles cuyas cenizas sirven de abono al suelo durante una corta estación, construye allí su morada. Pero como el país es poco seguro, la casa toma el aspecto de un pequeño fuerte; se rodea de una empalizada y puede defenderse contra una sorpresa. Como además está oculta en algún espeso matorral entre cactus y malezas, es difícilísimo descubrirla.

Ordinariamente, el pal corona algún cerrillo que domina un valle estrecho entre dos contrafuertes escarpados y entre una espesura impenetrable de altos árboles. No parece que pueda servir de asilo a criaturas humanas, porque no hay caminos que conduzcan a él, ni siquiera senderos, de los cuales no hay indicios. Para llegar es preciso algunas veces remontar un torrente cuyas aguas borran todas las huellas. El que lo pasa no deja ningún vestigio tras sí; en la estación calurosa el agua llega hasta el tobillo; y en la estación fría hasta las rodillas, y nada indica que un ser viviente haya pasado por aquel sitio. Además, un alud de rocas que la mano de un niño bastaría para precipitar, aplastaría a todo el que intentase llegar hasta el pal contra la voluntad de sus habitantes.

Sin embargo, por aislados que estén los gunds en sus moradas inaccesibles, pueden comunicarse de pal a pal. Desde lo alto de los cerros desiguales de los montes de Sautpurra se propagan las señales en pocos minutos hasta veinte leguas de distancia. Estas señales pueden ser unas hogueras encendidas en la cima de una roca aguda o un árbol convertido en antorcha gigantesca, o una simple humareda que corone la cima de algún contrafuerte. Sabido es lo que esto significa: el enemigo, es decir, un destacamento de soldados del ejército real o de agentes de la policía inglesa ha penetrado en el valle, sube por la orilla del Nerbudda y registra los desfiladeros en busca de algún malhechor refugiado en el país. El grito de guerra, tan familiar al oído de los montañeses, se convierte en grito de alarma. Un extranjero lo confundiría con el chillido de las aves nocturnas o el silbido de los reptiles; pero el gund no se equivoca. Sabe que debe vigilar, y vigila; que debe huir, y huye. Los pales sospechosos son abandonados y aun quemados; los nómadas se refugian en otros retiros y, a su vez, los dejan cuando son perseguidos de cerca, y en aquellos territorios cubiertos de cenizas los agentes de la autoridad sólo encuentran ruinas. En uno de esos pales, en el pal de Tandit, fue donde Nana Sahib y los suyos se refugiaron conducidos por el fiel gund, adicto a la caravana del nabab. En él se instalaron el 20 de marzo.

El primer cuidado de los dos hermanos, cuando tomaron posesión del pal de Tandit, fue reconocer minuciosamente las inmediaciones. Observaron primeramente en qué dirección y hasta dónde podía extenderse la vista; tomaron noticia de las casas que había cerca y de los que las ocupaban. La posición de aquella pendiente aislada y de la eminencia que coronaba el pal de Tandit en medio de un bosque, fue estudiada profundamente, y comprendieron que era imposible llegar hasta allí sin seguir el lecho de un torrente, el torrente de Nazur, por el cual acababan ellos mismos de subir.

Ofrecía, pues, todas las condiciones de seguridad, tanto más cuanto que se levantaba encima de un subterráneo cuyas secretas salidas se abrían sobre la cuesta del contrafuerte y permitían en todo caso la fuga.

Nana Sahib y su hermano no hubieran podido encontrar un asilo más seguro.

Pero no bastaba a Balao-Rao saber lo que era a la sazón el pal de Tandit, sino que quiso saber lo que había sido, y mientras el nabab visitaba el interior, continuó interrogando al gund:

—Voy a hacerte algunas preguntas. ¿Desde cuándo está abandonado este pal?

—Ya hace más de un año —contestó el gund.

—¿Quién lo habitaba?

—Una familia de nómadas que no ha vivido más que unos cuantos meses.

—¿Y por qué lo abandonaron?

—Porque el suelo era impropio para el cultivo.

—Y después de su partida, ¿nadie, que tú sepas, ha venido a refugiarse aquí?

—Nadie.

—¿Ni un soldado del ejército real, ni agente de policía han puesto los pies en este recinto?

—Nadie.

—¿Ni lo ha visitado ningún extraño?

—Ninguno —respondió el gund—, a no ser una mujer.

—¿Una mujer? —preguntó, intrigado, Balao-Rao.

—Sí, una mujer que, desde hace tres años, anda errante por el valle del Nerbudda.

—¿Y quién es esa mujer?

—Lo ignoro —respondió el gund—. No puedo decir de dónde ha venido, y en todo el valle no hay nadie que lo sepa. No se ha podido nunca saber si es extranjera o india.

Balao-Rao reflexionó un instante y después preguntó:

—¿Y qué hace esa mujer?

—Va y viene —contestó el gund—. Vive únicamente de limosna. En todo el valle se le tiene una especie de veneración supersticiosa y yo mismo la he recibido muchas veces en mi propio pal. No habla jamás con nadie. Parece muda, y no me extrañaría que lo fuese. Por la noche se pasea llevando en la mano una tea encendida. Por eso se la denomina «Llama Errante».

—Pero —dijo Balao-Rao—, si esa mujer conoce el pal de Tandit, ¿no puede venir aquí mientras nosotros lo ocupemos? ¿No habrá algo que temer de ella?

—Nada —respondió el gund—. Esa mujer está demente; le falta la razón; sus ojos no ven lo que miran; sus oídos no se hacen cargo de lo que oyen; su lengua no sabe pronunciar una palabra. Para todas las cosas exteriores es como si estuviese ciega, sorda y muda. Es una loca, y una loca no es más que una muerta en vida.

El gund, en el lenguaje particular de los indios de las montañas, acababa de trazar el retrato de una extraña criatura, muy conocida en el valle y llamada la «Llama Errante» del Nerbudda.

Era una mujer cuyo rostro pálido, hermoso todavía, envejecido, pero no viejo y privado de toda expresión, no indicaba ni su origen, ni su edad. Parecía que sus ojos hoscos se habían cerrado a la vida intelectual al presenciar algunas escenas espantosas que continuaba viendo en el interior de su imaginación.

Los montañeses habían acogido con benevolencia a aquella criatura inofensiva y privada de razón. Para ellos, como para todos los pueblos salvajes, los locos son seres sagrados a quienes protege un respeto supersticioso. Por eso, la «Llama Errante» era recibida hospitalariamente donde quiera que se presentaba. Ningún pal le cerraba su puerta. Le daban de comer cuando tenía hambre, cama cuando estaba cansada, sin esperar una sola palabra de agradecimiento.

¿Desde cuándo duraba aquella existencia? ¿De dónde procedía aquella mujer? ¿Hacia qué época se había presentado en el Gudwana? Hubiera sido difícil decirlo. ¿Por qué se paseaba con una tea en la mano? ¿Era para guiar sus pasos? ¿Era para alejar a las fieras? Todos lo ignoraban. Algunas veces desapareció durante meses enteros. ¿Qué era de ella en este tiempo? ¿Dejaba los desfiladeros de los montes Sautpurra para entrar en las gargantas de los Vindya? ¿Se extraviaba al otro lado del Nerbudda, llegando hasta Malwa o el Bundelkund? Todo se ignoraba. Más de una vez, prolongándose mucho su ausencia, se la había creído muerta, pero después se la veía siempre la misma, sin que ni la fatiga, ni la enfermedad, ni la miseria, parecieran haber hecho mella en su constitución, tan débil en apariencia.

Balao-Rao escuchó atentamente la relación del indio, preguntándose interiormente si habría algún peligro en aquella circunstancia de que la «Llama Errante» conociese el pal de Tandit, de que hubiese buscado refugio en él y de que pudiera volver.

Preguntó, pues, al gund si él o los suyos sabían dónde se encontraba entonces la loca.

—Lo ignoro —respondió el gund—. Hace más de seis meses que nadie la ha visto en el valle, y es posible que haya muerto. Pero, de todos modos, aunque se presentase de nuevo y viniese al pal de Tandit, nada habría que temer de ella; no es más que una estatua viviente; no nos vería, ni nos oiría, ni sabría quiénes sois. Entraría, se sentaría junto al hogar; estaría aquí un día o dos; después volvería a encender su tea, se alejaría y tornaría a vagar de casa en casa; ésta es toda su vida; la que ya tenía su razón muerta, es posible que haya muerto también materialmente.

Balao-Rao no creyó necesario hablar de ello a Nana Sahib, y él mismo acabó por no darle importancia.

Un mes después de su llegada al pal de Tandit, la «Llama Errante» no se había presentado aún en el valle del Nerbudda.

CAPÍTULO XVI

LA DEMENTE

Durante todo un mes, desde el 12 de marzo al 12 de abril, Nana Sahib permaneció oculto en el pal. Quería dar a las autoridades inglesas el tiempo de perder la pista, para que abandonasen las pesquisas o las dirigiesen hacia otra parte.

Si durante el día los dos hermanos no salían de su asilo, en cambio, sus partidarios

recorrían el valle, visitaban las aldeas y las cabañas y anunciaban la próxima aparición de un terrible *multi*, semidiós, semihombre ; preparando los ánimos para un movimiento nacional.

Durante la noche, Nana Sahib se aventuraba a salir de su retiro y llegar hasta las orillas del Nerbudda. Iba de aldea en aldea, de pal en pal, mientras llegaba la hora de que pudiera recorrer con alguna seguridad el dominio de los rajás feudatarios de los ingleses. Nana Sahib, por otra parte, sabía que muchos rajás semiindependientes, que sufrían mal el yugo extranjero, se unirían a su bandera. Pero en aquel momento no se trataba más que de influir en las poblaciones agrestes del Gudwana. Encontró dispuestos para la sublevación y prontos a seguirle, aquellos bhils bárbaros, aquellos *khunds* nómadas y aquellos gunds, tan poco civilizados como los naturales de las islas del Pacífico; y si por prudencia no se dio a conocer más que a dos o tres jefes poderosos de tribu, esto le bastó para demostrarle que su nombre solo haría levantarse a varios millones de indios repartidos por la meseta central del Indostán.

Cuando los dos hermanos volvían al pal de Tandit, se comunicaban mutuamente lo que habían visto, oído y hecho. Sus compañeros acudían también llevando de todas partes la noticia de que el espíritu de rebelión soplabla como viento tempestuoso en el valle del Nerbudda. Los gunds estaban impacientes por oír el *khisri*, o sea, el grito de guerra de los montañeses, y precipitarse sobre los acantonamientos militares de la presidencia.

Pero aún no había sonado la hora.

No bastaba, en efecto, que todo el país comprendido entre los montes Sautpurra y los Vindya estuviese en conflagración. Era preciso que el incendio pudiera comunicarse a las comarcas inmediatas, y de aquí la necesidad de acumular combustibles en las provincias limítrofes del Nerbudda, que estaban más directamente bajo la autoridad inglesa. Era necesario preparar en cada una de las ciudades y aldeas del Bhopal, de Malwa, del Bundelkund y de todo el vasto reino de Scindia, un inmenso foco de rebelión que pudiera estallar en un momento dado. Pero Nana Sahib no quería, y en esto tenía razón, fiarse más que de sí mismo para visitar a los antiguos partidarios de la insurrección de 1857, los cuales, habiendo permanecido fieles a su causa y no habiendo creído jamás en su muerte, esperaban verle reaparecer un día u otro.

Un mes después de su llegada al pal de Tandit, creyó poder empezar sus operaciones impunemente. Pensó que se tenía ya por falsa su reaparición en la provincia; sus partidarios le tenían al corriente de todo lo que el gobernador de la provincia de Bombay hacía para buscarle y prenderle. Sabía que durante los primeros días la autoridad había hecho las pesquisas más activas, aunque sin resultado. El pescador de Auzengabad, el antiguo prisionero de Nana Sahib, había caído muerto a puñaladas, y nadie había podido sospechar que el faquir fugitivo fuese el nabab Dandu-Pant, cuya cabeza acababa de ponerse a precio. Una semana después, los rumores desaparecieron: los aspirantes a la recompensa de dos mil libras perdieron toda esperanza, y el nombre de Nana Sahib volvió a ser olvidado.

El nabab podía, pues, aventurarse más, sin temor de ser conocido, y realizar su campaña insurreccional. Unas veces bajo el traje de parsi, otras bajo el de simple labrador,

un día solo, otro acompañado de su hermano, comenzaba a alejarse del pal de Tandit, y subir hacia el Norte, al otro lado del Nerbudda, y aun más allá de la vertiente septentrional de los Vindya. Un espía que hubiera seguido sus pasos le hubiese encontrado en Indore después del 12 de abril.

Allí, en aquella capital del reino de Holcar, sin dejar de conservar el más estricto incógnito, se puso en comunicación con la numerosa población rural empleada en el cultivo de los campos de opio. Esta población se componía de los rihillas, de los mekranis, de los valayalis, ardientes, valerosos y fanáticos, en su mayor parte cipayos desertores del ejército indígena que se ocultaban bajo el traje de labradores indios.

Después atravesó el Betwa, afluente del Yumma, que corre hacia el Norte por la frontera occidental del Bundelkund, y el 19 de abril, atravesando un magnífico valle donde los dátiles y los mangos se multiplican con profusión, llegó a Suasi.

Allí se levantan curiosos y antiquísimos edificios. Son *topes*, especie de túmulos coronados de cúpulas hemisféricas, que forman el grupo principal de Saldhara, al norte del valle. De estos monumentos fúnebres, de estas moradas de los muertos, cuyos altares consagrados a los gritos budistas están abrigados por quitasoles de piedra; de esas tumbas vacías desde hace tantos siglos, salieron, a la voz de Nana Sahib, centenares de fugitivos. Ocultos entre las ruinas para librarse de las terribles represalias de los ingleses, una palabra bastó para hacerles comprender lo que el nabab esperaba de ellos, y un gesto debía bastar para arrojarlos en masa sobre los invasores cuando llegara la hora.

El 24 de abril, Nana Sahib estaba en Bhilsa, cabeza de un distrito importante de Malwa; y en las ruinas de la antigua ciudad de Sangar, no lejos del sitio donde el general Sir Hugo Rose dio contra los insurgentes una sangrienta batalla que le hizo dueño de la garganta de Maudampore, llave de los desfiladeros de los Vindya.

Allí se reunió con él su hermano, acompañado de Kalagani, y ambos se dieron a conocer a los jefes de las principales tribus, en quienes tenían absoluta confianza. En estos conciliábulos se discutieron y determinaron los preliminares de una rebelión general, según los cuales, mientras Nana Sahib y Balao-Rao operaban hacia el Sur, sus aliados debían maniobrar en la parte septentrional de los Vindya. Antes de volver al valle del Nerbudda, los dos hermanos quisieron visitar otra vez el reino de Pannah. Siguieron el curso del Keyne a la sombra de tecas gigantescos y de bambúes enormes, que se multiplican como por encanto y parecen destinados a invadir la India entera. Allí alistaron muchos y feroces adeptos entre el miserable personal que explota por cuenta del rajá las ricas minas de diamantes del territorio. Este rajá, dice Monsieur de Rousselet, «comprendiendo la posición en que ha dejado la dominación inglesa a los príncipes del Bundelkund, ha preferido el papel de rico propietario territorial al de reyezuelo insignificante». Y, en efecto, es un rico propietario. La región diamantífera que posee se extiende por un espacio de treinta kilómetros al norte de Pannah, y la explotación de sus minas de diamantes, los más estimados en los mercados de Benarés y de Allahabad, ocupa un gran número de indios. Entre estos desdichados, sometidos a los más duros trabajos y a quienes el rajá hace decapitar cuando bajan los rendimientos de las minas, Nana Sahib debía encontrar millares

de partidarios, prontos a arrostrar la muerte por independizar a su país.

Desde allí los dos hermanos bajaron hacia el Nerbudda para volver al pal de Tandit, y antes de suscitar la sublevación del Sur, que debía coincidir con la del Norte, quisieron detenerse en Bhopal, importante ciudad musulmana que continúa siendo capital del islamismo en la India y cuya princesa, o Begún, permaneció fiel a los ingleses durante todo el período insurreccional.

Acompañados de una docena de gunds, llegaron a Bhopal el veinticuatro de mayo último, día de las fiestas del Moharren instituidas para celebrar la renovación del año musulmán. Ambos se habían disfrazado con el traje de *yoguis*, siniestros mendigos religiosos armados de largos puñales corvos con los cuales se hieren por fanatismo, pero sin hacerse gran daño ni correr gran peligro.

Los dos hermanos, bajo este disfraz, se unieron sin ser reconocidos a la procesión que recorría las calles de la ciudad entre muchos elefantes que llevaban sobre sus lomos *tadzlas*, especie de templete de veinte pies de altura. Habían conseguido mezclarse entre los musulmanes ricamente vestidos de túnicas bordadas de oro y turbantes de muselina; se habían confundido entre las filas de los músicos, de los soldados, de las bayaderas, de los jóvenes disfrazados de mujeres, extraña aglomeración que daba a la ceremonia un carácter carnavalesco. Con aquellos indios de todas castas, entre los cuales contaban con muchos partidarios, habían podido cambiar cierta especie de signos masónicos, familiares a los individuos rebeldes de mil ochocientos cincuenta y siete.

Al anochecer, toda aquella gente se había dirigido hacia el lago que baña el arrabal oriental de la ciudad. Allí, en medio de grandes gritos, de detonaciones de armas de fuego y del estruendo de los petardos a la luz de mil antorchas, todos aquellos fanáticos precipitaron los *tadzlas* en las aguas del lago; con lo cual concluyeron las fiestas del Moharren.

En aquel momento, Nana Sahib sintió que una mano se posaba sobre sus hombros. Se volvió y vio a su lado a un bengalí.

Era aquel indio uno de sus antiguos compañeros de armas de Lucknow. Le dirigió una mirada interrogativa.

El bengalí se limitó a murmurar las palabras siguientes, que Nana Sahib oyó sin que ningún gesto revelase su emoción:

—El coronel Munro ha salido de Calcuta.

—¿Dónde está?

—Ayer estaba en Benarés.

—¿Adonde va?

—A la frontera de Nepal.

—¿Para qué?

—Para residir allí algunos meses.

—¿Y luego?

—Volverá a Bombay.

Se oyó un silbido. Un indio, cruzando a través de la multitud, llegó cerca de Nana Sahib.

Era Kalagani.

—Ponte en camino inmediatamente —dijo el nabab—. El coronel Munro sube hacia el Norte; sigúele los pasos; préstale algún servicio para engañarle y arriesga la vida si es preciso. No te separes de él hasta que haya pasado más allá de los Vindya y llegado al valle del Nerbudda. Entonces, y solamente entonces, vendrás a darme aviso de su presencia.

Kalagani, por toda respuesta, hizo una señal afirmativa y desapareció entre la multitud. Un gesto del nabab era para él una orden; diez minutos después había salido de Bhopal.

En aquel momento, Balao-Rao se acercó a su hermano.

—Ya es tiempo de marchar —le dijo.

—Sí —respondió Nana Sahib--; es necesario que estemos antes del amanecer en el pal de Tandit.

—¡En marcha!

Ambos, seguidos de sus gunds, subieron por la orilla septentrional del lago hasta una granja aislada, donde les esperaban los caballos para ellos y su escolta. Eran caballos corredores, de esos a los cuales se da un alimento fuerte mezclado de especias, y que pueden andar cincuenta millas en una sola noche.

A las ocho galopaban por el camino de Bhopal a los Vindya.

Si el nabab quería llegar antes del alba al pal de Tandit, era sólo por medida de prudencia, porque prefería que su vuelta al valle no fuese notada.

La pequeña caravana marchó, pues, con toda la velocidad que permitían sus caballos.

Nana Sahib y Balao-Rao iban uno tras otro sin hablarse; pero el mismo pensamiento ocupaba su imaginación. De aquella excursión al otro lado de los Vindya llevaban más que una esperanza; llevaban la certidumbre de que abrazarían su causa infinitos partidarios. La meseta central de la India estaba toda en sus manos. Los acantonamientos militares repartidos en aquel vasto territorio no podrían resistir a las primeras acometidas de los insurrectos. Su aniquilamiento daría libre curso a la rebelión que no tardaría en levantar, de un litoral al otro, una muralla de indios fanatizados, contra la cual podría estrellarse el ejército real.

Pero, al mismo tiempo, Nana Sahib pensaba en la feliz causalidad que iba a entregarle al coronel Munro.

El coronel acababa de salir de Calcuta, donde era difícil atacarle. Una vez fuera de la capital, todos sus movimientos serían conocidos por el nabab, y, sin que pudiera sospecharlo, la mano de Kalagani le guiaría hacia el salvaje país de los Vindya, donde nadie podría evitarle el suplicio que le reservaba el odio de Nana Sahib.

Balao-Rao no sabía nada de la conversación entre el bengalí y su hermano, y solamente cuando llegaron cerca del pal de Tandit, mientras los caballos descansaban un instante, le contó Nana Sahib aquella conversación en estos términos:

—Munro ha salido de Calcuta y se dirige hacia Bombay.

—El camino de Bombay —dijo Balao-Rao— llega hasta las playas del océano

Indico.

—El camino de Bombay, esta vez —dijo Nana Sahib—, terminará en los Vindya. Con esta respuesta lo decía todo.

Los caballos marcharon otra vez al galope y se lanzaron a través del bosque donde comenzaba el valle del Nerbudda.

Eran entonces las cinco de la mañana y ya amanecía. Nana Sahib, Balao-Rao y sus compañeros acababan de llegar al lecho torrencial del Nazur, que conducía hacia el pal.

Allí se apearon de los caballos, que fueron conducidos por dos gunds a la aldea más cercana.

Los demás siguieron a los dos hermanos, que subieron a pie por las aguas del torrente.

Todo estaba en calma; los primeros ruidos del alba no habían interrumpido el silencio de la noche.

De pronto, se oyó un tiro seguido de otros muchos, y, al mismo tiempo, estos gritos:

—¡Hurra, hurra, adelante!

Un oficial, al frente de unos cincuenta soldados del ejército real, se presentó en la cresta del pal.

—¡Fuego, y que ninguno escape! —gritó el oficial. —A esta voz siguió una nueva descarga dirigida casi a boca de jarro sobre el grupo de gunds que rodeaba a Nana Sahib y su hermano.

Cinco o seis cayeron; los otros se arrojaron al torrente del Nazur y desaparecieron bajo los primeros árboles del bosque.

—¡Nana Sahib, Nana Sahib! —gritaron los ingleses, penetrando en el estrecho barranco.

Entonces uno de ellos, que había sido herido mortalmente, se incorporó tendiendo la mano hacia los ingleses.

—¡Mueran los invasores! —gritó con voz terrible todavía, y volvió a caer inmóvil.

El oficial se acercó al cadáver.

—¿Es éste Nana Sahib? —preguntó.

—Él es, en efecto —contestaron dos soldados del destacamento, que, por haber estado de guarnición en Cawnpore, conocían perfectamente al nabab.

—Pues ahora vamos a por los demás —gritó el oficial.

Y todo el destacamento se precipitó hacia el bosque en persecución de los gunds.

Apenas habían desaparecido, una sombra pasó por el escarpe que coronaba el pal de Tandit.

Era la «Llama Errante», cubierta con una larga túnica parda ceñida a la cintura por el cordón de un langutí.

La víspera por la noche, aquella loca había sido la guía inconsciente del oficial inglés y de sus soldados. Al volver al valle desde el día anterior, se dirigía maquinalmente al pal de Tandit, hacia el cual la llamaba una especie de instinto. Pero aquella vez la extraña criatura a quien creían muda dejaba escapar de sus labios un nombre, nada más que uno, el

del asesino de Cawnpore.

—¡Nana Sahib, Nana Sahib! —repetía, como si la imagen del nabab, por algún presentimiento inexplicable, se hubiera presentado a su imaginación y a sus recuerdos.

Este nombre llamó la atención del oficial. Siguió los pasos de la desventurada, la cual no parecía advertirlo ni ver a los soldados, que la siguieron hasta el pal de Tandit. ¿Era allí donde se había refugiado el nabab cuya cabeza había sido puesta a precio? El oficial adoptó las medidas necesarias; hizo vigilar el lecho del Nazur, y esperó la llegada del día. Cuando Nana Sahib y sus gunds entraron en el torrente, se les recibió con una descarga que hizo caer a muchos, y entre ellos al jefe de la insurrección de los cipayos.

Tal fue el encuentro que el telégrafo anunció el mismo día al gobernador de Bombay. Aquel telegrama recorrió toda la península; los periódicos lo reprodujeron inmediatamente, y así pudo llegar a conocimiento del coronel Munro, el veintiséis de mayo, por medio de la *Gaceta* de Allahabad.

Esta vez no se podía dudar de la muerte de Nana Sahib. Su identidad estaba reconocida, y el periódico podía decir con razón que el reino de la India no tenía ya nada que temer del cruel rajá.

La loca, mientras tanto, después de haber salido del pal de Tandit, bajó al lecho del Nazur. De sus ojos hoscos salía como el resplandor de un fuego interno que se hubiera encendido repentinamente en ella, y maquinalmente sus labios repetían el nombre del nabab.

Así llegó al sitio donde yacían los cadáveres y se detuvo delante del que había sido reconocido por los soldados de Lucknow. El rostro contraído de aquel muerto parecía todavía amenazar a los ingleses. Hubiérase dicho que, habiendo vivido tan sólo para la venganza, el odio sobrevivía aún en él.

La loca se arrodilló, se apoyó con las manos sobre el cuerpo acribillado de balas, cuya sangre manchó los pliegues de su túnica, le observó atentamente, y después, levantándose y sacudiendo la cabeza a un lado y a otro, bajó con lentitud por el lecho del Nazur. La «Llama Errante» había vuelto a caer en su indiferencia habitual, y su boca no repetía ya el nombre maldito de Nana Sahib.

CAPÍTULO XVII

NUESTRO *SANITARIUM*

Esta expresión magnífica: «Los inconmensurables de la Creación», de la cual el mineralogista Haüy se sirvió para calificar los Andes americanos, quizá sería más justa aplicada al conjunto de la cordillera del Himalaya, que ningún hombre ha podido todavía medir con precisión matemática.

Tal es el sentimiento que se experimenta ante el aspecto de esa región incomparable,

en el seno de la cual el coronel Munro, el capitán Hod, Banks y yo íbamos a residir algunas semanas.

—No solamente estos montes son inconmensurables —nos dijo el ingeniero—, sino que su cima debe ser considerada como inaccesible, porque el organismo humano no puede funcionar a tal altura, donde el aire no es bastante denso para satisfacer las necesidades de la respiración.

Una barrera de rocas primitivas, granito, gneis y micaesquito, de dos mil quinientos kilómetros de longitud, que se levanta desde el meridiano setenta y dos hasta el noventa y cinco, cubriendo dos presidencias, la de Agra y la de Calcuta, y dos reinos, el de Bután y el de Nepal; una cordillera cuya altura media, superior en una tercera parte a la cima del Mont Blanc, comprende tres zonas distintas: la primera, de cinco mil pies de altura, más templada que la llanura inferior, dando cosechas de trigo durante el invierno, y de arroz durante el verano; la segunda, de cinco mil a nueve mil pies, donde todas las primaveras se produce el deshielo; y la tercera, de nueve mil a veinticinco mil pies, cubierta de espesos hielos, que aun en la estación cálida desafían a los rayos solares; a través de esta grandiosa tumescencia del Globo, once pasos, de los cuales algunos perforan la montaña a veinte mil pies de altura, y que incesantemente amenazados por los aludes, surcados por torrentes e invadidos por los hielos, no permiten pasar de la India al Tibet sino a costa de grandes dificultades; por la cima de estas crestas unas veces redondeadas en anchas cúpulas, otras rasas, como la Tabla del cabo de Buena Esperanza, siete u ocho picos agudos, algunos volcánicos, se levantan a más de ocho mil metros.

Las primeras estribaciones de estos propileos gigantescos, están abundantemente cubiertas de bosque, encontrándose en ellas diversos representantes de esa rica familia de las palmeras, que en una zona superior son remplazadas por los grandes bosques de encinas, cipreses y pinos, y las opulentas espesuras de bambúes y de plantas herbáceas.

Banks, que nos daba estos pormenores, nos dijo también que si la línea inferior de las nieves baja hasta cuatro mil metros sobre la vertiente india de la cordillera, en la vertiente tibetana se levanta hasta seis mil, lo cual depende de que los vapores que traen los vientos del Sur se detienen ante la enorme barrera.

Por eso, al otro lado han podido establecerse aldeas hasta en la altura de quince mil pies, entre campos de cebada y prados magníficos. Si hemos de dar crédito a los indígenas, en una sola noche se cubren de hierba aquellos campos.

En la zona media, pavos reales, perdices, faisanes, avutardas y codornices, representan la familia alada. Las cabras son abundantes y mucho más los carneros.

En la zona alta no se encuentran ya sino jabalíes, gamuzas y gatos monteses, y el águila es la única ave que se cierne por encima de raros vegetales, que no son más que muestras humildes de una flora ártica.

Pero nada de esto llamaba la atención del capitán Hod. ¿A qué habría ido aquel Nemrod a la región himalaya, si no se tratara más que de continuar su oficio de cazador de caza menuda? Por fortuna para él, no debían faltar los grandes animales carnívoros, dignos de su carabina «Enfield» y de sus balas explosivas.

En efecto, al pie de las primeras rampas de la cordillera se extiende una zona inferior, llamada por los indios el Cinturón del Tarryani. Es una larga llanura de siete a ocho kilómetros de anchura, húmeda, cálida, de vegetación oscura y cubierta de bosques espesos, en los cuales, generalmente, buscan su refugio las fieras. Nuestro campamento dominaba tan sólo a una altura de quinientos metros de este edén del cazador aficionado a las grandes emociones de la lucha, y era fácil, por consiguiente, bajar a aquel terreno reservado que nunca necesitaba guardas.

Era, pues, probable que el capitán Hod visitara las estribaciones inferiores del Himalaya mucho más a gusto que las zonas superiores. Allí, sin embargo, aun en opinión del más fantástico de los viajeros, Víctor Jaquemont, quedan todavía importantes descubrimientos geográficos que hacer.

—¿No se conoce bien todavía esa enorme cordillera? —pregunté yo a Banks.

—Es muy poco conocida —respondió el ingeniero—. El Himalaya es como una especie de planeta pequeño que se ha pegado a nuestro Globo y que guarda celosamente sus secretos.

—Sin embargo, se le ha recorrido en lo posible.

—Oh, no han faltado viajeros por el Himalaya —respondió Banks—. Los hermanos Gerard de Webb, los oficiales Kirpatrik y Fraser, Hodgson, Herbert, Lloyd, Kooker, Cunningham, Strabing, Skinner, Johnson, Moodcroft, Thomson, Griffith, Vigne, Hugel, los misioneros Huc y Gabet, y luego los hermanos Schalagintweit, el coronel Wanh, los tenientes Reuillier y Montgomery, después de grandes trabajos, han dado a conocer en gran parte la disposición orográfica de estas montañas.

Sin embargo, quedan por resolver muchos problemas. La altura exacta de los principales picos ha dado origen a numerosas rectificaciones. Así, en otro tiempo, el Devalaguin era el rey de toda la cordillera; después, a consecuencia de nuevas medidas, tuvo que ceder el sitio al Kinchinying, que ahora parece haber sido destronado por el Everest. Hasta aquí éste domina a todos sus rivales; sin embargo, según los chinos, el Kuen Lun, al cual, a decir verdad, no se han aplicado aún los métodos exactos de los geómetras europeos, es algo más alto que el monte Everest, y no es tampoco en el Himalaya donde debe buscarse el punto más elevado de nuestro Globo. En realidad, estas medidas no pueden considerarse como matemáticas hasta el día en que se hayan obtenido barométricamente y con todas las precauciones que exige esta determinación directa. ¿Y cómo obtenerla sin llevar un barómetro hasta el último pico de esas alturas casi inaccesibles? Esto es lo que todavía no se ha conseguido.

—Eso se hará con el tiempo —respondió el capitán Hod—, como se realizarán algún día los viajes al Polo Sur y al Polo Norte.

—Y como se hará el viaje hasta las profundidades mayores del Océano.

—Sin duda alguna.

—Y como se llegará al centro de la Tierra.

—¡Bravo, Hod!

—Como se hará todo —dije.

—Hasta el viaje a cada uno de los planetas del mundo solar —respondió el capitán Hod, que no se detenía por nada.

—No, eso no, capitán —dije yo—; el hombre, simple habitante de la Tierra, no puede atravesar sus fronteras. Pero si está encadenado a su corteza, a lo menos puede penetrar todos sus secretos.

—Puede y debe hacerlo —afirmó Banks—. Todo lo que está dentro del límite de lo posible, debe hacerse, y se hará. Después, cuando el hombre no tenga ya nada que hacer respecto del Globo que habita...

—Desaparecerá con el esferoide que no tendrá ya misterios para él —interrumpió el capitán Hod.

—No será así —respondió Banks—. Por el contrario, gozará de sus conquistas como dueño y sacará de este globo el mejor partido. Pero, amigo Hod, ya que estamos en el Himalaya, voy a indicarle un curioso descubrimiento que puede hacer entre otros, y que le interesará seguramente.

—¿De qué se trata, Banks?

—El misionero Huc, en la relación de sus viajes, habla de un árbol singular que se llama, en el Tibet, el árbol de las diez mil imágenes. Según la leyenda india, Tong-Kabac, reformador de la religión budista, fue convertido en árbol algunos millares de años después que ocurrió la misma aventura a Filemón, a Baucis y a Dafne, curiosos seres vegetales de la flora mitológica. La cabellera de Tong-Kabac vino a ser el follaje de este árbol sagrado, y en estas hojas el misionero afirma haber visto con sus propios ojos caracteres tibetanos distintamente formados por los nervios de dichas hojas.

—¡Un árbol que produce hojas impresas! —exclamé yo.

—Y con máximas de la más pura moral —respondió el ingeniero.

—Pues eso merece ser comprobado —dije riéndome.

—Averigüenlo ustedes, amigos míos —respondió Banks—. Si existen árboles de esa especie en la parte meridional del Tibet, deben hallarse también en la zona superior de la vertiente meridional del Himalaya. Así, pues, durante las excursiones que ustedes hagan, busquen ese... ¿Cómo le llamaría yo? Ese libro de las sentencias.

—No haré yo tal —respondió el capitán Hod—. He venido aquí para cazar y no me seduce el oficio de alpinista.

—Amigo Hod —dijo Banks—, un escalador tan atrevido como usted no dejará de hacer alguna ascensión a uno de estos montes.

—Jamás —exclamó el capitán.

—¿Por qué?

—He renunciado a las ascensiones.

—¿Desde cuándo?

—Desde el día —contestó el capitán Hod— en que, después de haber arriesgado veinte veces la vida, llegué a la cima del Vrigel, en el reino de Bután. Se me había dicho que ningún ser humano había puesto el pie en la cima de aquel pico, y esto había excitado un poco mi amor propio. En fin, después de mil penurias, llego a la cima, ¿y qué veo? Estas

palabras grabadas en una roca: «Duran, dentista, calle Caunmartin, París.» Desde entonces no he vuelto a subir a ningún monte.

Preciso es confesar que al contarnos aquel chasco, hacía Hod unos gestos tales que era imposible no reír de buena gana.

He hablado varias veces de los *sanitariums* de la península. Estas estaciones, situadas en la montaña, son muy frecuentadas durante el verano por la gente acaudalada, los empleados y los negociantes de la India que huyen de la ardiente canícula de la llanura.

En la primera categoría de todos ellos hay que clasificar a Simla, situada bajo el paralelo 31 y al oeste del meridiano 75. Es como una pequeña Suiza, con sus torrentes, sus arroyos, sus *chalets* agradablemente dispuestos bajo la sombra de los cedros y de los pinos, y a dos mil metros sobre el nivel del mar.

Después de Simia debo citar a Doryling, de casas blancas, dominada por el Kinchinyinga, a quinientos kilómetros al norte de Calcuta y a dos mil trescientos metros de altura, cerca del grado 86 de longitud y del 27 de latitud; un delicioso paraje en el más hermoso país del mundo.

Otros *sanitariums* se han fundado también en diversos puntos de la cordillera, y a la sazón había que añadir a estas estaciones frescas y sanas, indispensables en el ardiente clima de la India, nuestra «Casa de Vapor», sólo que esta estación era exclusivamente nuestra; ofrecía todas las comodidades de las habitaciones más lujosas de la península, y gracias a ella encontrábamos en una zona templada, con las exigencias de la vida moderna, una calma que en vano se buscaría en Simla o en Doryling, donde abundan los anglo-indios. El emplazamiento estaba muy bien escogido. El camino que recorre la parte inferior de la montaña se bifurcaba en aquella altura para dirigirse a las poblaciones esparcidas al Este y al Oeste.

La más próxima de estas aldeas estaba a cinco millas de la «Casa de Vapor», y se hallaba poblada por una raza hospitalaria de montañeses, que se ocupaba en la cría de cabras y carneros y en cultivar ricos campos de trigo y cebada.

Gracias al concurso de nuestro personal, bajo la dirección de Banks, sólo fueron precisas algunas horas para organizar un campamento, en el cual debíamos permanecer seis o siete semanas.

Uno de los contrafuertes destacados de aquellas caprichosas cordilleras que forman la enorme armazón del Himalaya, nos ofreció una llanura suavemente ondulada, de una milla de largo y media milla de ancho; la masa de verdor que la cubría formaba una espesa alfombra de hierba corta, apretada, plumosa y sembrada de multitud de violetas. Ramilletes de rododendros arborescentes, altos robles pequeños, y canastillas naturales de camelias, formaban allí un centenar de cuadros de un efecto encantador. La naturaleza no necesita obreros de Ispahán ni de Esmirna para formar esa alfombra de larga lana vegetal. Algunos millares de semillas, llevadas por el viento del Sur y esparcidas por aquel terreno fecundo, un poco de agua y un poco de sol han bastado para formar aquel tejido blanco y eterno.

Una docena de grupos magníficos de árboles se desplegaba en aquella llanura, pareciendo que se habían destacado como tropas irregulares del inmenso bosque que eriza

los flancos del contrafuerte, subiendo sobre los cerros inmediatos a una altura de seiscientos metros. Cedros, encinas, pandanos de largas hojas, arces, se mezclaban con los bananeros, los bambúes, las magnolias, los algarrobos y las higueras del Japón. Algunos de estos gigantes extendían sus últimas ramas a más de cien pies sobre el suelo, y parecían haber sido plantados en aquel sitio para dar sombra a algunas habitaciones rústicas. La «Casa de Vapor» venía a propósito para completar el paisaje; los techos redondeados de sus dos pagodas casaban muy bien con todo aquel ramaje variado de ramas rígidas o flexibles, de hojas pequeñas y frágiles como alas de mariposas, o anchas y largas como papayas polinesias. El tren de carruajes se ocultaba bajo una espesura de verdor y de flores; no se descubría desde fuera la casa movable; parecía una habitación sedentaria fijada en el suelo y construida para no moverse nunca de allí.

Por la parte posterior corría un torrente cuya cinta argentada podía seguirse hasta muchos miles de pies de altura, vertiéndose a la derecha del cuadro en un estanque natural sombreado por un bosquecillo de magníficos árboles.

Las aguas sobrantes de este estanque se escapaban formando un arroyo a través de la pradera, y concluía en una cascada ruidosa que caía en un abismo cuya profundidad no podía sondearse con la mirada.

Para la mayor comodidad de la vida común y la mejor perspectiva, véase cómo se había dispuesto la «Casa de Vapor»; desde la cresta anterior de la meseta se la veía dominar otros cerros menos importantes de la parte inferior del Himalaya, que bajaba en gigantescos escalones hasta la llanura. La cresta de que se trataba tenía suficiente anchura para permitir a las miradas abrazar todo el conjunto.

A la derecha, el primer coche de la «Casa de Vapor» estaba situado oblicuamente, de manera que desde el balcón, en la baranda, hasta las ventanas laterales del salón del comedor y de los gabinetes de la izquierda, se podía ver el horizonte del Sur. Grandes cedros se extendían sobre este coche, destacándose vigorosamente en negro sobre el fondo lejano de la gran cordillera tapizada por nieves eternas.

A la izquierda, el segundo coche estaba recostado en el flanco de una enorme roca de granito dorado por el sol; roca que, por su forma extraña, tanto como por su color, recordaba los gigantescos *plum-puddings* de piedra de que habla Mr. Russell Killough en la relación de su viaje por la India meridional. De esta habitación, reservada para el sargento MacNeil y sus compañeros del personal, no se veía más que el costado, y estaba situada a veinte pasos de la habitación principal, como un anexo de alguna pagoda más importante. Al extremo de uno de los techos la coronaba un jirón de humo azul del labora

torio culinario de Monsieur Parazard, y más a la izquierda, un grupo de árboles, apenas destacados del bosque, subía por el cerro del Oeste y formaba el plano lateral del paisaje.

En el fondo, entre las dos habitaciones, se levantaba un gigantesco mastodonte: era nuestro gigante de acero resguardado bajo un cobertizo de grandes pandanos. Con su trompa levantada parecía pacer las ramas superiores, pero estaba sin movimiento. Descansaba, aunque no tenía necesidad de descanso; y, guardián inmovible de la «Casa

de Vapor», como un enorme animal antediluviano, defendía la entrada al extremo de aquel camino por el cual había remolcado todo aquel aparato de locomoción.

Por colosal que fuera nuestro elefante, a no desatarlo por el pensamiento de la cadena de montes que se levantaba a seis mil metros sobre la meseta, no parecía temer nada de aquel gigante artificial de que había dotado la mano de Banks a la fauna india.

—¡Una mosca en la fachada de una catedral! —dijo el capitán Hod, no sin cierto despecho.

Nada más cierto. Había detrás una roca de granito de la cual se podían hacer fácilmente mil elefantes del tamaño del nuestro, y aquella roca no era más que un simple escalón, uno de los cientos de la gran escalera que sube hasta la cresta de la cordillera.

A veces, el cielo de este cuadro desciende a la vista del observador, desapareciendo en un momento, no sólo las altas cimas, sino también las crestas medias de la cordillera, a causa de los espesos vapores que corren sobre la zona media del Himalaya y ocultan toda su parte superior. El paisaje empequeñece, parece que las habitaciones, los árboles, los cerros inmediatos y el mismo gigante de acero recobran su magnitud verdadera.

Sucede también que las nubes, menos elevadas todavía que la llanura, empujadas por ciertos vientos húmedos, se desarrollan por debajo de ella. La vista entonces no ve más que un mar de nubes y el sol produce en la superficie de éstas maravillosos juegos de luz.

En lo alto como en lo bajo, el horizonte desaparece, y es como si nos viésemos transportados a alguna región aérea fuera de los límites de la tierra.

Pero el viento cambia; una brisa del Norte, precipitándose por las breñas de la cordillera, barre toda esta niebla, el mar de vapores se condensa casi instantáneamente; la llanura vuelve a salir al horizonte del Sur; las sublimes proyecciones del Himalaya aparecen de nuevo sobre el fondo claro del cielo, y el marco del cuadro recobra su magnitud normal. Entonces, la mirada, pudiendo extenderse sin límites, abarca todos los detalles de un panorama que se extiende por un horizonte de sesenta millas.

CAPÍTULO XVIII

MATIAS VAN GUITT

Una voz muy conocida me despertó al rayar el alba del día siguiente, 26 de junio. Me levanté inmediatamente; el capitán Hod y su asistente Fox estaban en conversación muy animada en el comedor de la «Casa de Vapor».

Cuando yo llegué, Banks acababa de salir de su cuarto y el capitán le interpelaba con su voz sonora.

—Y bien, amigo Banks, hemos llegado al fin a buen puerto. Esta vez ya no se trata de un descanso de pocas horas, sino de una residencia definitiva de algunos meses.

—Sí, mi querido Hod —respondió el ingeniero—, y puede usted organizar sus cacerías como guste. El silbido del *Gigante* no le llamará ya al campamento.

—¿Lo oyes, Fox?

—Sí, mi capitán —contestó el asistente.

—Así Dios me ayude —exclamó Hod—, que espero no salir de este *sanitarium* antes de que haya caído el número cincuenta al impulso de mis balas. ¡El número cincuenta, Fox! Tengo el presentimiento de que ha de ser difícil matarle.

—Se le matará, sin embargo —respondió Fox.

—¿Por qué tiene usted ese presentimiento, capitán? —le pregunté.

—No lo sé, Maucler; es una idea de cazador y nada más.

—Así, pues —dijo Banks—, ¿desde hoy van ustedes a dejar el campamento y a ponerse en campaña?

—Desde hoy —respondió el capitán Hod—. Comenzaremos por reconocer el terreno y explorar la zona inferior bajando hasta los bosques del Tarryani. ¡Con tal que los tigres no hayan abandonado esta residencia!

—¿Cree usted...?

—Tengo mala suerte.

—¿Mala suerte en el Himalaya? —dijo el ingeniero—. ¿Por ventura es eso posible?

—En fin, ya veremos. ¿Nos acompañará usted, Maucler? —preguntó el capitán, volviéndose hacia mí.

—Ciertamente.

—¿Y usted, Banks?

—Yo también —respondió el ingeniero—; y pienso que Munro será también de la partida, a lo menos como aficionado.

—Bueno —dijo el capitán Hod—, vengan ustedes como aficionados, pero bien armados. No se trata de salir a pasearse con el bastón en la mano, porque eso humillaría a las fieras del Tarryani.

—De acuerdo —respondió el ingeniero.

—Así, pues, Fox —añadió el capitán, dirigiéndose a su asistente—, que no haya equivocación esta vez. Estamos en el país de los tigres. Cuatro carabinas «Enfield» para el coronel, Banks, Maucler y yo, y dos fusiles de bala explosiva para ti y para Gumí.

—No tenga usted cuidado, mi capitán —dijo Fox—, las fieras no tendrán de qué quejarse.

Aquel día debía consagrarse, pues, al reconocimiento del bosque de Tarryani, que cubría la parte inferior del Himalaya por debajo de nuestro *sanitarium*. A las once, después del almuerzo, Sir Eduardo Munro, Banks, Hod, Fox, Gumí y yo, todos bien armados, bajamos por el camino que corta diagonalmente la llanura, después de haber tenido cuidado de dejar en el campamento los dos perros, que no podían sernos útiles en la expedición.

El sargento MacNeil se quedó en la «Casa de Vapor» con Storr, Kaluth y el cocinero, para acabar las operaciones de instalación. Después de un viaje de dos meses, el *Gigante de Acero* necesitaba ser revisado con detención y limpiado tanto interior como exteriormente, y esto constituía una tarea larga, minuciosa, delicada, que no dejaría mucho tiempo de sobra a fogonero y maquinista.

A las once salimos del *sanitarium*, y pocos minutos después, en un recodo del camino, la «Casa de Vapor» desapareció detrás de una espesa cortina de árboles.

No llovía ya. Las nubes, más sueltas, corrían bajo el impulso de un viento fresco del Nordeste por las altas zonas de la atmósfera. El cielo estaba gris: temperatura conveniente para la gente de a pie, pero no había esos juegos de luz y de sombra que son el encanto de los grandes bosques. Dos mil metros de bajada por un camino directo hubieran sido asunto de veinticinco o treinta minutos si el camino no se hubiese prolongado con todas las sinuosidades que debía tener para evitar la inclinación de ciertas pendientes. Tardamos, pues, hora y media en llegar al límite superior de los bosques del Tarryani, a quinientos o seiscientos pies sobre la llanura, pero caminamos alegremente.

—Atención —dijo el capitán Hod—. Entramos en el dominio de los tigres, leones, panteras, leopardos y otros animales bienhechores de la región del Himalaya. Buena cosa es destruir las fieras, pero vale más no ser destruido por ellas. Así, pues, no nos alejemos unos de otros, y seamos prudentes.

Semejante recomendación en boca de tan resuelto cazador tenía un valor considerable, y ninguno de nosotros la despreció. Se cargaron las carabinas y los fusiles, se revisaron las baterías, se pusieron los gatillos en el seguro, y nos dispusimos a cualquier evento.

Añadiré que había que desconfiar no sólo de los animales carnívoros, sino también de las serpientes, de las cuales las más peligrosas se encuentran en los bosques de la India.

Las *belongas*, las serpientes verdes, las serpientes látigo y otras muchas, son venenosas. El número de las víctimas que sucumben anualmente a consecuencia de la mordedura de estos reptiles, es cinco o seis veces mayor que el de los animales domésticos o de los hombres que perecen bajo los dientes de las fieras. Así, pues, en esta región de Tarryani, tener la vista fija en todo, mirar dónde se pone el pie y dónde se apoya la mano, prestar oído a los menores ruidos que atraviesan el espacio o penetran entre las hierbas o se propagan a través de la espesura, no es más que estricta prudencia.

A las doce y media habíamos entrado bajo la sombra de los grandes árboles agrupados al extremo del bosque, cuyo alto ramaje se desarrollaba por encima de anchas calles, por las cuales habría pasado muy fácilmente el *Gigante de Acero* seguido del tren que arrastraba. En efecto, esta parte del bosque estaba desde largo tiempo destinada al paso de las carretas cargadas de madera que sacaban los montañeses, lo cual se veía en las rodadas frescas que se observaban en la tierra húmeda. Aquellos caminos principales corrían paralelos a la cordillera, siguiendo la orilla más ancha del Tarryani, y reunían entre sí los claros del bosque abiertos por el hacha del leñador, pero por los demás lados no daban acceso sino a estrechas sendas que se perdían en espesuras impenetrables.

Seguimos, pues, estas calles, más como geómetras que como cazadores, para reconocer su dirección general.

Ningún rugido turbaba el silencio en las profundidades del bosque. Sin embargo, grandes huellas recientes probaban que las fieras no habían abandonado el Tarryani.

De pronto, en el instante en que torcíamos un recodo del camino que volvía a la

derecha para contornear la falda de un contrafuerte, una exclamación del capitán Hod, que iba delante, nos hizo detener.

A veinte pasos, en el ángulo de una plazoleta rodeada de grandes pandanos, se levantaba un edificio de extraña forma. No era una casa, porque no tenía chimenea ni ventanas; no era tampoco una choza de cazador, porque no tenía aspilleras; parecía una tumba india perdida en el seno del bosque.

En efecto, imagínese una especie de cubo largo formado de troncos puestos en sentido vertical, fijos sólidamente en el suelo y sujetos por su parte superior con una espesa trabazón de ramas. Otros troncos transversales, fuertemente encajados en la parte superior de los verticales, formaban el techo. Evidentemente, el constructor había querido dar a su obra una solidez a toda prueba en sus cinco lados. La construcción tenía seis pies de altura por doce de longitud y cinco de anchura. No tenía entrada, a no ser que estuviese oculta en su fachada anterior por grueso madero, cuya cabeza redondeada sobresalía un poco del conjunto de la construcción. Por encima del techo se levantaban largas varas flexibles, singularmente dispuestas y unidas entre sí. Al extremo de una palanca horizontal que sostenía esta armadura, pendía un nudo corredizo formado por una gruesa trenza de bejucos.

—¡Eh! ¿Qué es eso? —exclamé yo.

—Eso —respondió Banks después de haberlo considerado bien— no es más que una ratonera. Pero ahora ustedes podrán imaginar qué especie de ratones está destinada a coger.

—¿Es una trampa para tigres? —inquirió el capitán Hod.

—Sí —respondió Banks—, una trampa para tigres, cuya puerta, cerrada por el madero que estaba detenido por ese nudo de bejucos, ha caído, sin duda porque la báscula interior ha sido tocada por algún animal.

—Es la primera vez —dijo Hod— que veo en un bosque de la India una trampa de ese género. En efecto, es una ratonera; esto es indigno de un cazador.

—Y también de un tigre —añadió Fox.

—Sin duda —respondió Banks—; pero si se trata de destruir estos animales feroces y no de cazarlos por placer, la mejor trampa es la que puede atrapar más. Ahora bien, ésta me parece ingeniosamente dispuesta para atraer y guardar fieras, por más desconfiadas y vigorosas que éstas sean.

—Añadiré por mi parte —dijo entonces el coronel Munro—, que, pues el equilibrio de la báscula que tenía abierta la puerta se ha roto, es señal de que hay algún animal dentro.

—Pronto lo sabremos —exclamó el capitán Hod—, si el ratón no está muerto...

El capitán, uniendo el gesto a las palabras, hizo resonar la batería de su carabina. Todos le imitaron armando las suyas y disponiéndose a hacer fuego.

No teníamos duda de que aquella construcción fuese una trampa del género de las que se encuentran a menudo en los bosques de Malasia. Pero si no era obra de un indio, a lo menos presentaba todas las condiciones de estas máquinas de destrucción: resorte de captura y solidez a toda prueba.

Tomadas nuestras disposiciones, el capitán Hod, Fox y Gumí, se acercaron a la trampa para examinarla, dando la vuelta alrededor.

Ningún intersticio entre los troncos verticales permitía ver lo que había dentro.

Escucharon con atención. Ningún ruido anunciaba la presencia de algún ser viviente en aquel cubo de madera, tan mudo como un sepulcro.

El capitán Hod y sus compañeros volvieron a la fachada anterior y observaron que el madero móvil se había deslizado por dos anchas ranuras dispuestas verticalmente. No había que hacer, por consiguiente, más que levantarlo para penetrar en el interior.

—No se oye el menor rumor —dijo el capitán Hod, que había pegado el oído contra la puerta—; ni el menor aliento. Esta ratonera está vacía.

—No importa, sean prudentes —dijo Munro.

Y fue a sentarse en un tronco de árbol a la izquierda de la plazoleta. Yo me senté junto a él.

—Vamos, Gumí —dijo el capitán Hod.

Gumí, muchacho listo y ágil como un mono, aunque pequeño de estatura, flexible como un leopardo, verdadero *clown* indio, comprendió lo que quería el capitán: su destreza le designaba naturalmente para el servicio que se esperaba de él. Subió de un salto al techo de la rampa y en un instante llegó, a fuerza de puños, a una de las varas que formaban la armadura superior. Después bajó a lo largo de la palanca hasta el anillo de bejucos, y por su peso la encorvó hasta la cabeza del madero que cerraba la abertura. Pasó luego el nudo de bejucos por el agujero hecho en la cabeza del madero, y ya no había más que producir un movimiento de báscula presionando sobre la otra extremidad de la palanca para que se levantase el madero.

Pero entonces fue preciso apelar a las fuerzas reunidas de toda nuestra caravana. El coronel Munro, Banks, Fox y yo pasamos a la parte posterior de la trampa, a fin de producir aquel movimiento.

Gumí se había quedado en la armadura para desprender la palanca en el caso de que algún obstáculo le impidiese funcionar libremente.

—¡Amigos! —gritó el capitán Hod—. Si es necesario que vaya a ayudarles iré; pero si pueden ustedes prescindir de mí prefiero quedarme aquí, a la entrada. A lo menos, si sale un tigre, le podré saludar al paso.

—¿Y hará éste el número cuarenta y dos? —preguntó el ingeniero.

—¿Por qué no? —respondió Hod—. Si cae herido por la bala de mi fusil, habrá caído en plena libertad.

—No vendamos la piel del oso —replicó el ingeniero— antes de haberlo matado.

—Sobre todo, cuando ese oso podría ser un tigre —añadió el coronel Munro.

—¡A una, amigos! —gritó Banks—. ¡A una!

El madero era pesado; corría mal sobre sus ranuras; sin embargo, llegamos a moverlo; osciló un instante y permaneció suspendido a un pie sobre el suelo.

El capitán Hod, medio encorvado y apuntando con su carabina, observaba si aparecía en la abertura alguna enorme zarpa o unas fauces hambrientas; pero nada se

presentó.

—¡Un esfuerzo más, amigos míos! —gritó Banks.

Gracias a Gumí, que llegó a dar algunas sacudidas a la parte posterior de la palanca, el madero comenzó a subir poco a poco y en breve la abertura fue suficiente para dar paso a un animal cualquiera, aunque fuese de gran tamaño.

Pero no salió ninguno.

Era posible que, a consecuencia del ruido que se hacía alrededor de la trampa, el preso se hubiera refugiado en la parte más retirada de su prisión. Quizás esperaba el momento propicio para lanzarse de un salto, derribar a todo el que se le pusiera delante y desaparecer en las profundidades del bosque.

El momento era crítico.

Vi entonces al capitán Hod dar algunos pasos adelante con el dedo en el gatillo de su carabina y maniobrar de manera que pudiese ver todo el interior de la trampa.

El madero estaba enteramente levantado a la sazón, y la luz entraba de lleno por la puerta.

En aquel momento, a través de los troncos, se oyó un ligero ruido, después un ronquido sordo, o más bien un bostezo formidable, que me pareció muy sospechoso.

Evidentemente, había allí un animal que dormía y acabábamos de despertarle bruscamente.

El capitán Hod se acercó aún más y apuntó con su carabina a una masa que vio moverse en la penumbra.

Entonces hubo un movimiento en la oscuridad; se oyó un grito de terror, que fue seguido inmediatamente de estas palabras, pronunciadas en perfecto inglés:

—No tire usted, por Dios, no tire usted.

Y un hombre se lanzó fuera de la trampa.

Nuestra sorpresa fue tal, que, soltando de las manos la polea, bajó el madero pausadamente con un ruido sordo, tapando de nuevo la entrada.

Entretanto, el personaje que acababa de presentarse tan inesperadamente se dirigió al capitán Hod, que le apuntaba al pecho con la carabina y con tono bastante altanero, acompañado de un gesto enfático, le dijo;

—Hágame usted el favor de levantar el arma. No está usted delante de un tigre del Tarryani.

El capitán Hod, después de haber vacilado un momento, separó su carabina y la puso en posición menos amenazadora.

—¿Con quién tenemos el honor de hablar? —preguntó Banks, adelantándose hacia el personaje.

—Con el naturalista Matías Van Guitt, proveedor ordinario de paquidermos, tardígrados, plantígrados, proboscídeos, carnívoros y otros mamíferos para las casas Carlos Rice, de Londres, y Hagenbeek, de Hamburgo. —Después, designándonos con la mano, añadió—: ¿Y ustedes?

—El coronel Munro y sus compañeros de viaje —respondió Banks.

—¿Han venido ustedes a dar un paseo por los bosques del Himalaya? —repuso el proveedor—. ¡Deliciosa excursión, de verdad! Señores, estoy completamente a su servicio.

¿Quién era aquel hombre original? ¿No podía pensarse que su cerebro estaba un poco trastornado a causa de su prisión en aquella trampa de tigres? ¿Estaba loco, o completamente cuerdo? En fin, ¿a qué categoría de bimanos pertenecía?

Ibamos a saberlo y en adelante debíamos aprender a conocer mejor a aquel singular personaje que se calificaba de naturalista y lo había sido, en efecto.

El señor Matías Van Guitt, proveedor de casas de fieras, era un hombre de cincuenta años, de faz pálida, cuyos ojos, protegidos por lentes, pestañeaban a cada momento. Tenía la nariz larga, y el movimiento perpetuo de toda su persona y sus gestos ultraexpresivos adaptados a cada una de las frases que salían de su ancha boca, formaban el tipo muy conocido del viejo cómico de provincia. ¿Quién no ha encontrado en sociedad algunos de esos antiguos actores, cuya existencia, limitada enteramente al horizonte de las tablas y del telón, ha corrido entre la decoración del patio y la decoración de jardín de un teatro de melodrama? Habladores infatigables, gesticuladores pesados poseídos de su importancia, llevan alta la cabeza, demasiado vacía en su vejez para haber estado bien llena en la edad madura. Había, ciertamente, algo de actor viejo en Matías Van Guitt.

No empleaba en su lenguaje sino términos escogidos, y debía ser muy molesto para el interlocutor que no pudiera ponerse fuera del radio de sus ademanes.

Según supimos después, y de su boca misma, Matías Van Guitt era un antiguo profesor de Historia Natural en el museo de Rotterdam, pero no había podido hacer fortuna en el profesorado. La verdad es que el digno Matías debía prestarse mucho a la risa de sus discípulos, y que si éstos acudían en gran número a su cátedra, era más con intención de divertirse que de aprender. En fin, las circunstancias hicieron que, cansado de profesar sin éxito la zoología teórica, se decidiese a ir a la India para entregarse a la zoología práctica. Este género de comercio le fue más provechoso y llegó a ser proveedor oficial de las importantes casas de Hamburgo y Londres, de quienes se proveen a su vez generalmente las casas de fieras públicas y particulares de los dos mundos.

Si se hallaba entonces a orillas del Tarryani, era porque le había llevado allí un pedido importante de fieras para Europa. En efecto, su campamento estaba a unas dos millas de aquella trampa, de la cual acabábamos de sacarle.

Pero, ¿por qué estaba en aquella trampa?

Esto es lo que Banks le preguntó desde luego, y véase lo que respondió, en un lenguaje sostenido por una gran variedad de gestos.

—Era ayer: el sol había ya recorrido el semicírculo de su rotación diurna, cuando me ocurrió la idea de ir a visitar una de las trampas de tigres levantada por mis manos. Salí, pues, de mi kraal, que espero tendrán ustedes la bondad de honrar con su visita, y llegué a esta plazoleta del bosque. Estaba solo; mis dependientes se hallaban ocupados en urgentes tareas, de las cuales no quise distraerlos. Era una imprudencia, pero, al fin, cuando estuve delante de esta trampa, observé desde luego que el madero móvil que cerraba la entrada estaba levantado, de donde deduje, con gran lógica, que no había dentro ninguna fiera. Sin

embargo, quise cerciorarme de si el cebo estaba en su sitio y si la báscula funcionaba bien, y para ello, gracias a un diestro movimiento de rotación, me deslicé por la estrecha abertura.

La mano de Matías Van Guitt indicaba aquí, mediante una ondulación elegante, el movimiento de una serpiente que se arrastrara.

—Cuando llegué al extremo de la trampa —continuó el proveedor— examiné el cebo cuyas emanaciones debían atraer a los huéspedes de esta parte del bosque. Estaba intacto e iba a retirarme cuando un golpe involuntario de mi brazo hizo mover la báscula; el madero cayó y yo me hallé cogido en mi propia trampa sin ningún medio de poder salir.

Aquí Matías Van Guitt hizo una pausa para que comprendiéramos mejor toda la gravedad de su situación.

—Sin embargo, señores, no ocultaré a ustedes —añadió— que al principio consideré el asunto por su lado cómico. Estaba aprisionado, ciertamente, y no había carcelero que viniera a abrir la puerta de mi prisión. Pero pensé que mi gente, no viéndome volver al kraal, se alarmaría por mi prolongada ausencia y haría pesquisas, que tarde o temprano tendrían el resultado apetecido. Era, pues, cuestión de tiempo.

»"¿Qué hacer en un escondrijo a no ser que se sueñe?", ha dicho una fabulista francés.

»Me puse, pues, a soñar despierto y pasaron las horas sin que nada viniese a modificar mi situación. Llegó la noche, se hizo sentir el hambre e imaginé que lo mejor que podía hacer para engañarla sería dormir.

»Tomé mi partido como filósofo y me dormí profundamente. La noche fue tranquila en medio del gran silencio del bosque. Nada vino a turbar mi sueño y quizá dormiría todavía si no hubiese sido despertado por un ruido insólito. La puerta de la trampa se levantaba; la claridad del día entraba a raudales en mi oscuro retiro; no tenía que hacer más que lanzarme afuera, cuando, con gran sorpresa, vi el instrumento de muerte dirigido contra mi pecho. Un instante más y la hora de mi libertad hubiera sido la última de mi vida. Pero el señor capitán tuvo a bien reconocer en mí una criatura de su especie y no me resta más que agradecer a ustedes el haberme devuelto la libertad.

Tal fue la relación del proveedor, y es preciso confesar que a costa de grandes esfuerzos logramos dominar la risa que nos causaban su tono y sus gestos.

—Es decir, señor Van Guitt —le dijo Banks—, que su campamento está situado en esta parte del Tarryani.

—Sí, señor —respondió Matías Van Guitt—. Como he tenido el honor de decir a ustedes, mi kraal está a unas dos millas de aquí, y si quieren honrarlo con su presencia, tendré una gran satisfacción en conducirles hasta él.

—Ciertamente, señor Van Guitt —contestó el coronel Munro—, iremos a hacer a usted una visita.

—Somos cazadores —añadió el capitán Hod—, y la instalación de un kraal nos interesará.

—¡Cazadores! —exclamó Matías Van Guitt—. ¿Cazadores?

Y en su fisonomía no pudo menos de expresarse que no tenía a los hijos de Nemrod sino una estimación muy moderada.

—¿Cazan ustedes las fieras... para matarlas? —preguntó dirigiéndose al capitán.

—Únicamente para matarlas —respondió Hod.

—Y yo únicamente para cogerlas vivas —dijo el proveedor, dando a su voz un tono de superioridad.

—Pues bien, señor Van Guitt, no le haremos a usted competencia —respondió el capitán Hod.

El proveedor movió la cabeza de arriba abajo. Sin embargo, la calidad de cazadores no le hizo retirar su invitación.

—Cuando ustedes lo deseen les llevaré a mi kraal.

En aquel momento se oyeron muchas voces en el bosque y una media docena de indios se presentaron en un recodo de la gran calle que se extendía más allá de la plazoleta.

—Allí están mis servidores —dijo Matías Van Guitt.

Después, acercándose a nosotros y poniéndose un dedo en la boca, adelantó un poco los labios, y dijo:

—No digan ustedes una palabra de mi aventura. No quiero que el personal de mi kraal sepa que me he dejado coger en mi propia trampa como un animal vulgar. Esto podría rebajar el prestigio que debo conservar siempre a sus ojos.

Una señal de silencio por nuestra parte tranquilizó al proveedor.

—Mi amo —dijo uno de los indios, cuya fisonomía impasible e inteligente llamó mi atención—, hace más de una hora que estamos buscándole.

—Estaba con estos señores, que tienen la gentileza de acompañarme hasta el kraal —respondió Van Guitt—. Pero antes de salir de esta plazoleta conviene poner la trampa en buen estado.

Los indios procedieron a la reinstalación de la trampa, y durante este tiempo Matías Van Guitt nos invitó a visitar el interior. El capitán Hod y yo le seguimos.

El sitio era un poco estrecho para el desarrollo de los ademanes de nuestro huésped, que operaba allí como si hubiera estado en un salón,

—Le felicito —dijo el capitán Hod después de haber examinado el artefacto—. Está muy bien ideado.

—No lo dude usted, señor capitán —dijo Matías Van Guitt—. Este género de trampas es muchísimo mejor que los antiguos hoyos guarnecidos de estacas de punta endurecida al fuego y a los árboles flexibles encorvados en forma de arco y mantenidos por un nudo corredizo. En el primer caso, el animal se hiere, a veces mortalmente; y en el segundo, se suele estrangular. Esto importa poco, indudablemente, cuando lo que se quiere es destruir las fieras; pero yo las necesito vivas, intactas, sin ningún deterioro.

—Evidentemente —respondió el capitán Hod—, usted y yo procedemos de distinta manera.

—La mía es quizá la mejor —dijo Matías Van Guitt—, y si se consultase a las fieras...

—Yo no las consulto —le interrumpió el capitán.

Decididamente, Matías Van Guitt y el capitán no podían entenderse.

—Pero —pregunté yo—, cuando los animales han caído en la trampa, ¿cómo hace usted para sacarlos de ella?

—Traigo una jaula con ruedas hasta la puerta —respondió Van Guitt—, y los presos entran en ella por sí mismos. Así no tengo más trabajo que volverlos a llevar al kraal al paso tranquilo y lento de mis búfalos domesticados.

Apenas había acabado esta frase, cuando se oyeron gritos al exterior de la trampa. Nuestro primer movimiento fue precipitarnos fuera, principalmente el capitán Hod y yo.

¿Qué había ocurrido?

Una serpiente látigo, de la especie más maligna, acababa de ser cortada en dos pedazos por el cuchillo que un indio llevaba en la mano, y esto en el momento mismo en que el venenoso reptil se lanzaba sobre el coronel. Aquel indio era el que me había llamado la atención. Su intervención rápida había salvado sin duda alguna al coronel Munro de una muerte inmediata, como pudimos observar en el acto.

En efecto, los gritos que habíamos oído procedían de uno de los servidores del kraal, que se retorció en el suelo preso de las últimas contorsiones de la agonía.

Por una deplorable fatalidad, la cabeza de la serpiente cortada en dos pedazos, había saltado sobre su pecho, en el cual se habían fijado los dientes del reptil, y el desdichado, penetrado por el sutil veneno, expiraba en menos de un minuto, sin que fuera posible prestarle ayuda.

Aterrados por aquel horrible espectáculo, nos precipitamos hacia el coronel Munro.

—¿No te ha tocado? —preguntó Banks, que le cogió precipitadamente la mano.

—No, Banks, tranquilízate —respondió Sir Eduardo Munro.

—Gracias, amigo mío.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el coronel Munro al indio que le había salvado la vida. —Kalagani —respondió el indio.

CAPÍTULO XIX

EL KRAAL

Habíamos quedado muy impresionados por la muerte de aquel desdichado, sobre todo en las condiciones en que acababa de ocurrir. Pero la mordedura de la serpiente látigo, una de las más venenosas de la península, es incurable. Aquel indio era una víctima que había que añadir a los millares de ellas que causan anualmente en la India estos terribles reptiles.

El cuerpo del indio, bajo la influencia del veneno, se descomponía rápidamente, y hubo necesidad de proceder a su inhumación inmediata. A ello se dedicaron sus compañeros, depositándole en un hoyo bastante profundo para que las fieras no pudieran

desenterrarlo.

Luego que terminó esta triste ceremonia, Matías Van Guitt nos invitó a acompañarle al kraal, invitación que fue inmediatamente aceptada.

Media hora nos bastó para llegar al establecimiento del proveedor, el cual justificaba bien su nombre de *kraal*, que es el que emplean más especialmente los colonos del África del Sur.

Era un vasto recinto oblongo construido en lo más profundo del bosque, en medio de una gran plazuela y dispuesto con perfecto conocimiento de las necesidades del oficio a que se había dedicado Matías Van Guitt.

Estaba rodeado por los cuatro lados por una empalizada con una puerta bastante ancha para dar paso a los carros. En el fondo, una larga casa hecha de troncos de árboles y de tablas, servía de única habitación a todos los habitantes del kraal. Seis jaulas, divididas en varias secciones y montadas sobre cuatro ruedas cada una, estaban colocadas en escuadra al extremo izquierdo del recinto. Por los rugidos que de ellas salían a la sazón, podía juzgarse que no les faltaban huéspedes. A la derecha, una docena de búfalos, que se alimentaban en los buenos pastos de la montaña, estaban encerrados al descubierto. Era el tren ordinario de las jaulas. Seis carreteros destinados a conducir los carros y diez indios especialmente ejercitados en la caza de fieras, completaban el personal del establecimiento.

Los carreteros estaban contratados tan sólo durante la campaña de caza. Su servicio consistía en conducir los carros a los sitios de caza y llevarlos después a la estación más próxima del ferrocarril. Allí se les ponía en plataformas a propósito, y de este modo podían llegar rápidamente por Allahabad, ya a Bombay, ya a Calcuta.

Los cazadores, de raza india, pertenecían a esa categoría de gente de oficio que recibe el nombre de *chikaris* y cuyo empleo consiste en buscar las huellas de los animales feroces, hacerlos salir de sus madrigueras y capturarlos.

Matías Van Guitt y su gente vivían en aquel kraal hacía ya algunos meses, hallándose expuestos no sólo a los ataques de las fieras, sino también a las fiebres de que están particularmente infestadas las orillas del Tarryani. La humedad de las noches, la evaporación de los fermentos perniciosos del suelo, el calor húmedo que se desarrolla bajo los árboles, entre los cuales no penetran los rayos del sol sino imperceptiblemente, hace de la zona inferior del Himalaya un país muy insalubre.

Sin embargo, el proveedor y sus indios estaban tan aclimatados a aquella región, que la malaria no les había acometido, respetándoles como respeta a los tigres y a los demás habitantes del Tarryani. Por nuestra parte no nos habría sido permitido habitar impunemente aquel kraal ni tampoco esto entraba en el plan del capitán Hod. Fuera de algunas noches al acecho, debíamos vivir en la « Casa de Vapor» en una zona superior, adonde no podían llegar las emanaciones de la llanura.

Al llegar al campamento de Matías Van Guitt, se abrió la puerta para darnos acceso.

Matías Van Guitt parecía particularmente lisonjeado con nuestra visita.

—Ahora, señores —nos dijo—, permítanme que les haga los honores del kraal. Este establecimiento responde a todas las exigencias de mi arte; y en realidad no es más que una

choza en grande, lo que en la península los cazadores llaman un huddi.

Mientras hablaba, el proveedor nos abrió las puertas de la casa que su gente ocupaba en comunidad; un cuarto para el amo, otro para los *chikaris* y otro para los carreteros; en cada uno de éstos y por todo mueblaje había una cama de campaña; una sala un poco mayor, que servía a la vez de cocina y de comedor; tales eran las habitaciones de la casa de Matías Van Guitt, que, como se ve, era de lo más primitivo y merecía justamente la calificación de huddi.

Después de haber visitado la habitación de «aquellos bimanos pertenecientes al primer grupo de los mamíferos», fuimos convidados a ver más de cerca la morada de los cuadrúpedos.

Era la parte interesante del kraal y recordaba más bien la disposición de una casa de fieras de las que se presentan en las ferias, que las cómodas instalaciones de un jardín zoológico. Sólo faltaban, en efecto, las telas pintadas al temple y suspendidas en palos representando, con colores violentos, un domador con pantalón color de rosa y frac de terciopelo, en medio de una horda de fieras saltando a un lado y a otro con la boca ensangrentada, encorvándose bajo el látigo de un Bidel o de un Pezón heroico. Verdad es que no había público que pudiera invadir la cabaña.

A pocos pasos estaban agrupados los búfalos, ocupando a la derecha una parte lateral del kraal, a la cual se les llevaba diariamente su ración de hierba fresca. Hubiera sido imposible dejarles vagar por los pastos inmediatos, y, como dijo elegantemente Matías Van Guitt, esta libertad de pastos, permitida en las tierras del Reino Unido, no lo es en los bosques del Himalaya, por los peligros que presentan.

La casa de fieras propiamente dicha, comprendía seis jaulas, montadas cada una sobre cuatro ruedas. Cada jaula, que tenía en la parte anterior una reja de hierro, estaba dividida en tres secciones con puertas, o, mejor dicho, tablas movibles de arriba abajo, que permitían hacer pasar a los animales de una sección a otra para las necesidades del servicio. Estas jaulas contenían a la sazón seis tigres, dos leones, tres panteras y dos leopardos.

Matías Van Guitt nos dijo que su colección no estaría completa hasta que hubiese capturado otros dos leopardos, tres tigres y un león. Una vez hecha esta captura, pensaba dejar el campamento, dirigirse a la estación más próxima del ferrocarril y tomar el camino de Bombay.

Las fieras, que podían verse con toda facilidad en sus jaulas, eran magníficas, pero muy bravias. Hacía muy poco tiempo que habían sido apresadas y todavía no se habían acostumbrado a aquel encierro, lo cual se conocía en los rugidos espantosos, en sus bruscos movimientos de ida y venida de una sección a otra y en los violentos zarpazos que daban a través de las barras de hierro, que, en muchos sitios, estaban abolladas.

A nuestra llegada delante de las jaulas, los movimientos violentos se redoblaron todavía más, sin que Matías Van Guitt hiciera el menor caso.

—¡Pobres animales! —dijo el capitán Hod,

—¡Pobres animales! —repitió Fox.

—¿Cree usted que son más dignos de lástima que los que usted mata? —preguntó el

proveedor en tono seco.

—Son más dignos de vituperio que de lástima... por haberse dejado atrapar — contestó el capitán Hod.

Si es verdad que algunas veces los animales carnívoros tienen que sufrir un largo ayuno en países como el continente africano, donde son raros los rumiantes que les sirven de único alimento, no sucede lo mismo en toda la zona del Tarryani, donde abundan los bisontes, los búfalos, los jabalíes y los antílopes, a los cuales dan caza incesante los leones, tigres y panteras. Además, las cabras y los carneros, sin hablar de los pastores que los guardan, les ofrecen una presa segura y fácil. Encuentran, pues, en los bosques del Himalaya, medios fáciles de satisfacer su apetito y así su ferocidad, siempre la misma, no tiene excusa.

El proveedor alimentaba a los huéspedes de su casa de fieras, principalmente con carne de bisonte y de cebú, y los *chikaris* eran los encargados de darles su ración en ciertos días.

No hay que creer que esta caza esté exenta de peligros; al contrario, el tigre mismo tiene mucho que temer del búfalo bravío, que es un animal terrible cuando está herido y más de un cazador le ha visto desarraigar a cornadas el árbol en que había buscado asilo. Sin duda hay razón para afirmar que el ojo del animal rumiante es un verdadero cristal de aumento que triplica los objetos y, por consiguiente, que el hombre se le presenta bajo un aspecto gigantesco e imponente. Preténdese también que la posición vertical del ser humano en marcha asusta a los animales feroces y que vale más arrostrar sus ataques en pie que sentado o echado.

Lo mismo sucede respecto del bisonte de la India, de cabeza corta y cuadrada, de cuernos esbeltos y achatados en su base, de lomo giboso (contextura que le asemeja a su congénere de América), de patas blancas desde la pezuña hasta la rodilla, y cuya longitud media, desde el nacimiento de la cola hasta el extremo del hocico, llega a veces a cuatro metros. También el bisonte, que es quizá menos feroz cuando padece en manadas las altas hierbas de la llanura, llega a ser temible a todo cazador que le ataca imprudentemente. Tales eran los rumiantes más particularmente destinados a alimentar las fieras de la colección Van Guitt. Así, para apoderarse de ellos con más seguridad y casi sin peligro, los *chikaris* preferían las trampas, de donde no les sacaban sino muertos o malheridos.

Además, el proveedor, como hombre que entendía su oficio, no dispensaba el alimento a sus huéspedes sino con mucha parsimonia. Al mediodía les mandaba distribuir cuatro o cinco libras de carne y nada más; y a veces, aunque no por motivos religiosos, les hacía ayunar del sábado al lunes. ¡Triste domingo de dieta, en verdad! Así era que cuando, al cabo de cuarenta y ocho horas, llegaba la modesta pitanza se oía un concierto de rugidos imposibles de contener y se observaba entre las fieras una terrible agitación, que se manifestaba en saltos formidables, que imprimían a las jaulas un movimiento de vaivén capaz de hacer temer que iban a ser demolidas.

Sí, pobres animales, podríamos repetir con el capitán Hod. Pero Matías Van Guitt no procedía sin razón, porque aquella abstinencia de comida evitaba a sus fieras afecciones

cutáneas y realzaba su valor en los mercados de Europa.

Sin embargo, el lector imaginará fácilmente que mientras Matías Van Guitt nos enseñaba su colección más bien como naturalista que como colector de fieras, su boca no estaba ociosa. Al contrario, hablaba incansablemente, y como los carnívoros del Tarryani era el tema principal de sus peroratas, la conversación nos interesaba en cierto modo. No dejamos, pues, el kraal hasta que la zoología del Himalaya nos hubo comunicado sus secretos.

—Pero, señor Van Guitt —dijo Banks—, ¿podrá usted decirme si los beneficios de su profesión están en relación con los riesgos que corre?

—En otro tiempo —respondió el proveedor—, mi profesión era muy lucrativa. Sin embargo, desde hace algunos años, tengo que confesar que las fieras están en baja, como puede usted juzgar por los precios corrientes de la última cotización. Nuestro principal mercado es el jardín zoológico de Hamburgo. A él envió constantemente volátiles, ofidios, muestras de familias de monos y saurios y representantes de los carnívoros de ambos mundos, producto de nuestras arriesgadas cacerías por los bosques de la península. Pero el gusto del público parece haberse modificado y los precios de venta llegarán a ser inferiores al coste de los animales. Así últimamente se ha vendido un avestruz macho tan sólo en mil cien francos y la hembra nada más que en ochocientos. Una pantera negra no ha encontrado comprador sino por mil seiscientos francos, un tigre hembra de Java en dos mil cuatrocientos y una familia entera de leones, compuesta de padre, madre y tres crecidos leoncillos, en siete mil francos todos ellos.

—Eso es casi de balde —dijo Banks.

—En cuanto a los proboscídeos... —dijo Matías Van Guitt.

—¿Proboscídeos? —inquirió el capitán Hod.

—Damos este nombre científico a los paquidermos dotados, por la Naturaleza, de una trompa.

--Es decir, los elefantes.

—Sí, los elefantes desde la época cuaternaria, los mastodontes en los períodos prehistóricos.

—Gracias —dijo el capitán Hod.

—En cuanto a los proboscídeos —continuó Matías Van Guitt—, hay que renunciar a su captura como no sea para obtener los colmillos, porque el consumo de marfil no ha disminuido. Pero desde que los autores dramáticos, no sabiendo ya qué representar, han imaginado exhibir en sus dramas a estos animales, los empresarios los pasean de ciudad en ciudad y el mismo elefante recorriendo la provincia con los cómicos basta para satisfacer la curiosidad de todo un país. Por eso ahora los elefantes son menos buscados que en otro tiempo.

—Pero —pregunté yo—, ¿no provee usted de esas muestras de la fauna india más que a las casas de Europa?

—Perdone usted —respondió Matías Van Guitt—, si sobre este asunto me permito, aunque no sea curioso, dirigirle una simple pregunta.

Yo me incliné en señal de asentimiento.

—Usted es francés —continuó el profesor—, lo conozco no sólo en su acento, sino también en su tipo, que es una mezcla agradable de galo-romano y de celta. Ahora bien, como francés debe de ser usted poco inclinado a viajes largos, y, sin duda, no ha dado usted la vuelta al mundo.

Aquí las manos de Matías Van Guitt describieron uno de los círculos máximos de la esfera.

—No he tenido todavía este placer —contesté.

—Preguntaré a usted, pues —continuó el proveedor—, no si ha venido a la India, porque le veo aquí, sino si conoce a fondo esta península.

—Todavía no la conozco sino imperfectamente —respondí yo—. Sin embargo, ya he visitado a Bombay, Calcuta, Benarés, Allahabad, el valle del Ganges; he visto sus monumentos, he admirado...

—¡Eh! ¿qué es eso, señor, qué es eso? —me interrumpió Matías Van Guitt moviendo la cabeza, mientras su mano febrilmente agitada expresaba un desdén supremo.

Después, procediendo por hipotiposis, es decir, haciendo una descripción viva y animada, añadió:

—Sí, ¿qué es eso si no ha visitado usted las casas de fieras de esos poderosos rajás, que han conservado el culto de los soberbios animales con que se honra el territorio sagrado de la India? Tome usted el báculo del viajero; vaya al Guicowar a presentar sus homenajes al rey Baroda. Visite sus casas de fieras, que me deben la mayor parte de sus huéspedes, leones del Kattyvar, osos, panteras, hienas, tigres. Asista usted a la celebración del matrimonio de sus sesenta mil palomas que se celebra todos los años con gran pompa. Admire sus quinientos *bülbüls*, ruiseñores de la península, cuya educación se cultiva como si fueran los herederos del trono. Admire sus elefantes, de los cuales uno, dedicado al oficio de ejecutor de justicia, tiene por misión aplastar la cabeza del sentenciado sobre la piedra del suplicio. Trasládese usted después a los establecimientos del rajá de Maisur, el más rico de los soberanos del Asia. Penetre en ese palacio donde se muestran por centenares los elefantes, los tigres y todas las fieras de alta categoría que pertenecen a la aristocracia animal de la India, y cuando haya visto eso no podrá ya ser acusado de ignorancia respecto de las maravillas de este país incomparable.

No me quedaba que hacer más que respetar las observaciones de Matías Van Guitt. Su modo apasionado de presentar las cosas, no permitía la discusión de ninguna manera.

El capitán Hod le preguntó más directamente sobre la fauna especial de aquella región de Tarryani.

—Desearía —dijo— que tuviese usted la gentileza de darme algunas noticias sobre los carnívoros que he venido a buscar en esta parte de la India; y aunque soy cazador, repito a usted que no le haré competencia, señor Van Guitt, y si puedo ayudarle a atrapar algunos tigres de los que le faltan para su colección, lo haré de muy buena gana. Pero una vez completa esa colección, no llevará usted a mal que yo me dedique a la destrucción de las fieras para mi diversión personal.

Matías Van Guitt tomó la actitud de un hombre resignado a sufrir lo que desaprueba pero no puede impedir. Convino en que en el Tarryani habitaba un número considerable de animales mamíferos generalmente poco solicitados en los mercados de Europa y cuyo sacrificio le parecía permitido.

—Mate usted jabalíes, consiento en ello —respondió—, aunque estos animales del orden de los paquidermos no son carnívoros.

—¡Carnívoros! —exclamó el capitán Hod.

—Quiero decir que son herbívoros; sin embargo, su ferocidad es tal, que expone a los mayores peligros a los cazadores que tienen la audacia de atacarles.

—¿Y los lobos?

—Los lobos son muy abundantes en toda la península y muy temibles cuando se arrojan en manadas sobre alguna casa solitaria. Se parecen en algo al lobo de Polonia, pero yo no hago de ellos más caso que de los chacales o de los perros salvajes. No niego, por lo demás, que cometen estragos; pero como no tienen ningún valor comercial y son indignos de figurar entre los zoócratas de las altas clases, se los abandono a usted también, capitán Hod.

—¿Y los osos? —inquirí.

—Los osos tienen algo bueno —respondió el proveedor, moviendo la cabeza con un signo de aprobación—, Si los de la India no son tan buscados como sus congéneres de la familia de los ursinos, poseen en cambio cierto valor comercial que los recomienda a la atención benévola de los cazadores. El gusto puede vacilar entre los dos tipos que se encuentran en los valles de Cachemira y en las colinas del Raymahal. Pero estos animales, a excepción quizá del período de invernada, son casi inofensivos y no pueden estimular los instintos cinegéticos de un verdadero cazador tal como se presenta a mis ojos el capitán Hod.

Este se inclinó con aire significativo, indicando perfectamente con su gesto que, con permiso de Matías Van Guitt, obraría como le pareciese en estas cuestiones especiales.

—Por lo demás —añadió el proveedor—, los osos son animales botanófagos.

—¡Botanófagos! —dijo el capitán.

—Sí, señor —respondió Matías Van Guitt—, porque no viven sino de vegetales y nada tienen de común con las especies feroces de que la península se enorgullece con justa razón.

—¿Cuenta usted al leopardo en el número de esas fieras? —preguntó el capitán Hod.

—Sin duda alguna. Este felino es ágil, audaz, valerosísimo, sabe trepar a los árboles, y por esto mismo es a veces más temible que el tigre.

—¡Oh! —exclamó el capitán Hod.

—Caballero —añadió Matías Van Guitt en tono seco—, cuando un cazador no está bien seguro de hallar refugio en un árbol, puede considerarse muy próximo a ser cazado a su vez.

—¿Y la pantera? —preguntó el capitán Hod, que quería cortar toda discusión.

—La pantera es un animal magnífico —respondió Matías Van Guitt—, y ustedes pueden observar, señores, que tengo uno de los mejores ejemplares. ¡Admirable animal que por una singular contradicción, por una antilogía, para usar de una palabra menos común, puede ser adiestrado para las luchas de la caza! Sí, señores, en el Guicowar especialmente, los rajás habitúan a las panteras a este noble ejercicio. Las llevan en un palanquín con la cabeza cubierta de una capucha como un gerifalte o un halcón, y a la verdad son verdaderos halcones de cuatro patas. Cuando los cazadores llegan a la vista de un rebaño de antílopes, quitan la caperuza a la pantera, y ésta se lanza sobre los tímidos rumiantes, que, por más que corren, no pueden librarse de sus terribles garras. Sí, señor capitán, sí; hallará usted panteras en el Tarryani, y tal vez más de las que quisiera; pero le prevengo caritativamente que éstas no están domesticadas.

—Así lo espero —respondió irónicamente el capitán Hod.

—Como tampoco los leones —añadió el proveedor, bastante incomodado por la respuesta.

—¡Ah, los leones! —dijo el capitán Hod—. Hablemos de los leones, si usted gusta.

—Por mi parte —dijo Matías Van Guitt—, miro a esos pretendidos reyes de los animales como inferiores a sus congéneres de la antigua Libia. Aquí los machos no llevan esa melena que es el patrimonio del león africano, y, en mi concepto, no son sino Sansones tristemente esquilados. Por lo demás, han desaparecido casi por completo de la India Central, para refugiarse en el Kattyawar, en el desierto de Thiel y a orillas del Tarryani. Estos felinos degenerados que viven ahora como ermitaños o como solitarios, no pueden regenerarse con el contacto de sus semejantes; por eso no les califico en la primera categoría de la escala de los cuadrúpedos. A la verdad, señores, se puede uno librar del león; pero del tigre, jamás.

—¡Ah, los tigres! —exclamó el capitán Hod.

—¡Sí, los tigres! —repitió Fox.

—El tigre —prosiguió Matías Van Guitt, animándose— es el que merece la corona entre los animales. Se dice el tigre real y no el león real, y es justo que así se diga. La India le pertenece toda entera y se resume en él. ¿No ha sido el primer ocupante del suelo? ¿No está en su derecho considerando como invasores, no solamente a los representantes de la raza anglosajona, sino también a los hijos de la raza solar? ¿No es él el verdadero hijo de esta tierra santa de la Argavarta? Por eso se ven tan admirables fieras repartidas por toda la superficie de la península y no han abandonado uno solo de los distritos de sus antepasados, desde el cabo Comorín hasta la barrera del Himalaya.

Y el brazo de Matías Van Guitt, después de haber figurado un promontorio adelantado hacia el Sur, subió hacia el Norte para designar toda una cresta de montañas.

—En el Sunderbund —continuó— están como en su casa. Allí reinan como señores, y desgraciado del que intente disputarles el territorio. En las Nilgherias vagan en bandadas como los gatos monteses. Ustedes comprenden desde luego por qué estos felinos maléficos están solicitados en todos los mercados de Europa y forman el orgullo de los coleccionistas. ¿Cuál es la mayor atracción de las casas de fieras públicas o particulares? El tigre. ¿Cuándo

se teme por la vida del domador? Cuando entra en la jaula del tigre. ¿Cuál es el animal que los rajás pagan a peso de oro para ornamento de sus reales jardines? El tigre. ¿Cuál se cotiza con prima en las bolsas de animales establecidas en Londres, Amberes y Hamburgo? El tigre. ¿En qué cacerías son probados los cazadores indios oficiales del ejército real o del ejército indígena? En las del tigre. ¿Saben ustedes, señores, qué placer ofrecen a sus huéspedes los soberanos de la India independiente? Mandan llevar un tigre real en una jaula que se coloca en medio de una vasta llanura. El rajá, sus convidados oficiales y guardias van armados de lanzas, de revólveres y de carabinas, y en su mayor parte montados en valerosos solípedos...

—¡Solípedos!

—Caballos, si prefiere usted el término vulgar. Pero estos antílopes, asustados por la inmediación del felino, por su olor, por el resplandor que sale de sus ojos, se encabritan y es necesaria toda la destreza de sus jinetes para contenerlos. De repente, se abre la puerta de la jaula; el monstruo se lanza, vuela, salta, se arroja sobre los grupos esparcidos e inmola a su rabia una hecatombe de víctimas. Si alguna vez logra romper el círculo de hierro y de fuego en que está encerrado, por lo general sucumbe, porque es uno contra ciento; pero a lo menos su muerte es gloriosa y queda vengado de antemano.

—¡Bravo, señor Van Guitt! —exclamó el capitán Hod, que se animaba a su vez—. Sí, el tigre es el rey de los animales.

—Un rey que desafía a las revoluciones —añadió el proveedor.

—Y si usted ha atrapado algunos, señor Van Guitt —añadió el capitán Hod—, yo he matado muchos, y espero no dejar las orillas del Tarryani hasta que haya caído el quincuagésimo al impulso de la bala de mi carabina.

—Capitán —dijo el proveedor, frunciendo el ceño—, he abandonado a usted los jabalíes, los lobos, los osos, los búfalos. ¿No le bastan a su furia de cazador?

Yo vi que nuestro amigo Hod iba a enzarzarse con tanta viveza como Matías Van Guitt en aquella cuestión palpitante.

¿Había el uno atrapado más tigres que los que el otro había muerto? ¿Qué materia de discusión! ¿Valía más capturarlos que destruirlos? ¿Qué tesis para defenderla!

Ambos, capitán y proveedor, comenzaban ya a cambiar frases rápidas y a hablar al mismo tiempo sin comprenderse, cuando intervino Banks.

—Los tigres —dijo— son los reyes de la creación: convenido, señores; pero me permitiré añadir que son reyes muy peligrosos para sus súbditos. En mil ochocientos sesenta y dos, si no me engaño, estos excelentes felinos se comieron a todos los telegrafistas de la estación de la isla de Sangor. Se cita también una tigresa que, en tres años, no causó menos de ciento dieciocho víctimas, y otra que en el mismo espacio de tiempo, mató a ciento veintisiete personas. Eso es demasiado aun para reinas. En fin, desde el desarme de los cipayos, en un intervalo de tres años, doce mil quinientos cincuenta y cuatro individuos han perecido bajo los dientes de los tigres.

—Pero, caballero —dijo Matías Van Guitt—, ¿olvida usted que esos animales son omófagos?

—¡Omófagos! —dijo el capitán Hod.

—Sí, señor, que comen carne cruda, y aun los indios pretenden que los que una vez han probado la carne humana no quieren ya otra.

—¿Y qué quiere usted decir con eso? —preguntó Banks.

—Quiero decir —respondió sonriéndose Matías Van Guitt—, que obedecen a su naturaleza... Preciso es que coman.

CAPÍTULO XX

UNA SOBERANA DEL TARRYANI

Con esta observación del proveedor pusimos término a nuestra visita al kraal. Había llegado la hora de volver a la «Casa de Vapor»,

En suma, el capitán Hod y Matías Van Guitt, no se separaban siendo los dos mejores amigos del mundo porque si el uno quería destruir las fieras del Tarryani el otro las quería atrapar vivas. No obstante, las había en gran número para contentar a ambos.

A pesar de todo se convino en establecer relaciones frecuentes entre el kraal y el *sanitarium* y en advertirse recíprocamente de las buenas ocasiones de cazar o matar fieras. Los *chikaris* de Matías Van Guitt, muy al corriente en este género de expediciones y que conocían todos los recovecos del Tarryani, estaban en situación de prestar un gran servicio al capitán Hod, señalándole los pasos acostumbrados de los animales. El proveedor los puso obsequiosamente a nuestra disposición y más especialmente a Kalagani, indio que, aunque recientemente admitido entre los servidores del kraal, se mostraba muy inteligente, pudiéndose contar absolutamente con él.

En cambio, el capitán Hod prometió ayudar en el límite de sus posibilidades a la captura de las fieras que faltaban para la colección de Matías Van Guitt.

Antes de salir del kraal, Sir Eduardo Munro, que probablemente no pensaba hacer frecuentes visitas al establecimiento del proveedor, dio de nuevo las gracias a Kalagani por haberle salvado la vida y le dijo que siempre sería bien recibido en la «Casa de Vapor».

El indio se inclinó fríamente. Si sintió alguna satisfacción al oír hablar así al hombre que le debía la vida, por lo menos no lo demostró de modo alguno su semblante.

Volvimos a la hora de comer y, como es de suponer, Matías Van Guitt fue el objeto de la conversación.

—¡Mil diablos! Qué gestos hace ese proveedor —repetía el capitán Hod—. ¡Qué elección de palabras, qué expresiones! Pero si no ve en las fieras más que objetos de exhibición, se engaña.

En los días siguientes, 27, 28 y 29 de junio, la lluvia cayó en tal abundancia, que nuestros cazadores, por más aficionados que fuesen, no pudieron dejar la «Casa de Vapor». Además, con aquel tiempo horrible, era imposible hallar huellas de los animales, los cuales huyen del agua como los gatos y no salen voluntariamente de sus guaridas.

El 30 de junio mejoró el tiempo y también la apariencia del cielo, y aquel día el capitán Hod, Fox, Gumí y yo hicimos nuestros preparativos para bajar al kraal.

Aquella mañana nos visitaron algunos montañeses. Habían oído decir que en la región del Himalaya había aparecido una pagoda milagrosa y su viva curiosidad les conducía a la «Casa de Vapor».

Los habitantes de la frontera tibetana son tipos hermosos, de virtudes guerreras, de lealtad a toda prueba, que practican ampliamente la hospitalidad y física y moralmente son muy superiores a los indios de las llanuras.

Si la pretendida pagoda les maravilló, el *Gigante de Acero* les impresionó hasta el punto de dar señales de adoración. Sin embargo, estaba detenido: ¿qué hubieran dicho si lo hubiesen visto subir con paso seguro las ásperas cuestas de sus montañas, vomitando humo y llamas?

El coronel Munro acogió benévolamente a estos indígenas, algunos de los cuales recorren habitualmente los territorios del Nepal hasta el límite indo-chino. La conversación giró por un instante sobre aquella parte de la frontera en que Nana Sahib había buscado asilo después de la derrota de los cipayos, cuando se vio perseguido en todo el territorio de la India. Los montañeses no sabían, en suma, sino lo que nosotros sabíamos. Había llegado hasta ellos el rumor de la muerte del nabab y no lo dudaban. En cuanto a los compañeros de Nana Sahib que habían sobrevivido, no se había vuelto a hablar de ellos. Quizás habían ido a buscar refugio más seguro en las profundidades del Tibet; pero en aquel país hubiera sido difícil encontrarlos.

En realidad, si el coronel Munro, al subir hacia el norte de la península, había tenido el pensamiento de poner en claro todo lo que tocaba de cerca o de lejos a Nana Sahib, esta respuesta era muy a propósito para hacerle renunciar a su idea. Sin embargo, oyendo hablar a los montañeses permaneció pensativo y no tomó parte en la conversación.

El capitán Hod les hizo algunas preguntas, pero bajo otro punto de vista, y supo que algunas fieras, especialmente tigres, hacían espantosos estragos en las zonas inferiores del Himalaya, de tal manera que granjas y hasta aldeas enteras habían sido abandonadas por sus habitantes. Muchos rebaños de cabras y carneros habían sido destruidos y se contaba también gran número de víctimas entre los indígenas. A pesar del premio considerable ofrecido por el gobierno (300 rupias por cabeza de tigre), el número de éstos no parecía disminuir y aun se sospechaba que en breve los hombres se verían obligados a cederles aquella parte del territorio.

Los montañeses añadieron también esta noticia: que los tigres no se limitaban a las orillas del Tarryani, sino que se les encontraba en gran número dondequiera que la llanura les ofrecía hierbas, matorrales o espesuras donde pudieran ponerse al acecho.

—¡Malditas bestias! —decían.

Aquella buena gente, como se ve, no profesaba, y con razón, respecto de los tigres, las mismas ideas que el proveedor Matías Van Guitt y que nuestro amigo el capitán Hod.

Los montañeses se retiraron muy satisfechos de la acogida que se les había hecho, prometiendo renovar su visita a la «Casa de Vapor».

Luego que se marcharon, estando terminados nuestros preparativos, el capitán Hod, nuestros dos compañeros, y yo, bien armados y prontos a todo evento, bajamos hacia el Tarryani.

Al llegar a la plazuela donde estaba la trampa de la que habíamos sacado tan felizmente a Matías Van Guitt, éste se presentó a nuestra vista no sin cierta ceremonia.

Cinco o seis de sus dependientes, entre ellos Kalagani, estaban ocupados en hacer pasar desde la trampa a una jaula con ruedas un tigre que se había dejado atrapar durante la noche.

Era un animal magnífico, y excusado es decir que aquello provocó el despecho del capitán Hod.

—¡Uno de menos en el Tarryani! —murmuró entre dos suspiros que tuvieron eco en el pecho de Fox.

—Uno más en mi colección —respondió el proveedor—. No me faltan sino dos tigres, un león y dos leopardos para cumplir mis compromisos y terminar la campaña. ¿Vienen ustedes conmigo al kraal?

—Gracias —dijo el capitán Hod—; pero hoy cazamos por nuestra cuenta.

—Kalagani está a la disposición de usted, capitán Hod. Conoce bien el bosque y puede serle de suma utilidad.

—Le aceptamos de buena gana por guía.

—Ahora, señores —añadió Guitt—, buena suerte, pero prométanme ustedes no matarlos a todos.

—Ya le dejaremos a usted bastantes —respondió el capitán Hod.

Matías Van Guitt, saludándonos con un gesto significativo y majestuoso, desapareció entre los árboles siguiendo la jaula que llevaba al tigre.

—En marcha —dijo el capitán Hod—, en marcha, amigos míos; vamos a ver si mato el número cuarenta y dos.

—Yo el treinta y ocho —añadió Fox.

—¡Y yo el primero! —exclamé.

Pero el tono con que pronuncié estas palabras hizo sonreír al capitán. Evidentemente, yo no poseía el fuego sagrado.

Hod se había vuelto hacia Kalagani preguntándole:

—¿Conoces bien este país?

—Lo he recorrido veinte veces de noche y de día en todas direcciones —respondió el indio.

—¿Has oído decir que hay algún tigre por aquí, en los alrededores del kraal?

—Sí, una tigresa. La han visto a dos millas de aquí en lo alto del bosque y desde hace algunos días tratamos de apoderarnos de ella. ¿Quieren ustedes que...?

—¡Sí, queremos! —respondió el capitán Hod, sin dejar al indio acabar su frase.

En efecto, nada mejor podíamos hacer que seguir a Kalagani, y esto fue lo que hicimos.

No es dudoso que las fieras abundan en el Tarryani, y allí, como en todos los demás

puntos, cada una no necesita menos de dos bueyes por semana para su consumo particular. Calcúlese lo que esta manutención cuesta a la península entera.

Pero si abundan los tigres no por eso debe imaginarse que corretean por el territorio sin necesidad. Cuando no están excitados por el hambre, permanecen ocultos en sus guaridas y sería un error creer que se les encuentra a cada paso. ¡Cuántos viajeros han recorrido los bosques y los matorrales sin haber visto uno siquiera!

Por eso, cuando se organiza una caza hay que empezar por reconocer los pasos habituales de las fieras y sobre todo descubrir el arroyo o la fuente adonde ordinariamente van a beber. Por lo general, tampoco basta esto, sino que hay que atraerlos al sitio de caza, lo cual se consigue fácilmente poniendo un cuarto de buey atado a un poste en algún sitio rodeado de árboles o de rocas, que puedan servir de abrigo al cazador. Así a lo menos se procede en el bosque.

En la llanura es distinto. Allí el elefante es el auxiliar más útil del hombre en estas peligrosas cacerías. Pero los elefantes tienen que estar perfectamente adiestrados en esta clase de ejercicios, a pesar de lo cual a veces suele poseerlos un terror pánico que hace muy peligrosa la posición de los cazadores que van montados en ellos. Conviene decir también que el tigre no vacila en arrojar sobre el elefante, y entonces la lucha entre el hombre y el tigre se verifica sobre el lomo del gigantesco paquidermo, que se enfurece, y es raro que no termine en ventaja de la fiera.

Sin embargo, así es como se verifican las grandes cacerías de los rajás y de los ricos cazadores de la India, dignas de figurar en los anales cinegéticos.

No era ésta la manera de proceder del capitán Hod; iba a pie en busca de los tigres y a pie tenía la costumbre de combatirlos.

Kalagani marchaba a buen paso y nosotros le seguíamos. Huraño como todo indio, hablaba poco o se limitaba a responder brevemente a las preguntas que se le hacían.

Una hora después nos detuvimos cerca de un arroyo torrencial, en cuyas orillas se veían huellas de animales, todavía frescas. En el centro de la plazoleta descubierta se levantaba un poste, del cual pendía una pierna de buey.

Aquel cebo no había sido enteramente respetado. Acababa de ser destrozado en parte, por el diente de los chacales, esos rateros de la fauna india, siempre en busca de alguna presa aunque no les esté destinada. Una docena de ellos emprendieron la fuga al acercarnos y nos dejaron el campo libre.

—Capitán —dijo Kalagani—, aquí es donde vamos a esperar a la tigresa. Ya ve usted que el sitio es favorable para el acecho.

En efecto, era fácil apostarse entre los árboles o detrás de las rocas, de manera que pudiéramos cruzar los fuegos sobre el poste en medio de la plazoleta.

Así lo hicimos inmediatamente. Gumí y yo subimos a un árbol, y nos apostamos en la misma rama. El capitán Hod y Fox montaron en la primera bifurcación de dos grandes encinas verdes que daban una frente a otra.

Kalagani se ocultó detrás de una alta roca, a la cual podía subir si el peligro se hacía inminente.

De esta manera el animal debía ser cogido dentro de un círculo de fuego, del que no podría salir. Todas las probabilidades estaban, pues, contra él, aunque era necesario contar con los accidentes imprevistos.

No teníamos que hacer más que esperar.

Los chacales, dispersados acá y allá, lanzaban roncós aullidos en las espesuras inmediatas, pero no se atrevían a atacar el cebo.

Apenas había transcurrido una hora cuando cesaron de improviso los aullidos. Casi inmediatamente dos o tres chacales saltaron de un matorral, atravesaron la plazuela y desaparecieron en lo más espeso del bosque.

Una señal de Kalagani, que se preparaba a trepar sobre la roca, nos advirtió que debíamos estar prevenidos.

En efecto, aquella fuga precipitada de los chacales era originada sin duda por la proximidad de alguna fiera, la tigresa quizás, y era preciso prepararse para verla aparecer de un instante a otro en algún punto de la plazoleta.

Nuestras armas estaban dispuestas. Las carabinas del capitán Hod y de su asistente apuntaban al sitio de la espesura por donde se habían fugado los chacales y no esperaban más que una débil presión del dedo para lanzar sus balas.

En breve creí ver una ligera agitación entre las ramas superiores de la espesura; un crujido de leña seca siguió a esta agitación. Indudablemente se adelantaba un animal, cualquiera que fuese, pero andando prudente y lentamente. No podía ver a los cazadores, que le espiaban al abrigo de un espeso follaje; sin embargo, su instinto le hacía adivinar que aquel sitio no era seguro para él. Realmente si no hubiera estado excitado por el hambre, si la carne del buey no le hubiera atraído con sus emanaciones, no se habría aventurado tan lejos de su guarida.

Poco tiempo después, se mostró al través de las ramas de un matorral, y se detuvo por un sentimiento de desconfianza.

Era una tigresa de gran tamaño, de poderosa cabeza y cuerpo flexible. Comenzó a adelantarse a rastras, con el movimiento ondulatorio de un reptil.

De común acuerdo la dejamos acercarse hasta el poste. Olfateaba la tierra, se levantaba y alzaba el lomo como una enorme gata que se prepara para saltar.

De repente sonaron dos disparos de carabina.

—¡Cuarenta y dos! —gritó el capitán Hod.

—¡Treinta y ocho! —gritó Fox.

El capitán y su asistente habían disparado al mismo tiempo y con tal precisión que la tigresa, herida de una bala en el corazón, si no de dos, rodó inmediatamente por el suelo.

Kalagani se había precipitado hacia el animal y nosotros saltamos inmediatamente a tierra.

La fiera no se movía.

Pero ¿a quién correspondía el honor de haberla herido mortalmente? ¿Al capitán, o a Fox? Esto era importante, como puede imaginarse.

Abrióse el cadáver y vimos que el corazón estaba atravesado de dos balas.

—Vamos —dijo el capitán con cierto sentimiento—, nos toca media tigresa a cada uno.

—¡Media tigresa, mi capitán! —respondió Fox en el mismo tono.

Y creo que ni uno ni otro hubieran cedido la parte que correspondía a su cuenta.

Tal fue aquel golpe maravilloso, cuyo resultado era que el animal había sucumbido sin lucha y por consiguiente sin peligro para los cazadores, resultado muy raro en la caza de este género.

Fox y Gumí se quedaron en el campo de batalla a fin de despojar al animal de su magnífica piel, mientras Hod y yo regresábamos a la «Casa de Vapor».

Mi intención no es describir al por menor los incidentes de nuestra expedición por el Tarryani a no ser que presente algún carácter particular. Me limitaré, pues, a decir, desde luego, que el capitán Hod y Fox no tuvieron de qué quejarse.

El 10 de julio, durante una cacería en el huddi, es decir, en la choza, aprovecharon una feliz ocasión sin correr verdaderos peligros. El huddi, por lo demás, es una construcción muy a propósito para cazar al acecho las fieras: es una especie de fortín aspillero, cuyos muros dominan las orillas de un arroyo, al cual los animales tienen costumbre de ir a beber. Habitados a ver estas construcciones no desconfían de ellas y se exponen directamente al fuego de los cazadores. Pero allí, como en todas partes, hay que herirles mortalmente del primer balazo, porque no haciéndolo así la lucha se hace muy peligrosa y no siempre el huddi puede poner al cazador al abrigo de los saltos de las fieras, a quienes la herida pone furiosas.

Esto fue lo que sucedió precisamente en esa ocasión, como vamos a ver.

Matías Van Guitt nos acompañaba. Quizás esperaba que un tigre ligeramente herido pudiera ser conducido al kraal, donde él pensaba encargarse de su curación.

Ahora bien, aquel día nuestra tropa de cazadores se encontró con tres tigres, a los cuales la primera descarga no impidió que se lanzaran sobre las paredes del huddi. Los dos primeros, con gran pesar del proveedor, murieron de un sola descarga cuando atravesaban el recinto aspillero; pero el tercero saltó al interior con la paletilla chorreando sangre y levemente herido.

—A éste, por lo menos —gritó Matías Van Guitt, que se aventuraba un poco al hablar así—, lo atraparemos vivo.

No había acabado su importante frase cuando el animal se precipitó sobre él, le derribó y el pobre proveedor hubiera terminado allí su existencia si una bala del capitán Hod no hubiera alcanzado al tigre en la cabeza, dejándole muerto en el acto.

Matías Van Guitt se levantó al instante.

—¡Eh, capitán! —exclamó en vez de dar las gracias a su compañero—, bien podía usted haber esperado un poco.

—¿Qué quería usted que esperase? —respondió el capitán Hod—. ¿Que el animal le hubiera abierto el pecho de un zarpazo?

—Un zarpazo de tigre no es mortal.

—Bueno —repitió tranquilamente el capitán Hod—: otra vez esperaré.

De todos modos, el tigre, no pudiendo figurar en la colección del kraal, no era bueno sino para hacer de él una alfombra, pero aquella feliz expedición aumentó hasta cuarenta y dos para el capitán y treinta y ocho para su asistente el número de tigres muertos por ellos, sin contar con la media tigresa que figuraba ya en el activo.

Estas grandes cacerías no nos hacían olvidar las pequeñas, ni Monsieur Parazard lo hubiera permitido. Antílopes, gamuzas, gruesas avutardas que abundaban mucho alrededor de la «Casa de Vapor», perdices y liebres suministraban a nuestra mesa gran cantidad de caza.

Cuando íbamos a correr por el Tarryani, raras veces Banks iba con nosotros. Si estas expediciones comenzaban a interesarme a mí, a él, por su parte, no le interesaban mucho. Las zonas superiores del Himalaya le ofrecían evidentemente más atractivo, sobre todo cuando el coronel Munro consentía gustosamente en acompañarle.

Pero una o dos veces solamente el coronel Munro acompañó al ingeniero en sus expediciones. Banks había podido observar que el coronel, desde su instalación en el *sanitarium*, había vuelto a ponerse pensativo; hablaba menos, se quedaba a solas con más frecuencia y conversaba algunas veces con MacNeil.

¿Meditaba algún nuevo proyecto, que trataba de ocultar a todo el mundo, aun a Banks?

El 13 de julio, Matías Van Guitt vino a hacernos una visita. Menos favorecido que el capitán Hod, no había podido añadir ningún huésped nuevo a su casa de fieras. Ni los tigres, ni los leones, ni los leopardos parecían dispuestos a dejarse atrapar vivos; sin duda no les seducía la idea de ir a exhibirse a los países del extremo Occidente. De aquí el mal humor que el proveedor tenía y que no trataba de disimular.

Kalagani y los *chikaris* de su personal le acompañaban en esta visita.

La instalación del *sanitarium* en aquella situación deliciosa le gustó muchísimo, y habiéndole convidado el coronel Munro a comer, aceptó desde luego, prometiendo hacer honor a su mesa.

Mientras se preparaba la comida, Matías Van Guitt quiso visitar la «Casa de Vapor», cuyas comodidades contrastaban con la modesta instalación de su kraal. Las dos casas de ruedas merecieron de su parte algún cumplimiento; pero debo confesar que el *Gigante de Acero* no le causó admiración. Un naturalista como él no podía menos de permanecer insensible ante aquella obra maestra de mecánica. ¿Cómo aprobar la creación de un animal artificial, por notable que fuese?

—No piense usted mal de nuestro elefante, señor Van Guitt —le dijo Banks—. Es un animal poderoso y, si fuera necesario, podría arrastrar no sólo estas dos casas, sino todas las jaulas de usted.

—Yo tengo mis búfalos —respondió el proveedor—, y prefiero su paso tranquilo y seguro.

—El *Gigante de Acero* no teme las garras ni los dientes de los tigres —exclamó el capitán Hod.

—Sin duda, señores —contestó Matías Van Guitt—; pero ¿por qué le habían de

atacar las fieras? Hacen poco caso de la carne de metal.

En cambio, si el naturalista se mostró indiferente a nuestro elefante, sus indios, y Kalagani más particularmente, no cesaban de devorarlo con la vista, como si su admiración por el gigantesco animal estuviera mezclada con cierta dosis de respeto supersticioso.

Kalagani pareció también muy sorprendido cuando el ingeniero repitió que el *Gigante de Acero* era más fuerte que todo el tren del kraal; y aquélla fue ocasión que aprovechó el capitán Hod para relatar, no sin cierto orgullo, su aventura con los tres elefantes del poderoso príncipe Gurú Singh.

La comida fue muy buena y Matías Van Guitt le hizo grandes honores, porque la despensa estaba muy bien guarnecida con los productos de las últimas cacerías, y Monsieur Parazard había querido en aquella ocasión excederse a sí mismo.

La bodega de la «Casa de Vapor» nos suministró también variados vinos, que nuestro huésped pareció apreciar mucho, sobre todo dos o tres copas de vino de Francia, cuya absorción fue seguida de un sonoro chasquido de su lengua.

Así, después de comer y en el momento de separarnos, en lo vacilante de sus pasos pudimos juzgar que el vino no solamente se le había subido a la cabeza, sino que también se le había bajado a las piernas.

Al llegar la noche, nos separamos convertidos en los mejores amigos del mundo, y, gracias a sus compañeros de viaje, Matías Van Guitt pudo llegar a su kraal sin contratiempo.

El 16 de julio un incidente estuvo a punto de suscitar una riña entre el proveedor y el capitán Hod.

El capitán mató un tigre en el momento en que iba a entrar en una de las trampas de báscula; y si ese tigre hacía el número cuarenta y tres de los del capitán, no pudo hacer el número ocho del proveedor.

Sin embargo, después de mutuas explicaciones, un poco vivas, se restablecieron las buenas relaciones mediante la intervención del coronel Munro, y el capitán Hod se comprometió a respetar las fieras que tuvieran la intención de hacerse atrapar en las trampas de Matías Van Guitt.

En los días siguientes el tiempo estuvo malísimo y fue preciso de buena o mala gana permanecer en la «Casa de Vapor». Estábamos impacientes por ver llegar el fin de la estación de las lluvias, lo cual no podía tardar, pues hacía ya tres meses que duraba. Si el programa de nuestro viaje se ejecutaba en las condiciones que Banks había establecido, no nos quedaban más que seis semanas de residencia en el *sanitarium*.

El 23 de julio, algunos montañeses de la frontera visitaron por segunda vez al coronel Munro. Eran de una aldea llamada Suari, situada a cinco millas de nuestro campamento y casi en el límite superior del Tarryani.

Uno de ellos nos dio la noticia de que, desde hacía algunas semanas, una tigresa tenía aterrorizada aquella parte del territorio con sus espantosos estragos. Había ya diezmado dos rebaños, y los montañeses hablaban de abandonar la aldea de Suari, que para ellos se había hecho inhabitable, porque no ofrecía seguridad ni para los animales

domésticos, ni para las personas. Ni con lazos, ni con trampas, ni con celadas, habían logrado apoderarse de aquella fiera, que había tomado ya categoría entre las más terribles de que habían oído hablar los montañeses ancianos.

Esta relación era muy propia para estimular los instintos del capitán Hod, el cual ofreció inmediatamente a los montañeses acompañarles a la aldea de Suari, dispuesto a poner su experiencia de cazador y la seguridad de su golpe de vista al servicio de aquella buena gente, que a mi parecer contaba poco con su oferta.

—¿Vendrá usted, Maucler? —me preguntó el capitán con el tono de un hombre que no trata de influir en la determinación que se adopte.

—Ciertamente —respondí—, no quiero faltar a una expedición tan importante.

—Les acompañaré a ustedes esta vez —dijo el ingeniero.

—Buena idea, Banks.

—Sí Hod, tengo gran deseo de verle trabajar.

—¿Y no irá yo, mi capitán? —preguntó Fox.

—¡Ah, intrigante! —exclamó el capitán Hod—. Veo que quieres completar tu media tigresa. Sí, Fox, sí, vendrás.

Como se trataba de dejar la «Casa de Vapor» por espacio de tres o cuatro días, Banks preguntó al coronel si le convendría acompañarnos a la aldea de Suari.

Sir Eduardo Munro le dio las gracias, pero le contestó que se proponía aprovechar nuestra ausencia para visitar la zona media del Himalaya, por encima del Tarryani, con Gumí y el sargento MacNeil.

Banks no insistió.

Decidióse que saldríamos el mismo día para el kraal, para pedir a Matías Van Guitt algunos de sus *chikaris*, que podrían sernos útiles.

A las doce, una hora después de nuestra salida, llegamos al kraal e informamos de nuestros proyectos al proveedor. No nos ocultó su secreta satisfacción al saber las hazañas de aquella tigresa, «muy a propósito», dijo, «para afirmar en el ánimo de los conocedores la reputación de los felinos de la península». En seguida puso a nuestra disposición tres de sus indios, además de Kalagani, siempre pronto a dar la cara al peligro.

Solamente puso por condición al capitán Hod que si, lo que parecía imposible, la tigresa se dejaba atrapar viva, pertenecía de derecho a la colección de Matías Van Guitt. ¡Qué atractivo cuando se pusiera en los barrotes de su jaula un cartel que contuviera en cifras elocuentes los altos hechos de una de las soberanas del Tarryani, que no había devorado menos de ciento treinta y ocho personas de ambos sexos!

Nuestra pequeña tropa salió del kraal alrededor de las dos de la tarde, y antes de las cuatro, después de haber subido oblicuamente hacia el Este, llegó a Suari sin incidente alguno.

Allí reinaba un terror pánico. Aquella misma mañana, una desdichada india, inesperadamente sorprendida por la tigresa cerca de un arroyo, había sido arrebatada y llevada a lo interior del bosque.

Un rico arrendador inglés del territorio nos recibió hospitalariamente en su casa.

Nuestro huésped tenía más motivos para quejarse de la tigresa que nosotros, y hubiera pagado algunos miles de rupias.

—Capitán Hod —dijo—, hace algunos años, en las provincias del centro una tigresa obligó a los habitantes de tres aldeas a huir y quedaron incultas doscientas cincuenta millas cuadradas de buen terreno. Pues bien, por poco que esto continúe, aquí será preciso abandonar la provincia entera.

—¿Han empleado ustedes todos los medios de destrucción posibles contra esa tigresa? —interrogó Banks.

—Todos, amigo mío; lazos, fosos y aun cebos preparados con estricnina, pero nada ha dado el resultado apetecido.

—Amigo mío —dijo el capitán Hod—, no afirmo que llegaremos a dar a usted satisfacción, pero sí que haremos lo posible.

Luego que se terminó nuestra instalación en Suari, se organizó una batida el mismo día. A nuestra caravana y a los *chikaris* del kraal se unieron unos veinte montañeses, que conocían perfectamente el territorio en el cual íbamos a operar.

Banks, aunque era poco cazador, pareció animarse y seguir nuestra expedición cinegética con el más vivo interés.

Durante tres días, el 24, 25 y 26 de julio, registramos toda aquella parte de la montaña, sin que nuestras investigaciones produjeran ningún resultado, salvo que cayeron bajo las balas del capitán otros dos tigres, con los que no contábamos.

—Cuarenta y cinco —se contentó con decir Hod, sin añadir nada de importancia.

En fin, el 27, la tigresa que buscábamos dio señales de vida con un nuevo estrago. Un búfalo perteneciente a nuestro huésped desapareció de un prado inmediato a Suari y sólo se hallaron sus restos a un cuarto de milla de la aldea. El asesinato, con premeditación, como hubiera dicho un legista, se había consumado poco antes del amanecer. El asesino, por consiguiente, no debía de estar lejos.

¿Pero era, en efecto, la tigresa tan inútilmente buscada hasta entonces?

Los indios de Suari no lo dudaban.

—Es «mi tío», y no puede ser otro el que ha dado el golpe —nos dijo uno de los montañeses.

¡«Mi tío»! Este es el nombre que generalmente dan los hombres al tigre en la mayor parte de los territorios de la península, lo cual depende de la creencia en que están de que cada uno de sus antepasados está condenado por toda la eternidad a vivir en el cuerpo de uno de esos miembros de la familia de los felinos.

Pero esta vez hubiera debido decir: «es mi tía».

Inmediatamente decidimos salir en busca de aquel animal, sin esperar la noche, que le permitiría eludir nuestras pesquisas. Además, debería estar saciado de alimento, y no saldría de su guarida antes de dos o tres días.

Nos pusimos en campaña. Desde el sitio en que la tigresa se había apoderado del búfalo, varias huellas sangrientas señalaban el camino que había seguido.

Estas huellas se dirigían hacia una pequeña espesura que habíamos registrado ya

varias veces, sin descubrir nada. Resolvimos, sin embargo, cercarla, formando un círculo que el animal no pudiera atravesar, a lo menos sin ser visto.

Los montañeses se dispersaron primero, y después fueron marchando poco a poco hacia el centro, estrechando el círculo. El capitán Hod, Kalagani y yo íbamos a un lado. Banks y Fox al otro, pero en constante comunicación con los hombres del *kraal* y de la aldea. Por cierto, todos los puntos de esta circunferencia eran peligrosos, porque la tigresa podría tratar de romperla por cualquiera de ellos.

Por lo demás, no había duda de que la fiera se ocultaba en aquella espesura, porque las huellas que llegaban hasta allí por un lado no reaparecían por el otro. Que aquélla fuese su guarida habitual no estaba demostrado, porque la habíamos registrado sin éxito; pero en aquel momento todas las probabilidades estaban en que aquel matorral era su refugio interino.

Eran las ocho de la mañana. Tomadas todas las disposiciones, nos adentramos poco a poco, sin ruido, estrechando cada vez más el círculo, y media hora después llegábamos al límite de los primeros árboles.

Ningún incidente había ocurrido; nada denunciaba la presencia del animal, y por mi parte me preguntaba a mí mismo si no estábamos maniobrando inútilmente.

En aquel momento no era posible verse unos a otros sino en un arco muy pequeño de la circunferencia, e importaba, sin embargo, marchar con perfecta unidad.

Por eso se había convenido previamente que en el momento en que el primero de nosotros penetrase en el bosque dispararía un tiro.

El capitán Hod, que siempre iba delante, dio la señal y todos penetramos en el bosque. Mi reloj marcaba entonces las ocho y treinta y cinco.

Un cuarto de hora después, habiéndose estrechado el círculo, se estableció el contacto de codos y nos detuvimos en la parte más estrecha del bosquecillo sin haber encontrado nada.

El silencio no había sido turbado hasta entonces más que por el ruido de las ramas secas, que por más precauciones que tomábamos, no dejaban de sonar bajo nuestras pisadas.

En aquel momento se oyó un rugido.

—¡Ahí está la fiera! —exclamó el capitán Hod, señalando la entrada de una caverna abierta entre un montón de rocas coronado por un grupo de árboles.

El capitán no se equivocaba. Si aquélla no era la cueva habitual de la tigresa, era, por lo menos, el sitio donde se había refugiado comprendiendo que era perseguida por toda una banda de cazadores.

Hod, Banks, Fox, Kalagani, muchos de los *chikaris* y yo nos habíamos acercado a la estrecha abertura en la cual concluían las huellas sangrientas.

—Hay que penetrar aquí —dijo el capitán.

—Maniobra peligrosa —observó Banks—, porque el primero que entre corre el riesgo de recibir grandes heridas.

—Sin embargo, yo entraré —dijo Hod, examinando su carabina para asegurarse de

que no fallaría el tiro.

—Detrás de mí, capitán —añadió Fox, bajando hasta la entrada de la caverna.

—No, Fox, no —exclamó Hod—; a mí me corresponde.

—A mí, capitán —respondió Fox con acento de reconvención—; me lleva usted seis de ventaja.

En aquel momento contaban sus víctimas aquellos dos cazadores.

—Ni uno ni otro entrará —exclamó Banks—. No lo consentiré.

—Hay quizás un medio —dijo entonces Kalagani, interrumpiendo al ingeniero.

—¿Cuál?

—Dar humo a la fiera —respondió el indio—. Haciendo entrar el humo en la caverna, el animal no tendrá más remedio que salir; correremos menos riesgo y tendremos más facilidad para matarle fuera.

—Kalagani tiene razón —dijo Banks—. Vamos, amigos míos, traed leña seca y hierba. Tapad con ella su abertura, el viento llevará las llamas y el humo al interior y entonces la fiera tendrá que quemarse o saldrá.

—Saldrá —dijo el indio.

—Bueno —exclamó el capitán Hod—, aquí estaremos para darle la bienvenida.

En un instante se llevaron ramas y hierbas secas, que no faltaban en el bosque, y se formó delante de la entrada de la cueva una pila de materiales combustibles.

No se oía nada ni se veía nada tampoco en el interior de aquella cueva oscura, que parecía ser muy profunda. Sin embargo, nuestros oídos no podían haberse engañado; el ruido había salido de allí.

Se prendió fuego a las hierbas y se levantó la llama desprendiendo un humo acre y espeso que el viento hizo penetrar en la cueva, de manera que el aire no podía ser respirado en el interior.

Entonces estalló un segundo rugido más furioso que el primero. El animal se sentía perseguido en su último reducto, y para no morir asfixiado iba a verse obligado a lanzarse fuera de aquella guarida.

Nosotros le esperábamos apostados en escuadra en las caras laterales de las rocas, y medio cubiertos por los troncos de los árboles para evitar el choque de un primer salto.

El capitán había elegido otro sitio, realmente el más peligroso: se había situado a la entrada de una senda abierta en la espesura, la única por donde podía pasar la tigresa cuando tratase de huir a través del bosque. Había puesto una rodilla en tierra para asegurar mejor el golpe, y tenía sólidamente apoyada la carabina en el hombro, manteniendo en todo su cuerpo una inmovilidad de mármol.

Apenas habían transcurrido tres minutos desde el momento en que se levantó la llama, cuando un rugido, o, mejor dicho, un estertor de sofocación se oyó a la entrada de la cueva. El combustible quedó dispersado en un momento, y un enorme cuerpo se presentó entre las nubes de humo.

Era, en efecto, la tigresa.

—¡Fuego! —gritó Banks.

Diez tiros salieron a la vez; pero después pudimos observar que ninguna bala había tocado al animal. Su aparición había sido demasiado rápida. ¿Cómo apuntarle con exactitud entre el espeso humo que la envolvía?

Pero después de su primer salto, la tigresa no había tocado tierra más que para tomar un punto de apoyo y lanzarse a la espesura por medio de otro salto formidable.

El capitán Hod esperaba al animal con la mayor serenidad, y cogiéndole, por decirlo así, al vuelo, le envió una bala que le dio en la paletilla.

En un abrir y cerrar de ojos, la tigresa se precipitó sobre nuestro compañero, le derribó e iba a destrozarle el cráneo con un golpe de sus formidables zarpas...

Kalagani dio un salto, con un gran machete en la mano.

El grito que todos dimos resonaba todavía cuando el valeroso indio, cayendo sobre la fiera, la asió por la garganta en el momento en que su garra iba a caer sobre el cráneo del capitán.

El animal, distraído por aquel brusco ataque, derribó al indio con un movimiento de su cadera y se precipitó sobre él.

Pero el capitán Hod se había levantado de un salto, y, recogiendo el machete que Kalagani había dejado caer, con mano segura lo hundió todo entero en el corazón de la fiera, la cual rodó por tierra.

Cinco segundos todo lo más habían durado las diversas peripecias de esta escena conmovedora.

El capitán Hod estaba todavía de rodillas cuando llegamos a su lado. Kalagani, con el hombro ensangrentado, acababa de levantarse.

—*Bag Mahryaga! Bag Mahryaga!* —gritaron los indios, lo que significaba: «¡La tigresa ha muerto!»

En efecto, estaba bien muerta. Era un soberbio animal. Tenía diez pies desde el hocico al extremo de la cola, tamaño a proporción, patas enormes armadas de largas garras aceradas, que parecían afiladas.

Mientras admirábamos aquella fiera, los indios, muy rencorosos, y con razón, la colmaban de invectivas, y Kalagani se había acercado al capitán Hod, diciendo:

—Gracias, capitán.

—¡Cómo, gracias! —exclamó Hod—. Yo soy quien debe dártelas, valiente. Sin tu auxilio, habría perecido uno de los capitanes del primer escuadrón de carabineros del ejército real.

—A no ser por usted, yo estaría ya muerto —respondió con calma el indio.

—¡Eh, mil diablos! ¿No te has lanzado con el machete en la mano para matar a la tigresa en el momento en que iba a romperme el cráneo?

—Pero es usted quien la ha matado, capitán, y esa tigresa, forma el número cuarenta y seis para usted.

—¡Viva! —exclamaron los indios—. ¡Viva el capitán Hod!

Y, en verdad, el capitán tenía derecho a poner a aquella tigresa en el catálogo de sus víctimas; pero dio a Kalagani un buen apretón de manos.

—Vuelva usted a la «Casa de Vapor» —dijo Banks a Kalagani—; tiene el hombro destrozado, pero ya encontraremos en el botiquín de viaje con qué curar esa herida.

Kalagani hizo una reverencia en señal de asentimiento, y todos, después de habernos despedido de los montañeses de Suari, que se deshicieron en muestras de gratitud, nos dirigimos hacia el *sanitarium*.

Los *chikaris* nos dejaron para volver al kraal. Esta vez volvían también con las manos vacías; y si Matías Van Guitt había contado con aquella *reina del Tarryani*, tendría que vestir de luto. Verdad es que, en aquellas condiciones, hubiera sido imposible atraparla viva.

Al mediodía llegamos a la «Casa de Vapor», y allí nos enteramos de un incidente inesperado y que nos sorprendió desagradablemente. El coronel Munro, el sargento MacNeil y Gumí se habían ausentado.

Un billete, dirigido a Banks, le decía que no se alarmase por su ausencia, porque Sir Eduardo Munro, deseoso de reconocer la frontera del Nepal, había partido hacia allá, con ánimo de esclarecer algunas dudas relativas a los compañeros de Nana Sahib, y que estaría de vuelta antes de la época en que debíamos dejar el Himalaya.

Al oír la lectura de este billete, me pareció que Kalagani hacía un movimiento de contrariedad casi involuntario. ¿Por qué este movimiento? Sin duda yo me engañaba.

CAPÍTULO XXI

EL ATAQUE NOCTURNO

Aquello nos produjo una viva inquietud, porque evidentemente la marcha del coronel tenía relación con un pasado que habíamos creído cerrado para siempre. Pero, ¿qué hacer? No podíamos seguir sus huellas, porque ignorábamos la dirección que había tomado y el punto de la frontera del Nepal que se proponía visitar. Por otra parte, no dejábamos de reconocer que, si no había hablado a Banks de su propósito, era porque temía las observaciones de su amigo, y había querido evitarlas. Banks sintió vivamente habernos acompañado en nuestra expedición.

Pero era preciso resignarse y esperar. El coronel Munro, indudablemente, regresaría antes de fin de agosto, que era el último mes que debíamos pasar en el *sanitarium* antes de tomar por el Sudoeste el camino de Bombay.

Solicítamente atendido por Banks, Kalagani no estuvo más que veinticuatro horas en la «Casa de Vapor». Su herida debía cicatrizar rápidamente, y nos dejó para volver al kraal y así continuar sus servicios.

El mes de agosto comenzó también con lluvias violentísimas, con un tiempo capaz de resfriar a las ranas, según la expresión del capitán Hod; pero, en suma, debía ser menos lluvioso que el mes de julio, y, por consiguiente, más propicio a nuestras excursiones por el Tarryani. Nuestras relaciones con el kraal eran frecuentes. Matías Van Guitt no estaba muy

satisfecho; pensaba también en abandonar el campamento en los primeros días de setiembre; sin embargo, faltaban para completar su colección; un león, dos tigres y dos leopardos, y no hallaba medio de atraparlos.

En cambio, a falta de los actores que quería contratar por cuenta de sus comitentes, se presentaron otros con quienes no contaba.

En efecto, el 4 de agosto, un oso magnífico cayó en una de sus trampas.

Estábamos presentes en el kraal cuando sus *chikaris* le llevaron en la jaula de ruedas un preso de gran tamaño, piel negra, garras aceradas, largas orejas guarnecidas de pelo, carácter especial de los representantes de la familia de los ursinos en la India.

—¡Eh! ¿Para qué quiero yo ese inútil plantigrado? —exclamó el proveedor encogiéndose de hombros.

—¡El hermano *Globo*, el hermano *Global* —repetían los indios.

Al parecer, los indios, que se llaman sobrinos de los tigres, son hermanos de los osos.

Pero Matías Van Guitt, no obstante aquel grado de parentesco, recibió al hermano *Globo* con visibles muestras de mal humor. Capturar osos cuando necesitaba tigres, no era cosa que podía contentarle. ¿Qué iba a hacer de aquel animal inoportuno? No le convenía mantenerlo, sin esperanza de recobrar el gasto que hiciera. El oso indio era poco solicitado en los mercados de Europa; no tenía el valor mercantil del *grizzig* de África, ni el del oso polar. Por eso, Matías Van Guitt, buen comerciante, no quería recibir aquel animal, del cual difícilmente podría deshacerse.

—¿Lo quiere usted? —preguntó al capitán.

—¿Y para qué? —inquirió éste.

—Para hacer chuletas —dijo el proveedor—, si me permite emplear esta catacresis.

—Señor Van Guitt —respondió seriamente Banks—, la catacresis es una figura permitida cuando, a falta de otra expresión, traduce convenientemente el pensamiento.

—Ese es mi parecer —replicó el proveedor.

—Y bien, Hod —dijo Banks—, ¿quiere o no quiere usted el oso del señor Van Guitt?

—¡No, pardiez! —respondió el capitán—. Comer chuletas de oso cuando está muerto el oso, pase; pero matarlo expresamente para comer sus chuletas, no es cosa que abra el apetito.

—Entonces, que se devuelva la libertad a ese plantigrado —dijo Matías Van Guitt, volviéndose hacia sus *chikaris*.

Estos obedecieron al proveedor, sacando la jaula fuera del kraal. Uno de los indios abrió la puerta y el hermano *Globo*, que parecía avergonzado de su situación, salió inmediatamente, aunque con paso tranquilo, de la jaula, hizo un movimiento de cabeza que parecía ser una acción de gracias, y se alejó dando un gruñido de satisfacción.

—Ha ejecutado usted una buena acción, señor Van Guitt —dijo Banks—, y no dudo de que tendrá su recompensa.

Banks no presumía que fuera tan buen profeta.

El día 6 de agosto debía quedar recompensado el proveedor con una de las fieras que faltaban a su colección.

Referiremos las circunstancias en que fue atrapada.

Matías Van Guitt, el capitán Hod y yo, acompañados de Fox, del maquinista Storr y de Kalagani, habíamos salido al amanecer y registrábamos un espeso matorral de cactus y lentiscos cuando oímos varios rugidos medio ahogados.

Inmediatamente, con los fusiles preparados y agrupados los seis para librarnos de cualquier ataque aislado, nos dirigimos hacia el sitio sospechoso.

A los cincuenta pasos, el proveedor nos mandó hacer alto, porque en la naturaleza de los rugidos creyó conocer lo que pasaba, y, dirigiéndose más especialmente al capitán Hod, dijo:

—Sobre todo, no hay que disparar inútilmente. —Después, adelantándose algunos pasos hacia nosotros y haciéndonos señas de que nos detuviéramos, exclamó—: ¡Un león!

En efecto, al extremo de una fuerte cuerda atada a la horquilla de una sólida rama de árbol, vimos un animal preso en el lazo y que procuraba desembarazarse de sus ligaduras.

Era, en efecto, un león, uno de esos leones sin melena que se distinguen por esta particularidad de sus congéneres de África, pero un verdadero león, el león que necesitaba Matías Van Guitt.

La fiera, con una de sus patas delanteras cogida en el nudo corredizo de la cuerda daba terribles sacudidas, sin lograr desprenderse.

El primer movimiento del capitán Hod, a pesar de la recomendación del proveedor, fue hacer fuego.

—¡No tire usted, capitán! —exclamó Matías Van Guitt—. Se lo ruego, no tire usted.

—Pero...

—Le digo a usted que no; ese león ha caído en uno de mis lazos y me pertenece.

Estábamos, en efecto, a la vista de un lazo, a la vez muy sencillo y muy ingenioso.

Consistía en una cuerda resistente fijada en una fuerte y flexible rama del árbol.

Esta rama estaba encorvada hacia el suelo, de manera que el extremo inferior de la cuerda, terminada por un nudo corredizo, pudiera entrar por la muesca de una estaca sólidamente fijada en tierra. En aquella estaca se había colocado un cebo, de tal manera, que si un animal lo tocaba, debía meter en el nudo abierto, ya la cabeza, ya una de las patas; pero apenas entraba cuando el cebo, por poco que se le moviese, hacía desprender la cuerda de la muesca y la rama se levantaba con el animal. Al mismo tiempo, un pesado cilindro de madera caía a lo largo de la cuerda sobre el nudo, lo sujetaba fuertemente e impedía que pudiera desatarse por más esfuerzos que hiciese la fiera.

Este género de lazos se usa frecuentemente en los bosques de la India, y en ellos se cogen muchas más fieras de las que podría creerse.

Con frecuencia sucede que la fiera es cogida por el cuello, lo cual produce la estrangulación casi inmediata, al mismo tiempo que el pesado cilindro de madera le fractura casi la cabeza. Pero el león, a la sazón cogido, no lo había sido más que por la pata; estaba, pues, vivo, y era digno de figurar entre los huéspedes del proveedor.

Matías Van Guitt, satisfecho de la aventura, envió a Kalagani al kraal con orden de llevar la jaula de ruedas bajo la dirección de un carretero, y durante este tiempo pudimos observar a nuestra satisfacción al animal, cuyo furor se redoblaba con nuestra presencia.

El proveedor no le quitaba ojo. Daba vueltas alrededor del árbol, con cuidado, para mantenerse fuera del alcance de las garras y de los zarpazos que el león lanzaba a derecha e izquierda.

Media hora después, llegó la jaula tirada por dos búfalos, bajóse al león, que estaba medio colgado, se le depositó, no sin algún trabajo, en la jaula, y volvimos al kraal.

—Ya comenzaba a perder la esperanza —nos dijo Matías Van Guitt—. Los leones no figuran por una cifra muy elevada entre las bestias nemorales de la India.

—¡Nemorales! —exclamó el capitán Hod.

—Sí, las bestias que frecuentan los bosques; y tengo una gran satisfacción en haber podido capturar esta fiera, que hará honor a mi colección.

Por lo demás, desde entonces, Matías Van Guitt no pudo ya quejarse de su mala suerte.

El 11 de agosto capturó dos leopardos en aquella primera trampa de tigres de la que nosotros le habíamos sacado.

Eran dos chitas semejantes al que tan osadamente había atacado al *Gigante de Acero* en las llanuras del Rohilkhande, y del cual no habíamos podido apoderarnos.

No le faltaban a Matías Van Guitt más que dos tigres para que su colección estuviese completa.

Estábamos a 15 de agosto. El coronel Munro no había vuelto ni teníamos la menor noticia de él; y Banks estaba más intranquilo de lo que quería aparentar. Preguntó a Kalagani, que conocía la frontera del Nepal, acerca de los peligros que podía correr Sir Eduardo Munro aventurándose por aquellos territorios independientes. El indio le aseguró que no había quedado uno solo de los partidarios de Nana Sahib en los contornos del Tibet; pero pareció sentir que el coronel no le hubiera elegido por guía, diciendo que sus servicios le hubieran sido más útiles en un país que conocía palmo a palmo; sin embargo, ya no era posible pensar en buscarle.

Entretanto, el capitán Hod y Fox, más particularmente, continuaban sus excursiones por el Tarryani, y ayudados por los *chikaris* del kraal llegaron a matar otros tres tigres de mediano tamaño, no sin grandes riesgos. Dos de éstos se añadieron a la cuenta del capitán, y el tercero a la del asistente.

—Cuarenta y ocho —dijo Hod, que hubiera querido llegar al número redondo de cincuenta antes de abandonar el Himalaya.

—Treinta y nueve —dijo Fox sin hablar de una pantera que había caído al impulso de sus balas.

El 20 de agosto, el penúltimo tigre de los reclamados por Matías Van Guitt se dejó atrapar en uno de aquellos fosos de los cuales, por instinto o por casualidad, se había escapado hasta entonces. El animal, como sucede con frecuencia, se había herido en su caída, pero la herida no presentaba ninguna gravedad. Algunos días de reposo debían

asegurar su curación, que sería completa cuando llegara la época de hacer la entrega a la casa Hagenbeek, de Hamburgo. El uso de esos fosos se considera por los cazadores como un método bárbaro.

Cuando sólo se trata de matar a los animales, es evidente que todo medio es bueno; pero cuando se les quiere coger vivos no es conveniente tal método, porque con frecuencia mueren de resultas de la caída, sobre todo cuando caen en hoyos de quince a veinte pies de profundidad destinados a la captura de elefantes.

De cada diez individuos apenas se puede contar uno que no reciba alguna fractura mortal.

Así, hasta en el Mysore, donde nos dijo el proveedor que este sistema era muy común, se comenzaba ya a abandonarlo.

No faltaba más que un tigre para la colección del kraal, y Matías Van Guitt estaba impaciente por tenerlo ya en su jaula y marchar inmediatamente a Bombay. Aquel tigre no debía tardar en caer: ¡pero a qué precio!

Esto requiere una relación circunstanciada, porque Matías Van Guitt pagó muy caro, demasiado caro, al tal tigre.

El capitán Hod había organizado una expedición para la noche del 26 de agosto. Las circunstancias se presentaban favorables a la cacería; el cielo estaba despejado, la atmósfera tranquila, la luna en menguante. Cuando las tinieblas son muy profundas, las fieras salen de mala gana de sus guaridas, mientras que una semioscuridad las invita a salir. Precisamente el *menisco* (palabra que Matías Van Guitt aplicaba al cuarto de luna) debía arrojar algunos resplandores después de medianoche.

El capitán Hod y yo, Fox y Storr, que se iba aficionando a estas cacerías, formábamos el núcleo de la expedición, a la cual debían unirse el proveedor, Kalagani y algunos de sus indios.

Cuando acabamos de comer, después de habernos despedido de Banks, que no había aceptado la invitación de acompañarnos, salimos de la «Casa de Vapor» hacia las siete de la tarde, y a las ocho llegamos al kraal sin haber tenido ningún encuentro desagradable.

Matías Van Guitt acababa de cenar en aquel momento y nos recibió con sus acostumbradas muestras de agasajo. Celebramos consejo e inmediatamente se acordó el plan de caza.

Tratábase de ponernos al acecho a orillas de un torrente en el fondo de uno de esos barrancos que se llaman *nullah*, a dos millas del kraal, en un sitio visitado regularmente durante la noche por una pareja de tigres.

No se había puesto allí ningún cebo porque, según decían los indios, era inútil. Una batida recientemente hecha en aquella parte del Tarryani demostraba que la necesidad de apagar la sed era suficiente para atraer los tigres al fondo de aquel *nullah*.

Se sabía también que era fácil apostarse ventajosamente en aquel sitio.

No debíamos salir del kraal hasta después de las doce de la noche, y, no siendo más que las ocho, tratamos de matar el tiempo lo mejor posible hasta el momento de la partida.

—Señores —nos dijo Matías Van Guitt—, mi habitación toda entera está a la

disposición de ustedes, y les invito a que hagan lo que yo: acostarse. Se trata de velar toda la noche, y algunas horas de sueño nos pondrán en estado de sostener mejor la lucha que emprendemos.

—¿Tiene usted ganas de dormir, Maucler? —me preguntó el capitán Hod.

—No —respondí yo—; prefiero esperar la hora paseándome en vez de tener que despertarme en lo mejor de mi sueño.

—Como ustedes gusten —respondió el proveedor—;

por mi parte, experimento ya ese movimiento espasmódico de los párpados que produce la necesidad de dormir. Ya lo ven ustedes, estoy en lo que se llama los movimientos de *pendiculación*.

Matías Van Guitt, levantando los brazos, echando hacia atrás la cabeza y el tronco por una extensión involuntaria de los músculos abdominales, lanzó algunos bostezos significativos.

Luego que hubo *pendiculado* perfectamente a su placer, se despidió con un ademán, entró en su habitación, y sin duda no tardó en dormirse.

—Y nosotros, ¿qué vamos a hacer? —pregunté yo.

—Pasearnos, Maucler; pasearnos por el kraal. La noche es hermosa y yo estaré más dispuesto para la partida que si durmiese tan sólo tres o cuatro horas. Por otra parte, si el sueño es nuestro mejor amigo, hay que confesar que se hace esperar muchas veces.

Empezamos a pasearnos por el kraal, meditando y hablando alternativamente. Storr, a quien su mejor amigo jamás le hacía esperar, se había tendido al pie de un árbol y se había dormido.

Los *chikaris* y los carreteros se habían acomodado cada cual en su rincón, y no había nadie más que nosotros que velase en el recinto.

Era inútil, por lo demás, poner centinelas, porque el kraal, rodeado de una sólida empalizada, estaba perfectamente cerrado.

Kalagani fue en persona a ver si la puerta estaba bien asegurada, y, hecho esto, después de habernos dado las buenas noches al pasar, se retiró a su estancia con sus compañeros.

El capitán Hod y yo quedamos, pues, absolutamente solos.

No solamente los hombres de Van Guitt, sino también los animales domésticos y las fieras, dormían; éstas en sus jaulas, aquéllos agrupados bajo los grandes árboles al extremo del kraal. Un profundo silencio reinaba en el interior y en el exterior.

Nuestro paseo nos llevó hasta el sitio ocupado por los búfalos. Aquellos magníficos rumiantes, mansos y dóciles, no estaban siquiera trabados. Acostumbrados a descansar bajo el follaje de gigantescos arces, los veíamos tranquilamente tendidos, con los cuernos entrelazados, las patas dobladas bajo sus cuerpos y lanzando una lenta y ruidosa respiración de sus enormes pulmones.

Ni siquiera se despertaron al llegar nosotros. Sólo uno de ellos alzó un instante su gran cabeza, nos dirigió esa vaga mirada particular de los animales de su especie, y después se confundió de nuevo en el conjunto.

—Vea usted a qué estado los reduce la domesticidad, o, mejor dicho, la domesticación —dijo yo al capitán.

—Sí —me respondió Hod—; y, sin embargo, esos búfalos son terribles animales cuando viven en estado salvaje. Pero si no poseen flexibilidad, ¿qué pueden hacer con sus largos cuernos contra los dientes de los leones o las garras de los tigres? Decididamente, la ventaja está por las fieras.

Hablando así, habíamos vuelto hacia las jaulas. Allí también el reposo era absoluto. Tigres, leones, panteras y leopardos dormían en sus departamentos separados.

Los tres leones, absolutamente inmóviles, estaban tendidos en semicírculo como grandes gatos. No se veían sus cabezas, perdidas entre un espeso manto de piel negra, y dormían profundamente.

Esto no se repetía en las jaulas de los tigres. Varios ojos ardientes chispeaban en la sombra; una gruesa pata se alargaba de cuando en cuando entre las barras de hierro: era un sueño de carnívoros que mascan el freno.

—Tienen malos sueños, y lo comprendo —dijo el compasivo capitán.

Algunas pesadillas, sin duda, agitaban también a las panteras, o por lo menos algunos recuerdos tristes. En aquella hora, libres de toda prisión, hubieran corrido por el bosque en derredor de las bestias en busca de carne viva.

En cuanto a los cuatro leopardos, ninguna pesadilla turbaba su sueño, y descansaban tranquilamente.

Dos de aquellos felinos, el macho y la hembra, ocupaban el mismo aposento y se encontraban tan bien allí como si hubieran estado en el fondo de su cueva. Una sola jaula estaba vacía, y era la que debía ocupar el tigre que no habían logrado atrapar hasta entonces, y cuya captura era lo único que esperaba Matías Van Guitt para abandonar el territorio de Tarryani.

Nuestro paseo duró una hora, sobre poco más o menos; y después de haber dado vuelta al recinto inferior del kraal, volvimos al pie de una enorme mimosa. Un silencio absoluto reinaba en todo el bosque. El viento, que al caer el día murmuraba todavía a través del follaje, se había calmado y ni una hoja se movía en los árboles. El espacio estaba tan tranquilo en la superficie del suelo como en las altas regiones, donde la luna paseaba su disco medio enrojecido.

El capitán Hod y yo, sentados uno al lado del otro, ya no hablábamos. Pero todavía no nos invadía el sueño; estábamos en esa especie de absorción, más moral que física, cuya influencia se experimenta durante el reposo perfecto de la naturaleza. En tales ocasiones se piensa, pero no se formula el pensamiento; se sueña como soñaría un hombre despierto, y la mirada velada por los párpados se pierde en alguna visión fantástica.

Sin embargo, una particularidad sorprendió al capitán, y hablando en voz baja, como se hace casi sin sentir cuando todo es silencio en derredor, me dijo:

—Maucler, este silencio me sorprende. Generalmente las fieras rugen en la oscuridad, y durante la noche hay grandes ruidos en el bosque. A falta de tigres o de panteras, lo arman los chacales, que no están nunca quietos. Este kraal lleno de seres vivos

debería atraerlos por centenares, y, sin embargo, no oímos nada, ni siquiera el crujido de la leña seca, ni un aullido al exterior. Si Matías Van Guitt estuviese despierto, no se manifestaría menos admirado que yo y encontraría alguna palabra extraordinaria para expresar su sorpresa.

—Esta observación es justa, mi querido Hod —respondí yo—, y no sé a qué atribuir la ausencia de ruidos esta noche. Pero tengamos cuidado, porque, de otro modo, en esta tranquilidad al cabo cederíamos al sueño.

—Resistamos, resistamos —respondió el capitán Hod, estirando los brazos—. Se aproxima la hora en que debemos marchar.

Y entramos otra vez en conversación por medio de frases entrecortadas de largos ratos de silencio.

No sé cuánto duró esta conversación, ni podría decirlo, pero en breve percibí una sorda agitación que me sacó súbitamente de aquel estado de somnolencia.

El capitán Hod la sintió también y se levantó al mismo tiempo que yo.

No había lugar a dudas. La agitación procedía de las jaulas.

Leones, tigres, panteras, leopardos, poco antes tan pacíficos, lanzaban en aquel momento sordos rugidos de cólera. De pie en sus jaulas, yendo y viniendo a pasos cortos, aspiraban fuertemente alguna emanación del exterior y se levantaban apoyándose contra las barras de hierro de sus jaulas.

—¿Qué les ocurre? —pregunté yo.

—No lo sé —respondió Hod—, pero temo que han olfateado la proximidad...

De repente, estallaron formidables rugidos alrededor del kraal.

—¡Tigres! —exclamó el capitán Hod, precipitándose hacia la casa de Matías Van Guitt.

Pero la violencia de aquellos rugidos era tal, que todo el personal del establecimiento se había puesto en pie, y el proveedor, seguido de su gente, se presentó en la puerta.

—¡Un ataque...! —exclamó.

—Así lo creo —contestó el capitán Hod.

—Esperen ustedes; veamos primero... —Y sin acabar su frase, Matías Van Guitt tomó una escalera, la apoyó contra la empalizada y en un segundo subió hasta el último escalón—. ¡Diez tigres y una docena de panteras! —exclamó.

—Eso es serio —respondió el capitán Hod—. Queríamos ir a cazarlos, y son ellos los que vienen a darnos caza.

—¡A las armas, a las armas! —exclamó el proveedor. Y todos, obedeciendo sus órdenes, en veinte segundos escasos nos hallamos en situación de hacer fuego.

Estos ataques de una bandada de fieras no son raros en la India. Muchas veces los habitantes de los territorios frecuentados por los tigres, y más particularmente los de los Sunderbunds, han sido atacados en sus propias habitaciones; temible eventualidad que concluye, con demasiada frecuencia, con ventaja para los agresores.

A los rugidos del exterior se habían unido los del interior. El kraal respondía al

bosque y no podíamos entendernos en el recinto.

—¡A las empalizadas! —exclamó Van Guitt, haciéndose entender más por los ademanes que por la voz.

Todos nosotros nos precipitamos hacia el recinto.

Los búfalos, llenos de espanto, se revolvían a un lado y a otro para salir del sitio en que estaban recogidos, y los carreteros procuraban en vano detenerlos.

De pronto, la puerta, cuya barra sin duda estaba mal sujeta, se abrió violentamente, y una manada de fieras forzó la entrada del kraal.

Sin embargo, Kalagani había cerrado aquella puerta con el mayor cuidado, como lo hacía todas las noches.

—¡A la casa, a la casa! —gritó Matías Van Guitt, lanzándose hacia la habitación, que era la única que podía ofrecer un refugio.

Pero, ¿tendríamos tiempo de llegar a ella?

Ya dos *chikaris* alcanzados por los tigres, acababan de caer en tierra, y los demás, no pudiendo llegar hasta la casa, huían a través del kraal buscando un abrigo cualquiera.

El proveedor, Storr y seis indios estaban ya en la casa, cuya puerta cerraron en el momento en que dos panteras iban a precipitarse por ella.

Kalagani, Fox y los demás, asiéndose a los árboles, se habían subido hasta las primeras ramas.

El capitán Hod y yo no habíamos tenido ni tiempo ni probabilidad de unirnos con Matías Van Guitt.

—¡Maucler, Maucler! —gritó el capitán Hod, cuyo brazo derecho acababa de ser desgarrado de un zarpazo.

De un coletazo, un enorme tigre me había arrojado por tierra. Me levanté en el momento en que el animal volvía sobre mí, y corrí en auxilio del capitán Hod.

Un solo refugio nos quedaba entonces, y era la sexta jaula, que estaba vacía.

En un instante, Hod y yo nos metimos en ella y, cerrando la puerta, quedamos momentáneamente resguardados de las fieras, que se arrojaban rugiendo sobre las barras de hierro.

Tal fue entonces el encarnizamiento de aquellas bestias feroces, unido a la cólera de los tigres aprisionados en las jaulas inmediatas, que aquella en que estábamos, oscilando sobre sus ruedas, estuvo a punto de caer.

Pero los tigres la abandonaron en breve para dirigirse a otra presa, sin duda más accesible.

¡Qué escena aquélla, de la cual no perdíamos ningún pormenor, mirando por entre las barras de nuestra jaula!

—Este es el mundo al revés —exclamó el capitán Hod, furioso—; ellos fuera y nosotros dentro.

—¿Cómo está su herida?

—No es nada.

Cinco o seis disparos sonaron en aquel momento. Partían de la casa ocupada por

Matías Van Guitt y que atacaban dos tigres y tres panteras.

Uno de estos animales cayó muerto por una bala explosiva que debía haber salido de la carabina de Storr.

Los demás se habían precipitado sobre el grupo de búfalos, y aquellos desgraciados rumiantes iban a encontrarse sin defensa contra tales adversarios.

Fox, Kalagani y los indios, que habían tenido que arrojar sus armas para trepar más ligeramente a los árboles, no podían auxiliarles.

Entretanto, el capitán Hod, pasando su carabina a través de las barras de nuestra jaula, hizo fuego; y aunque su brazo derecho estaba medio paralizado por la herida, que no le permitía tirar con su precisión habitual, tuvo la fortuna de matar su tigre número cuarenta y nueve.

En aquel momento, los búfalos, aterrorizados, se precipitaron mugiendo a través del recinto. En vano trataron de hacer frente a los tigres, que se libraban de sus cornadas con saltos formidables. Uno de ellos, teniendo una pantera encima cuyas garras se hundían en su cuello, llegó delante de la puerta del kraal y se lanzó al exterior.

Cinco o seis, acosados más de cerca por las fieras, se escaparon del mismo modo y desaparecieron tras ellos.

Algunos de los tigres salieron también en su persecución; pero los búfalos que no habían podido abandonar el kraal, yacían degollados por el suelo.

Otros disparos sonaron desde las ventanas de la casa, y, por nuestra parte, el capitán Hod y yo tirábamos como mejor podíamos. Pero un nuevo peligro nos amenazaba.

Los animales encerrados en sus jaulas, excitados por la lucha, por el olor de la sangre y por los rugidos de sus congéneres, daban saltos terribles y violentos. ¿Lograrían romper las barras de sus jaulas? Era muy de temer.

En efecto, una de las jaulas de tigres se volcó y yo creí por un momento que, rotas sus paredes, los tigres iban a salir en libertad.

Pero, por fortuna, no sucedió así, y los presos no pudieron ni siquiera ver lo que sucedía fuera, porque la jaula había caído con las barras dando en el suelo.

—Decididamente hay demasiadas fieras aquí —murmuró el capitán Hod, volviendo a cargar su carabina.

En aquel momento, un tigre dio un salto prodigioso y, con ayuda de sus garras, logró llegar a la cruz de un árbol, sobre el cual se habían refugiado dos o tres *chikaris*.

Uno de aquellos desgraciados, cogido por la garganta, trató en vano de resistir y fue precipitado a tierra.

Una pantera se apresuró a disputar al tigre aquel cuerpo ya privado de vida, cuyos huesos eran quebrados en medio de un charco de sangre.

—¡Fuego, fuego, haced fuego! —gritaba el capitán Hod como si hubiera podido hacerse oír de Matías Van Guitt y de sus compañeros.

Por nuestra parte, ya no nos era posible intervenir porque se nos habían concluido los cartuchos y no podíamos más que ser espectadores impotentes del combate.

En estas circunstancias, en la sección de la jaula inmediata a la nuestra, un tigre que

trataba de romper las barras, dio una sacudida tan violenta que rompió el equilibrio de toda la jaula, la cual vaciló un instante y se volcó también.

Recibimos alguna ligera contusión en la caída y nos incorporamos sobre las rodillas; pero aunque las paredes de las jaulas habían resistido, no podíamos ver ya nada de lo que pasaba fuera.

Sin embargo, oíamos. ¡Qué estrépito de aullidos y rugidos en el recinto del kraal! ¡Qué olor de sangre impregnaba la atmósfera! Parecía que la lucha había tomado un carácter más violento. ¿Qué sucedía? Los presos de las demás jaulas, ¿se habían escapado? ¿Atacaban la casa de Matías Van Guitt? ¿Los tigres y las panteras se lanzaban a los árboles para arrancar de ellos a los indios?

—¡Y no poder salir de este cajón! —exclamaba rabioso el capitán.

Un cuarto de hora poco más o menos, un cuarto de hora cuyos minutos contábamos, pareciéndonos interminables, transcurrió en estas condiciones.

Después, el ruido de la lucha fue disminuyendo poco a poco; los rugidos se debilitaron; los saltos de los tigres que ocupaban las otras secciones de nuestra jaula fueron menos frecuentes. ¿Había concluido la matanza?

De repente oí que se cerraba con estrépito la puerta del kraal; luego Kalagani nos llamó a grandes gritos, y a su voz se unió la de Fox, repitiendo:

—¡Mi capitán, mi capitán!

—¡Por aquí! —respondió Hod.

Le oyeron, y casi inmediatamente sentí que la jaula se levantaba. Un momento después estábamos libres.

—¡Fox, Storr! —gritó el capitán, cuyo primer pensamiento fue para sus compañeros.

—Presentes —respondieron el maquinista y el asistente.

No estaban ni siquiera heridos. Matías Van Guitt y Kalagani se encontraban también sanos y salvos. Dos tigres y una pantera yacían sin vida en el suelo; los demás habían abandonado el kraal, cuya puerta acababa de cerrar Kalagani. Estábamos todos en seguridad.

Ninguna de las fieras de la colección había logrado escaparse durante la lucha y aún el proveedor contaba un prisionero más. Era un joven tigre, sobre el cual había caído la pequeña jaula de ruedas, cogiéndole como en una trampa.

La colección de Matías Van Guitt estaba, pues, completa; pero ¡qué caro le costaba! Cinco búfalos habían sido muertos y los demás se habían fugado, y tres indios, horriblemente mutilados, yacían sobre el suelo del kraal.

CAPÍTULO XXII

EL ÚLTIMO SALUDO DE MATÍAS VAN GUITT

Ningún incidente turbó la paz del recinto y sus alrededores durante el resto de la noche. Esta vez la puerta estaba bien sujeta. ¿Cómo podía haberse abierto en el momento en que la bandada de fieras rodeaba la empalizada?

Esta circunstancia no dejaba de ser inexplicable, porque Kalagani mismo había corrido en sus muescas las fuertes traviesas que la aseguraban.

La herida del capitán Hod le dolía bastante, aunque no era más que una rozadura de la piel; pero poco faltó para que perdiera el uso del brazo derecho.

Por mi parte, no me resentía del violento coleteo que me había arrojado por tierra.

Resolvimos, pues, volver a la «Casa de Vapor» en cuanto amaneciera.

En cuanto a Matías Van Guitt, fuera del sentimiento verdadero de haber perdido tres de sus hombres, no se mostraba desesperado de la situación, aunque la privación de sus búfalos debía ponerle en dificultad en el momento en que tratara de partir.

—Estos son percances del oficio —nos dijo—, y ya tenía yo cierto presentimiento de que me ocurriría alguna aventura de este género.

Mandó enterrar a los tres indios, cuyos restos fueron depositados en un rincón del kraal, en un foso bastante profundo para que las fieras no pudieran desenterrarlos.

No tardó en alborear el día por encima de los montes del Tarryani, y después de habernos dado mutuamente grandes apretones de manos, nos despedimos de Matías Van Guitt.

Para acompañarnos, a lo menos durante el paso del bosque, quiso poner a nuestra disposición a Kalagani y dos de sus indios. Aceptamos su oferta y a las seis de la mañana salimos del recinto del kraal.

Durante nuestro regreso, no tuvimos ningún mal encuentro. No encontramos vestigios de tigres ni de panteras; sin duda, las fieras, hartas de carne, habían vuelto a sus guaridas y no era aquél el momento de ir a sacarlas de ellas.

En cuanto a los búfalos que se habían escapado del kraal, o bien habían sido degollados y yacían bajo las altas hierbas o bien perdidos en las profundidades del Tarryani. No podía contarse con que su instinto les volviera a llevar al kraal, y debían considerarse como definitivamente perdidos para el proveedor.

Al final del bosque, Kalagani y los dos indios nos dejaron, y una hora después *Fan* y *Black* anunciaban con sus ladridos nuestro regreso a la «Casa de Vapor».

Referí a Banks nuestra aventura, y no hay que decir si nos felicitó por haber salido salvos a tan poca costa de aquellos peligros. Con frecuencia en ataques de este género, ni uno solo de los atacados ha podido contar los sangrientos hechos de los agresores.

El capitán Hod, de buena o mala gana, tuvo que llevar su brazo en cabestrillo; pero el ingeniero, que era el verdadero médico de la expedición, no encontró nada grave en su herida y afirmó que al cabo de pocos días estaría completamente curado.

En el fondo, el capitán Hod estaba muy mortificado de haber recibido una herida sin poder devolverla; y, sin embargo, había añadido un tigre a los cuarenta y ocho que figuraban en su lista.

Al día siguiente, veintisiete de agosto, por la tarde, los ladridos de los perros

resonaron con fuerza, pero alegremente.

Eran el coronel Munro, MacNeil y Gumí, que regresaban al *sanitarium*.

Su vuelta nos tranquilizó. ¿Había tenido éxito la expedición de Sir Eduardo Munro? No lo sabíamos todavía; pero volvía sano y salvo y esto era lo importante.

Banks fue el primero que corrió hacia él, le estrechó la mano y le interrogó con la mirada.

—¡Nada! —dijo el coronel Munro por única respuesta, añadiendo un movimiento de cabeza significativo.

Aquella palabra significaba, no sólo que las investigaciones en la frontera del Nepal no habían dado ningún resultado, sino también que era inútil toda conversación sobre el asunto. Parecía decirnos que no había ya que hablar de él.

MacNeil y Gumí, a quienes Banks interrogó aquella noche, fueron más explícitos. Dijéronle que el coronel Munro había querido, efectivamente, recorrer de nuevo aquella parte del Indostán en que Nana Sahib se había refugiado antes de su aparición en la presidencia de Bombay. Su objeto era averiguar lo que había sido de los compañeros del nabab, si quedaba alguna huella de su paso por aquel punto de la frontera indo-china y si a falta de Nana Sahib se ocultaba su hermano Balao-Rao en aquel país, independiente todavía de la dominación inglesa. Ahora bien, sus pesquisas le habían dado la seguridad de que los rebeldes habían abandonado el país. No quedaban vestigios del campamento donde se habían celebrado las falsas exequias destinadas a simular la muerte de Nana Sahib; de Balao-Rao no se tenía noticia alguna y de sus compañeros nada se sabía que pudiera dar esperanzas de seguir su pista. Muerto el nabab en los desfiladeros de los montes Sautpurra y dispersados los suyos probablemente al otro lado de la frontera, Sir Eduardo Munro no podía consumir su obra de justicia. No teníamos que hacer más, por consiguiente, que dejar la frontera del Himalaya, volver hacia el Sur y dar fin a nuestro itinerario de Calcuta a Bombay.

Se fijó, pues, la partida para dentro de ocho días, o sea, para el tres de setiembre, porque convenía dejar al capitán Hod el tiempo necesario para que su herida acabara de curarse, y, por otra parte, el coronel Munro, visiblemente fatigado por aquella excursión por un país difícil, necesitaba unos días de reposo. Entretanto, Banks hacía sus preparativos y en ellos tenía bastante ocupación para toda la semana, porque se trataba de volver a poner el tren en estado de bajar a la llanura y tomar el camino del Himalaya a la presidencia de Bombay.

Desde luego, convinimos en modificar por segunda vez el itinerario para evitar las grandes ciudades del Noroeste, Mirat, Delhi, Agra, Gwaiior, Yansie y otras en las cuales la rebelión de mil ochocientos cincuenta y siete había producido grandes desastres. Con los últimos rebeldes de la insurrección debía desaparecer todo lo que podía traerla a la memoria del coronel Munro. Nuestras casas de ruedas atravesarían, pues, las provincias sin detenerse en las ciudades principales; pero el país, por su hermosura natural, merecía la pena de ser visitado.

El inmenso reino de Scindia, bajo este punto de vista, no cede a ningún otro.

Delante de nuestro *Gigante de Acero* iban a abrirse los más hermosos caminos de la península.

El monzón había terminado con la estación de las lluvias, cuyo período no se prolonga más allá del mes de agosto. Los primeros días de setiembre prometían una temperatura agradable, que podía hacer menos penosa esta segunda parte del viaje.

Durante la segunda semana de nuestra estancia en el *sanitarium*, Fox y Gumí tuvieron que ser los proveedores cotidianos de la despensa. Acompañados de los dos perros recorrieron aquella zona media donde pululan las perdices, los faisanes y las avutardas, volátiles que, conservados en hielo en la «Casa de Vapor», debían proporcionarnos excelentes platos para la comida.

Dos o tres veces todavía fuimos a visitar el kraal. Allí también Matías Van Guitt estaba ocupado en los preparativos de su marcha para Bombay, mirando las dificultades como un filósofo que se sobrepone a las pequeñas o grandes miserias de la existencia.

Ya hemos dicho que con la captura del décimo tigre, que le había costado tan caro, su colección de fieras estaba completa. No tenía, pues, que cuidarse más que de reponer el tren de búfalos. Ni uno solo de los rumiantes que habían huido durante el ataque había vuelto por el kraal, y según todas las probabilidades se habían dispersado por el bosque o habían perecido de muerte violenta. Tratábase, pues, de remplazados, lo cual era bastante difícil en aquellas circunstancias. Con este objeto el proveedor había enviado a Kalagani a las granjas y pueblecillos inmediatos al Tarryani, y esperaba su vuelta con impaciencia.

La última semana de nuestra residencia en el *sanitarium* transcurrió sin incidentes. La herida del capitán Hod se curaba poco a poco; quizás el capitán pensaba cerrar su campaña con una última expedición; pero tuvo que renunciar luego a instancias del coronel Munro. No estando seguro todavía de su brazo, ¿por qué exponerse? Si en el camino encontrábamos alguna fiera, ¿no tendría una ocasión natural de tomar su desquite?

—Además —dijo Banks—, usted vive todavía, mi capitán, mientras que por su mano han muerto cuarenta y nueve tigres, sin contar los heridos. La balanza está, pues, a favor de usted.

—Sí, cuarenta y nueve —respondió suspirando el capitán Hod—, pero yo hubiera querido completar los cincuenta.

Evidentemente aquélla era su idea fija.

Llegó el dos de setiembre, víspera de nuestra partida.

Aquel día por la mañana, Gumí entró a anunciarnos la visita del proveedor.

En efecto, Matías Van Guitt, acompañado de Kalagani, llegó a la «Casa de Vapor». Sin duda, en el momento de la partida quería despedirse de nosotros según todas las reglas de la etiqueta.

El coronel Munro le recibió cordialmente. Matías Van Guitt pronunció un discurso con una serie de ademanes y salpicado de su fraseología habitual; pero me pareció que sus cumplidos ocultaban alguna segunda intención que no se atrevía a formular.

Banks fue quien precisamente tocó la cuestión palpitante, preguntándole si había tenido la fortuna de renovar sus búfalos.

—No, señor Banks —contestó el proveedor—. Kalagani ha recorrido en vano las aldeas; y aunque provisto de mis plenos poderes, no ha podido proporcionarse una sola pareja de esos útiles rumiantes. Me veo, pues, obligado a confesar con gran sentimiento que, para llevar mi colección de fieras a la estación más próxima, me falta absolutamente el motor. La dispersión de mis búfalos a consecuencia del repentino ataque de la noche del veinticinco al veintiséis me ha creado ciertas dificultades... Mis jaulas con sus huéspedes cuadrúpedos son muy pesadas..., y...

—¿Y qué va usted a hacer para llevarlas a la estación? —preguntó el ingeniero.

—No lo sé —respondió Matías Van Guitt—. Pienso... Combino... Vacilo... Y, sin embargo, ya es tiempo de marchar, porque el veinte de setiembre, es decir, dentro de dieciocho días, debo entregar en Bombay el pedido de felinos que se me ha hecho.

—¡Dieciocho días! —dijo Banks—. Entonces no tiene usted una hora que perder.

—Ya lo sé, señor ingeniero, y no veo más que un medio, uno solo.

—¿Cuál?

—Es, sin querer absolutamente incomodar al señor coronel, dirigirle un ruego, muy indiscreto sin duda..., pero...

—Hable usted, señor Van Guitt —dijo el coronel Munro—, y si puedo serle útil tendré en ello un placer.

Matías Van Guitt se inclinó, se llevó la mano derecha a los labios, agitó suavemente la parte superior de su cuerpo y adoptó la actitud de un hombre que se siente abrumado por inesperadas muestras de bondad.

En suma, el proveedor nos preguntó si, dada la fuerza de tracción del *Gigante de Acero*, sería posible enganchar sus jaulas a la cola de nuestro tren y remolcarlas hasta Etawah, la estación más próxima de Delhi a Allahabad.

Era un trayecto que no pasaba de trescientos cincuenta kilómetros por un camino bastante fácil.

—¿Es posible satisfacer al señor Van Guitt? —preguntó el coronel al ingeniero.

—No veo en ello ninguna dificultad —respondió Banks—. El *Gigante de Acero* ni siquiera notará este aumento de carga.

—Concedido, señor Van Guitt —dijo el coronel Munro—. Conduciremos su material de usted hasta Etawah. Entre vecinos es preciso saber ayudarse mutuamente, hasta en el Himalaya.

—Coronel —contestó Matías Van Guitt—, conocía su bondad, y, para ser franco, le diré que había contado con ella para salir de la dificultad en que me encuentro.

—Y tenía usted razón —dijo el coronel Munro.

Resuelto este punto, Matías Van Guitt se dispuso a volver al kraal a fin de despedir a una parte de sus servidores, que ya eran inútiles. No pensaba llevar consigo más que cuatro *chikaris*, necesarios para el cuidado de las jaulas.

—Hasta mañana —dijo el coronel Munro.

—Hasta mañana, señores —respondió Matías Van Guitt—. Esperaré en el kraal la llegada del *Gigante*.

El proveedor, muy satisfecho del buen éxito de su visita a la «Casa de Vapor», se retiró a la manera de un actor que desaparece entre bastidores, según todas las tradiciones de la comedia moderna.

Kalagani, después de haber tenido por mucho tiempo la mirada fija en el coronel Munro, cuyo viaje a la frontera del Nepal parecía haber llamado particularmente su atención, siguió al proveedor.

Termináronse nuestros preparativos. El material había sido colocado todo en su sitio y del *sanitarium* de la «Casa de Vapor» no quedaba nada. Las dos casas de ruedas no esperaban más que al *Gigante de Acero*, el cual debía bajarlas primero hasta la llanura y después ir al kraal a tomar las jaulas y llevarlas para formar el tren. Hecho esto nos proponíamos atravesar las llanuras del Rohilkhande.

A la mañana siguiente, tres de setiembre, a las siete, el *Gigante de Acero* estaba ya dispuesto para volver a desempeñar las funciones que tan concienzudamente había desempeñado hasta entonces.

Pero, en aquel instante, un inesperado incidente ocurrió con gran sorpresa de todos.

El fogón de la caldera encerrado en los flancos del animal había sido cargado de combustible. Kaluth, que acababa de ponerle fuego, tuvo entonces la idea de abrir la caja de humos, en cuya pared estaban soldados los tubos destinados a conducir los productos de la combustión a través de la caldera, a fin de ver si el tiro funcionaba sin obstáculo alguno.

Pero apenas hubo abierto las puertas de la caja, retrocedió precipitadamente, y más de veinte serpientes látigo fueron proyectadas al exterior con un silbido extraño.

Banks, Storr y yo mirábamos sin poder adivinar la causa de aquello.

—¿Qué es eso, Kaluth? —preguntó Banks.

—Una lluvia de serpientes —exclamó el fogonero.

En efecto, aquellas serpientes habían establecido su domicilio en los tubos de la caldera para dormir mejor, sin duda. Atacadas por las primeras llamas del fogón, algunas habían caído en el suelo ya quemadas, y si Kaluth no hubiera abierto la caja de humos, todas hubieran perecido en un instante.

—¡Cómo! —exclamó el capitán Hod—. ¿Nuestro *Gigante* tiene un nido de serpientes en las entrañas?

—Sí, por mi vida, y de las más peligrosas, de esas serpientes látigo, por otro nombre gulabis, culebras negras y nayas de anteojos; en suma, reptiles pertenecientes a las especies más venenosas.

Al mismo tiempo, un soberbio pitón tigre, de la familia de las boas, mostraba su cabeza puntiaguda saliendo por el orificio superior de la chimenea, es decir, al extremo de la trompa del elefante, que se desarrollaba rodeada de las primeras volutas de vapor.

Las serpientes que habían salido vivas de los tubos se dispersaron rápidamente entre la maleza, sin que tuviéramos tiempo de destruirlas.

Pero el pitón no pudo salir tan fácilmente del cilindro de acero. El capitán Hod se apresuró a tomar su carabina y le rompió la cabeza de un balazo.

Gumí, entonces, trepando sobre el *Gigante de Acero*, subió hasta el orificio superior

de la trompa y, auxiliado eficazmente por Kaluth y Storr, logró sacar el enorme reptil.

Nada más magnífico que aquella boa con su piel verde mezclada de azul y adornada de anillos regulares, que parecía haber sido cortada de una piel de tigre. No medía menos de cinco metros de longitud, siendo de un grueso igual al de un brazo.

Terminada la ejecución, Kaluth volvió a cerrar la caja de humos, el tiro se verificó sin dificultad, el fuego del fogón se activó al paso de la corriente de aire, la caldera no tardó en gemir sordamente y cuarenta y cinco minutos después el manómetro indicaba una presión suficiente de vapor. No había ya que hacer más que ponernos en marcha.

Se engancharon las dos casas una a otra, y el *Gigante de Acero* maniobró para ponerse a la cabeza del tren.

Dimos una última ojeada al admirable panorama que se desarrollaba hacia el Sur y otra a la hermosa cordillera cuyo perfil se destacaba en el fondo del cielo, hacia el Norte. Contemplamos también por última vez el Devalaguiri, que dominaba con su cima todo aquel territorio de la India septentrional, y el silbido anunció el momento de marchar.

El descenso por aquel camino sinuoso se verificó sin dificultad. El freno atmosférico retenía las ruedas en las pendientes demasiado fuertes.

Una hora después nuestro tren se detenía en el límite inferior del Tarryani, a la entrada de la llanura.

Desenganchóse el *Gigante de Acero* y, conducido por Banks, el maquinista y el fogonero, se internó lentamente por una de las anchas sendas del bosque.

Dos horas después se oyeron unos barritos y le vimos desembocar del espeso bosque, arrastrando las seis jaulas de la colección de Matías Van Guitt.

Este, al llegar, dio nuevamente las gracias al coronel Munro. Las jaulas, precedidas de un carruaje destinado al proveedor y a su gente, fueron enganchadas a nuestro tren, y así tuvimos un verdadero convoy.

Nueva señal de Banks, nuevo silbido reglamentario, y el *Gigante de Acero*, poniéndose en marcha, se adelantó majestuosamente por el magnífico camino que bajaba hacia el Sur.

La «Casa de Vapor» y las jaulas de Matías Van Guitt, cargadas de fieras, no parecían pesarle más que un simple carro de mudanza.

—Y bien, ¿qué piensa usted de nuestro *Gigante de Acero*, señor proveedor? —interrogó el capitán Hod.

—Pienso, capitán —respondió, no sin alguna razón, Matías Van Guitt—, que si este elefante fuera de carne y hueso, sería aún más extraordinario.

Aquel camino no era ya el que nos había llevado al pie del Himalaya. Oblicuaba al Sudoeste, hacia Filibit, pequeña población a ciento cincuenta kilómetros de nuestro punto de partida.

El trayecto se verificó tranquilamente a una velocidad moderada, sin estorbos y sin dificultades.

Matías Van Guitt tomaba asiento todos los días a la mesa de la «Casa de Vapor», donde su buen apetito siempre hacía honor a la cocina de Monsieur Parazard.

La despensa, que se agotó en breve, exigió que los proveedores habituales saliesen a cazar, y el capitán Hod, ya completamente curado, como lo probaba el tiro dirigido a la serpiente pitón, volvió a tomar su fusil de caza.

Además, había que pensar en mantener, al mismo tiempo que a las personas, a los huéspedes de las jaulas. Este cuidado pertenecía a los *chikaris*, hábiles indios que, bajo la dirección de Kalagani, también buen tirador, no dejaron que disminuyese la reserva de carne de bisonte y de antílope. Aquel Kalagani era verdaderamente un hombre especial. Aunque poco comunicativo, el coronel Munro le trataba con mucha amistad porque no era de los que olvidan un favor.

El diez de setiembre, el tren pasó por delante de Filibit sin detenerse, pero no pudo evitar que se reuniesen muchos indios y acudiesen a admirarlo.

Decididamente, las fieras de Matías Van Guitt, aunque eran muy notables, no podían sostener la comparación con el *Gigante de Acero*. Los indios apenas se dignaban mirarlas a través de los hierros de sus jaulas; toda su admiración era para el elefante mecánico.

El tren continuó bajando por las largas llanuras de la India septentrional, dejando a pocas leguas al Oeste a Bareilli, una de las principales ciudades de Rohilkhande. Atravesábamos unas veces bosques poblados de un mundo de aves, cuyo vistoso plumaje nos hacía admirar Matías Van Guitt; otras veces, llanuras pobladas de acacias espinosas de dos o tres metros de altura. Allí se encontraban en gran número jabalíes, que gustan mucho de la baya amarillenta que producen estas acacias. Algunos fueron muertos, no sin peligro, por nuestros cazadores, porque son animales verdaderamente bravios y peligrosos y en diversas ocasiones el capitán Hod y Kalagani tuvieron que desplegar la serenidad y destreza en que sobresalían estos dos famosos cazadores.

Entre Filibit y la estación de Etawah, el tren tuvo que atravesar una parte del alto Ganges y, poco tiempo después, uno de sus importantes tributarios, el Kali-Nadi.

Todo el material de la casa de fieras se desprendió del tren, y la «Casa de Vapor», transformada en aparato flotante, atravesó fácilmente de una a otra orilla del río.

Pero no ocurrió lo mismo con el tren de Matías Van Guitt. Hubo que apelar a las barcas y así tuvieron que atravesar las jaulas, una después de otra, los dos ríos. El paso exigió algún tiempo, pero se verificó sin gran dificultad.

El proveedor no era la primera vez que se veía en tales circunstancias, y su gente había tenido ya que atravesar muchos ríos para llegar a la frontera del Himalaya.

Por último, el diecisiete de setiembre, llegamos sin incidente digno de mención al ferrocarril de Delhi a Allahabad, a menos de cien pasos de la estación de Etawah.

Allí, nuestro convoy debía dividirse en dos partes que no estaban destinadas a volverse a reunir.

La primera debía continuar bajando hacia el Sur a través de los territorios del vasto reino de Scindia, dirigiéndose hacia los Vindya, y de allí a la presidencia de Bombay.

La segunda, colocada sobre las plataformas del ferrocarril, debía ir a Allahabad y de allí, por el ferrocarril de Bombay, al litoral del mar de las Indias.

Nos detuvimos, pues, y se organizó el campamento para la noche. A la mañana siguiente, al amanecer, mientras el proveedor tomaba el camino del Sudeste, nosotros, cortando aquel camino en ángulo recto, debíamos seguir sobre poco más o menos el meridiano setenta y siete. Pero al mismo tiempo que Matías Van Guitt se separaba de nosotros, debía separarse de la parte de su personal que no le era ya útil. No necesitaba a nadie más que a dos indios para el servicio de las jaulas, durante un viaje que debía durar sólo dos o tres días. En el puerto de Bombay, donde le esperaba un buque que debía salir para Europa, se haría el transbordo de sus mercancías por los cargadores ordinarios del puerto, y de aquí resultó que algunos *chikaris* quedaran sin empleo, Kalagani entre ellos.

Sabido es cómo y por qué habíamos tomado cierto afecto a este indio, a consecuencia de los servicios que había prestado al coronel Munro y al capitán Hod.

Cuando Matías Van Guitt despidió a su gente, Banks creyó observar que Kalagani no sabía qué hacer, y le preguntó si le convenía acompañarnos hasta Bombay.

Kalagani, después de haber reflexionado un instante, aceptó la oferta del ingeniero, y el coronel Munro le expresó la satisfacción que tenía en poderle ser útil en aquella ocasión. El indio, pues, iba a formar parte del personal de la «Casa de Vapor» y podía sernos de gran utilidad por el conocimiento que tenía de toda aquella parte de la India.

A la mañana siguiente, levantamos el campamento; no teníamos ningún interés en prolongar nuestra parada: el *Gigante de Acero* estaba en presión y Banks dio orden a Storr de estar dispuesto para la marcha.

Sólo faltaba despedirnos de nuestro amigo el proveedor. Esto, por nuestra parte, fue muy sencillo, aunque por la suya fue más teatral.

Las muestras de gratitud de Matías Van Guitt por el servicio que acababa de hacerle el coronel Munro, tomaron necesariamente una forma exagerada. Desempeñó notablemente aquel último acto de la comedia y estuvo admirable en la gran escena de la despedida.

Con un movimiento de los músculos del antebrazo, su mano derecha se situó en pronación, de tal suerte que la palma estaba vuelta hacia abajo. Esto significaba que en la tierra no olvidaría jamás lo que debía al coronel Munro y que si la gratitud fuera desterrada de este mundo, encontraría su último asilo en su corazón. Después, con un movimiento inverso, puso la mano en supinación, es decir, que volvió la palma hacia arriba, lo cual significaba que aun en el cielo no se extinguiría su reconocimiento y que toda una eternidad de gratitud no bastaría para corresponder a las obligaciones que había contraído.

El coronel Munro dio gracias a Matías Van Guitt como convenía, y pocos minutos después el proveedor de las casas de Hamburgo y Londres había desaparecido de nuestra vista.

CAPÍTULO XXIII

EL PASO DEL BETWA

Hasta el día dieciocho de setiembre, nuestra situación, calculada desde el punto de descanso y desde el punto de llegada, era exactamente la que sigue:

Distábamos:

1.º De Calcuta, 1.300 kilómetros.

2º Del *sanitarium* del Himalaya, 380 kilómetros.

3.º De Bombay, 1.600 kilómetros.

No considerando más que la distancia, todavía no habíamos andado la mitad de nuestro itinerario; pero teniendo en cuenta las siete semanas que la «Casa de Vapor» había pasado en la frontera del Himalaya, había transcurrido más de la mitad del tiempo destinado para este viaje. Habíamos salido de Calcuta el seis de mayo; y antes de dos meses, si no se presentaba ningún obstáculo que contrariase nuestra marcha, pensábamos llegar al litoral occidental del Indostán.

Por lo demás, nuestro itinerario podía reducirse en cierto modo. El propósito que nos habíamos hecho de no pasar por las grandes ciudades que habían sido teatro de la rebelión de mil ochocientos cincuenta y siete, nos obligaba a bajar más directamente al Sur. En las magníficas provincias del reino de Scindia se abren hermosos caminos carreteros, y el *Gigante de Acero* no debía encontrar obstáculo alguno, a lo menos hasta llegar a las montañas del centro. El viaje prometía, pues, hacerse en las mejores condiciones de facilidad y de seguridad.

Lo que debía hacerlo más fácil todavía, era la incorporación de Kalagani al personal de la «Casa de Vapor», porque aquel indio conocía perfectamente toda la parte de la península que íbamos a atravesar. Banks pudo cerciorarse de ello aquel mismo día, preguntándole, después de almorzar y mientras el coronel Munro y el capitán Hod dormían la siesta, en qué circunstancia y de qué modo había recorrido aquellas provincias.

—Yo pertenecía —respondió Kalagani— a una de las muchas caravanas de bañaris que transportan con bueyes provisiones de cereales, ya por cuenta del Gobierno, ya por la de particulares. De este modo he subido o bajado veinte veces los territorios del centro y del norte de la India.

—¿Recorren todavía esas caravanas esta parte de la península? —preguntó el ingeniero.

—Sí, señor —respondió Kalagani—; y en esta época del año tan propicia me extrañaría no encontrar alguna que se dirija hacia el Norte.

—El perfecto conocimiento que usted tiene de estos territorios —dijo Banks—, nos será muy útil, porque en vez de pasar por las grandes ciudades del reino de Scindia, queremos atravesar los campos, y usted podrá ser nuestro guía.

—Con mucho gusto —contestó el indio con aquel tono frío que le era habitual, y al cual yo todavía no había podido acostumbrarme.

Después añadió:

—¿Quiere usted que le indique de un modo general la dirección que debemos seguir?

—Diga usted.

Banks extendió entonces sobre la mesa un mapa que representaba aquella parte de la India, a fin de averiguar la exactitud de las noticias de Kalagani.

—Nada más sencillo —dijo el indio—. Una línea casi recta va a conducirnos desde el ferrocarril de Delhi al de Bombay, que se junta en Allahabad. Desde la estación de Etawah, de donde acabamos de salir, hasta la frontera del Bundelkund, no tendremos que atravesar más que un río de importancia, que es el Yumma, y desde esta frontera hasta los montes Vindya, otro río, que es el Betwa. En caso de que estos dos ríos hubieren salido de madre durante la estación de las lluvias, creo que el tren flotante no tendrá dificultad para cruzar de una a otra orilla.

—No habrá ninguna dificultad seria —respondió el ingeniero—, y luego que lleguemos a los Vindya...

—Nos inclinaremos un poco al Sudeste para elegir una garganta practicable. Allí tampoco se opondrá a nuestra marcha ningún obstáculo; conozco un paso cuyas cuestas son suaves, que es la garganta de Sirgur, por donde pasan con frecuencia los carruajes.

—Por donde pasen caballos —dije yo—, ¿puede pasar también el *Gigante de Acero*?

—Sin duda —respondió Banks—; pero al otro lado de la garganta de Sirgur el país es muy accidentado. ¿No podríamos pasar los Vindya tomando la dirección del Bhopal?

—Ahí hay ciudades en gran número —respondió Kalagani—, y será difícil evitarlas, además de que en ese territorio se manifestaron particularmente los cipayos en la guerra de la Independencia.

Me sorprendió un poco esta calificación de *guerra de la Independencia*, que Kalagani daba a la rebelión de mil ochocientos cincuenta y siete, pero hay que tener presente que era un indio y no un inglés el que hablaba. Por lo demás, no parecía que Kalagani hubiera tomado parte en la insurrección, o a lo menos no había dicho jamás una palabra que pudiera hacerlo creer.

—Está bien —dijo Banks—, dejaremos hacia el Oeste las ciudades de Bhopal, y si está usted seguro de que por la garganta de Sirgur podemos llegar a un camino practicable...

—Es un camino que yo he recorrido muchas veces —dijo Kalagani—, y que después de dar vuelta al lago Puturia va a terminar a cuarenta millas de allí, en el ferrocarril de Bombay a Allahabad, cerca de Yubbulpore.

—En efecto —respondió Banks, que seguía en el mapa las indicaciones del indio—. ¿Y desde allí?

—El camino real se dirige hacia el Sudoeste, paralelo, por decirlo así, a la vía férrea hasta Bombay.

—Entendido —respondió Banks—. No veo ningún obstáculo serio en atravesar los Vindya, y este itinerario nos conviene. A los servicios que ya nos ha prestado usted, Kalagani, acaba de añadir otro que no olvidaremos.

Kalagani hizo una zalema e iba a retirarse cuando, tras pensarlo un poco, se volvió hacia el ingeniero.

—¿Tiene usted algo que preguntarme? —dijo Banks.

—Sí, señor —respondió el indio—. Quería preguntar a ustedes por qué desean tan particularmente evitar la entrada en las principales ciudades del Bundelkund.

Banks me miró. No había ninguna razón para ocultar a Kalagani lo que concernía a Sir Eduardo Munro, y por eso le pusimos al corriente de la situación del coronel.

Kalagani escuchó con gran atención lo que le dijo el ingeniero, y después, en tono que indicaba cierta sorpresa, añadió:

—El coronel Munro no tiene nada que temer de Nana Sahib, a lo menos en estas provincias.

—Ni en estas provincias ni en ninguna —respondió Banks—. ¿Por qué dice usted en estas provincias?

—Porque si el nabab se ha presentado de nuevo, como se dice, en la presidencia de Bombay, como las investigaciones que se han hecho no han podido descubrir su retiro, es muy probable que haya atravesado de nuevo la frontera indo-china.

Esta respuesta parecía demostrar que Kalagani ignoraba lo que había pasado en la región de los montes Sautpurra, y que en el mes de mayo último Nana Sahib había sido muerto por los soldados del ejército real, en el pal de Tandit.

—Veo, Kalagani —dijo entonces Banks—, que las noticias que corren por la India apenas llegan hasta los bosques del Himalaya.

El indio nos miró fijamente sin responder, como si no comprendiera lo que decíamos.

—Sí —añadió Banks—, y lo digo porque parece que usted ignora que Nana Sahib ha muerto.

—¡Nana Sahib ha muerto! —exclamó Kalagani.

—Sin duda —respondió Banks—: el Gobierno es el que ha dado la noticia, detallando las circunstancias en que le mataron.

—¡Le mataron! —dijo Kalagani sacudiendo la cabeza—. ¿Dónde mataron a Nana Sahib?

—En el pal de Tandit, en los montes Sautpurra.

—¿Y cuándo?

—Hace cerca de cuatro meses —contestó el ingeniero—; el veinticinco de mayo último.

Kalagani, cuyas miradas tomaron una expresión que me pareció singular en aquel momento, se había cruzado de brazos y permanecía silencioso.

—¿Tiene usted razones para no creer en la muerte de Nana Sahib? —le pregunté yo.

—Ninguna, señores —dijo Kalagani—. Creo lo que ustedes me cuentan.

Un instante después, Banks y yo estábamos solos y el ingeniero añadía, no sin razón:

—Todos los indios son lo mismo. El jefe de los rebeldes cipayos se ha hecho legendario; jamás estos supersticiosos creerían que ha podido ser muerto, pues que no le han visto ahorcar.

—Les sucede —respondí yo— lo que a los veteranos del Imperio francés, que veinte años después de la muerte de Napoleón afirmaban que aún vivía.

Desde el paso del alto Ganges, efectuado por la «Casa de Vapor» quince días antes, se desarrollaban en un fértil país magníficos territorios ante el *Gigante de Acero*. Eran el Doab, situado en el ángulo que forma el Ganges y el Yumma, antes de unirse cerca de Allahabad. Llanuras de aluvión, puestas en cultivo por los brahmanes veinte siglos antes de la Era Cristiana; procedimientos agrícolas, todavía muy primitivos, entre los campesinos; grandes obras de canalización, debidas a los ingenieros ingleses; campos de algodoner, que prosperan más especialmente en este territorio; gemidos de la prensa de algodón, que funciona cerca de la aldea; cánticos de los obreros que la ponen en movimiento: tales son las impresiones que me han quedado de aquel país de Doab, donde se fundó antiguamente la primitiva iglesia.

El viaje se hacía en las mejores condiciones; los sitios variaban, por decirlo así, al capricho de nuestra fantasía; la habitación cambiaba de sitio sin fatigarnos, causando placer a la vista. ¿No era aquélla, como había dicho Banks, la última expresión del progreso, en el arte de la locomoción? Carretas de bueyes, coches tirados por caballos o muías, carruajes de los ferrocarriles, ¿qué eran al lado de nuestras casas de ruedas?

El 19 de setiembre, la «Casa de Vapor» se detenía en la orilla izquierda del Yumma. Este importante río forma en la parte central de la península la frontera entre el país de los rajás propiamente dicho, o Radyastán, y el Indostán, que es más particularmente el país de los indios.

Comenzaban a levantarse las aguas del Yumma por efecto de la primera crecida. La corriente era más rápida; pero no podía impedir nuestro paso, aunque lo dificultaba un poco. Banks tomó algunas precauciones: era preciso buscar el mejor punto de llegada a la otra orilla, y lo encontró. La «Casa de Vapor» llegaba a la orilla opuesta del río media hora después. Para los ferrocarriles se necesitan puentes que se construyen a fuerza de dinero, y uno de éstos de construcción tubular atraviesa el Yumma cerca de Delhi, junto a la fortaleza de Selimbarg. Mas para nuestro *Gigante de Acero* y para las dos casas que remolcaba, los ríos ofrecían una vía tan fácil como los más hermosos caminos macadamizados de la península.

Más allá del Yumma, los territorios del Radyastán contienen cierto número de esas ciudades que quería apartar de su itinerario la previsión del ingeniero.

A la izquierda estaba Gwalior, a orillas del río Sawunrika, construida sobre una montaña de basalto con su soberbia mezquita de Musyid, su palacio de Pal, su curiosa puerta de los Elefantes, su fortaleza célebre y su Vihara de origen budista; antigua ciudad a la cual la ciudad moderna de Lashkar, situada a dos kilómetros de distancia, hace hoy una seria competencia. Allí, en aquel Gibraltar de la India, la raní de Yansi, la compañera adicta de Nana Sahib, había luchado heroicamente hasta última hora. Allí, en aquel encuentro con los escuadrones del 8.º regimiento de húsares del ejército real, había sido muerta, como hemos dicho, por la misma mano del coronel Munro, que había tomado parte en la acción con un batallón de su regimiento; y desde aquel día databa el implacable odio que Nana

Sahib había reservado al coronel hasta su último suspiro.

Sí, era mejor que Sir Eduardo Munro no tuviera que despertar sus recuerdos a las puertas de Gwalior.

Después de Gwalior, hacia el Oeste de nuestro itinerario, estaba Autri con su vasta llanura de la cual sobresalen acá y allá muchos picos como los islotes de un archipiélago. Estaba también Duttiah, que todavía no cuenta cinco siglos de existencia, cuyos bellos edificios, así como la fortaleza central, los templos, el palacio abandonado de Birsin-Deo y el arsenal de Topi-Kana, causan la admiración del visitante. Todo esto forma la capital del reino de Duttiah, formado de una sección hecha al norte de Bundelkund y que está bajo la protección de Inglaterra. Autri y Duttiah, lo mismo que Gwalior, habían sido focos notables del movimiento insurreccional de 1857.

En fin, teníamos también cerca a Yansi, de la cual pasamos a menos de 40 kilómetros el 22 de setiembre. Esta ciudad forma la más importante estación militar del Bundelkund, y el espíritu de rebelión se conserva latente entre el populacho.

Yansi, ciudad relativamente moderna, tiene un comercio importante de muselinas indígenas y de telas de algodón azulado. No se encuentra en ella ningún monumento anterior a su fundación, que es del siglo XVII. Sin embargo, es interesante visitar su ciudadela, cuyas murallas exteriores no han podido destruir los proyectiles, y su necrópolis de los rajás, que tiene un aspecto muy pintoresco. Aquélla fue la principal fortaleza de los cipayos sublevados de la India central. Allí la intrépida raní suscitó la primera rebelión que debía en breve extenderse por todo el Bundelkun. Allí Sir Hugo Rose tuvo que dar un combate que no duró menos de seis días, durante el cual perdió el quince por ciento de su gente. Allí, a pesar de haber luchado encarnizadamente, Tania Topi, Balao-Rao, hermano de Nana Sahib, y en fin la raní, aunque auxiliados por una guarnición de doce mil cipayos, y socorridos por un ejército de veinte mil, tuvieron que ceder ante la superioridad de las armas inglesas.

Allí, como nos había contado MacNeil, el coronel Munro había salvado la vida del sargento, dándole la última gota de sangre que le quedaba. Sí, Yansi, más que ninguna de aquellas ciudades de tristes recuerdos, debía ser borrada de un itinerario cuyas etapas habían elegido los mejores amigos del coronel Munro.

Al día siguiente, 23 de setiembre, un encuentro que nos retrasó algunas horas, vino a justificar una de las observaciones que había hecho Kalagani.

Eran las once de la mañana. Terminado el almuerzo, nos habíamos sentado par dormir la siesta, unos bajo la baranda, otros en el salón de la «Casa de Vapor». El *Gigante de Acero* marchaba a razón de nueve a diez kilómetros por hora; un magnífico camino arbolado se abría delante de nuestro tren entre campos de algodoneros y de cereales; el tiempo era hermoso; el sol picaba; un *riego municipal* de aquel camino hubiera sido muy de desear, porque el viento levantaba un polvo fino y blanco delante de nuestro tren.

Pero todavía fue peor la cosa cuando, tendiendo la vista a una distancia de dos o tres millas, nos pareció la atmósfera llena de tal torbellino de polvo que seguramente un violento simún no lo hubiera levantado más espeso en el desierto de Libia.

—No comprendo cómo puede producirse ese fenómeno —dijo Banks—, porque la brisa es ligera.

—Kalagani nos lo explicará —respondió el coronel Munro.

Llamamos al indio, que vino hasta la baranda, observó el camino y sin vacilar dijo:

—Es una larga caravana que sube hacia el Norte, y como ya he dicho, probablemente será una caravana de bañaris.

—Kalagani —dijo Banks—, ¿encontrará usted en ella algunos de sus antiguos compañeros?

—Es posible —respondió el indio—, porque he vivido largo tiempo entre esas tribus nómadas.

—¿Y tiene usted la intención de dejarnos para irse con ellos? —preguntó el capitán Hod.

—De ningún modo —replicó Kalagani.

Este no se había engañado. Media hora después el *Gigante de Acero*, pese a su potencia, se vio obligado a suspender su marcha ante una muralla de rumiantes.

Pero no podíamos lamentar aquel retraso, porque el espectáculo que se presentó a nuestros ojos valía la pena de ser observado. Un numerosísimo rebaño, que no tenía menos de cuatro mil a cinco mil bueyes, llenaba el camino hacia el Sur en un espacio de varios kilómetros.

Como había dicho Kalagani, aquel convoy de rumiantes pertenecía a una caravana de bañaris.

—Los bañaris —nos explicó Banks— son los verdaderos gitanos del Indostán, pueblo más bien que tribu, sin morada fija, que vive durante el verano bajo la tienda y durante el invierno al abrigo de las cabañas. Son los mozos de cuerda de la península y les he visto trabajar durante la insurrección de mil ochocientos cincuenta y siete. Por una especie de convenio tácito entre los beligerantes, se permitía que sus convoyes atravesasen las provincias agitadas por la rebelión. Eran en efecto los proveedores del país y alimentaban lo mismo al ejército real que al ejército indígena. Si fuera absolutamente preciso señalar una patria en la India, a estos nómadas, les señalaríamos el Radyaputana y más especialmente quizás el reino de Milwar. Pero, puesto que van a desfilar delante de nosotros, mi querido Maucler, le ruego que examine atentamente a esos bañaris.

Nuestro tren se había separado prudentemente, colocándose a un lado del camino, porque no hubiera podido resistir a aquel aluvión de animales cornudos ante el cual las mismas fieras no vacilan en huir. Observé con atención, como quería Banks, aquella larga comitiva; pero antes debo observar que la «Casa de Vapor», en aquel momento, no pareció producir su efecto acostumbrado. El *Gigante de Acero*, que con tanta frecuencia excitaba la admiración general, apenas llamó la atención de aquellos bañaris, acostumbrados sin duda a no asombrarse de nada.

Los hombres y mujeres de aquella raza errante eran admirables; aquéllos, altos, vigorosos, de fisonomía fina, nariz aguileña, cabellos ensortijados, color bronceado donde el cobre rojo dominaba al estaño, vestidos de larga túnica y turbante, armados de lanza y

escudo y de la enorme espada que se lleva colgada del tahalí; las mujeres, de alta estatura, bien proporcionadas, de aire altivo como los hombres, de busto aprisionado en un justillo y el resto del cuerpo perdido bajo los pliegues de una ancha falda y todo envuelto de la cabeza a los pies en un manto elegante, pendientes en las orejas, gargantillas al cuello, brazaletes en los brazos, ajorcas en los tobillos, todo de oro, de plata, de marfil o de concha.

Cerca de aquellos hombres y mujeres, viejos y niños, marchaban a paso lento millares de bueyes sin silla ni freno, agitando sus borlas rojas, y haciendo sonar las campanillas de sus cabezas y llevando todos sobre el lomo unas grandes alforjas que contenían trigo y otros cereales.

Era una tribu completa que marchaba en caravana bajo la dirección de un jefe electivo, el *naik*, cuyo poder es ilimitado durante la duración de su mandato, teniendo él solo la facultad de dirigir el convoy, fijar las horas de descanso y disponer las líneas del campamento.

A la cabeza del ganado marchaba un toro de gran tamaño, de actitud magnífica, cubierto de telas resplandecientes y adornado de una sarta de campanillas y de conchas.

Pregunté a Banks qué papel desempeñaba aquel magnífico animal.

—Kalagani podrá decírnoslo con seguridad —respondió el ingeniero—. ¿Dónde está?

Llamamos a Kalagani, pero no apareció; se le buscó y no estaba en la «Casa de Vapor».

—Ha ido, sin duda, a saludar a alguno de sus antiguos compañeros —dijo el coronel Munro—, pero volverá antes de que emprendamos la marcha.

Nada más natural. Por tanto, no había por qué alarmarse de la ausencia momentánea del indio; sin embargo, por mi parte, no dejó de llamarme la atención.

—Pues bien —dijo entonces Banks—, si no me engaño, ese toro en las caravanas de bañaris es el representante de su divinidad. Por donde va él van todos. Cuando se detiene, todo el mundo hace alto; pero yo sospecho que obedece secretamente a los mandatos del *naik*. En una palabra, creo que se reúne en él toda la religión de estos nómadas.

Solamente dos horas después de haber comenzado el desfile, empezamos nosotros a ver el fin de aquella interminable comitiva. Busqué a Kalagani en la retaguardia y se presentó acompañado de un indio que no pertenecía al tipo bañari. Sin duda, era alguno de esos indígenas que alquilan temporalmente sus servicios a las caravanas, como había hecho varias veces Kalagani. Ambos hablaban fríamente, moviendo apenas los labios. ¿De quién o de qué podían hablar? Probablemente del país que la tribu en marcha acababa de atravesar y en el cual íbamos a entrar nosotros bajo la dirección de nuestro nuevo guía.

Aquel indígena, que se había quedado a la cola de la caravana, se detuvo un instante al pasar junto a la «Casa de Vapor». Observó con interés el tren precedido de nuestro elefante artificial y me pareció que miraba más atentamente al coronel Munro, pero no nos dirigió la palabra. Después, haciendo una señal de despedida a Kalagani, se unió a la caravana y desapareció entre una nube de polvo.

Cuando Kalagani se incorporó a nosotros, sin aguardar a que nadie le preguntara,

dijo al coronel Munro:

—Es uno de mis antiguos compañeros, que está desde hace dos meses al servicio de la caravana.

Con esto, Kalagani volvió a tomar su sitio en nuestro tren y en breve la «Casa de Vapor» continuó recorriendo aquel camino donde las pezuñas de millares de bueyes habían dejado impresas sus huellas.

Al día siguiente, 24 de setiembre, el tren se detenía para pasar la noche a cinco o seis kilómetros al este de Urcha.

De Urcha nada hay que decir, ni allí nada interesante que ver. Es la antigua capital del Bundelkund, ciudad que fue floreciente en la primera mitad del siglo XVII, pero por una parte los mogoles y por otra los maharatas le dieron golpes tan terribles, que no ha vuelto a reponerse de ellos. Hoy, esta ciudad, que antes era de las mayores de la India central, no es más que un pueblecillo que apenas proporciona un mísero abrigo a unos cuantos centenares de campesinos.

He dicho que acampamos a las orillas del Betwa; pero es más justo decir que el tren hizo alto a cierta distancia de su orilla izquierda.

En efecto, este importante río había crecido mucho y, desbordándose de su lecho, cubría una gran extensión. De aquí debían originarse quizás algunas dificultades para nuestro paso, lo cual se comprobaría a la mañana siguiente.

La noche era demasiado oscura para permitir a Banks ningún examen.

Así, pues, luego que comimos, cada uno de nosotros se retiró a su cuarto para acostarse.

A no ocurrir circunstancias extraordinarias jamás establecíamos vigilancia en el campamento durante la noche. ¿Para qué? ¿Podían quitarnos nuestras casas de ruedas? No. ¿Podían robarnos nuestro elefante? Tampoco: se habría defendido por sí solo nada más que con su peso. En cuanto a la posibilidad de un ataque de los merodeadores que recorren estas provincias, no había que pensar en ella; y, por otra parte, si no vigilaba ninguno de nuestros criados, los dos perros, *Fan* y *Black*, nos hubieran prevenido del todo contra la aproximación de gente sospechosa.

Esto es precisamente lo que sucedió aquella noche. Hacia las dos de la madrugada, nos despertaron los ladridos de *Fan* y *Black*. Me levanté inmediatamente y hallé a mis compañeros en pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó el coronel Munro.

—Los perros ladran —respondió Banks—, y seguramente lo hacen con motivo.

—Alguna pantera que habrá rugido en el bosque inmediato —dijo el capitán Hod—; bajemos, visitemos la entrada del bosque y por precaución llevemos nuestros fusiles.

El sargento MacNeil, Kalagani y Gumí estaban ya al frente del campamento, escuchando, discutiendo y tratando de explicar lo que ocurría en la oscuridad. Nos llegamos a ellos.

—Y bien —dijo el capitán Hod—, ¿son algunas fieras que han venido a beber al río?

—Kalagani no lo cree así —respondió MacNeil.

—¿Qué cree usted que sucede? —preguntó el coronel Munro al indio.

—Lo ignoro, coronel; pero aquí no hay tigres, ni panteras, ni siquiera chacales. Creo ver entre los árboles una masa confusa...

—Ahora lo sabremos —exclamó el capitán Hod, pensando siempre en su quincuagésimo tigre.

—Espere usted, Hod —le dijo Banks—. En el Bundelkund es siempre bueno desconfiar de los salteadores de caminos.

—Somos muchos y estamos bien armados —respondió el capitán Hod—. Quiero cerciorarme de lo que hay.

—Adelante —dijo Banks.

Los dos perros continuaban ladrando; pero sin manifestar ningún síntoma de esa cólera que, indudablemente, hubiera provocado la aproximación de animales feroces.

—Munro —dijo entonces Banks—, quédate en el campamento con Gumí y los otros, y mientras tanto, Hod, MacNeil, Kalagani y yo iremos a hacer un reconocimiento.

—¿Vienen ustedes? —dijo el capitán Hod, quien hizo una seña a Fox de que le acompañase.

Fan y Black, que ya habían penetrado entre los primeros árboles, mostraban el camino. No había que hacer más que seguirles.

Apenas habíamos entrado en el bosque, oímos un ruido de pasos. Evidentemente, por la linde de nuestro campamento pasaba una tropa numerosa. Algunas sombras silenciosas parecían huir a través de la espesura.

Los dos perros, corriendo y ladrando, iban y venían a pocos pasos delante de nosotros.

—¿Quién va? —gritó el capitán Hod.

No obtuvo respuesta.

—O esa gente no quiere responder —dijo Banks—, o no entienden el inglés.

—Pero entenderán el indio —dije yo.

—Kalagani —dijo Banks—, dígales usted en indio que si no responden haremos fuego.

Kalagani, en el idioma particular de los indígenas de la India central, cumplió la orden del ingeniero.

Tampoco obtuvo respuesta.

Entonces sonó un disparo. El impaciente capitán Hod era quien acababa de disparar, apuntando a una sombra que parecía esconderse entre los árboles.

Una confusa agitación siguió al disparo. Pareciónos que toda una tropa de individuos se dispersaba a derecha e izquierda, y así debió de suceder, porque *Fan y Black*, que se habían lanzado hacia delante, volvieron tranquilamente, no dando señal alguna de inquietud.

—Sean quienes quiera, merodeadores o vagabundos —dijo el capitán Hod—, han tocado retirada.

—Evidentemente —respondió Banks—, y no tenemos que hacer más que volver a la «Casa de Vapor». Pero por precaución vigilaremos hasta que amanezca.

Pocos instantes después, estábamos en el campamento con nuestros compañeros. MacNeil, Gumí y Fox, se concertaron para hacer guardia por turno mientras los demás nos retirábamos a nuestros cuartos.

La noche terminó sin nuevos incidentes; era de creer que los visitantes nocturnos, viendo que la «Casa de Vapor» estaba bien defendida, habían renunciado a su visita.

Al día siguiente, 25 de setiembre, mientras se hacían los preparativos de marcha, el coronel Munro, el capitán Hod, MacNeil, Kalagani y yo quisimos explorar por última vez el extremo del bosque. No había ninguna huella de la banda que se había aventurado por él durante la noche. En todo caso, no había para qué cuidarse de ella. Cuando estuvimos de vuelta, Banks tomó sus precauciones para efectuar el paso del Betwa. Este río, que se había desbordado mucho, arrastraba sus aguas amarillentas a larga distancia de su acostumbrado cauce. La corriente se movía con gran rapidez y sería necesario que el *Gigante* la resistiese lo bastante, para no ser arrastrado por ella.

El ingeniero se ocupó al principio en buscar el sitio más propicio para el desembarco. Aplicando el catalejo a los ojos, trató de descubrir el punto conveniente de la orilla derecha, donde podría efectuarse. El lecho del río tenía en esta parte de su curso una anchura de cerca de una milla; iba a ser, pues, aquél el trayecto más largo que había tenido que hacer por agua nuestro tren, hasta entonces.

Todos ocupamos nuestros sitios en el tren, Kaluth junto al fogón, Storr en su torrecilla, y Banks a su lado, haciendo el oficio de timonel.

Había que atravesar 50 pies sobre la orilla inundada, antes de llegar a la corriente. El *Gigante de Acero* se movió pausadamente y se puso en marcha. Sus anchas patas se mojaron, pero no flotaba todavía. El paso del terreno sólido a la superficie líquida debía hacerse con gran precaución.

De pronto, llegó hasta nosotros el ruido de aquella agitación que habíamos notado durante la noche.

Un centenar de individuos, gesticulando y haciendo toda clase de ademanes, acababa de salir del bosque.

—¡Diablo, eran monos! —gritó el capitán Hod, riéndose de muy buena gana.

Y, en efecto, toda una tropa de aquellos representantes del género simiesco se adelantó hacia la «Casa de Vapor» en grupo compacto.

—¿Qué quieren? —preguntó MacNeil.

—Atacarnos, sin duda —replicó el capitán Hod, siempre pronto a la defensa.

—No hay nada que temer —dijo Kalagani, que había tenido tiempo de observar la bandada de monos.

—Pero, en fin, ¿qué quieren? —preguntó por segunda vez el sargento.

—Pasar el río en nuestra compañía y nada más —respondió el indio.

Kalagani no se engañaba. No teníamos que habérmolas ni con gibones de largos brazos, velludos, importunos e insolentes, ni con individuos de la aristocrática familia que

habita el palacio de Benarés. Eran monos de la especie de los languros, los mayores de la península; esbeltos cuadrumanos, de piel negra, de cara lisa, rodeada de un collar de patillas blancas, que les da el aspecto de viejos abogados franceses. En materia de actitudes extrañas y de gestos desmesurados, habrían dejado muy atrás al mismo Matías Van Guitt. Su piel era gris por la espalda, blanca en el vientre y la cola tenía la forma de trompeta.

Después supe que estos languros eran animales sagrados en toda la India, pues según la leyenda descienden de los guerreros de Rama, que conquistaron la isla de Ceilán. En Amber ocupan un palacio llamado el Zenanah, del cual hacen amistosamente los honores a los viajeros. Está absolutamente prohibido matarlos, y la infracción de esa ley ha costado la vida a varios oficiales ingleses.

Estos monos, de carácter manso y fácilmente domesticables, son muy peligrosos cuando se les ataca y se sienten heridos. Monsieur de Rousselet ha podido decir justamente que, en tal caso, se hacían tan temibles como las hienas o las panteras.

Pero no tratábamos de hacer daño a aquellos languros y el capitán Hod dejó quieta su carabina.

¿Había tenido razón Kalagani para decir que aquella tropa, no atreviéndose a arrostrar la corriente de las aguas desbordadas, quería aprovecharse de nuestro aparato flotante para pasar el Betwa?

Era posible, y pronto íbamos a saber la verdad.

El *Gigante de Acero*, que había atravesado la playa, acababa de llegar al lecho del río y pronto el tren se halló con él flotando. Un recodo de la orilla producía en aquel paraje una especie de remolino de agua estancada, y al llegar allí la «Casa de Vapor», se mantuvo por algunos instantes inmóvil.

La tropa de monos se había aproximado y entraba ya en el agua poco profunda que cubría el talud de la orilla.

No hicimos ninguna demostración hostil; de repente, machos, hembras, viejos y jóvenes, brincando y saltando, se agarraron por la mano y se llegaron al tren, que parecía esperarles.

En pocos segundos se subieron diez sobre el *Gigante de Acero* y treinta sobre cada una de las casas y en seguida subieron más, hasta un centenar, alegres, familiares y aun puede decirse que habladores (a lo menos entre sí), felicitándose sin duda de haber encontrado tan oportunamente un aparato de navegación que les permitiera continuar el viaje.

El *Gigante de Acero* entró inmediatamente en la corriente, y, volviéndose hacia la parte superior, resistió sus ímpetus.

Banks creyó por un instante que el tren sería demasiado pesado con aquel aumento de pasajeros, pero no fue así; los monos se habían repartido de una manera muy prudente; los había sobre las ancas, sobre la torrecilla, sobre el cuello del elefante y hasta en el extremo de su trompa, y no se asustaban de los chorros de vapor. Los había sobre los techos redondos de nuestra pagoda; los unos en cucullas, los otros de pie; éstos sobre sus cuatro manos, aquéllos colgados de la cola aun bajo la baranda de los balcones. Pero la «Casa de

Vapor» se mantenía en su línea de flotación, gracias a la feliz disposición de sus cajas de aire, y no había nada que temer de aquel aumento de peso.

El capitán Hod y Fox estaban maravillados, el asistente sobre todo. Por poco no hace los honores de la «Casa de Vapor» a aquella tropa gesticulante.

Hablaba a los languros, les estrechaba la mano, les saludaba con el sombrero y de buena gana hubiera agotado todos los terrones de azúcar de la despensa, si Monsieur Parazard, formalizado al encontrarse en semejante sociedad, no se hubiera opuesto.

Mientras tanto, el *Gigante de Acero* trabajaba valientemente con sus cuatro patas que batían el agua y funcionaban como espadillas. Sin dejar de derivar hacia abajo, seguía la línea oblicua por la cual debíamos llegar al punto de desembarco.

Media hora después habíamos llegado; pero apenas tocamos en la orilla opuesta, toda la tropa de *clowns* cuadrumanos saltó a tierra y desapareció dando saltos.

—Bien hubieran podido decir gracias —exclamó Fox, descontento de la poca educación de sus compañeros de viaje.

Le respondimos con una carcajada, que era lo que merecía la observación del asistente.

CAPÍTULO XXIV

HOD CONTRA BANKS

Habíamos atravesado el Betwa, y sólo cien kilómetros nos separaban de la estación de Etawah. Cuatro días transcurrieron sin incidente, ni siquiera de caza. Las fieras eran poco abundantes en aquella parte del reino de Scindia.

—Decididamente —repetía el capitán Hod, no sin cierto despecho—, llegaré a Bombay sin haber matado el quincuagésimo tigre.

Kalagani nos guiaba con maravillosa sagacidad a través de aquella parte, la menos poblada del territorio, cuya topografía conocía perfectamente.

El 29 de setiembre el tren comenzó a subir la pendiente septentrional de los Vindya, para buscar la garganta de Sirgur.

Hasta entonces, nuestra travesía por el Bundelkund se había efectuado sin obstáculo. Este país, sin embargo, es uno de los más sospechosos de la India, porque en él suelen refugiarse todos los criminales, no faltando especialmente los salteadores de caminos. Allí los *dacoits* se entregan más particularmente a sus dos oficios de envenenadores y ladrones, y por tanto es prudente mantenerse alerta cuando se atraviesa este territorio. La parte peor de Bundelkund es precisamente la región montañosa de los Vindya, en la cual la «Casa de Vapor» iba a penetrar. El trayecto no era largo; cien kilómetros, todo lo más, hasta Yubbulpore, que es la estación más próxima del ferrocarril de Bombay a Allahabad; pero no podíamos contar con hacer la marcha tan rápida y fácilmente como la habíamos hecho por las llanuras de Scindia. Pendientes demasiado pronunciadas,

caminos en mal estado, suelo pedregoso, recodos bruscos, estrechez de ciertas partes de los caminos, todo debía contribuir a reducir la celeridad media de nuestro tren. Banks no pensaba llegar a más de 15 a 20 kilómetros en las diez horas de que se componían nuestros días de marcha, y aun así dispuso que día y noche se vigilaran las inmediaciones de los caminos y de los campamentos con todo cuidado.

Kalagani había sido el primero en darnos estos consejos, no porque no estuviéramos bien armados y en número bastante, pues nuestra pequeña tropa, con sus dos casas y la torrecilla, verdadera fortaleza que el *Gigante de Acero* llevaba en su espalda, ofrecía *cierta superficie de resistencia*, para emplear una expresión a la moda; y los merodeadores *dacoits* u otros, aunque fuesen inugs, si quedaban algunos en aquella parte salvaje del Bundelkund, lo hubieran pensado mucho antes de acometernos.

Pero la prudencia no está nunca de más, y era preferible estar prontos a todo evento.

En los primeros días de viaje llegamos a la garganta de Sirgur y el tren entró en ella sin gran trabajo. Algunas veces, al subir los desfiladeros, bastante ásperos, fue preciso forzar el vapor; pero el *Gigante de Acero*, bajo la mano de Storr, desplegaba instantáneamente la fuerza necesaria, y muchas veces subimos ciertas rampas de 12 a 15 centímetros por metro.

En cuanto a los errores de itinerario, no parecía que fuesen de temer. Kalagani conocía perfectamente aquellos pasos sinuosos de la región de los Vindya, y más particularmente aquella garganta de Sirgur. Así no vacilaba nunca, ni siquiera cuando se presentaban encrucijadas de muchos caminos entre las altas rocas, en el fondo de estrechas salidas o en medio de los espesos bosques de árboles alpestres que limitan a doscientos o trescientos pasos el horizonte.

Si alguna vez se ausentaba para ir delante, ya solo, ya acompañado de Banks, de mí o de cualquiera otro de nuestros camaradas, era para reconocer, no el camino, sino el estado del mismo.

En efecto, las lluvias durante la estación húmeda, de la cual apenas acabábamos de salir, habían deteriorado las calzadas y cubierto el suelo de baches, circunstancias que convenía tener en cuenta antes de empeñarse en caminos donde no era fácil retroceder.

Bajo el punto de vista de la locomoción, todo iba, pues, tan perfectamente como podía desearse. La lluvia había cesado del todo; el cielo, medio velado por ligeras nieblas que disminuían la intensidad de los rayos solares, no amenazaban con ninguna de esas tempestades cuya violencia es particularmente temible en la región central de la península. El calor, sin ser intenso, no dejaba de molestarnos un poco durante algunas horas del día; pero, en suma, la temperatura se conservaba en un grado medio muy soportable para viajeros perfectamente protegidos en sitios cerrados.

No faltaba la caza menuda, y nuestros cazadores proveían a las necesidades de la mesa sin apartarse de la «Casa de Vapor» más de lo que convenía.

Sólo el capitán Hod, y también Fox, sin duda, podían lamentar la ausencia de aquellas fieras que abundaban en el Tarryani. Pero ¿podían esperar que se encontrasen leones, tigres y panteras donde faltaban los rumiantes necesarios para su alimento?

Sin embargo, si no había fieras en la fauna de los Vindya, se nos presentaba la ocasión de trabar amplio conocimiento con los elefantes de la India, con los elefantes salvajes, de los cuales hasta entonces no habíamos visto sino muy pocos.

El 30 de setiembre, hacia el mediodía, nos avisaron que delante del tren había una pareja de estos soberbios animales. Al acercarnos, se separaron a un lado del camino, a fin de dejar pasar aquel tren nuevo para ellos, que sin duda les asustaba. Matarlos sin necesidad, por pura satisfacción de cazador, no valía la pena. El capitán Hod no pensó siquiera en ello; se contentó con admirar aquellos magníficos animales en plena libertad, recorriendo las gargantas desiertas, donde los arroyos, torrentes y pastos bastaban a sus necesidades.

¡Qué hermosa ocasión hubiera tenido aquí nuestro amigo Van Guitt para darnos una lección de zoología!

Sabido es que la India es por excelencia el país de los elefantes. Estos proboscídeos pertenecen todos a una misma especie, un poco inferior a la de los elefantes de África, lo mismo los que recorren las diferentes provincias de la península que los que habitan Birmania, el reino de Siam y hasta los territorios situados al este del golfo de Bengala.

¿Cómo se les caza? Generalmente en un *kiddah* (recinto rodeado de empalizada). Cuando se trata de capturar un rebaño entero, los cazadores, en número de trescientos o cuatrocientos, bajo la dirección especial de un yamadar o sargento indígena, les van rechazando poco a poco hacia el *kiddah*, donde les encierran, los separan unos de otros con el auxilio de elefantes domesticados y adiestrados para este objeto, les traban las patas traseras, y la captura queda hecha.

Pero este método, que exige tiempo y cierto despliegue de fuerza, es con frecuencia ineficaz cuando se trata de apoderarse de los machos ya muy crecidos. Estos, en efecto, son más suspicaces y bastante inteligentes para forzar el círculo de los ojeadores y evitar su prisión en el *kiddah*. Por eso, hembras domesticadas se encargan de seguir a los machos durante algunos días, llevando a su espalda sus *mahuts* envueltos en mantas de color oscuro, y cuando los elefantes, sin sospechar nada, se entregan tranquilamente a la dulzura del sueño, son capturados, encadenados y llevados cautivos, sin haber tenido tiempo de saber lo que les pasaba.

Antiguamente, según he tenido ocasión de decir, se capturaban los elefantes por medio de grandes fosos de unos quince pies de profundidad abiertos en los sitios por donde tenían que pasar; pero en su caída el animal se hería o se mataba, y por eso se ha renunciado casi por completo a este bárbaro medio de captura. En fin, se emplea también el lazo en los territorios de Bengala y del Nepal, especie de caza que tiene interesantes peripecias. Tres hombres montan en cada uno de los elefantes adiestrados; en el cuello un *mahut* que los dirige, en la grupa un aguijoneador que les estimula con el látigo o aguijón, y en el lomo el indio encargado de lanzar el lazo provisto de un nudo corredizo. De este modo, los proboscídeos persiguen al elefante bravío, a veces durante algunas horas, por los llanos y los bosques, con frecuencia con gran perjuicio de los que los montan, hasta que el elefante, cogido en el lazo, cae pesadamente al suelo y queda a merced de los cazadores.

Con estos diversos métodos se cogen anualmente en la India un gran número de elefantes, y no es mala especulación, porque se vende por siete mil francos una hembra y por veinte mil un macho, y hasta por cincuenta mil cuando es de pura sangre.

¿Son realmente tan útiles estos animales, puesto que se les compra a tan alto precio?

Sí, y con la condición de alimentarlos convenientemente (de seiscientas a setecientas libras de forraje verde cada dieciocho horas, es decir, lo que puede llevar de peso en una etapa media), se obtienen de ellos verdaderos servicios como transportes de soldados y de provisiones militares, transporte de la artillería en los países montañosos o por los matorrales inaccesibles para los caballos, y trabajos de fuerza por cuenta de los particulares, que los emplean como animales de tiro. Estos poderosos animales, dóciles y fácilmente domesticables por consecuencia de su instinto especial que les inclina a la obediencia, son de uso general en las diversas provincias del Indostán. Ahora bien, como en estado de domesticidad no se multiplican, es preciso cazarlos sin cesar para satisfacer los pedidos de la península y del extranjero.

Por eso se les persigue y se les atrapa por los medios arriba dichos. Sin embargo, a pesar del consumo que se hace, su número no parece disminuir y aun quedan cantidades considerables en los diversos territorios de la India. Puedo añadir que aun quedan demasiados, como pronto vamos a ver.

Los dos elefantes se habían separado a un lado del camino, como he dicho, para dejar pasar a nuestro tren; pero luego que pasó prosiguieron su marcha un momento interrumpida.

Casi inmediatamente se presentaron otros elefantes detrás de nosotros, y apresurando el paso se unieron a la pareja junto a la cual acabábamos de pasar. Un cuarto de hora después, podíamos contar una docena. Observaban la «Casa de Vapor» y nos seguían manteniéndose a distancia de cincuenta metros todo lo más, pareciendo que no deseaban llegarse a nosotros ni tampoco perdernos de vista. Esto les era tanto más fácil cuanto que en aquellas cuevas que rodeaban los principales centros de los Vindya, el *Gigante de Acero* no podía acelerar el paso.

Por otra parte, un elefante puede moverse con más celeridad de la que pudiera creerse, celeridad que, según Mr. Sanderson, muy competente en esta materia, pasa algunas veces de veinticinco kilómetros por hora. Nada, pues, más fácil para aquellos elefantes que alcanzarnos o pasar delante de nosotros.

Pero no parecía que fuese ésta su intención, a lo menos en aquel momento; lo que querían, sin duda, era reunirse en mayor número. En efecto, a ciertos gritos lanzados como un llamamiento por su vasta garganta, respondían los gritos de los que estaban rezagados y seguían el mismo camino. Hacia la una de la tarde, treinta elefantes en grupo seguían nuestro tren por el camino; era una verdadera manada, y aún podía esperarse que su número aumentaría. Si un rebaño de estos proboscídeos se compone generalmente de treinta o cuarenta individuos, que forman una familia de parientes más o menos próximos, no es raro encontrar también aglomeraciones de cientos de estos animales, y los viajeros no pueden menos de alarmarse ante esa eventualidad.

El coronel Munro, Banks, Hod, el sargento MacNeil, Kalagani y yo nos habíamos asomado a la baranda del segundo carruaje y observábamos lo que ocurría a retaguardia del tren.

—Su número va aumentando más y más —dijo Banks—, y aumentará sin duda con todos los elefantes que anden dispersos por el territorio.

—Sin embargo —observé yo—, no pueden oírse más allá de una distancia relativamente corta.

—No —respondió el ingeniero—, pero se olfatean, y tal es la finura de su olfato, que hay elefantes domesticados que conocen la presencia de los bravíos aun a tres y cuatro millas de distancia.

—Es una verdadera emigración —dijo entonces el coronel Munro—. Miren ustedes. Hay allí, detrás de nuestro tren, todo un rebaño separado por grupos de diez a doce elefantes, y estos grupos vienen a tomar parte en el movimiento general. Creo que es necesario apresurar nuestra marcha, Banks.

—El *Gigante de Acero* hace lo que puede, Munro —respondió el ingeniero—. Vamos con cinco atmósferas de presión; hay tiro y el camino es muy áspero.

—Pero ¿por qué apresurarse? —exclamó el capitán Hod, cuyo buen humor no dejaba de excitarse en casos semejantes—. Dejemos que nos acompañen esos innumerables animales. Es una comitiva digna de nuestro tren. El país estaba desierto y ya no lo está, porque ahora marchamos escoltados como rajás durante un viaje.

—Preciso será dejarles que nos acompañen, porque no veo medio de impedirlo —replicó Banks.

—Pero ¿qué teme usted? —preguntó el capitán Hod—. No ignora usted que ese rebaño es siempre menos temible que un elefante solitario. Estos animales son excelentes; no son más que carneros con trompa.

—Bueno, ya está Hod entusiasmado —dijo el coronel Munro—. Convengo en que si ese rebaño permanece a retaguardia conservando su distancia, nada tenemos que temer; pero si le da el capricho de querer pasar delante de nosotros por este estrecho camino, podría resultar averiada la «Casa de Vapor».

—Sin contar —dije yo— que, cuando se encuentren por primera vez cara a cara con nuestro *Gigante de Acero*, no sé yo la acogida que le harán.

—¡Le saludarán, mil diablos! —exclamó el capitán Hod—; le saludarán, como le saludaron los elefantes del príncipe Gurú-Singh.

—Aquéllos eran elefantes domesticados —observó, no sin razón, el sargento MacNeil.

—Pues bien —respondió el capitán Hod—, éstos se domesticarán, o mejor dicho, se admirarán de nuestro *Gigante de Acero* y le mostrarán el más profundo respeto.

Nuestro amigo no había perdido nada de su entusiasmo por el elefante artificial, «obra maestra de mecánica creada por la mano de un ingeniero inglés».

—Por otra parte —añadió—, esos proboscídeos —sin duda le había gustado la palabreja— son muy inteligentes, raciocinan, juegan, comparan, asocian sus ideas y dan

muestras de un talento casi humano.

—Eso es discutible —respondió Banks.

—¡Cómo discutible! —exclamó el capitán Hod—.

Sería necesario no haber vivido en la India para hablar así. ¿No se emplean esos animales en todos los usos domésticos? ¿Hay un servidor de dos pies que pueda igualarles? ¿No está dispuesto el elefante a hacer toda clase de servicios en la casa de su amo? ¿No sabe usted, Maucier, lo que dicen los autores que mejor los han conocido? A creerles, el elefante adivina los deseos de aquellos a quienes ama, les descarga de los pesos que llevan, recoge para ellos flores o frutos, pide para la comunidad, como hacen los célebres elefantes de la pagoda de Willenur, cerca de Pondichery, paga en los bazares las cañas de azúcar, las bananas o los mangos que compra para sí, protege en el Sunderbund los rebaños y la casa de su amo contra las fieras, saca agua de las cisternas y lleva a paseo los niños que le confían, cuidándolos mejor que la más competente de las niñeras de toda Inglaterra. Es humano y agradecido, porque su memoria es prodigiosa y no olvida los beneficios ni las injurias. Amigos míos, esos gigantes de la humanidad (sí, de la humanidad, digo) no aplastarían por su gusto un insecto inofensivo. Un amigo mío (estos rasgos no pueden olvidarse) vio que un indio ponía un insecto sobre una piedra y mandaba a un elefante domesticado que lo aplastase. Pues bien, el excelente paquidermo levantaba la pata siempre que pasaba por encima de la piedra, y ni órdenes ni golpes le hicieron ponerla sobre el insecto. Por el contrario, cuando le mandaban cogerlo y llevarlo al amo, lo tomaba delicadamente con aquella especie de mano maravillosa que tienen al extremo de su trompa y le daba la libertad. ¿Dirá usted ahora, Banks, que el elefante no es bueno, generoso, superior a todos los demás animales, hasta al mono, hasta al perro, y no reconocerá que los indios tienen razón cuando le conceden casi tanta inteligencia como al hombre?

Y el capitán Hod, para terminar su elocuente discurso, no halló medio mejor que quitarse el sombrero y saludar al terrible rebaño que nos seguía a pasos contados.

—Bien dicho, capitán Hod —respondió el coronel

Munro sonriéndose—. Los elefantes tienen en usted un ardiente defensor.

—¿Pero no tengo razón, coronel? —preguntó el capitán.

—Es posible que el capitán Hod tenga razón —respondió Banks—, pero yo creo que más la tiene Sanderson, cazador de elefantes y muy conocedor de lo que les concierne.

—¿Y qué dice ese Sanderson? —preguntó el capitán con tono desdeñoso.

—Pretende que el elefante tiene, por lo general, una inteligencia muy ordinaria, que los actos más admirables que se le ve ejecutar no resultan sino de una obediencia asaz servil a las órdenes que le dan más o menos secretamente los que le cuidan.

—¡Bah! —dijo el capitán Hod, que se iba excitando más y más.

—Por eso se observa —continuó Banks— que los indios no han tomado nunca al elefante como símbolo de inteligencia para sus esculturas o sus pinturas sagradas, y han concedido la preferencia a la zorra, al ciervo o al mono.

—¡Protesto! —exclamó el capitán Hod, cuyo brazo, gesticulando, tomaba el movimiento ondulatorio de una trompa.

—Proteste usted, mi capitán, pero escuche —añadió Banks—. Sanderson añade que lo que distingue más particularmente al elefante es que tiene desarrollada en alto grado la protuberancia de la obediencia, que sin duda debe formar una linda protuberancia en su cráneo. Observa también que el elefante se deja atrapar en trampas ingenuas (éstas son sus palabras), como los fosos cubiertos de ramas, y que no hace ningún esfuerzo para salir de ellos. Observa que se deja encerrar en recintos donde sería imposible llevar a otros animales salvajes, y, en fin, dice que los elefantes cautivos que logran escaparse se dejan prender con una facilidad que no hace honor a su sensatez. La experiencia no les enseña ni a ser prudentes.

—¡Pobres animales! —exclamó el capitán Hod en tono cómico—. ¡Cómo os trata este ingeniero!

—Para concluir —añadió Banks—, digo que no hay que fiarse de la bondad que se supone en el elefante; que sería imposible resistir a una tropa de esos gigantes si por alguna causa se pusieran furiosos, y que preferiría que estos que nos escoltan se dirigieran hacia el Norte, ya que nosotros vamos hacia el Sur.

— Tanto más —dijo el coronel Munro—, cuanto que, mientras ustedes discuten, su número aumenta en una proporción alarmante.

CAPÍTULO XXV

CIENTO CONTRA UNO

Sir Eduardo Munro no se engañaba. Una masa de cincuenta o sesenta elefantes marchaba ya detrás de nuestro tren; iban en filas cerradas y ya los primeros se habían acercado a menos de diez metros de la «Casa de Vapor», de manera que era posible observarles minuciosamente.

A la cabeza marchaba entonces uno de los mayores del grupo, aunque su estatura, medida verticalmente desde el lomo, no pasaba de tres metros. Como he dicho, ésta es una alzada inferior a la de los elefantes de África, algunos de los cuales llegan a tener cuatro metros. Los colmillos de aquel elefante, igualmente más cortos que los de sus congéneres africanos, no tenían más de un metro y medio en curvatura exterior, y cuarenta centímetros a la salida del eje óseo que les sirve de base. En la isla de Ceilán se encuentran cierto número de estos animales que no tienen colmillos, arma formidable de que se sirven con destreza; pero estos *mucknas*, nombre que se da a esta clase de elefantes, son muy raros en los territorios del Indostán propiamente dicho.

Detrás de aquel elefante venían varias hembras, que son las verdaderas directoras de la caravana. Sin la presencia de la «Casa de Vapor» habrían formado la vanguardia y aquel macho se hubiera quedado atrás, sin duda, entre las filas de sus compañeros. En efecto, los machos no saben dirigir un rebaño; no tienen a su cargo los hijos; no pueden saber cuándo es necesario hacer alto para las necesidades de sus «bebés», ni qué clase de campamento les

conviene. Son las hembras las que moralmente llevan la dirección de la «casa» y dirigen las grandes emigraciones.

Ahora, en cuanto a saber por qué marchaba así aquella tropa, era cosa difícil; no se sabía si la impulsaba la necesidad de buscar otros pastos habiéndose agotado los antiguos o la de huir de las picaduras de ciertas moscas muy perniciosas, o, por último, el deseo de seguir nuestro tren extraordinario. El país estaba bastante desierto, y, según la costumbre de aquellos animales, cuando no están en regiones pobladas de árboles, viajan durante el día. ¿Se detendrían al llegar la noche, como nosotros tendríamos que hacerlo? Esto era lo que íbamos a ver en breve.

—Capitán Hod —dije yo a nuestro amigo—, el número de elefantes aumenta. ¿Persiste usted en no temer nada de ellos?

—¡Bah! —me contestó el capitán Hod—. ¿Por qué nos habían de querer mal? No son tigres, ¿no es verdad, Fox?

—Ni siquiera panteras —respondió el asistente, que, naturalmente, se asociaba a las ideas de su amo.

Pero al oír esta respuesta, vi a Kalagani mover la cabeza en señal de desaprobación. Sin duda no participaba de la perfecta tranquilidad de los dos cazadores.

—No parece usted muy satisfecho, Kalagani —le dijo Banks, que le miraba en aquel momento.

—¿No se podría acelerar un poco la marcha del tren? —preguntó Kalagani.

—Es difícil —dijo el ingeniero—. Sin embargo, lo intentaremos.

Y Banks, dejando el balcón posterior del tren, volvió a la torrecilla, en la cual estaba Storr.

Casi inmediatamente, los pitidos del *Gigante de Acero* se hicieron más precipitados y se aceleró la marcha del tren.

La velocidad era, sin embargo, poca, porque el camino era áspero; pero aunque se hubiera duplicado, la situación no se habría modificado de ningún modo. El rebaño de elefantes hubiera apresurado su paso, como lo hizo, y la distancia que lo separaba de la «Casa de Vapor» continuó siendo la misma.

Así pasaron muchas horas sin variación importante. Después de comer, volvimos a apostarnos bajo la baranda del segundo carruaje.

En aquel momento, el camino presentaba a retaguardia una dirección rectilínea de dos millas por lo menos, donde la vista no estaba limitada por ningún recodo.

¡Cuál no sería nuestra inquietud al ver que el número de elefantes había aumentado considerablemente en una hora! No se contaba ya menos de un centenar.

Marchaban entonces en dos o tres filas, según la anchura del camino, silenciosamente, al mismo paso, por decirlo así, los unos con la trompa levantada y los otros con los colmillos al aire. Era aquel movimiento como el de un mar agitado por grandes olas de fondo. La superficie, para continuar la metáfora, todavía estaba tranquila, pero si una tempestad desencadenaba aquella masa en movimiento, ¡a qué peligros no estaríamos expuestos!

Entretanto, la noche se acercaba, una noche en que no íbamos a tener ni luna ni estrellas, porque cubría una especie de bruma las altas zonas del cielo.

Como había dicho Banks, cuando oscureciese no podríamos seguir aquellos caminos difíciles y tendríamos que detenernos. El ingeniero resolvió, pues, hacer alto cuando encontrásemos algún claro del valle o alguna garganta menos estrecha, que permitiese al amenazador rebaño de elefantes pasar al lado de nuestro tren y continuar su emigración hacia el Sur.

Pero, ¿pasaría, o acamparía en el sitio donde nosotros acampásemos?

Esta era la gran cuestión.

Por otra parte, al acercarse la noche se observó evidentemente que los elefantes manifestaban cierta inquietud que no habían mostrado durante el día. Una especie de mugido poderoso, pero sordo, se escapó de sus vastos pulmones, y a aquel ruido amenazador sucedió otro de una naturaleza particular.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó el coronel Munro.

—Es —respondió Kalagani— el sonido que producen esos animales cuando se encuentran en presencia de algún enemigo.

—Ese enemigo no puede ser más que nosotros, supongo yo —añadió Banks.

—Así lo temo —respondió el indio.

El ruido se parecía entonces a un trueno lejano y recordaba el que se produce entre los bastidores de un teatro por la vibración de un metal. Los elefantes, frotando la extremidad de su trompa en el suelo, lanzaban enormes bocanadas de aire después de una aspiración prolongada, y de aquí la sonoridad poderosa y profunda que nos hacía el efecto del redoble de los truenos.

Eran entonces las nueve de la noche. En aquel sitio había una especie de llanura casi circular de una milla y media de circunferencia, donde desembocaba el camino que conducía al lago Puturia, cerca del cual Kalagani había tenido la idea de establecer nuestro campamento. Pero aquel lago se encontraba todavía a quince kilómetros de distancia y no podíamos llegar a él antes de medianoche.

Banks, pues, dio la señal de alto. El *Gigante de Acero* se detuvo, pero no se le desenganchó; ni siquiera se le recogió el fuego en el fondo del fogón; Storr recibió la orden de mantener siempre la presión conveniente para que el tren pudiera ponerse en marcha a la primera señal, porque era necesario estar prontos para todo evento.

El coronel Munro se retiró a su gabinete; pero Banks y el capitán Hod no quisieron acostarse, y yo preferí quedarme con ellos. Además, todo el personal estaba en pie. Pero, ¿qué podíamos hacer si se les ocurría a los elefantes el capricho de arrojar sobre la «Casa de Vapor»?

Durante la primera hora de vigilia continuamos oyendo aquel sordo murmullo alrededor del campamento. Evidentemente, las grandes masas de los elefantes se desplegaban en la llanura. ¿Iban a atravesarla y a proseguir su camino hacia el Sur?

—Después de todo, es posible —dijo Banks.

—Y hasta probable —añadió el capitán Hod, siempre optimista.

Hacia las once de la noche, el ruido fue disminuyendo poco a poco, y diez minutos después había cesado del todo.

La noche estaba tranquila; el menor ruido extraño podía llegar a nuestro oído; pero no oíamos nada más que el sordo ronquido del *Gigante de Acero* en la oscuridad, ni tampoco veíamos más que las chispas que de cuando en cuando se escapaban de su trompa.

—Tenía yo razón —dijo el capitán Hod—. Ya se marcharon esos buenos elefantes.

—¡Buen viaje! —contesté yo.

—¡Que se marcharon! —exclamó Banks moviendo la cabeza—. Eso es lo que vamos a ver ahora mismo. —Después, llamando al maquinista, dijo—: Storr, los fanales.

Veinte segundos después, dos luces eléctricas salían de los ojos del *Gigante de Acero*, y por un mecanismo automático se paseaban por todos los puntos del horizonte.

Los elefantes estaban allí, formando un gran círculo en derredor de la «Casa de Vapor», inmóviles, como dormidos, durmiendo quizás. Aquellas luces, que iluminaban confusamente sus masas, parecía que les animaban con una vida sobrenatural. Por una simple ilusión óptica, los monstruos, sobre los cuales se fijaban violentos chorros de luz, tomaban proporciones gigantescas, dignas de rivalizar con las de nuestro *Gigante de Acero*. Heridos por la viva proyección del foco luminoso, se levantaban prontamente, como si hubieran sido tocados por una ascua de fuego. Su trompa apuntaba hacia delante y levantaban al aire los colmillos como si trataran de lanzarse al asalto del tren, mientras de sus vastas mandíbulas se escapaban roncós gruñidos. En breve, aquel súbito furor se comunicó a todos, y alrededor de nuestro campamento se levantó un concierto atronador, como si cien clarines hubieran resonado a la vez.

—Apaga —dijo Banks.

La corriente eléctrica quedó súbitamente interrumpida y el ruido cesó casi instantáneamente.

—Ahí están acampados en círculo —agregó el ingeniero.

—¡Hum! —murmuró el capitán, cuya confianza me pareció un poco debilitada.

¿Qué partido tomar? Llamamos a Kalagani, el cual no ocultó los temores que experimentaba.

¿Podía pensarse en dejar el campamento en aquella noche oscura?

Era imposible, y, por otra parte, ¿de qué hubiera servido? Los elefantes seguramente nos hubieran seguido, y las dificultades habrían sido mayores que durante el día.

—¿Y si se obstinan esos terribles animales en escoltarnos? —pregunté yo.

—Trataremos de llegar a cualquier sitio en que la «Casa de Vapor» pueda ponerse fuera de su alcance —respondió Banks.

—¿Encontraremos ese sitio antes de salir de los Vindya? —inquirió el capitán Hod.

—Hay uno —contestó el indio.

—¿Cuál? —preguntó Banks.

—El lago Puturia.

—¿A qué distancia está de aquí?

—A unas nueve millas.

—Pero los elefantes nadan —respondió Banks—, y quizá mejor que ningún otro cuadrúpedo. Se les ha visto sostenerse en la superficie del agua durante más de medio día. ¿No es de temer que nos sigan por el lago y que la situación de la «Casa de Vapor» se encuentre todavía más comprometida?

—No veo otro medio de librarnos de sus ataques —dijo el indio.

—Entonces, lo intentaremos —afirmó el ingeniero.

Era, en efecto, el único partido que se podía tomar. Quizá los elefantes no se atreverían a echarse al lago en aquellas condiciones y quizá también podríamos ganarles en celeridad.

Esperamos impacientemente el día, que no tardó en presentarse. Durante el resto de la noche no se había hecho ninguna demostración hostil; pero al salir el sol ni un solo elefante se había movido y la «Casa de Vapor» estaba rodeada por todas partes.

Hubo entonces un movimiento general en el campamento, como si los elefantes obedecieran a una consigna. Sacudieron sus trompas, frotaron sus colmillos contra el suelo, hicieron lo que puede llamarse su tocado, rociándose de agua fresca, acabaron de pacer acá y allá un poco de la espesa hierba que cubría la pradera, y finalmente se acercaron tanto a la «Casa de Vapor», que desde las ventanas se les hubiera podido herir con las picas.

Banks, sin embargo, nos recomendó expresamente que no les provocáramos. Lo importante era no dar ningún pretexto para una agresión repentina.

Algunos de aquellos elefantes estrechaban cada vez más de cerca a nuestro *Gigante de Acero*. Evidentemente querían reconocer lo que era aquel enorme animal, inmóvil entonces. ¿Le consideraban como uno de sus congéneres? ¿Sospechaban que tuviera un poder maravilloso? El día anterior no habían tenido ocasión de verlo maniobrar, porque sus primeras filas se habían conservado siempre a cierta distancia a retaguardia del tren. Pero, ¿qué harían cuando le oyesen barritar, cuando su trompa lanzara torrentes de vapor, cuando le vieran levantar y bajar sus anchas patas articuladas, ponerse en marcha y arrastrar las dos casas de ruedas?

El coronel Munro, el capitán Hod, Kalagani y yo, nos habíamos situado en la parte anterior del tren, y en el interior estaban MacNeil y sus compañeros.

Kaluth estaba delante del fogón de su caldera y continuaba cargándolo de combustible, aunque la presión del vapor había llegado a cinco atmósferas.

Banks, en la torrecilla, cerca de Storr, apoyaba su mano en el regulador.

El momento de partir había llegado. Banks hizo una señal y el maquinista oprimió la palanca del timbre, produciendo un violento silbido.

Los elefantes levantaron las orejas, y después, retrocediendo un poco, dejaron el camino libre en un espacio de algunos pasos.

El fluido se introdujo en los cilindros; salió de la trompa un chorro de vapor; las ruedas de la máquina, puestas en movimiento, comunicaron su acción a las patas del *Gigante de Acero* y el tren comenzó a moverse.

Ninguno de mis compañeros podrá contradecirme si afirmo que hubo al principio un vivo movimiento de sorpresa entre los animales de las primeras filas. Abrieron una ancha

calle y el camino pareció bastante descubierto para poder imprimir a la «Casa de Vapor» una velocidad igual a la de un caballo avanzando al trote corto.

Pero inmediatamente toda la *masa proboscídea* (expresión del capitán Hod) comenzó a moverse adelante y atrás. Los primeros grupos se pusieron a los lados del camino, más ancho en aquel paraje, y otros elefantes nos acompañaban como jinetes a las portezuelas de un carruaje. Machos y hembras iban mezclados; los había de todos los tamaños y edades; jóvenes de veinticinco años, adultos de sesenta; viejos elefantes de más de ciento; elefantes que caminaban junto a sus madres, aplicando los labios a sus pechos, y no la trompa, como se ha creído algunas veces. Toda aquella multitud conservaba cierto orden, no apresurándose más de lo necesario y acomodando su paso al del *Gigante de Acero*.

—Que nos escolten así hasta el lago —dijo el coronel Munro—, no me importa.

—Sí —respondió Kalagani—; pero, ¿qué sucederá cuando se estreche el camino?

Aquí estaba el peligro.

Ningún incidente ocurrió durante las tres horas que se emplearon en andar doce kilómetros de los quince que distaba el campamento del lago Puturia. Dos o tres veces solamente, algunos elefantes se habían atravesado en el camino como si tuvieran la intención de cerrarnos el paso; pero el *Gigante de Acero*, con sus colmillos horizontales, marchó hacia ellos, les lanzó su vapor a la cara y se separaron para darle paso. A las diez de la mañana faltaban dos o tres kilómetros para llegar al lago, y allí esperábamos estar relativamente en seguridad.

Por supuesto que si las demostraciones hostiles del enorme rebaño no aumentaban antes de llegar al lago, Banks pensaba llevarle hacia el Oeste sin detenerse, para salir al día siguiente de la región de los Vindya. Desde allí a la estación de Yubbulpore no había sino pocas horas de marcha.

Añadiré que el país era no solamente muy agreste, sino que estaba absolutamente desierto. No se veía ni una aldea, ni una granja, sin duda por la insuficiencia de los pastos, ni una caravana, ni siquiera un viajero. Desde nuestra entrada en aquella parte montañosa del Bundelkund no habíamos encontrado alma viviente.

Hacia las once comenzó a estrecharse el camino del valle que seguía la «Casa de Vapor», entre dos poderosos contrafuertes de la cordillera.

Como lo había pronosticado Kalagani, aquel camino iba a hacerse cada vez más estrecho hasta el sitio en que desembocaba junto al lago.

Nuestra situación, ya muy alarmante, se agravaría.

En efecto, si las filas de los elefantes se hubieran prolongado simplemente a vanguardia y retaguardia del tren, la dificultad no habría aumentado. Pero los que marchaban a los lados no podían seguir del mismo modo, porque o nos habrían aplastado contra las rocas del camino o habrían sido precipitados por la «Casa del Vapor» en los precipicios que le rodeaban en muchos parajes.

Por instinto trataron de colocarse ya a la cabeza, ya a la cola, de donde resultó que, en breve, no nos fue posible ni adelantar ni retroceder.

—Sí —hubo de reconocer Banks—, y nos vemos en la necesidad de forzar la marcha a través de esa masa.

—Forcémosla —exclamó el capitán Hod—. ¡Qué diablos! Los colmillos de acero de nuestro *Gigante* valen tanto como los de marfil de esas estúpidas bestias.

Los proboscídeos no eran ya más que bestias estúpidas para el voluble capitán Hod.

—Sin duda —respondió el sargento MacNeil—, pero somos uno contra ciento.

—Adelante, de todos modos —exclamó Banks—; porque, si no, todo ese rebaño va a pasar por encima de nosotros.

Diose mayor presión al vapor y el *Gigante de Acero* comenzó a caminar con paso más rápido, de modo que sus colmillos hirieron en la grupa a uno de los elefantes que se hallaba delante de él.

El animal contestó con un grito de dolor, al cual sucedieron inmediatamente los clamores furiosos de toda la tropa. Era, pues, inminente una lucha cuyo éxito nadie podía prever.

Todos habíamos tomado las armas; los fusiles cargados con balas cónicas, las carabinas cargadas con balas explosivas, los revólveres provistos de todos sus cartuchos.

El primer ataque vino de un gigantesco macho de feroz aspecto, que, enristrados los colmillos y apoyándose fuertemente en las patas traseras, se volvió contra el *Gigante de Acero*.

—Es un *gunesh* —exclamó Kalagani.

—¡Bah! No tiene más que un colmillo —dijo el capitán Hod, que se encogió de hombros en señal de desprecio.

—Por eso es más terrible —respondió el indio.

Kalagani había dado a aquel elefante el nombre de que se sirven los cazadores para designar los machos que no tienen más que un colmillo, son animales muy reverenciados por los indios, sobre todo cuando es el colmillo derecho el que les falta. Tal era el que nos atacaba, y, como había dicho Kalagani, era el más terrible de todos los de su especie.

En efecto, el *gunesh* lanzó una larga y vibrante nota, encorvó su trompa, de la cual no se sirven jamás los elefantes para combatir, y se precipitó contra nuestro *Gigante de Acero*.

Su colmillo hirió de frente el metal del pecho de nuestro elefante y lo atravesó de parte a parte; pero encontrando la espesa armadura del fogón interior, se rompió en aquel choque.

El tren entero se resintió de la sacudida; sin embargo, la fuerza adquirida le empujó hacia delante y rechazó al *gunesh*, que en vano trató de resistir el movimiento.

El lamento del animal había sido oído y comprendido por toda la tropa que marchaba a vanguardia, la cual se detuvo inmediatamente y nos presentó un obstáculo insalvable de carne viva, al mismo tiempo que los grupos que iban a la cola, continuando su marcha, chocaron violentamente contra la baranda posterior. ¿Cómo resistir contra semejante fuerza?

Al mismo tiempo, algunos de los que estaban a los lados, con sus trompas

levantadas, se asían de los montantes de los carruajes, sacudiéndolos furiosamente. No podíamos detenernos so pena de perder el tren; y era preciso, además, defenderse. No había vacilación posible. Asestamos, pues, los fusiles y las carabinas contra los agresores.

—¡Que no se pierda un solo tiro! —gritó el capitán Hod—. Amigos míos, apuntad al nacimiento de la trompa o al hueco que tienen debajo de los ojos. Son los mejores sitios.

El capitán Hod fue obedecido. Resonaron muchas detonaciones, que fueron seguidas de rugidos de dolor.

Tres o cuatro elefantes, tocados en el sitio oportuno, habían caído hacia atrás y lateralmente, circunstancia feliz, puesto que sus cadáveres no obstruían el camino. Los primeros grupos habían retrocedido un poco y el tren pudo continuar su marcha.

—Volved a cargar y esperemos —dijo el capitán Hod.

Si lo que quería esperar era el ataque del rebaño, no tuvo que aguardar mucho. El ataque vino con una violencia tal, que nos creímos perdidos.

De pronto, estalló un concierto de furiosos y roncós mugidos como los que producen los elefantes de combate, en quienes los indios, por medio de un tratamiento particular, producen esa sobreexcitación de la cólera llamada *musth*. Nada más temible; y los más audaces elefantes educados en el Guicowar para luchar contra aquellos terribles animales, hubieran retrocedido ante los que acometieron a la «Casa de Vapor».

—¡Adelante! —gritaba Banks.

—¡Fuego! —añadía Hod.

Y con los silbidos más precipitados de la máquina se mezclaban las detonaciones de las armas. En aquella masa confusa era difícil apuntar al sitio oportuno, como había aconsejado el capitán. Cada bala encontraba carne en que hacer un agujero, pero no todas herían mortalmente. Así, los elefantes heridos se ponían doblemente furiosos y a nuestros tiros de fusil respondían con los golpes de sus colmillos, que perforaban las paredes de la «Casa de Vapor».

Mientras tanto, a las detonaciones de las carabinas descargadas a vanguardia y retaguardia del tren y al estallido de las balas explosivas en el cuerpo de los animales, se unían los silbidos del vapor sobrecargado por el tiro artificial. La presión iba siendo cada vez mayor; el *Gigante de Acero* entraba en aquella masa, la dividía, la rechazaba, y, al mismo tiempo, su trompa movable, levantándose y bajándose como una maza formidable, golpeaba repetidamente la masa de los elefantes, hiriéndola con sus colmillos.

Seguíamos un estrecho camino. Algunas veces, las ruedas se deslizaban por la superficie del suelo; pero al fin concluían por morder la tierra con sus llantas rayadas y ganábamos terreno hacia el lago.

—¡Viva! —gritaba el capitán Hod, como un soldado que se arroja a lo más fuerte de la pelea.

—¡Viva! —repetíamos nosotros.

En aquel momento cayó una trompa sobre la baranda anterior, y el coronel Munro, envuelto en aquel

lazo de carne viva, iba a ser precipitado a los pies de los elefantes, si Kalagani, que

estaba allí, no hubiese intervenido cortando la trompa de un vigoroso hachazo.

Sin dejar de tomar parte en la defensa común, el indio no perdía de vista a Sir Eduardo Munro. Su solicitud por el coronel no se había desmentido nunca, y parecía creer que, entre todos nosotros, era a Sir Eduardo Munro a quien más debía proteger.

¡Ah! ¡Qué poder contenía en sus flancos nuestro *Gigante de Acero*! ¡Con qué seguridad penetraba entre la masa de elefantes a manera de cuña, con una fuerza de penetración infinita! Como en el mismo momento los elefantes de la retaguardia nos empujaban con sus cabezas, el tren avanzaba sin detenerse, aunque no sin sacudidas, y marchaba más de prisa de lo que hubiéramos podido esperar.

De repente, se oyó un nuevo ruido en medio del tumulto general.

Era el segundo carruaje, aplastado contra las rocas del camino por un grupo de elefantes.

—¡Venid, venid! —gritó Banks a nuestros compañeros que defendían aquel carruaje.

Ya Gumí, el sargento y Fox habían pasado rápidamente del segundo coche al primero.

—¿Y Monsieur Parazard? —preguntó Banks.

—No quiere venir.

—Traedle.

Sin duda, nuestro jefe de cocina pensaba que era una deshonra para él abandonar el puesto que se le había confiado. Pero tanto le hubiera valido quererse escapar de las mandíbulas de una tijera de cortar metal que de los brazos vigorosos de Gumí cuando se ponía a la obra. Así, pues, Monsieur Parazard fue llevado al comedor.

—¿Estamos todos? —preguntó Banks.

—Sí, señor —respondió Gumí.

—Cortad la barra y el pasadizo del enganche.

—¡Abandonar la mitad del tren! —exclamó el capitán Hod.

—No hay más remedio —contestó Banks.

Cortada la barra, se rompió el pasadizo a fuerza de hachazos, y dejamos en el camino el segundo carruaje.

Ya era tiempo: aquel carruaje acababa de ser levantado y derribado por los elefantes, los cuales, arrojándose sobre él con todo su peso, acabaron de aplastarlo, no quedando de él más que una ruina informe que obstruía el camino a retaguardia.

—¡Hum! —rezongó el capitán Hod en tono que nos hubiera hecho reír si la situación hubiera sido a propósito para ello—. ¡Y dicen que estos animales no son capaces de aplastar una hormiga!

Si los elefantes enfurecidos trataban al primer carruaje como habían tratado al segundo, no había que hacerse ilusiones sobre la suerte que nos esperaba.

—Atiza el fuego, Kaluth —gritó el ingeniero.

Medio kilómetro, un último esfuerzo, e íbamos a llegar al lago Puturia.

Este último esfuerzo lo hizo el *Gigante de Acero*, como esperábamos, bajo la mano

de Storr, que abrió el regulador al máximo. El *Gigante de Acero* hizo una verdadera brecha a través de aquella muralla de elefantes, cuyas ancas se dibujaban por encima de la masa como esas enormes grupas de caballos que se ven en los cuadros de batalla de Salvador Rosa. Después no se contentó con herirles con sus colmillos, sino que lanzó sobre ellos chorros de vapor ardiente como los que había lanzado a los peregrinos del Falgú...

El espectáculo era magnífico.

Por fin, el lago se nos presentó ante nosotros al volver un recodo del camino.

Si nuestro tren podía resistir todavía diez minutos, se encontraría relativamente en seguridad.

Los elefantes lo conocieron sin duda, lo cual era prueba de su inteligencia, cuya causa había sostenido el capitán Hod, y quisieron hacer el último esfuerzo para volcar nuestro carruaje.

Pero las armas de fuego tronaron de nuevo; las balas cayeron como granizo sobre los primeros grupos. Apenas cinco o seis elefantes nos cerraban el paso; la mayor parte cayeron y las ruedas de nuestra casa gimieron sobre un suelo enrojecido de sangre.

A cien pasos del lago hubo necesidad de rechazar a los que todavía nos oponían el último obstáculo.

—¡Adelante, adelante! —gritó Banks al maquinista.

El *Gigante de Acero* rugía como si hubiera encerrado en sus flancos un taller de devanaderas mecánicas. El vapor huía por las válvulas bajo una presión de ocho atmósferas; dar una presión mayor hubiera sido hacer estallar la caldera, cuyas portas se estremecían; pero, por fortuna, fue inútil; la fuerza del *Gigante de Acero* era a la sazón irresistible: hubiera podido creerse que saltaba bajo los golpes del pistón. Lo que quedaba del tren le siguió, aplastando los miembros de los elefantes arrojados por tierra y a riesgo de volcar, accidente que hubiera producido inmediatamente la pérdida de todos los habitantes de la «Casa de Vapor».

Pero este accidente no ocurrió; llegamos al fin a la orilla del lago, y, en breve, el tren flotó sobre sus aguas tranquilas.

—¡Dios sea loado! —dijo el coronel Munro.

Dos o tres elefantes, ciegos de furor, se precipitaron al lago y trataron de perseguir por su superficie a los enemigos, a quienes no habían podido aniquilar en tierra firme.

Pero las patas del *Gigante* hicieron su oficio; el tren se alejó poco a poco de la orilla, y las últimas balas, convenientemente apuntadas, nos libraron de aquellos monstruos en el momento en que sus trompas iban a caer sobre la baranda de atrás.

—Y bien, mi capitán —preguntó Banks—, ¿qué piensa usted de la mansedumbre de los elefantes de la India?

—¡Bah! —replicó el capitán Hod—. Ese furor no es nada en comparación al de las fieras. Si en vez de ese centenar de paquidermos hubiera habido unos treinta tigres, apuesto mi empleo a que no habría quedado vivo uno solo de nosotros para contar la aventura.

CAPÍTULO XXVI

EL LAGO PUTURIA

El lago Puturia, en el cual la «Casa de Vapor» acababa de encontrar un refugio provisional, está situado a cuarenta kilómetros poco más o menos, al este de Dumoh. Esta ciudad, capital de la provincia inglesa de su nombre, está en vías de progreso, y con sus doce mil habitantes reforzados por una pequeña guarnición, domina aquella parte peligrosa del Bundelkund. Pero más allá de sus murallas, sobre todo hacia la parte oriental del país, en la más inculta región de los Vindya, cuyo centro ocupa el lago, su influencia no se hace sentir muy difícilmente.

Pero, ¿acaso podía sucedemos algo peor que aquella batalla con elefantes, de la cual habíamos logrado salir ilesos?

La situación no dejaba de ser difícil porque la mayor parte de nuestro material había desaparecido. Uno de los carruajes que componían el tren de la «Casa de Vapor», había sido destrozado y no había medio de carenarlo, para emplear una expresión del lenguaje marítimo. Derribado al suelo, aplastado contra las rocas, de su armazón, sobre la cual habían pasado los elefantes, no debían quedar ya más que restos informes.

Sin embargo, aquel carruaje, al mismo tiempo que servía para alojamiento del personal de la expedición, contenía la cocina, la despensa y la reserva de víveres y municiones. De estas últimas no nos quedaba más que una docena de cartuchos; pero no era probable que tuviésemos que hacer uso de ellos antes de nuestra llegada a Yubbulpore.

En cuanto a los víveres, la cuestión era más difícil de resolver.

En efecto, no teníamos provisiones, y aun admitiendo que al día siguiente por la noche hubiéramos podido llegar a la estación, de la cual distábamos todavía setenta kilómetros, habría que resignarse a pasar veinticuatro horas sin comer.

Nos resignamos, en efecto.

En estas circunstancias, el más desconsolado de todos fue, naturalmente, Monsieur Parazard. La pérdida de su despensa, la destrucción de su laboratorio, la desaparición de sus depósitos, le habían herido en el corazón.

No ocultó su desesperación y, olvidando los peligros de que casi milagrosamente habíamos escapado, se mostró muy afligido por la situación personal en que se encontraba.

En el momento en que, reunidos en el salón, íbamos a discutir el partido que convenía tomar en aquellas circunstancias, Monsieur Parazard, con aire solemne, se presentó en el umbral y pidió permiso para «hacer una comunicación de la mayor gravedad».

—Hable usted, Monsieur Parazard —le respondió el coronel Munro, invitándole a entrar en el salón.

—Señores —dijo gravemente el negro cocinero—, ya saben ustedes que todo el material que llevaba la segunda habitación de la «Casa de Vapor» ha quedado destruido en

esta catástrofe. Aunque en el caso de que hubieran quedado algunas provisiones, yo encontraría grandes dificultades para preparar una comida, por modesta que fuese, debido a la falta de cocina.

—Lo sabemos, Monsieur Parazard —respondió el coronel Munro—. Es sensible lo que ha pasado, pero haremos lo que se pueda y ayunaremos si es preciso ayunar.

—Es tanto más sensible, señores —añadió el jefe de cocina—, cuanto que a la vista de esos grupos de elefantes que nos acometían y de los cuales más de uno ha caído al impulso mortífero de las balas...

—¡Hermosa frase, Monsieur Parazard! —le interrumpió el capitán Hod—. Con pocas lecciones llegaría usted a expresarse con tanta elegancia como nuestro amigo Matías Van Guitt.

Monsieur Parazard se inclinó al oír aquel cumplido, que tomó por lo serio, y después, dando un suspiro, continuó:

—Decía, pues, señores, que ante esos grupos de elefantes se me ofrecía una ocasión de señalarme en mi profesión. La carne de elefante, por más que se haya creído otra cosa, no es buena en todas sus partes, pues algunas son incontestablemente duras y coriáceas; mas parece que el Autor de todas las cosas, ha querido proporcionar al hombre, en esa masa carnosa, dos trozos exquisitos de primer orden, dignos de ser servidos en la mesa del virrey de las Indias. Estos son la lengua del animal, que es sabrosísima cuando está preparada según una receta de mi invención, y los pies del paquidermo.

—¡Paquidermo! Muy bien —dijo el capitán Hod con un gesto de aprobación—, aunque proboscídeo es más elegante...

—Pies —continuó Monsieur Parazard—, con los cuales se hace una de las mejores sopas conocidas en el arte culinario, del cual soy representante en la «Casa de Vapor».

—Con su discurso se nos hace la boca agua, Monsieur Parazard —respondió Banks—. Por desgracia en parte y por fortuna por otro lado, los elefantes no nos han seguido por el lago, y temo que tengamos que renunciar, a lo menos por algún tiempo, a la sopa de pie y al guisado de lengua de ese sabroso, pero temible animal.

—¿No sería posible —preguntó el cocinero— volver a tierra para proporcionarse...?

—Imposible, Monsieur Parazard. Por perfectas que sean las preparaciones culinarias de usted, no podemos correr ese riesgo.

—Pues bien, señores —dijo Monsieur Parazard—, dígnense ustedes recibir la expresión del sentimiento que me produce esa deplorable aventura.

—Lo comprendemos, Monsieur Parazard —respondió el coronel Munro—. En cuanto a la comida y al almuerzo, no se cuide usted de ellos hasta que lleguemos a Yubbulpore.

—No me queda que hacer otra cosa más que retirarme —dijo Monsieur Parazard, haciendo una cortesía y sin perder nada de su gravedad habitual.

Nos habría divertido mucho la actitud de nuestro jefe de cocina si no hubiéramos tenido otras cosas más graves en que pensar.

En efecto, a todas las complicaciones venía a agregarse otra, no menos seria. Banks

nos participó que, en aquel momento, lo más sensible no era ni la falta de víveres ni la de municiones, sino la falta de combustible, lo cual no era de admirar, porque durante las últimas cuarenta y ocho horas no había sido posible renovar la provisión de leña necesaria para alimentar la máquina. Toda la reserva se había consumido a nuestra llegada al lago, y si hubiéramos tenido que hacer todavía una hora de camino, habría sido imposible llegar a la orilla, y el primer carruaje de la «Casa de Vapor» habría sufrido la suerte del segundo.

—Ahora —añadió Banks— no tenemos ya nada que quemar, la presión baja y ha descendido ya hasta dos atmósferas, sin que haya medio de aumentarla.

—¿Es la situación tan grave como tú crees? —preguntó el coronel Munro.

—Si no se tratara más que de volver a la orilla de la cual acabamos de separarnos —contestó Banks—, la cosa sería fácil, porque no tardaríamos un cuarto de hora en llegar; pero sería imprudente adoptar este partido porque los elefantes están todavía, sin duda alguna, reunidos en gran número. Por el contrario, es preciso atravesar el lago y buscar en la orilla meridional un punto de desembarco.

—¿Cuál puede ser la anchura del lago en ese paraje? —inquirió el coronel Munro.

—Kalagani la calcula en siete u ocho millas. Ahora bien, en las condiciones en que nos encontramos serían necesarias algunas horas para llegar allá, y repito que antes de cuarenta minutos la máquina no podrá ya funcionar.

—Pues bien —respondió Sir Eduardo Munro—, pasemos tranquilamente la noche en el lago. Aquí estamos seguros, y mañana veremos lo que se ha de hacer.

Era el mejor partido que podía seguirse; además, teníamos gran necesidad de reposo, porque en la última parada, rodeados como estábamos de un círculo de elefantes, nadie había podido dormir y habíamos pasado la noche en vela.

Hacia las siete de la tarde comenzó a levantarse sobre el lago una ligera niebla. Ya hemos dicho que corrían fuertes brumas por las altas zonas del cielo durante la noche precedente; pero en ésta se había producido una modificación debido a las diferencias de altitud.

Si en el campamento de los elefantes los vapores se habían mantenido a varios centenares de pies sobre el suelo, no sucedió lo mismo en la superficie del lago Puturia, a causa de la evaporación de las aguas. Después de un día bastante claro, hubo confusión entre las capas altas y bajas de la atmósfera y no tardó en desaparecer de nuestra vista todo el lago, cubierto por un velo de niebla, poco denso al principio, pero que se fue espesando por instantes.

Esto, como había dicho Banks, era una complicación que también debíamos tener en cuenta.

Según sus pronósticos, hacia las siete y media se oyeron los últimos gemidos del *Gigante de Acero*; los golpes del pistón fueron siendo cada vez menos rápidos; las palas articuladas cesaron de batir el agua, la presión descendió a menos de una atmósfera y no había combustible ni medio de obtenerlo.

El *Gigante de Acero* y el único carruaje que remolcaba flotaron entonces pacíficamente sobre las aguas del lago, sin moverse.

En estas condiciones y rodeados de niebla, hubiera sido difícil fijar exactamente nuestra situación. Durante el corto tiempo en que la máquina había funcionado, el tren se había dirigido hacia la orilla sudeste del lago, para buscar un punto de desembarque. Ahora bien, como el Puturia tiene la forma de un óvalo bastante prolongado, era posible que la «Casa de Vapor» no estuviese distante de una u otra de sus orillas.

Los gritos de los elefantes que nos habían perseguido durante una hora, se habían extinguido en lontananza y no se oían ya. Hablando, pues, de lo que podría sucedernos en aquella nueva situación, Banks hizo llamar a Kalagani para consultarle.

En indio acudió inmediatamente y fue invitado a dar su parecer.

Estábamos reunidos entonces en el comedor, que, recibiendo la luz por la claraboya superior, no tenía ventanas laterales, y así no podía verse desde fuera el resplandor de las lámparas encendidas en aquella habitación, precaución útil, porque más valía que la situación de la «Casa de Vapor» no pudiese ser conocida de los merodeadores, que quizá rondaban por las orillas del lago.

Kalagani, a lo menos así me pareció, dio muestras de vacilación al responder a las preguntas que le fueron dirigidas. Tratábase de determinar la posición que ocupaba el tren flotante sobre las aguas del Puturia, y convengo en que la respuesta no dejaba de ser difícil. Quizás una débil brisa del Noroeste movía la masa del tren y quizá también una ligera corriente nos arrastraba hacia la punta inferior del lago.

—Vamos, Kalagani —dijo Banks, insistiendo—, ¿conoce usted bien la extensión del Puturia?

—Sí, señor —respondió el indio—; pero es difícil, en medio de esa niebla...

—¿Puede usted calcular aproximadamente la distancia a que estamos ahora de la orilla más cercana?

—Sí, señor —dijo el indio, después de haber reflexionado por algún tiempo—. No podemos estar a más de milla y media.

—¿Hacia el Este? —preguntó Banks.

—Sí, señor, hacia el Este.

—Así, pues, si atracamos en esa orilla estaremos más cerca de Yubbulpore que de Dumoh.

—Por supuesto.

—Por consiguiente, en Yubbulpore es donde conviene renovar nuestras provisiones —dijo Banks—. Pero, ¿quién sabe cuándo y cómo podremos llegar a la orilla? Podemos tardar un día o dos, y nuestras provisiones, se han consumido.

—Pero —dijo Kalagani—, ¿no podríamos intentar, o, a lo menos, uno de nosotros no podría intentar llegar a tierra esta misma noche?

—¿Y cómo?

—A nado.

—Nadar milla y media entre una niebla espesa —respondió Banks—, sería arriesgar la vida...

—Eso no es razón para dejar de intentarlo —replicó Kalagani.

No sé por qué, pero me pareció entonces que la voz de Kalagani indicaba que no hablaba con su franqueza habitual.

—¿Intentaría usted atravesar el lago a nado? —preguntó el coronel Munro, que no separaba la vista del semblante del indio.

—Sí, coronel, y creo que lo lograría.

—Pues bien, amigo mío —dijo Banks—, nos haría usted un gran servicio. Una vez en tierra, le sería a usted fácil llegar a la estación de Yubbulpore y traernos los auxilios que necesitamos.

—Estoy pronto a marchar —respondió sencillamente Kalagani.

Yo esperaba que el coronel Munro diese las gracias a nuestro guía, que se ofrecía para un servicio tan peligroso; pero el coronel, después de haberle mirado más atentamente que antes, llamó a Gumí.

Gumí se presentó inmediatamente.

—Gumí —dijo Sir Munro—, tú eres un excelente nadador.

—Sí, mi coronel.

—Y no tendrás inconveniente en nadar una milla en estas aguas tranquilas del lago.

—Ni aunque sean dos.

—Pues bien —añadió el coronel Munro—, Kalagani se ofrece a ir a nado a la orilla más próxima a Yubbulpore, y como, lo mismo en el lago que en esa parte del Bundelkund, dos hombres inteligentes y atrevidos que puedan auxiliarse mutuamente, tienen más probabilidades de éxito que uno solo, quiero que acompañes a Kalagani.

—Al instante, mi coronel —respondió Gumí.

—Yo no necesito de nadie —intervino Kalagani—, pero, si el coronel Munro lo quiere, acepto a Gumí por compañero.

—Id, pues, amigos míos —dijo Banks—, y procurad ser tan prudentes como sois valerosos.

El coronel Munro, entretanto, llevó aparte a Gumí, le habló en voz baja y en términos breves, y cinco minutos después, los dos indios, llevando sus vestidos arrollados sobre la cabeza, se lanzaron a las aguas del lago. La bruma era entonces muy intensa y pocos minutos después les perdimos de vista.

Pregunté entonces al coronel Munro por qué había parecido tan deseoso de dar un compañero a Kalagani.

—Amigos míos —dijo Sir Eduardo Munro—, las respuestas de ese indio, de cuya fidelidad no sospechaba yo hasta ahora, me han parecido muy poco francas.

—La misma impresión he recibido por mi parte —dije yo.

—Yo no he observado nada —añadió el ingeniero.

—No lo dudes, Banks —dijo el coronel Munro—; al ofrecerse para ir a tierra, Kalagani tenía una segunda intención.

—¿Cuál?

—No lo sé, pero si ha solicitado desembarcar, no es seguramente para buscarnos socorros en Yubbulpore.

—¡Hum! —murmuró el capitán Hod.

Banks miró al coronel frunciendo el ceño, y después añadió:

—Munro, hasta aquí ese indio se ha mostrado muy adicto, sobre todo contigo.

¿Cómo es que hoy pretendes que nos hace traición? ¿Qué pruebas tienes?

—Mientras Kalagani hablaba —respondió el coronel Munro—, he visto que su piel se ponía negra, y cuando los hombres de tez cobriza se ponen negros, es señal de que mienten. Veinte veces he podido confundir de esa manera a indios y bengalíes, y jamás me he engañado. Te repito, pues, que Kalagani, a pesar de todas las apariencias, nos ha mentido.

Después he tenido ocasión de cerciorarme muchas veces de que la observación de Sir Eduardo Munro era fundada.

Los indios, cuando mienten, se ponen un poco negros, así como los blancos se ponen colorados. Aquel síntoma no pudo escaparse a la perspicacia del coronel, y era preciso tener en cuenta su observación.

—Pero, ¿cuáles pueden ser los proyectos de Kalagani? —inquirió Banks—. ¿Por qué nos había de hacer traición?

—Eso es lo que sabremos más adelante —respondió el coronel Munro—, pero demasiado tarde quizá.

—¿Demasiado tarde, coronel? —exclamó el capitán Hod—. ¡Bah! Imagino que no estamos perdidos.

—En todo caso, Munro —dijo el ingeniero—, has hecho bien en hacerle acompañar de Gumí. Ese nos será adicto hasta la muerte. Es diestro, inteligente, y si sospecha algún peligro, sabrá...

—Tanto más —respondió el coronel Munro—, cuanto que está ya prevenido por mí y no se fiará de su compañero.

—Bien —dijo Banks—. Ahora no tenemos que hacer más que esperar el día. El sol, sin duda alguna, disipará esta niebla, y veremos entonces el partido que hay que tomar.

Aquella noche debía pasarse también en completo insomnio.

La niebla se había condensado más y más, pero nada hacía presagiar ninguna tormenta, circunstancia feliz, porque si nuestro tren podía flotar, no estaba construido para resistir la agitación de las olas.

Era de esperar, por lo tanto, que el sol lograría disipar la niebla y tendríamos un hermoso día.

Mientras nuestro personal se acomodaba en el comedor, nosotros nos instalamos en los divanes del salón, hablando poco, pero prestando oído a todos los ruidos exteriores.

De repente, hacia las dos de la mañana, vino a turbar el silencio de la noche un concierto de rugidos de fieras.

Esto era señal de que la orilla no estaba lejos, y de que se hallaba en la dirección del Sudoeste, aunque no tan cercana que pudiéramos llegar a ella. Los rugidos llegaban a nosotros muy debilitados por la distancia, y Banks la calculó en una buena milla. Sin duda, una bandada de fieras había acudido a beber en la punta extrema del lago.

Poco después observamos que el tren flotante, bajo la influencia de una ligera brisa, derivaba hacia la orilla de un modo lento, pero continuo. En efecto, no solamente los rugidos de las fieras fueron llegando con más claridad a nuestros oídos, sino que pudimos distinguir el grave rugido del tigre del ronco himplar de la pantera.

—¡Hum! —murmuró el capitán Hod sin poderse contener—, ¡Qué ocasión para poder matar al tigre número cincuenta!

—Otra vez será, mi capitán —respondió Banks—. Apuesto a que, cuando amanezca, al llegar a la orilla, esa banda de fieras nos habrá cedido el sitio.

—¿ Habrá algún inconveniente —pregunté yo— en encender los fanales eléctricos?

—No creo que lo haya —dijo Banks—; esa parte de la orilla probablemente no está ocupada sino por animales que han acudido a beber. No veo riesgo alguno en que la reconozcamos.

Banks dio la orden y se proyectaron dos haces luminosos en dirección del Sudeste. Pero la luz eléctrica, impotente para penetrar la espesa niebla, no pudo iluminarla sino en un corto sector delante de la «Casa de Vapor» y la playa permaneció absolutamente invisible a nuestros ojos.

Sin embargo, la mayor claridad con que se oían los gritos de las fieras indicaba que el tren no cesaba de derivar hacia la orilla. Evidentemente debían ser muchos los animales reunidos en aquel paraje, lo cual no era de admirar, porque el lago Puturia es como un abrevadero natural para las fieras de aquella parte del Bundelkund,

—¡Con tal que Gumí y Kalagani no hayan caído entre estos animales! —exclamé.

—No son los tigres lo que yo temo para Gumí —respondió el coronel Munro.

Decididamente, las sospechas habían arraigado en el corazón del coronel, y, por mi parte, ya comenzaba a tenerlas también. Es verdad que los servicios de Kalagani desde nuestra llegada a la región del Himalaya, servicios incontestables, su adhesión en las dos circunstancias en que había arriesgado su vida para salvar la de Sir Eduardo Munro y del capitán Hod, eran un testimonio elocuente en su favor; pero cuando el ánimo se deja llevar de la sospecha, se altera el valor de los hechos consumados, cambia su fisonomía, se olvida lo pasado y se teme por el porvenir.

Sin embargo, ¿qué móvil podía impulsar a aquel indio para hacernos traición?

¿Tenía motivos de odio personal contra los huéspedes de la «Casa de Vapor»? Por supuesto que no. ¿Por qué había de armarse el lazo que nosotros sospechábamos? Era inexplicable.

Nuestros pensamientos eran en esta parte muy confusos, y esperábamos con impaciencia el desenlace de la situación.

De improviso, hacia las cuatro de la mañana cesaron bruscamente los gritos de las fieras. Lo que nos chocó a todos fue que, al parecer, no se habían alejado poco a poco, unas tras otras, dando una última lengüetada sobre el agua, sino que su alejamiento había sido instantáneo, como si una circunstancia fortuita hubiera venido a perturbarles en su operación de beber y les hubiera hecho emprender la fuga. Evidentemente, habían vuelto a sus cuevas, no como animales que regresan pacíficamente, sino como animales que buscan en ellas un refugio.

El silencio había sucedido al ruido sin transición; y aquel silencio tenía una causa que no comprendíamos, pero que no dejó de aumentar nuestra inquietud. Por prudencia, Banks dio la orden de apagar los fanales. Si las fieras habían huido delante de las bandas de merodeadores que frecuentan el Bundelkund y los Vindya, era preciso ocultar cuidadosamente la situación de la «Casa de Vapor».

No rompía el silencio ya ni siquiera el más ligero ruido del agua; la brisa había cesado y era imposible saber si el tren continuaba derivando bajo el influjo de alguna corriente. Pero el día no podía tardar en aparecer y en barrer todas las brumas, que no ocupaban más que las capas bajas de la atmósfera.

Consulté mi reloj: eran las cinco; sin la niebla ya se habría mostrado el alba, aumentando el círculo de nuestra visión en algunas millas, y habríamos podido ver la orilla. Pero el velo de niebla no se rasgaba, y era preciso esperar aún.

El coronel Munro, MacNeil y yo, en la parte anterior del salón; Fox, Kaluth y Monsieur Parazard, en el comedor; Banks y Storr, en la torrecilla, y el capitán Hod sobre el lomo del gigantesco animal, cerca de la trompa, como un marinero de guardia en la proa de un buque, esperábamos que alguno gritase: ¡Tierra!

Hacia las seis se levantó una pequeña brisa apenas sensible, pero que aumentó en breve; los primeros rayos del sol penetraron la bruma y el horizonte se descubrió a nuestras miradas.

La orilla apareció hacia el Sudeste formando el extremo del lago una especie de ensenada aguda, bastante cubierta de bosque en su segundo término. Los vapores subieron poco a poco y dejaron ver un fondo de montañas, cuyas cimas se destacaron rápidamente.

—¡Tierra! —gritó el capitán Hod.

El tren flotante no estaba entonces a más de doscientos metros del abra del Puturia y derivaba al impulso de la brisa que soplabla del Noroeste.

Nada veíamos en aquella orilla; ni un animal ni un ser humano; parecía estar absolutamente desierta, sin una habitación, sin una casa de campo bajo la cubierta espesa de los primeros árboles. Todo indicaba que podíamos saltar a tierra sin peligro.

Con ayuda del viento, atracamos con facilidad cerca de una orilla plana como una playa de arena, pero debido a la falta de vapor, no fue posible ni subir por ella ni lanzarse a un camino que, según la dirección indicada por la brújula, debía ser el camino de Yubulpore.

Sin perder un instante, seguimos al capitán Hod, que fue el primero en saltar a tierra.

—Hagamos provisión de combustible —gritó fuertemente Banks—, y dentro de una hora estaremos en presión y marcharemos adelante.

La provisión era fácil de hacer. Había leña por todas partes en el suelo y bastante seca para poderla utilizar inmediatamente. Sólo faltaba llenar el fogón y cargar el tender.

Todo el mundo se puso a la obra; sólo Kaluth permaneció delante de su caldera mientras le reuníamos combustible para veinticuatro horas, lo cual era más de lo que necesitábamos para llegar a la estación de Yubulpore, donde encontraríamos carbón en

abundancia. En cuanto a la comida, de la cual sentíamos ya la necesidad, podríamos proporcionárnosla por medio de la caza durante el camino. Kaluth prestaría un poco de lumbre a Monsieur Parazard y satisfaceríamos el apetito.

Tres cuartos de hora después, el vapor había llegado a una presión suficiente y el *Gigante de Acero* se ponía en movimiento sobre el talud de la orilla, a la entrada del camino.

—¡A Yubbulpore! —gritó Banks.

Pero Storr no había tenido tiempo todavía para dar media vuelta al regulador, cuando estallaron gritos furiosos en la linde del bosque, y una bandada de unos ciento cincuenta indios se arrojó sobre la «Casa de Vapor». La torrecilla del *Gigante de Acero* y el carruaje, por delante y por la espalda, fueron invadidos antes de que pudiéramos saber lo que ocurría.

Casi inmediatamente, los indios nos llevaron a cincuenta pasos del tren y quedamos imposibilitados de huir.

Júzguese de nuestra cólera, de nuestra rabia ante la escena de destrucción y de pillaje que siguió. Los indios, con el hacha en la mano, se precipitaron al asalto de la «Casa de Vapor»: todo fue saqueado, devastado, aniquilado; del mueblaje interior no quedó nada; después, el fuego acabó la obra de destrucción y, en pocos minutos, todo lo que podía arder del último carruaje que nos quedaba, fue presa de las llamas.

—¡Infames, canallas! —exclamó el capitán Hod, a quien apenas podían contener los esfuerzos de muchos indios.

Extinguidas las últimas llamas, no quedó en breve más que la armazón informe de aquella pagoda de ruedas que acababa de atravesar la mitad de la península.

En seguida los indios atacaron al *Gigante de Acero*. También habrían querido destruirlo; mas para esto fueron impotentes; ni el hacha ni el fuego podían nada contra la espesa armadura de hierro que formaba el cuerpo del elefante artificial, ni contra la máquina que llevaba en su seno. A pesar de sus esfuerzos, el elefante quedó intacto, con aplauso del capitán Hod, que lanzaba exclamaciones de placer y de ira al mismo tiempo.

En aquel momento, se presentó un hombre: sin duda era el jefe de aquellos indios.

Toda la banda formó inmediatamente delante de él.

Otro hombre le acompañaba, y entonces todo quedó explicado. Aquel hombre era nuestro guía Kalagani.

De Gumí no había señal alguna. El fiel servidor había desaparecido; el traidor era el único que había vuelto. Sin duda, la adhesión de nuestro valiente criado le había costado la vida y no debíamos volverle a ver. Kalagani se adelantó hacia el coronel Munro y fríamente, sin bajar la vista, dijo, señalándole:

—Este es.

Inmediatamente, Sir Eduardo Munro fue apresado por los indios y llevado de allí, desapareciendo en medio de la banda, que siguió el camino hacia el Sur, sin haber podido ni estrecharnos por última vez la mano ni darnos el último adiós.

El capitán Hod, Banks, el sargento, Fox, todos quisimos desprendernos de los indios

que nos sujetaban, para arrancarle de las manos de sus enemigos.

Cincuenta brazos nos arrojaron por tierra, y si hubiéramos hecho un movimiento más, habríamos sido degollados.

—No hay que hacer resistencia —dijo Banks.

El ingeniero tenía razón. No podíamos hacer nada en aquel momento para librar al coronel Munro. Valía más, por consiguiente, reservarse para lo que pudiera suceder.

Un cuarto de hora después, los indios nos abandonaron y se lanzaron en seguimiento de la primera banda. Seguirles hubiera sido producir una catástrofe sin provecho para el coronel Munro. Sin embargo, todos íbamos a lanzarnos detrás de ellos, cuando Banks gritó:

—¡Ni un paso más!

Todos le obedecemos.

En suma, era sin duda al coronel Munro, a él solo, a quien querían prender los indios llevados por Kalagani. ¿Cuáles eran las intenciones de aquel traidor? Evidentemente no procedía por su propia cuenta; pero, entonces, ¿a quién obedecía? El nombre de Nana Sahib se presentó a mi mente.

Aquí concluye el manuscrito redactado por Maucler. El joven francés no pudo presenciar los acontecimientos que iban a precipitar el desenlace de este drama; pero posteriormente fueron conocidos y se formó de ellos una relación que completa la del viaje a través de la India septentrional.

CAPÍTULO XXVII

FRENTE A FRENTE

Los *thugs*, de horrible memoria, de los cuales parece haberse librado ya el Indostán, han dejado, sin embargo, sucesores dignos de ellos en los *dacoits*, especie de *thugs* transformados. Los procedimientos asesinos de estos malhechores han cambiado; el objeto de los criminales no es ya el mismo, pero el resultado es idéntico; el homicidio premeditado, el asesinato.

No se trata ya, sin duda, de ofrecer una víctima a la feroz Kali, diosa de la muerte. Si estos nuevos fanáticos no proceden por estrangulación, por lo menos envenenan para robar. A los estranguladores han sucedido criminales más prácticos, pero igualmente terribles.

Los *dacoits*, que forman partidas especiales en ciertos territorios de la península, acogen a todos los asesinos y malhechores que pueden pasar entre las mallas de la justicia anglo-india. Recorren día y noche los caminos carreteros, sobre todo en las regiones más salvajes, y sabido es que el Bundelkund ofrece teatros bien preparados para estas escenas de violencia y de robo. A veces estos forajidos se reúnen en mayor número para atacar una aldea aislada, y entonces la población no tiene más recurso que la fuga, pues la tortura, con

todos sus refinamientos, espera a los que se quedan y caen en manos de los *dacoits*. En estas ocasiones reaparecen las tradiciones de los *quemadores* del extremo Occidente, y si hemos de creer a Monsieur Luis Rousselet, «las artes de esos miserables y sus medios de acción sobrepujan a todo lo que han imaginado los más fantásticos novelistas».

El coronel Munro había caído en poder de una partida de *dacoits*, conducidos por Kalagani, y antes de que tuviera tiempo de saber lo que pasaba se vio brutalmente separado de sus compañeros y llevado por el camino de Yubulpore.

La conducta de Kalagani desde el día en que había entrado en relación con los huéspedes de la «Casa de Vapor», había sido la de un traidor consumado. Era, en efecto, Nana Sahib quien le había enviado y quien le había escogido para preparar su venganza.

Se recordará que el veinticuatro de mayo, en Bhopal, durante las fiestas del Moharrem, a las cuales había tenido la audacia de asistir, el nabab había recibido la noticia de la partida de Sir Eduardo Munro para las provincias septentrionales de la India. Por sus órdenes, Kalagani, indio de los más adictos a la causa y a su persona, había salido de Bhopal con la misión de seguir la pista del coronel, acompañarle, no perderle de vista, y exponer su vida, si era necesario, para hacerse admitir en su comitiva.

Kalagani partió inmediatamente, dirigiéndose hacia las provincias del Norte, y en Cawnpore pudo alcanzar el tren de la «Casa de Vapor». Desde entonces, sin dejarse ver nunca, había esperado muchas ocasiones sin que se presentara ninguna favorable. Por eso, mientras el coronel Munro y sus compañeros se instalaban en el *sanitarium* del Himalaya se decidió a entrar al servicio de Matías Van Guitt.

El instinto de Kalagani le decía que no tardarían en establecerse relaciones casi cotidianas entre el kraal y el *sanitarium*. Esto fue lo que sucedió. Desde el primer día tuvo la satisfacción, no sólo de señalarse a la atención del coronel, sino también de hacerse acreedor a su gratitud.

Lo más difícil estaba ya hecho; el lector sabe lo demás. El indio se presentó con frecuencia en la «Casa de Vapor», supo los proyectos ulteriores de sus huéspedes, y conoció el itinerario que Banks se proponía seguir. Desde entonces, una sola idea dominó todos sus actos; conseguir que le aceptaran como guía de la expedición cuando bajase hacia el Sur.

Para lograr este objeto, adoptó cuantos medios estuvieron a su alcance, y no vaciló en arriesgar, no sólo la vida de los demás, sino también la suya. No se habrá olvidado en qué circunstancias lo hizo. En efecto, ocurriósele que si acompañaba a la expedición desde el principio del viaje sin dejar el servicio de Matías Van Guitt, esto desvanecería toda sospecha y obligaría quizás al coronel a ofrecerle por sí mismo lo que quería obtener.

Mas, para llegar a este resultado, era preciso que el proveedor, privado de su tren de búfalos, se viese obligado a solicitar el auxilio del *Gigante de Acero*. De aquí el ataque de las fieras, ataque inesperado, es verdad, pero del cual Kalagani supo aprovecharse. A riesgo de producir un desastre no vaciló en quitar, sin que le vieran, las barras que aseguraban la puerta del kraal. Los tigres y las panteras se precipitaron en el recinto; los búfalos fueron dispersados o muertos, varios indios sucumbieron, pero el plan de Kalagani tuvo un éxito completo y Matías Van Guitt iba a verse obligado a reunirse con el coronel Munro para

llevar su colección al ferrocarril de Bombay.

En efecto, renovar sus trenes en aquella región casi desierta del Himalaya, hubiera sido difícil. Pero lo fue aún más cuando Kalagani se encargó de esta comisión por cuenta del proveedor. Ya se supone que no había de obtener un solo búfalo, y por eso Matías Van Guitt, remolcado por el *Gigante de Acero*, bajó con todo su personal hasta la estación de Etawah. Allí el ferrocarril debía transportar la colección de fieras; los *chikaris* fueron despedidos y Kalagani, cuyos servicios no eran ya necesarios, iba a quedarse también sin empleo. Entonces fue cuando se mostró apesadumbrado por no saber qué hacer; aquellas muestras de pesadumbre llamaron la atención de Banks, el cual creyó que aquel indio inteligente y adicto, por ser tan conocedor de toda aquella parte de la India, podría prestar a la expedición verdaderos servicios. Ofreciéndole, pues, el empleo de guía hasta Bombay y desde entonces la suerte de la expedición estuvo en sus manos.

Nadie podía sospechar que aquel indio, siempre dispuesto a exponer su vida, fuese un traidor.

Por un momento, Kalagani estuvo a punto de descubrirse y fue cuando Banks habló de la muerte de Nana Sahib. Entonces no pudo contener un ademán de incredulidad, y movió la cabeza como hombre que no cree en tal noticia. Pero, ¿no hacían lo mismo todos los indios para quienes el legendario nabab era uno de esos seres sobrenaturales a quienes no alcanza la muerte?

Supo después Kalagani a qué atenerse cuando, no por casualidad ciertamente, encontró a uno de sus antiguos compañeros en la caravana de los bañaris. Era de suponer que supiese entonces la verdad exacta. De todos modos, el traidor no abandonó sus odiosos designios, como si hubiera de proseguir por su cuenta los proyectos del nabab.

Por eso la «Casa de Vapor» continuó su camino por los desfiladeros de los Vindya, y, después de los incidentes ya referidos, los viajeros llegaron a las orillas del lago Puturia, en el cual les fue preciso buscar asilo.

Allí, cuando Kalagani quiso dejar el tren flotante bajo pretexto de ir a buscar recursos a Yubbulpore, empezó a dar que sospechar. Por dueño que fuese de sí mismo, un simple fenómeno fisiológico, que no pudo ocultarse a la perspicacia del coronel, le había hecho sospechoso y ya sabemos que las sospechas de Sir Eduardo Munro estaban demasiado justificadas.

Se le dejó marchar, pero se le agregó como compañero a Gumí. Ambos se lanzaron a las aguas del lago, y una hora después habían llegado a la orilla sudeste del Puturia.

Al salir del agua marcharon de concierto en aquella oscura noche, el uno desconfiando del otro y el otro sin saber que era objeto de sospechas. La ventaja estaba entonces por Gumí.

Durante tres horas, los dos indios caminaron de este modo por la carretera que atraviesa las cordilleras meridionales de los Vindya, para desembocar en la estación de Yubbulpore. La niebla era mucho menos densa en el campo que en el lago: Gumí vigilaba de cerca a su compañero, llevando un sólido puñal en el cinturón, y se proponía, al primer movimiento sospechoso, dejarse llevar de su carácter pronto, saltar sobre Kalagani y

ponerle fuera de combate.

Por desgracia, el fiel indio no tuvo tiempo de proceder como quería.

La noche, sin luna, era oscura y a veinte pasos no se podía distinguir nada.

Sucedió, pues, que en uno de los recodos del camino se oyó una voz que llamaba a Kalagani.

—Yo soy, Nasim —respondió el indio.

En aquel momento, un grito agudo muy extraño resonó a la izquierda del camino.

Aquel grito era el *khisri* de las feroces tribus del Gudwana, tan conocido de Gumí.

Este, sorprendido, no había podido intentar nada, y, por otra parte, reflexionó que, muerto Kalagani, tampoco habría podido hacer nada contra una banda de indios que debía reunirse a consecuencia de aquel grito. Su presentimiento le aconsejó huir para librarse de sus compañeros, permanecer libre, volver al lago y tratar de llegar a nado al *Gigante de Acero* para impedirle que atracase en la costa.

Así, pues, no vaciló, y en el momento en que Kalagani se reunía con Nassim, que le había respondido, se lanzó a un lado del camino y desapareció entre la maleza.

Cuando Kalagani volvió con su cómplice, intentó desembarazarse del compañero que le había impuesto el coronel Munro. Gumí no se encontraba ya allí; Nassim, que era el jefe de una banda de *dacoits*, adicto a la causa de Nana Sahib, cuando supo la desaparición de Gumí lanzó sus hombres entre los matorrales, queriendo a todo precio apoderarse del atrevido servidor que había logrado huir.

Los esfuerzos de los *dacoits* fueron inútiles. Gumí, ya se hubiera perdido en la oscuridad, ya hubiera encontrado alguna cueva donde refugiarse, había desaparecido, y fue preciso renunciar a encontrarle.

Pero, en suma, ¿qué podían temer los *dacoits* de Gumí, entregado a sus propios recursos en aquella región agreste, a tres horas de marcha del lago Puturia, al cual, por grande que fuera su diligencia, no podría llegar antes que ellos? Kalagani tomó, pues, su partido, decidiendo abandonar las pesquisas; conferenció un momento con el jefe de los *dacoits*, que parecía esperar órdenes, y después todos regresaron y se dirigieron con rapidez hacia el lago.

Si aquella banda había salido de la garganta de los Vindya donde estaba acampada hacía algún tiempo, era porque Kalagani había logrado avisarla de la próxima llegada del coronel Munro a las inmediaciones del lago Puturia. ¿Por quién la había avisado? Por aquel indio que era precisamente Nassim, y que iba en la caravana de los bañaris. ¿Y a quién se había dirigido el aviso? A aquel cuya mano impulsaba desde la sombra toda la maquinación.

En efecto, lo que había pasado y lo que pasaba a la sazón, era el resultado de un plan bien combinado de antemano, del cual el coronel Munro y sus compañeros no podían evadirse.

Por eso, en el momento en que el tren atracaba en la punta meridional del lago, los *dacoits* pudieron asaltarlo a las órdenes de Nassim y de Kalagani.

Pero los indios no trataban de apoderarse más que del coronel Munro; a él solo se

querían llevar; sus compañeros, abandonados en aquel país, y una vez destrozada su última casa, no eran ya de temer; apoderáronse pues, del coronel, y a las siete de la mañana seis millas le separaban ya del lago Puturia.

No era admisible que Sir Eduardo Munro fuese conducido por Kalagani a la estación de Yubbulpore; por eso comprendía que no saldría de la región de los Vindya, y que una vez en poder de sus enemigos quizá no volvería a ver a su antigua casa de Bombay.

A pesar de todo, aquel hombre valeroso no perdió su serenidad. Iba rodeado de aquellos feroces indios, dispuesto a todo lo que pudiera suceder, y aparentando no haber reparado siquiera en Kalagani. El traidor se había puesto a la cabeza de la tropa, de la cual, en efecto, era el jefe. La fuga del coronel no era posible; aunque no hubiera estado atado, no había ni hacia delante ni hacia atrás ni a los lados de su escolta ningún hueco por donde pudiera pasar; y aunque lo hubiese habido, habría sido capturado inmediatamente.

Reflexionaba, pues, en las consecuencias de su situación. ¿Podía creer que en todo aquello estuviera la mano de Nana Sahib? No, para él el nabab había muerto sin duda alguna; pero algún compañero suyo, Balao-Rao tal vez, habría resuelto satisfacer su odio consumando la venganza a que su hermano había consagrado su vida. Sir Eduardo Munro presentía alguna maniobra de este género.

Al mismo tiempo pensaba en el desdichado Gumí, que no iba prisionero de los *dacoits*. ¿Habría podido escaparse? Era posible. ¿Habría sucumbido? Esto era lo más probable. ¿Podría contarse con su auxilio en el caso de que estuviera sano y salvo? Esto era difícil.

En efecto, si Gumí había creído deber correr a la estación de Yubbulpore para buscar allí auxilios, llegaría demasiado tarde sin duda.

Si, por el contrario, había pensado en buscar a Banks y a sus compañeros en la parte meridional del lago, ¿qué harían éstos casi desprovistos de municiones? ¿Tomarían el camino de Yubbulpore? Antes de que hubieran podido llegar a la estación, el prisionero estaría ya en algún inaccesible retiro de los Vindya.

Así, pues, por este lado no había que tener ninguna esperanza.

El coronel Munro consideraba fríamente la situación; no perdía la esperanza, porque no era hombre que se dejase abatir, pero prefería ver las cosas en toda su realidad, en vez de abandonarse a una ilusión indigna de un ánimo imperturbable.

Mientras tanto, la tropa marchaba con gran rapidez. Evidentemente, Nassim y Kalagani querían llegar antes de ponerse el sol a algún punto convenido, donde se decidiría la suerte del coronel. Si el traidor llevaba prisa, Sir Eduardo Munro no iba menos impaciente de que aquella situación concluyese, cualquiera que fuese la suerte que le esperara.

Una sola vez, hacia el mediodía, Kalagani mandó hacer alto por espacio de media hora. Los *dacoits* iban provistos de víveres y comieron a orillas de un arroyuelo. A disposición del coronel se puso un poco de pan y un trozo de carne seca. El coronel comió porque no había tomado nada desde la víspera, y no quería dar a sus enemigos el placer de verle desfallecer físicamente en la hora suprema.

Hasta aquel momento habían andado cerca de dieciséis millas en aquella marcha forzada. Por orden de Kalagani volvieron a ponerse en camino siguiendo la dirección de Yubulpore.

Sólo a las cinco de la tarde la tropa de los *dacoits* abandonó la carretera para tomar una senda que se abría a la izquierda. Si, pues, el coronel Munro había podido conservar alguna esperanza mientras seguían el camino real, comprendió entonces que no podía tener esperanza más que en Dios.

Un cuarto de hora después, Kalagani y los suyos atravesaban un estrecho desfiladero que formaba el límite extremo del valle del Nerbudda hacia la parte más agreste del Bundelkund.

Aquel sitio estaba situado a 350 kilómetros del pal de Tandit, al Este de aquellos montes Sautpurra, que pueden considerarse como la prolongación occidental de los Vindya.

Allí, sobre uno de los últimos contrafuertes, se levantaba la antigua fortaleza de Ripore, abandonada desde largo tiempo, porque no podía ser aprovisionada cuando los desfiladeros del Oeste estaban ocupados por el enemigo.

Aquella fortaleza, situada en uno de los últimos cerros de la cordillera, dominaba una ancha excavación de la garganta en medio de los cerros inmediatos. No podía llegarse a ella sino por un estrecho sendero tortuosamente abierto en la roca, sendero apenas practicable para la gente de a pie.

Allí, sobre la meseta del cerro, se levantaban todavía murallas desmanteladas y algunos bastiones arruinados. En medio de la explanada cerrada sobre el abismo por un parapeto de piedra, se hallaba un edificio destruido, que había servido en otro tiempo de cuartel a la pequeña guarnición de Ripore, y que a la sazón apenas podía servir de establo.

En medio de la meseta central había quedado una sola máquina entre todas las que se veían en otro tiempo a través de las aspilleras del parapeto. Era un enorme cañón asestado hacia la cara anterior de la explanada. Demasiado pesado para ser transportado de allí y demasiado deteriorado, por otra parte, para conservar algún valor, lo habían dejado en su cureña entregado a las mordeduras del óxido que roía su envoltura de hierro.

Era, por su longitud y por su grueso, digno compañero del célebre cañón de bronce de Bihlsa, fundido en tiempos de Yehanghir, enorme pieza de seis metros de largo, con un calibre del cuarenta y cuatro. También se le habría podido comparar con el no menos famoso de Bidvapur, cuya detonación, según los indígenas, no hubiera dejado en pie uno solo de los monumentos de la ciudad.

Así era la fortaleza de Ripore, adonde fue llevado el prisionero por la tropa de Kalagani. Eran poco más de las cinco de la tarde cuando llegaron, después de una jornada de más de 25 millas.

¿Ante qué enemigos iba a encontrarse el coronel Munro? No debía tardar en saberlo.

Un grupo de indios ocupaba a la sazón el edificio arruinado que se levantaba en el fondo de la explanada. Aquel grupo se abrió mientras la banda de *dacoits* se colocaba en círculo alrededor del parapeto.

El coronel Munro ocupaba el centro de aquel círculo y esperaba con los brazos cruzados.

Kalagani salió de las filas y dio algunos pasos hacia el grupo, a cuya cabeza estaba un indio sencillamente vestido.

Kalagani se detuvo delante de él e hizo una reverencia; el indio le tendió la mano y Kalagani la besó respetuosamente. El indio, después, le hizo una señal con la cabeza para manifestarle que estaba satisfecho de sus servicios.

Después, el mismo indio se adelantó hacia el prisionero lentamente, pero animados sus ojos de un resplandor notable, con todos los síntomas de una cólera apenas contenida. Parecía una fiera marchando hacia su presa.

El coronel Munro le dejó acercarse sin retroceder un paso, mirándole con tanta fijeza como él mismo era mirado.

Cuando el indio estuvo a cinco pasos, el coronel dijo en tono del más profundo desprecio:

—Eres Balao-Rao, el hermano del nabab.

—Mírame mejor —exclamó el indio.

—¡Nana Sahib! —murmuró el coronel Munro retrocediendo a pesar suyo.

—¡Nana Sahib, vivo!

Sí, era el mismo Nana Sahib, el antiguo jefe de la rebelión de los cipayos, el implacable enemigo de Munro.

El que había sucumbido en el encuentro del pal de Tandit era Balao-Rao, su hermano.

La extraordinaria semejanza de aquellos dos hombres, ambos picados de viruela, ambos faltos del mismo dedo de la misma mano, había engañado a los soldados de Lucknow y de Cawnpore. Estos habían creído que era del nabab aquel cadáver, que, en realidad, era el de su hermano, equivocación muy natural y que cualquiera podía cometer. Así, cuando las autoridades recibieron la noticia de la muerte del nabab, Nana Sahib vivía todavía; era su hermano el que había muerto.

Nana Sahib tuvo gran cuidado de explotar la noticia porque le proporcionaba una seguridad casi absoluta. Balao-Rao no debía ser buscado por la policía inglesa con el mismo encarnizamiento ni la misma persistencia que él. No solamente no se imputaban a Balao-Rao los asesinatos de Cawnpore, sino que tampoco tenía sobre los indios del país central la influencia perniciosa que poseía el nabab.

Nana Sahib, viéndose perseguido tan de cerca, había resuelto hacer creer que había muerto hasta el momento en que pudiera mostrarse definitivamente; y renunciando por de pronto a sus proyectos de insurrección general, se había dedicado enteramente a su venganza. Jamás las circunstancias habían sido más favorables para ella: el coronel Munro, siempre vigilado por sus agentes, acababa de salir de Calcuta para emprender un viaje que debía conducirle hasta Bombay. ¿No sería posible llevarle a la región de los Vindya atravesando las provincias del Bundelkund? Así lo pensó, y con este objeto envió al inteligente Kalagani.

Después dejó el pal de Tandit, que no le ofrecía ya abrigo seguro, y por el valle del Nerbudda llegó hasta las últimas gargantas de los Vindya. Allí se levantaba la fortaleza de Ripore, que le ofreció refugio seguro, donde la policía no iría a buscarle, puesto que debía creerle muerto.

Allí se instaló con algunos indios adictos a su persona, reforzados en breve por una banda de *dacoits*, dignos de servir a las órdenes de tal jefe. Allí esperó durante cuatro meses.

Pero ¿qué esperaba? Que Kalagani hubiese cumplido su misión y le avisara la próxima llegada del coronel Munro a aquella parte de los Vindya, donde caería en su poder.

Sin embargo, tenía un temor, y era que la noticia de su muerte, esparcida por toda la península, llegara a oídos de Kalagani, que éste la creyera, y abandonase su obra de traición y la compañía del coronel Munro.

Por eso envió por los caminos del Bundelkund a aquel Nassim, que uniéndose a la caravana de los bañaris, encontró el tren de la «Casa de Vapor» en el camino de Scindia, se puso en comunicación con Kalagani y le dio noticias del verdadero estado de cosas.

Esto hecho, Nassim, sin perder un momento, volvió a la fortaleza de Ripore e informó a Nana Sahib de todo lo que había pasado desde el día en que Kalagani había salido de Bhopal. El coronel Munro y sus compañeros se adelantaban a cortas jornadas hacia los Vindya, Kalagani les guiaba y la gente del nabab debía esperarles en los alrededores del lago Puturia.

Todo salía, pues, a medida de los deseos del nabab, y no debía renunciar a su venganza.

En efecto, aquella tarde el coronel Munro se hallaba solo, desarmado en su presencia y a su disposición.

Trocadas las primeras palabras, aquellos dos hombres se miraron un instante en silencio.

De repente, el recuerdo de Lady Munro se presentó más vivamente a los ojos del coronel, y afluyendo la sangre a su cabeza, se lanzó sobre el asesino de los prisioneros de Cawnpore.

Nana Sahib se contentó con dar dos pasos atrás.

Tres indios se arrojaron súbitamente sobre el coronel y le detuvieron, aunque con algún trabajo. Sir Eduardo Munro recobró después su serenidad, y comprendiéndolo sin duda el nabab, hizo un ademán para que los tres indios se separasen.

Los dos enemigos se encontraron de nuevo frente a frente.

—Munro —dijo Nana Sahib—, los tuyos han atado a la boca de sus cañones a los ciento veinte prisioneros de Peschawar, y desde aquel día más de mil doscientos cipayos han perecido de ese modo espantoso. Los tuyos han degollado sin piedad a los fugitivos de Lahore, y después de la toma de Delhi han degollado también a tres príncipes y veintinueve individuos de la familia del rey; en Lucknow has dado muerte a seis mil de los nuestros y a tres mil después de la campaña del Pendjab. En suma, ya por medio del cañón, del fusil, de la horca o del sable, ciento veinte oficiales y soldados cipayos y doscientos mil indígenas

han pagado con su vida el haberse insurreccionado en favor de la independencia nacional.

—¡Que muera, que muera! —exclamaron los *dacoits* y los indios formados alrededor de Nana Sahib.

El nabab les impuso silencio con la mano y esperó a que el coronel Munro quisiera responderle.

El coronel permaneció silencioso.

—Por tu parte, Munro —continuó el nabab—, has muerto por tu propia mano a la raní de Yansí, mi fiel compañera..., y todavía no está vengada.

El coronel Munro continuó guardando silencio.

—En fin, hace cuatro meses —prosiguió Nana Sahib—, mi hermano Balao-Rao ha caído bajo las balas inglesas dirigidas contra mí, y mi hermano tampoco está vengado.

—¡Que muera! ¡Que muera! —gritaron los indios.

Pero esta vez los gritos de muerte estallaron con más violencia, y toda la banda hizo un movimiento para arrojar sobre el prisionero.

—Silencio —ordenó Nana Sahib—, esperad la hora de la justicia.

Todos callaron.

—Munro —continuó el nabab—, uno de tus antepasados, Héctor Munro, fue el primero que se atrevió a aplicar ese espantoso suplicio de que los tuyos han hecho un uso tan terrible durante la lucha de mil ochocientos cincuenta y siete. El fue el primero que dio la orden de atar vivos a la boca de los cañones a los indios, nuestros padres, nuestros hermanos.

Nuevos gritos y nuevas demostraciones, que Nana Sahib no hubiera podido reprimir esta vez si no hubiera añadido:

—Represalias por represalias. Munro, tú morirás como han muerto los nuestros.

Después, volviéndose, preguntó:

—¿Ves ese cañón?, le señaló la enorme pieza de más de cinco metros de largo que ocupaba el centro de la explanada.

—Vas a ser atado a la boca de ese cañón. Está cargado, y mañana, al salir el sol, su detonación, prolongándose por los montes y valles de los Vindya, advertirá a todos que al fin se ha cumplido la venganza de Nana Sahib.

El coronel Munro miró fijamente al nabab con una tranquilidad imperturbable, y dijo:

—Está bien; haces lo que yo hubiera hecho contigo si hubieras caído en mis manos.

Por sí mismo el coronel fue a colocarse delante de la boca del cañón, a la cual fue atado por medio de fuertes cuerdas.

Entonces, durante una larga hora, toda aquella banda de *dacoits* y de indios se entretuvo en insultarle cobardemente. Parecían sioux de la América del Norte, alrededor del prisionero encadenado al poste del suplicio.

El coronel Munro permaneció impasible ante los ultrajes, como quería estar ante la muerte.

Después, cuando llegó la noche, Nana Sahib, Kalagani y Nassim se retiraron a la

fortaleza, y toda la banda, cansada al fin, dejó aquel lugar y buscó descanso al lado de sus jefes. Sir Eduardo Munro quedó solo en presencia de la muerte y de Dios.

CAPÍTULO XXVIII

A LA BOCA DE UN CAÑÓN

No duró mucho el silencio. Se habían puesto provisiones a disposición de la tropa de *dacoits*, y mientras comían, se les podía oír gritar y vociferar bajo la influencia del *arak*, violento licor de que hacían un uso immoderado; pero todo aquel ruido se fue extinguiendo poco a poco. El sueño no podía tardar en apoderarse de aquellos bárbaros fatigados ya por una larga jornada.

¿Iba a ser dejado Sir Eduardo Munro sin un centinela hasta el momento en que sonase la hora de su muerte? ¿No le haría vigilar Nana Sahib, pese a que, atado sólidamente con tres cuerdas que le cercaban los brazos y el pecho, no pudiera hacer un solo movimiento?

Esto se preguntaba el coronel, cuando a las ocho vio a un indio que salía del cuartel y se dirigía hacia la explanada.

Aquel indio tenía la orden de vigilar durante toda la noche al coronel.

Al principio, después de haber atravesado oblicuamente la meseta, se llegó al cañón para ver si el prisionero estaba allí; con mano vigorosa examinó las cuerdas y vio que no cedían, y después, hablándose a sí mismo, murmuró:

—Diez libras de buena pólvora. Hace mucho tiempo que el viejo cañón de Ripore no ha hablado; pero mañana hablará.

Esta reflexión produjo una sonrisa de desprecio en el rostro altivo del coronel Munro. La muerte no le asustaba por espantosa que fuese.

El indio, después de haber examinado la parte anterior del cañón, se dirigió hacia la gruesa cureña, la acarició con la mano y puso un instante el dedo en el hueco casi lleno por la pólvora del cebo.

Después, apoyándose en el botón de la cureña, pareció haber olvidado absolutamente que estuviese allí el prisionero como un paciente al pie del cadalso, esperando que se abra la trampa en que se apoyan sus pies.

Fuera indiferencia, o fuera efecto del *arak* que acababa de beber el indio, tarareaba entre dientes una antigua canción del Gudwana, se detenía y volvía a empezar como hombre medio embriagado y de confusos pensamientos. Un cuarto de hora después volvió a pasar su mano por la cureña del cañón, dio la vuelta en derredor, y deteniéndose delante del coronel Munro le miró murmurando incoherentes palabras. Por instinto sus dedos recorrieron otra vez las cuerdas como para asegurarlas más, y luego, moviendo la cabeza y mostrando cierta seguridad, fue a reclinarse contra el parapeto a diez pasos a la izquierda de

la boca de fuego.

Por espacio de diez minutos permaneció en aquella posición, ya volviéndose hacia la meseta, ya mirando al exterior y recorriendo con la vista el abismo que se abría al pie de la fortaleza.

Era evidente que hacía todos los esfuerzos posibles para no dejarse vencer por el sueño; pero, al fin, cediendo al cansancio, se dejó caer en el suelo y se tendió a la sombra del parapeto, permaneciendo absolutamente invisible para el coronel.

La noche, por lo demás, era ya profunda, espesas nubes se extendían por el cielo; nubes inmóviles, porque la atmósfera estaba tan tranquila como si las moléculas del aire hubieran estado soldadas unas a otras. Los ruidos del valle no llegaban a aquella altura, el silencio era absoluto.

Lo que iba a ser para el coronel Munro semejante noche de angustia, conviene decirlo en honor de aquel hombre enérgico. Ni por un instante pensó en aquel momento supremo de su vida en que, rotos violentamente los tejidos de su cuerpo, y sus miembros, espantosamente dispersos, iría a diseminarse en el espacio. Aquello, después de todo, no debía ser más que el golpe de un rayo, y no podía conmover una naturaleza que nunca había conocido el temor físico ni moral. Recordaba su vida entera, cuyos pormenores se presentaban a su ánimo con singular precisión.

Veía ante sus ojos la imagen de Lady Munro; la veía, la oía; veía y oía a aquella desdichada a quien lloraba desde que la había perdido, no con los ojos, sino con el corazón. Recordaba el tiempo en que era una bella joven y habitaba en aquella funesta ciudad de Cawnpore, en aquella habitación donde por primera vez la había admirado, conocido y amado. Aquellos años de felicidad bruscamente interrumpida por la más espantosa catástrofe, se presentaron nuevamente a su imaginación. Todos sus pormenores, por ligeros que fuesen, volvieron a su memoria con tal claridad, que la realidad no podía ser más *real*. Ya había pasado la mitad de la noche, y Sir Eduardo Munro no lo había advertido: había vivido por completo entregado a sus recuerdos, sin que nada pudiera distraerle de ellos y cerca de su esposa adorada. En tres horas se habían resumido para él los tres años que había vivido a su lado. Sí, su imaginación le había llevado irresistiblemente desde la explanada de la fortaleza de Ripore a los sitios que antes había recorrido con su esposa: su fantasía le había separado de la boca de aquel cañón, cuyo cebo iba a ser inflamado, digámoslo así, por el primer rayo del sol.

Después se le apareció el horrible desenlace del sitio de Cawnpore, la prisión de Lady Munro y de su madre en el Bibi-Ghar el asesinato de sus desdichadas compañeras, y, en fin, aquel pozo, sepulcro de doscientas víctimas sobre el cual cuatro meses antes había ido a llorar por última vez.

¡Y aquel infame Nana Sahib, el asesino de Lady Munro y de tantas otras mujeres desgraciadas, el autor de tantos crímenes, estaba allí, a pocos pasos, detrás de las paredes de aquella fortaleza en ruinas! Y acababa de caer en sus manos, él, que había querido hacer justicia de aquel asesino a quien no había podido alcanzar la policía.

Bajo el impulso de una ciega cólera, hizo entonces un esfuerzo desesperado para

romper sus ligaduras. Las cuerdas gimieron y los nudos estrechados le entraron en las carnes. Dio un grito, no de dolor, sino de impotente rabia.

Al oír este grito, el indio tendido a la sombra del parapeto, levantó la cabeza, volvió en sí y se acordó de que era el centinela encargado de vigilar al preso.

Levantóse, pues, y se dirigió con pasos vacilantes hacia el coronel Munro, le puso la mano en el hombro para cerciorarse de que continuaba allí, y, con el tono de un hombre medio dormido, dijo:

—Mañana, al salir el sol..., ¡bum...!

Después se volvió hacia el parapeto para recobrar su punto de apoyo, y luego que llegó se tendió en el suelo y no tardó en dormirse completamente.

Después del inútil esfuerzo del coronel Munro, éste recobró cierta especie de tranquilidad. Modificóse el curso de sus pensamientos sin que por eso pensara en la muerte que le esperaba. Por una asociación de ideas muy natural pensó en sus amigos, en sus compañeros, preguntándose si habrían caído también en manos de alguna otra banda de los *dacoits* que pululaban por los Vindya, y si les estaría reservada una suerte igual a la suya. Este pensamiento le oprimía el corazón.

Pero, casi al momento, se dijo a sí mismo que esto no podía ser, porque si el nabab hubiera resuelto su muerte, les habría reunido para someterles al mismo suplicio, habría querido duplicar sus angustias haciéndole presenciar la muerte de sus amigos. No, era solamente sobre él, así lo esperaba, sobre quien quería Nana Sahib descargar todo el peso de su venganza.

Sin embargo, si, lo que parecía imposible, Banks, el capitán Hod y Maucler estaban libres, ¿qué hacían? ¿Habían tomado el camino de Yubbulpore adonde el *Gigante de Acero*, que no había podido ser destruido por los *dacoits*, podría llevarles rápidamente? Allí encontrarían sin duda auxilios. Pero ¿de qué servirían? ¿Cómo saber dónde estaba el coronel Munro? Nadie conocía aquella fortaleza de Ripore, refugio de Nana Sahib. Y además, ¿por qué habían de pensar en el nabab, puesto que para ellos había muerto en el ataque del pal de Tandit? No, nada podían hacer por él.

De parte de Gumí tampoco había que esperar nada. Kalagani había tenido interés en deshacerse de aquel fiel servidor, y ya que Gumí no estaba allí, sin duda había precedido en la muerte a su amo.

Contar con una probabilidad cualquiera de salvación, hubiera sido inútil. El coronel no era hombre que se hiciera ilusiones; veía las cosas bajo su verdadero aspecto y volvió a sus primeros pensamientos, al recuerdo de los días felices que llenaban su corazón.

Le hubiera sido imposible calcular cuántas horas transcurrieron, mientras de este modo soñaba despierto. La noche continuaba oscura, y en la cima de las montañas del Este nada anunciaba los primeros resplandores del alba.

Sin embargo, debían de ser las cuatro de la mañana cuando atrajo la atención del coronel un fenómeno muy singular. Hasta entonces, durante su meditación sobre su existencia pasada, había mirado, por decirlo así, más a lo interior de sí mismo que a lo exterior. Los objetos exteriores, poco visibles en aquellas profundas tinieblas, no habían

podido distraerle; pero entonces su vista se hizo más fija, y todas las imágenes evocadas en su memoria se disiparon repentinamente ante una especie de aparición tan inesperada como inexplicable.

En efecto, el coronel Munro no estaba solo en la explanada de Ripore. Una luz todavía indecisa acababa de mostrarse al extremo del sendero junto a la poterna de la fortaleza. Aquella luz iba y venía vacilante, amenazando apagarse unas veces y otras recobrando su brillo, como si hubiese sido llevada por una mano mal segura.

En la situación en que se encontraba el prisionero, ningún incidente carecía de importancia. Sus ojos no se separaban de aquella luz, y observó que de ella se desprendía una especie de vapor fuliginoso e inmóvil, de donde dedujo que no podía estar encerrada en un fanal.

—¿Será uno de mis compañeros? —se preguntó el coronel Munro—. ¿Gumí tal vez? No... No vendría aquí con una luz que podría descubrirle. ¿Quién será?

La luz se aproximó lentamente, primero se corrió a lo largo de la pared del antiguo cuartel, y Sir Eduardo Munro temió que fuese vista por alguno de los indios que no estuvieran dormidos en el interior.

No sucedió así; la luz pasó sin ser notada. A veces, cuando la mano que la llevaba se agitaba con un movimiento febril, se reanimaba y brillaba con más fuerza.

Pronto llegó al muro del parapeto y siguió su arista como un fuego de San Telmo en las noches de tempestad.

Entonces el coronel Munro comenzó a distinguir una especie de fantasma sin forma apreciable, una *sombra* iluminada vagamente por aquella luz.

El ser que se adelantaba de aquel modo debía de estar cubierto de una larga túnica bajo la cual se ocultaban sus brazos y su cabeza.

El prisionero, inmóvil, retenía el aliento, temiendo asustar a la aparición y ver apagarse la llama, cuya claridad la guiaba en la sombra. Estaba tan inmóvil como la pesada pieza de metal que parecía tenerle asido con su enorme boca. Entretanto, el fantasma seguía a lo largo del parapeto. ¿No podría suceder que tropezase con el indio dormido? No, el indio estaba tendido a la izquierda del cañón, y la aparición venía por la derecha, deteniéndose unas veces, y volviendo a andar luego a pasos lentos.

Por fin llegó bastante cerca para que el coronel Munro pudiera distinguirla claramente.

Era un ser de mediana estatura que, en efecto, llevaba cubierto todo el cuerpo con una ancha túnica, de la cual salía una mano que empuñaba una rama de resina encendida.

—Algún loco que tiene la costumbre de visitar el campamento de los *dacoits* —se dijo el coronel Munro—, y del cual nadie hace caso. Si en vez de una antorcha trajera un puñal en la mano..., ¿no podría yo...?

No era un loco y, sin embargo, Sir Eduardo Munro había adivinado la verdad.

Era la loca del valle de Nerbudda, la inconsciente criatura que hacía cuatro meses vagaba por los Vindya, siempre respetada y hospitalariamente recibida por aquellos gunds supersticiosos. Ni Nana Sahib ni ninguno de sus compañeros sabían la parte que la «Llama

Errante» había tomado en el ataque al pal de Tandit. Con frecuencia la habían encontrado en aquella parte montañosa del Bundelkund y jamás habían hecho caso de ella. Muchas veces, en sus continuas excursiones, había llegado hasta la fortaleza de Ripore y nadie había pensado en echarla de allí. La casualidad la había llevado aquella noche a aquel punto de sus peregrinaciones nocturnas.

El coronel Munro no sabía nada de lo referente a la loca. Jamás había oído hablar de la «Llama Errante». Sin embargo, aquel ser desconocido que se le acercaba, que iba a tocarle y quizás a hablarle, hacía latir su corazón con extraña violencia.

Poco a poco la loca se acercó al cañón. Su antorcha no arrojaba ya sino débiles resplandores; parecía que no veía al prisionero, aunque estaba enfrente de él y aunque sus ojos podían verle a través de aquella túnica agujereada como la cogulla de un penitente.

Sir Eduardo Munro no respiraba, ni hacía movimiento alguno, ni pronunciaba una palabra que pudiera llamar la atención de aquel extraño ser.

Esta volvió casi inmediatamente atrás hasta dar la vuelta a la enorme pieza sobre cuya superficie la tea de resina dibujaba pequeñas sombras vacilantes.

¿Comprendía aquella insensata para qué debía servir el cañón colocado allí como un monstruo, ni por qué aquel hombre estaba atado a su boca que iba a vomitar el trueno y el rayo al nacer el día?

No, sin duda. La «Llama Errante» estaba allí como estaba en todas partes, sin saberlo; vagaba aquella noche como había vagado otras muchas por la explanada de Ripore; después la abandonaría, bajaría por el mismo sendero, volvería al valle y dirigiría sus pasos a donde la llevara su imaginación extraviada.

El coronel Munro, que fácilmente podía volver la cabeza, seguía todos sus movimientos.

La vio pasar detrás de la pieza, después la vio dirigirse hacia el muro del parapeto para seguirlo sin duda hasta el punto en que se abría la poterna.

En efecto, la «Llama Errante» siguió aquella dirección, pero a pocos pasos del sitio donde estaba el indio dormido, se detuvo y se volvió.

¿Le impedía seguir adelante algún lazo invisible? De todos modos, un inexplicable incidente la llevó hasta el coronel Munro, y allí permaneció inmóvil delante de él.

Entonces, el corazón de Sir Eduardo Munro latió con ta! fuerza, que quiso llevar sus manos al pecho para contener los latidos.

La «Llama Errante» se había acercado más; había levantado la tea hasta la altura del rostro del prisionero como si hubiera querido verle mejor, y a través de los agujeros de su cogulla vio el coronel que los ojos de la loca brillaban con una llama ardiente.

Involuntariamente fascinado por aquel brillo, la devoraba con la vista.

Entonces la mano izquierda de la loca apartó poco a poco los pliegues de su túnica. En breve se mostró su rostro al descubierto, y en aquel momento, con la mano derecha agitó la tea, que arrojó un resplandor más intenso.

Un grito, un grito medio ahogado se escapó del pecho del prisionero

—¡Lorenza, Lorenza!

El coronel se creyó loco a su vez... Sus ojos se cerraron por un instante.
Era Lady Munro, sí, Lady Munro, ella misma, la que estaba delante de él.
—¡Lorenza..., tú..., tú! —murmuró.

Lady Munro no respondió; no le conocía, y aun parecía que no le había oído.
— ¡Lorenza! ¡Loca, loca! Sí..., pero viva.

La infortunada mujer, después de haber hecho todo lo posible por defender a su madre degollada a su vista, había caído sin conocimiento. Herida, pero no mortalmente, y confundida con tantas otras, fue precipitada de las últimas en el pozo de Cawnpore sobre las víctimas amontonadas de que ya estaba lleno. Al llegar la noche, un supremo instinto de conservación la llevó al borde del pozo; el instinto sólo, porque la razón, a consecuencia de aquellas horribles escenas, la había abandonado ya. Después de cuanto había padecido desde principios del sitio, en la prisión del Bibi-Ghar, en el teatro de la matanza, y después de haber visto degollar a su madre, había perdido la razón. Estaba loca, loca pero viva, como había dicho el coronel Munro. En esta situación había salido fuera del pozo, vagando por los alrededores, y había podido abandonar la ciudad en el momento en que Nana Sahib y los suyos la abandonaban también, después de la sangrienta ejecución. Como loca había recorrido los campos evitando las ciudades y los territorios habitados; acá y allá había sido recogida hospitalariamente por pobres campesinos y respetada como un ser privado de razón. De este modo había llegado hasta los montes Sautpurra y hasta los Vindya; y, muerta para todos, pero siempre herida su imaginación por el recuerdo de los incendios del sitio, anduvo errante sin cesar por espacio de nueve años.

¡Sí, era ella!

El coronel Munro la llamó nuevamente; pero la «Llama Errante» no respondió.

¿Qué no hubiera dado el coronel por poder estrecharla en sus brazos, llevarla de allí, comenzar de nuevo cerca de ella otra existencia, devolverle la razón a fuerza de cuidados y de amor...? Pero estaba atado a aquella masa de metal; la sangre corría de sus brazos por las cortaduras que en ellos habían hecho las cuerdas, y nadie podía arrancarle de aquel lugar maldito.

¡Qué suplicio, qué tormento que no había podido soñar siquiera la cruel imaginación de Nana Sahib! ¡Ah!, si aquel monstruo hubiera estado allí, si hubiera sabido que Lady Munro estaba en su poder, ¡qué espantosa alegría la suya! ¡Qué refinamientos de crueldad habría añadido a las angustias del prisionero!

—¡Lorenza, Lorenza! —repetía Sir Eduardo Munro.

Y la llamaba en voz alta, a riesgo de despertar al indio, dormido a pocos pasos de allí, y de atraer a los *dacoits* que dormían en el cuartel, y aun al mismo Nana Sahib.

Pero Lady Munro, sin comprender nada, continuaba mirándole con ojos hoscos. No veía nada de los espantosos tormentos que sufría aquel desgraciado que la encontraba en el momento en que él mismo iba a morir. Su cabeza se balanceaba como si no hubiera querido responder.

Así pasaron algunos minutos; después bajó la mano, cayó el velo sobre su rostro y retrocedió un paso.

El coronel Munro creyó que iba a huir.

—¡Lorenza! —gritó por ultima vez, como si le hubiera dirigido un supremo adiós.

Pero, no; Lady Munro no iba a abandonar la explanada de Ripore, y la situación, que ya era espantosa, iba a agravarse todavía.

En efecto, Lady Munro se detuvo: evidentemente, aquel cañón había llamado su atención; quizá despertaba en ella algún vago recuerdo del sitio de Cawnpore. Su mano que sostenía la tea paseaba la llama sobre el tubo de metal, y una chispa hubiera bastado para inflamar el cebo y hacer partir el tiro.

¿Iba Munro a morir por efecto de aquella mano?

No pudo soportar semejante idea; más valía perecer a la vista de Nana Sahib y de los suyos.

Iba a llamar y a despertar a sus verdugos, cuando sintió que del interior del cañón salía una mano que apretaba las suyas atadas a la espalda. Era la presión de una mano amiga, que trataba de desatar sus ligaduras. Sintió luego el frío de una hoja de acero que entraba con precaución entre las cuerdas y sus muñecas y le hizo colegir que en el ánima misma de aquella pieza enorme estaba oculto, como por milagro, su libertador.

No podía engañarse: alguien cortaba las cuerdas que le tenían atado.

Un segundo después, estuvieron cortadas; pudo dar un paso adelante: estaba libre.

Por dueño que fuera de sí mismo, iba a dar un grito que le iba a perder.

Una mano salió fuera de la pieza...

Munro la cogió, tiró hacia sí, y un hombre que acababa de desprenderse por un supremo esfuerzo de la boca del cañón, cayó a sus pies.

Era Gumí.

El fiel servidor, después de haberse escapado de las asechanzas de Kalagani, había continuado el camino de Yubulpore, en vez de volver al lago, hacia el cual se dirigía la tropa de Nassim. Al llegar a la senda que conducía a Ripore, tuvo que ocultarse por segunda vez, porque había allí un grupo de indios hablando del coronel Munro, a quien los *dacoits*, dirigidos por Kalagani, iban a llevar a la fortaleza donde Nana Sahib le reservaba la muerte por medio del cañón. Sin vacilar se dirigió al sendero y llegó a la explanada, en aquel momento desierta. Entonces se le ocurrió la heroica idea de introducirse en la enorme máquina de guerra, como verdadero *clown* que era, con el pensamiento de libertar a su amo si las circunstancias se lo permitían, o de confundirse con él en la misma muerte si no podía salvarlo.

—Va a amanecer —dijo Gumí en voz baja—; huyamos pronto.

—¿Y Lady Munro? —El coronel señalaba a la loca, de pie e inmóvil, cuya mano, en aquel momento, se posaba sobre la cureña del cañón.

—En nuestros brazos, mi amo —respondió Gumí sin pedir otra explicación.

Pero ya era demasiado tarde.

En el momento en que el coronel y Gumí se acercaban para apoderarse de ella, Lady Munro, queriendo escaparse, se asió a la pieza; la antorcha cayó sobre el cebo, y una espantosa detonación, repetida por los ecos de los Vindya, se extendió con el fragor del

trueno por todo el valle del Nerbudda.

CAPÍTULO XXIX

EL GIGANTE DE ACERO

Lady Munro, al ruido de aquella detonación, cayó desmayada en los brazos de su marido.

Sin perder un instante, el coronel se lanzó a través de la explanada seguido de Gumí, el cual, armado de su puñal, en breve tendió a sus pies al centinela indio, a quien la detonación había despertado. Después ambos comenzaron a bajar por el estrecho sendero que conducía al camino de Ripore.

Apenas habían salido por la poterna, cuando la tropa de Nana Sahib, bruscamente despertada, invadió la meseta.

Hubo entonces entre los indios un momento de vacilación, que podía ser favorable a los fugitivos.

En efecto, Nana Sahib pasaba raras veces toda la noche en la fortaleza. La víspera, después de haber mandado atar al coronel Munro a la boca del cañón, había ido a reunirse con algunos jefes de tribus del Gudwana, a quienes no visitaba jamás de día. Pero generalmente volvía antes de amanecer y no podía tardar en presentarse.

Kalagani, Nassim, los indios y los *dacoits*, más de cien hombres, en suma, estaban prontos a lanzarse en persecución del prisionero, pero un pensamiento les detenía todavía, y es que ignoraban absolutamente cuanto había pasado. El cadáver del indio que había sido puesto de centinela no podía servirles de indicio. Según todas las probabilidades, debían creer que, por cualquier circunstancia fortuita, se había prendido fuego al cañón antes de la hora fijada para el suplicio, y que del prisionero no quedaban ya más que restos informes.

El furor de Kalagani y de los demás se manifestó por un coro de maldiciones. Ni Nana Sahib, ni ninguno de ellos, habían tenido el placer de asistir a los últimos momentos del coronel.

Pero el nabab no estaba lejos. Había debido de oír la detonación, y sin duda iba a volver a toda prisa a la fortaleza. ¿Qué le responderían cuando les pidiera cuenta del prisionero que en ella había dejado?

De aquí la vacilación en todos, que dio a los fugitivos tiempo de tomar alguna delantera antes de ser vistos.

Sir Eduardo Munro y Gumí, llenos de esperanza después de aquella milagrosa evasión, bajaban rápidamente el sinuoso sendero. Lady Munro, aunque desmayada, no pesaba nada para los brazos vigorosos del coronel, y, por otra parte, su servidor estaba allí para ayudarle.

Cinco minutos después de haber pasado la poterna, estaban a la mitad del camino

entre la meseta y el valle. Pero comenzaba a amanecer y los primeros albores del día penetraban ya hasta el fondo de la estrecha garganta.

Violentos gritos estallaron entonces sobre sus cabezas.

Kalagani, inclinado sobre el parapeto, acababa de ver el vago perfil de dos hombres que huían. Uno de ellos no podía menos de ser el prisionero de Nana Sahib.

—¡Munro, es Munro! —gritó Kalagani, ciego de cólera.

Y, pasando la poterna, se lanzó en persecución del coronel seguido de toda su tropa.

—¡Nos han visto! —dijo el coronel sin detener el paso.

—Yo contendré a los primeros —respondió Gumí—. Me matarán, pero usted tendrá tiempo quizá de llegar a la carretera.

—¡Nos matarán a los dos, o huiremos juntos! — exclamó Munro.

Apresuraron la marcha. Al llegar a la parte inferior del sendero, ya menos áspero, podían correr, y no les faltaban más que cuarenta pasos para llegar al camino de Ripore, que terminaba en la carretera de Yubbulpore, por el cual la fuga les habría sido mucho más fácil.

Pero más fácil también sería la persecución. Buscar un refugio era inútil; ambos habrían sido descubiertos en breve; de aquí la necesidad de correr más que los indios y de salir antes que ellos del último desfiladero de los Vindya.

El coronel Munro tomó en un instante su resolución, decidiendo no caer vivo en manos de Nana Sahib: mataría a su esposa con el puñal de Gumí antes que entregarla al nabab y seguidamente se daría muerte a sí mismo.

Ambos habían tomado una delantera de cerca de cinco minutos. En el momento en que los primeros indios pasaban la poterna, el coronel Munro y Gumí entreveían que el camino al cual se unía el sendero de la carretera no estaba más que a un cuarto de milla.

—¡Adelante, mi amo! —decía Gumí, pronto a cubrir con su pecho al coronel—. Antes de cinco minutos estaremos en la carretera de Yubbulpore.

—¡Dios quiera que allí encontremos auxilio! — murmuró el coronel Munro.

Los clamores de los indios iban oyéndose cada vez más. En el momento en que los fugitivos desembocaban en el camino, dos hombres que marchaban rápidamente llegaron a la parte inferior del sendero.

El día estaba ya bastante claro para poderse conocer, y dos nombres, como dos gritos de odio, se pronunciaron a la vez:

—¡Munro!

—¡Nana Sahib!

El nabab, al ruido de la detonación, había acudido presuroso y subía hacia la fortaleza, no pudiendo comprender por qué se habían ejecutado sus órdenes antes de la hora señalada.

Un indio le acompañaba; pero antes de que aquel indio hubiera podido dar un paso más, ni hacer un ademán, caía a los pies de Gumí, mortalmente herido con aquel puñal que había cortado las ligaduras del coronel.

—¡A mí! —gritó Nana Sahib, llamando a la tropa que bajaba por el sendero.

—Sí, a ti —respondió Gumí.

Y, más pronto que el rayo, se arrojó sobre el nabab.

Su intención había sido, si no podía matarle del primer golpe, luchar a lo menos con él para dar al coronel Munro tiempo de llegar al camino; pero la mano de hierro del nabab había detenido la suya y el puñal cayó al suelo.

Gumí, furioso al verse desarmado, asió entonces a su adversario por la cintura y, oprimiéndole contra su pecho, le llevó en sus brazos vigorosos decidido a precipitarse con él en el primer abismo que encontrara.

Mientras tanto, Kalagani y sus compañeros, acercándose, iban a llegar al extremo inferior del sendero, y entonces toda esperanza de poder salvarse hubiera desaparecido.

—¡Un esfuerzo más! —repitió Gumí—. Yo me sostendré durante algunos minutos, poniéndoles por escudo a su nabab. ¡Huya usted, mi amo, huya usted sin..., sin...!

Pero apenas tres minutos separaban a los fugitivos de los que les perseguían, y el nabab llamaba a Kalagani con voz ahogada.

En esto se oyeron varios gritos a veinte pasos de distancia:

—¡Munro! ¡Munro!

Y en el camino de Ripore aparecieron Banks, el capitán Hod, Maucier, el sargento MacNeil, Fox, Parazard, y en la carretera el *Gigante de Acero*, lanzando torbellinos de humo, que les esperaba con Storr y Kaluth.

Después de la destrucción del último coche de la «Casa de Vapor», el ingeniero y sus compañeros no tenían más que un partido que tomar: utilizar como vehículo el elefante, que no había podido ser destruido por la banda de *dacoits*. Así, pues, montados sobre el *Gigante de Acero*, habían abandonado las orillas del lago Puturia y subido por el camino de Yubbul pore. En el momento en que pasaban por delante del camino que conducía a la fortaleza, resonó una formidable detonación, que les hizo detenerse. Un presentimiento instintivo, si se quiere, les impulsó a tomar aquel camino. ¿Qué esperaban? No habrían podido decirlo.

Pocos minutos después, el coronel estaba delante de ellos y les gritaba:

—¡Salvad a Lady Munro! ¡Aquí está el auténtico Nana Sahib!

—¡El auténtico Nana Sahib! —exclamó Gumí. Este, haciendo un último esfuerzo de furor, había arrojado a tierra al nabab, medio sofocado, del cual se apoderaron inmediatamente el capitán Hod, MacNeil y Fox.

Después, sin pedir más explicaciones, Banks y los suyos subieron al *Gigante de Acero*, que estaba en la carretera.

Por orden del coronel, que quería entregar a Nana Sahib a la justicia inglesa, le amarraron al cuello del elefante. Lady Munro fue puesta en la torrecilla y su marido se situó a su lado. Dedicado por completo a su mujer, que comenzaba a volver en sí, trataba de advertir en ella un vislumbre de razón.

El ingeniero y sus compañeros montaron de nuevo rápidamente sobre el lomo del *Gigante de Acero*.

—¡A todo vapor! —gritó Banks.

Era ya día claro. Un primer grupo de indios apareció a cien pasos a retaguardia; era preciso llegar antes que ellos al puesto avanzado del acantonamiento militar de Yubbulpore, que domina el último desfiladero de los Vindya. El *Gigante de Acero* tenía en abundancia agua, combustible y cuanto necesitaba para mantener la presión y marchar con el máximo de velocidad. Pero por aquel camino de bruscos recodos no podía ser lanzado a ciegas.

Los gritos de los indios se redoblaban y toda la tropa ganaba terreno sobre el elefante.

—Será preciso defenderse —dijo MacNeil.

—Nos defenderemos —replicó el capitán Hod.

Quedaban aún una docena de cartuchos. Era, pues, necesario no perder una sola bala, porque los indios estaban bien armados e importaba mantenerles a distancia.

El capitán Hod y Fox, con su carabina en la mano, se apostaron en la grupa del elefante, un poco detrás de la torrecilla.

Gumí, en la parte anterior, con el fusil al hombro, estaba pronto para tirar. MacNeil, cerca de Nana Sahib, con el revólver en una mano y un puñal en la otra, se hallaba dispuesto a darle muerte si los indios llegaban hasta él. Kaluth y Parazard, delante del fogón, lo cargaban de combustible, mientras Banks y Storr dirigían la marcha del *Gigante de Acero*.

La persecución duraba ya diez minutos. Unos doscientos pasos a lo más separaban a los indios de Banks y los suyos. Si los indios iban más de prisa que el elefante, éste, en cambio, podía aguantar mucho más que ellos: toda la táctica consistía, pues, en impedirles ganar la delantera.

En aquel momento se oyeron una docena de disparos; las balas pasaron silbando por encima del *Gigante de Acero*, a excepción de una, que dio en el extremo de la trompa.

—¡No tiréis, no hay que tirar sino a golpe seguro! —gritó el capitán Hod—. Economicemos nuestras balas; están aún demasiado lejos.

Banks, viendo entonces delante de sí una milla de camino que se extendía en línea recta, abrió al máximo el regulador, y el *Gigante de Acero*, aumentando su velocidad, dejó a la banda de indios a muchos centenares de pasos a su espalda.

—¡Viva nuestro *Gigante*! —exclamó el capitán Hod, entusiasmado—. ¡Ah, canallas, no le atraparéis!

Pero al extremo de aquella parte rectilínea del camino, una especie de desfiladero y una cuesta áspera y sinuosa, última garganta de la pendiente meridional de los Vindya, iba necesariamente a retardar la marcha de Banks y de sus compañeros. Kalagani y los indios que le seguían, y que sabían bien que habían de encontrar aquel obstáculo, no abandonaron la persecución.

El *Gigante de Acero* llegó rápidamente a la garganta, que se abría entre dos altos taludes de rocas.

Fue preciso entonces contener la velocidad y marchar con gran precaución; y, como consecuencia de aquel retraso, los indios ganaron el terreno que habían perdido. Si no tenían esperanzas de salvar a Nana Sahib, que estaba a merced de una puñalada, vengarían

su muerte.

Pronto estallaron nuevas detonaciones, pero sin tocar a ninguno de los que iban en el *Gigante de Acero*.

—Esto se va poniendo serio —dijo el capitán Hod, echándose la carabina a la cara—. ¡Atención!

Gumí y el capitán hicieron fuego simultáneamente. Dos de los indios más próximos, heridos en medio del pecho, cayeron al suelo bañados en sangre.

—Dos menos —dijo Gumí, volviendo a cargar su arma.

—Dos entre ciento —exclamó el capitán Hod—. No es suficiente; es preciso que les cueste más caro todavía.

Y las carabinas del capitán y de Gumí, a las cuales se unió entonces el fusil de Fox, hirieron mortalmente a otros tres indios.

Pero por aquel desfiladero no se podía ir de prisa, y al mismo tiempo que el camino se estrechaba ofrecía una cuesta muy pronunciada. Sólo faltaba, sin embargo, media milla para pasar de la última rampa de los Vindya, y el *Gigante de Acero* desembocaría a cien pasos de un puesto de tropas, casi a la vista de la estación de Yubbulpore.

Los indios no eran gente que podían retroceder ante el fuego del capitán Hod y de sus compañeros. La vida no les importaba con tal de salvar, o vengar, a Nana Sahib. Diez o veinte de ellos caerían heridos de muerte, pero todavía quedarían ochenta para arrojar sobre el *Gigante de Acero* y vencer a la pequeña caravana, a la cual servía de ciudadela. Así, pues, redoblaron sus esfuerzos para poder alcanzar a los fugitivos.

Kalagani, por lo demás, no ignoraba que el capitán Hod y los suyos debían tener ya muy pocas municiones, y que, en breve, fusiles y carabinas serían armas inútiles en sus manos.

En efecto, los fugitivos habían gastado la mitad de las municiones que les quedaban, e iban a verse en la imposibilidad de defenderse.

Sin embargo, cuatro tiros más resonaron todavía y cuatro indios cayeron.

El capitán Hod y Fox no tenían más que dos cartuchos. En aquel instante, Kalagani, que hasta entonces había estado fuera del alcance de los tiros, se adelantó más de lo que exigía la prudencia.

—¡Ah, traidor, ya te tengo! —exclamó el capitán Hod, apuntándole con la mayor serenidad.

La bala, al salir de la carabina del capitán, fue a hundirse en la frente del traidor. Las manos de Kalagani se agitaron un instante, dio una vuelta sobre sí mismo y cayó.

Pero los indios observaron, casi al mismo tiempo, que el fuego había cesado, y se lanzaron al asalto del elefante, del cual no estaban a más de cincuenta pasos.

—¡A tierra, a tierra! —exclamó Banks.

Sí; en el estado en que se hallaban las cosas, más valía abandonar el *Gigante de Acero* y correr hacia el puesto de tropas, que no estaba lejano.

El coronel Munro, llevando a su esposa en brazos, se apeó.

El capitán Hod, Maucler, el sargento y los demás, saltaron inmediatamente a tierra;

sólo Banks permaneció en la torrecilla.

—¿Y ese bandido? —exclamó el capitán Hod, señalando a Nana Sahib, que iba atado al cuello del elefante.

—Déjemelo usted a mí, capitán —respondió Banks, en tono singular.

Después, dando una última vuelta al regulador, se apeó a su vez.

Todos huyeron entonces, puñal en mano, prontos a vender caras sus vidas.

Mientras tanto, bajo el impulso del vapor, el *Gigante de Acero*, aunque abandonado a sí mismo, continuaba subiendo la cuesta; pero, no estando ya dirigido, vino a chocar contra el talud izquierdo del camino como un ariete, y, deteniéndose bruscamente, cerró casi por completo el paso.

Banks y los suyos estaban ya a unos treinta pasos, cuando los indios se arrojaron en masa sobre el *Gigante de Acero*, a fin de libertar a Nana Sahib.

De repente, un estrépito espantoso, igual a los más violentos truenos, sacudió las capas de aire con terrible violencia.

Banks, antes de dejar la torrecilla, había cerrado y cargado excesivamente las válvulas del aparato. El vapor adquirió una tensión inmensa; y cuando el *Gigante de Acero* chocó contra la roca, aquel vapor, no encontrando salida por los cilindros, hizo estallar la caldera, y los restos del *Gigante* se esparcieron en todas direcciones.

—¡Pobre *Gigante*! —exclamó el capitán Hod—. ¡Muerto para salvarnos!

CAPÍTULO XXX

EL QUINCUGÉSIMO TIGRE DEL CAPITÁN HOD

Nada tenían ya que temer Sir Eduardo Munro y sus camaradas, ni del nabab, ni de los indios que les seguían, ni de aquellos *dacoits* con los cuales había formado una tropa temible en aquella parte del Bundelkund.

Al ruido de la explosión, los soldados del destacamento de Yubbulpore salieron en número imponente, y los compañeros de Nana Sahib que quedaban, encontrándose sin jefe, emprendieron precipitada fuga.

El coronel Munro se dio a conocer, y media hora después todos llegaban a la estación, donde encontraron en abundancia lo que les faltaba, y particularmente los víveres de que tenían tan urgente necesidad.

Lady Munro fue alojada en una de las mejores posadas, mientras llegaba el momento de conducirla a Bombay. Allí, Sir Eduardo Munro esperaba devolver la vida del alma a aquella que no vivía más que con la vida del cuerpo, y que estaría siempre muerta para él mientras no recobrase la razón.

A decir verdad, ninguno de sus amigos había perdido la esperanza de la próxima curación de Lady Munro. Todos esperaban confiadamente este acontecimiento, único que podía modificar la existencia del coronel.

Convinieron en marchar al día siguiente para Bombay. El primer tren debía llevar todos los huéspedes de la «Casa de Vapor» a la capital de la India occidental. Y esta vez sería la vulgar locomotora la que los conduciría con toda celeridad, y no el infatigable *Gigante de Acero*, del cual no quedaba más que restos informes.

Pero ni el capitán Hod, su gran admirador, ni Banks, su creador ingenioso, ni ninguno de los miembros de la expedición, debían olvidar jamás aquel fiel animal al cual habían concedido casi una vida verdadera. Por largo tiempo, el ruido de la explosión que lo había aniquilado debía resonar en su corazón.

Así, no se extrañará que, antes de salir de Yubbulpore, Banks, el capitán Hod, Maucler, Fox y Gumí, quisieran volver al teatro de la catástrofe.

No había ya que temer de la banda de *dacoits*. Sin embargo, para mayor precaución, cuando el ingeniero y sus compañeros llegaron al destacamento de los Vindya, se les unió una partida de soldados, y a las once llegaron a la entrada del desfiladero.

Lo primero que vieron fueron cinco o seis cadáveres mutilados esparcidos por el suelo. Eran los de los indios que se habían arrojado sobre el *Gigante de Acero* para desatar a Nana Sahib.

Pero no había más. Del resto de la banda no existía ni rastro. Los últimos adictos de Nana Sahib, en vez de volver a su refugio de Ripore, que ya era conocido, se habían dispersado probablemente por el valle del Nerbudda.

En cuanto al *Gigante de Acero*, había sido completamente destruido por la explosión de la caldera. Una de sus grandes patas había sido lanzada a gran distancia; y una parte de su trompa había dado contra el talud, se había hundido en él y sobresalía de tierra como un brazo gigantesco. En el momento de la explosión, cuando las válvulas sobrecargadas no habían podido dar salida al vapor, la tensión de éste había debido ser espantosa y pasar quizá de veinte atmósferas.

Por consiguiente, del elefante artificial, del que estaban tan orgullosos los huéspedes de la «Casa de Vapor», de aquel coloso que excitaba la admiración supersticiosa de los indios, de aquella obra maestra del ingeniero Banks, de aquella realización del sueño fantástico del rajá de Busham, no quedaban más que restos informes y sin valor.

—¡Pobre animal! —se lamentó el capitán Hod, sin poderse contener ante el cadáver mutilado de su querido *Gigante de Acero*.

—Todavía se podrá hacer otro..., que sea más poderoso —dijo Banks.

—Sin duda —respondió el capitán Hod, dando un gran suspiro—, pero no sería él.

Mientras se entregaban a estas investigaciones, el ingeniero y sus compañeros quisieron buscar algunos restos de Nana Sahib. A falta del rostro del nabab, fácil de conocer, la mano que carecía de un dedo les hubiera bastado para probar su identidad. Hubieran querido poseer aquella prueba incontestable de la muerte de aquel hombre, a quien ya no era posible confundir con Balao-Rao, su hermano.

Pero ninguno de los restos ensangrentados que cubrían el suelo parecía haber pertenecido al que fue Nana Sahib. ¿Se habían llevado sus fanáticos hasta el último vestigio de sus reliquias? Era, más que probable, seguro.

De aquí debía resultar que, no habiendo ninguna prueba cierta de la muerte de Nana Sahib, volvería a tomar ascendiente la leyenda en los ánimos de las poblaciones de la India central, para las cuales el nabab continuaría pasando por vivo hasta que hicieran de él un dios inmortal.

Mas para Banks y para los suyos no era admisible que Nana Sahib hubiera podido sobrevivir a la explosión.

Volvieron a la estación, no sin que el capitán Hod recogiera un trozo de colmillo del *Gigante de Acero*, precioso resto que quería conservar como recuerdo.

Al día siguiente, 4 de octubre, todos salieron de Yubbulpore en un vagón puesto a disposición del coronel y de su personal. Veinticuatro horas después, atravesaban los Gates occidentales, esos Andes de la India, que se desarrollan en una longitud de trescientas sesenta leguas entre espesos bosques de bananeros, sicómoros y tecas entremezclados de palmeras, sándalos y bambúes.

Algunas horas después, el ferrocarril les dejaba en la isla de Bombay, la cual, con las islas Salceta, Elefante y otras, forma una magnífica rada, a cuyo extremo Sudoeste se encuentra la hermosa capital de la presidencia.

El coronel Munro no debía permanecer en esta gran ciudad, donde se codean árabes, persas, bañanos, abisinios, parsis o güebros, naturales de Scindia, europeos de todas las nacionalidades y hasta, según parece, indios.

Los médicos consultados sobre el estado de Lady Munro recomendaron que se la condujese a una quinta de las cercanías, donde la tranquilidad, unida a los cuidados diarios e incesantes de su marido, no podría menos de producir un efecto saludable.

Así transcurrió un mes. Ni uno solo de los compañeros del coronel ni de sus servidores había pensado en dejarle; porque todos querían estar presentes el día, que no debía de estar lejano, en que se pudiera entrever la curación de Lady Munro.

Al fin tuvieron esa alegría; poco a poco, Lady Munro fue volviendo a la razón; aquel talento notable se reveló de nuevo por el pensamiento, y de lo que había sido la «Llama Errante» no quedó nada, ni aun el recuerdo.

—¡Lorenza, Lorenza! —exclamó un día el coronel, y Lady Munro, reconociéndole al fin, se precipitó en sus brazos.

Una semana después, los huéspedes de la «Casa de Vapor» se reunieron en el *bungalow* de Calcuta. Allí iba a comenzar una existencia muy diferente de la que había conocido en otro tiempo aquella rica morada. Banks debía pasar en él los días de descanso, el capitán Hod los de licencia de que pudiera disponer; y en cuanto a MacNeil y Gumí, eran de la casa y no debían separarse jamás del coronel Munro.

En aquella época, Maucler se vio obligado a salir de Calcuta para volver a Europa, y lo hizo al mismo tiempo que el capitán Hod, cuya licencia había expirado, y del fiel Fox, que debía seguirle a los acantonamientos militares de Madrás.

—Adiós, capitán —le dijo el coronel Munro—. Tengo una gran satisfacción al pensar que no lleva usted ningún recuerdo desagradable de nuestro viaje por la India septentrional, a excepción del pesar de no haber podido matar a su tigre número cincuenta.

—Pero, mi coronel, ¿no recuerda usted que lo maté?

—¿Cómo y cuándo?

—Pues —respondió el capitán Hod, con ademán altivo— cuarenta y nueve tigres y Kalagani hacen cincuenta tigres.

FIN